
HQÑ
La cara oculta de la Luna
Claudia Cardozo
Finalista VIII Premio Internacional HQN

La cara oculta de la Luna

Claudia Cardozo

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2020 Claudia Fiorella Cardozo
© 2020 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
La cara oculta de la luna, n.º 267 - mayo 2020

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagénes de cubierta utilizadas con permiso de Shutterstock.

I.S.B.N.: 978-84-1348-504-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos
Cita
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Epílogo
Si te ha gustado este libro…

Y tú, ¿quién eres de la noche errante
aparición que pasas silenciosa,
cruzando los espacios ondulantes
tras los vapores de la nube acuosa?
Negra la tierra, triste el firmamento,
ciegos mis ojos sin tu luz estaban,
y suspirando entre el oscuro viento
tenebrosos espíritus vagaban.
Yo te aguardaba, y cuando vi tus rojos
perfiles asomar con lenta calma,
como tu rayo descendió a mis ojos,
tierna alegría descendió a mi alma.
¿Y a mis ruegos acudes perezosa
cuando amoroso el corazón te ansía?
Ven a mí, suave luz, nocturna, hermosa
hija del cielo, ven: ¡por qué tardía!

La luna es una ausencia, Carolina Coronado (1820-1911)

Prólogo

Surrey, Inglaterra. 1880

Eleanor nunca podría olvidar la última vez que tuvo frente a sí a James Haversham. Ella tenía doce años y hasta entonces jamás había visto a un hombre llorar.

No que el pobre caballero se encontrara sollozando a lágrima viva; ni siquiera hubiera podido decir que pareciera hundido por el dolor. En realidad, y la idea en sí le pareció tan triste como perturbadora, el discreto llanto del señor Haversham parecía más bien nacido de la ira y el despecho. Pero en esa época Eleanor era solo una niña y su sensibilidad, aunque pronunciada, no era capaz aún de captar esa clase de matices y comprenderlos a cabalidad. Lo único que tenía claro era que el señor Haversham, ese caballero a quien conocía desde hacía solo unas semanas y que le resultaba tan agradable, se encontraba en ese momento sumido por la pena.

Hubiera deseado consolarlo de alguna forma, decirle cualquier cosa que le hiciera sentir mejor. El problema era que ella ni siquiera debería encontrarse allí y haberlo visto en semejante situación.

Desde luego, todo ese enredo tenía un claro culpable. Una culpable en realidad. Cecily. Siempre era culpa de Cecily. Si su prima aprendiera a comportarse como la joven bien criada que supuestamente era, habrían podido evitar todo ese enredo.

Cuando Eleanor la vio salir apresurada de la casa supo que debía de estar planeando algo. Lo más sensato por su parte hubiera sido hacer como si no la hubiera visto, la experiencia le había enseñado que era lo más inteligente para evitar involucrarse en sus problemas; pero ella solo era una niña curiosa en aquella época, su tía decía con frecuencia que estaba lejos de ser sensata y le bastó con advertir que el señor Haversham tomaba el mismo camino que Cecily para que sus pies empezaran a moverse como si tuvieran vida propia.

Mientras recorría el breve trecho entre las cocinas y el establo, donde adivinó de inmediato que debían de haberse citado, recordó esas charlas oídas a hurtadillas entre la cocinera y el ama de llaves cuando pensaban que nadie les prestaba atención. Según ellas, la señorita Cecily parecía haber caído hechizada por el encanto del nuevo amigo de su hermano y era posible que el señor Haversham consiguiera arrancarle una promesa antes de volver a Oxford. A Eleanor eso le parecía una lástima porque consideraba a aquel joven demasiado agradable para su prima, pero se cuidó de decirlo, y no solo porque de hacerlo habría sido descubierta escuchando, sino porque también estaba acostumbrada a cuidarse de decir lo que pensaba acerca del comportamiento de Cecily.

De cualquier forma, su prima apenas acababa de cumplir dieciséis años y el señor Haversham no podía haber llegado a los veinte, así que supuso que un compromiso no era del todo inminente. A lo sumo, quizá, el joven lograra que ella consintiera en mantener correspondencia y

que fuera recibido en una próxima visita. Eso sí que le parecía una buena noticia, se dijo Eleanor según daba un rodeo al establo antes de entrar: el señor Haversham era bastante simpático y, excepto por su primo Gabriel, la única persona a quien conocía que la trataba con sincera estima. Le gustaría volver a verlo y si para ello era necesario que contrajera algún tipo de relación con Cecily, bueno, suponía que no sería algo tan terrible siempre y cuando fuera fugaz.

El establo era uno de sus lugares favoritos de la propiedad de sus tíos. No solo porque amaba a los caballos y pocas cosas le divertían más que escabullirse allí para admirarlos, sino también porque lo consideraba una suerte de refugio en el que podía dar rienda suelta a su imaginación. El ritmo de la vida parecía perder velocidad cuando conseguía dejar la casa atrás y se internaba en su interior. Su cuaderno de notas, un rincón silencioso y el viento que se colaba entre las rendijas de madera: eso era todo lo que necesitaba para sentirse feliz.

Eleanor sabía bien por donde debía entrar si no deseaba ser vista; estaba acostumbrada a ello, así como a subir una escalerilla que llevaba a un altillo que los caballerizos usaban para almacenar el heno y para tomar algunas siestas durante el día. Ella lo usaba también, aunque no para dormir, sino para disfrutar de algo de privacidad cuando trabajaba en sus historias. En ese momento, además, comprendió en tanto andaba de puntillas y subía los peldaños con los ojos entrecerrados y rogando por no hacer demasiado ruido, que le daría también una posición estupenda para saber en qué nuevo enredo se había metido Cecily.

No sintió demasiados escrúpulos en tanto se acomodaba boca abajo sobre el suelo de madera cubierto por paja o mientras agachaba la cabeza hasta que su mentón rozó el borde del altillo; sentía demasiada curiosidad para ello. No tuvo que esperar demasiado; cuando llegó, su prima ya estaba allí, pero se cuidó mucho de que no advirtiera su presencia mientras se movía a sus espaldas. La joven, además, lucía muy inquieta, consciente de lo riesgoso de su accionar; se había quedado de pie bajo el dintel de la entrada con todo el cuerpo oculto en las sombras del interior atisbando a las afueras; Eleanor pudo moverse a su antojo sin llamar su atención. Su tía Margaret decía con frecuencia que la pequeña Ellie, como la llamaban en casa, se movía con la suavidad de un gato de puerto al que era imposible seguir la pista, lo que, si bien dudaba de que fuera dicho como un halago, a ella le complacía mucho.

En los escasos minutos en que esperó a la llegada del otro convidado a la cita secreta, se permitió admirar el perfil de su prima, algo que hacía con cierta regularidad, aunque odiara reconocerlo. «Pero ¿cómo no iba a hacerlo», se dijo con un suspiro de enojo. Tal vez Cecily fuera egoísta y un tanto odiosa, pero era también muy bella. Con su cutis impoluto, su sedoso cabello rubio y los que todos en la familia llamaban unos rasgos perfectos, era imposible que no llamara la atención. Y ella lo sabía porque había sido criada para obtener el mejor partido a esos atributos. Eso explicaba la fascinación que despertó en el señor Haversham tan pronto como la conoció, lo mismo que había ocurrido con otros antes que él. La diferencia, caviló Eleanor replegándose en su escondite al oír unos pasos acercándose, era que por primera vez Cecily parecía interesada en alguien que no fuera ella misma. Desde luego, considerando de quién se trataba el hombre que despertaba ese interés, Eleanor no podía culparla.

El señor Haversham arribó al establo moviéndose con el mismo cuidado que había mostrado Cecily antes que él, pero no fue de inmediato hacia ella, sino que se mantuvo un momento en la entrada sin dar visos de la impaciencia que Eleanor no dudaba que debía de sentir. Tal y como había hecho con su prima, aprovechó ese momento de inmovilidad para inspeccionarlo y no pudo evitar esbozar una sonrisa al reparar una vez más en su rostro atractivo, el cabello oscuro que peinaba sobre la frente y el aire gallardo que a sus ojos sobresalía incluso en la

semioscuridad. Él sería un estupendo héroe romántico, consideró no por primera vez, lamentándose de no poseer aún la habilidad para plasmarlo en el papel. Pero algún día, se prometió, cuando se sintiera lista para ello, escribiría una historia inspirada en aquel joven.

—¿Por qué ha tardado tanto? ¿Nadie lo ha visto?

Las preguntas de Cecily, hechas en un tono ansioso que no alteró en absoluto su voz musical, la obligaron a dejar sus ensoñaciones y a mirar con mayor atención por encima de la buhardilla. Finalmente había sido ella quien se acercó al señor Haversham y Eleanor advirtió que posaba una mano sobre su brazo en un movimiento delicado. Eleanor había perdido la cuenta de las veces en que había escuchado a la tía Margaret adiestrando a su hija respecto a la forma más apropiada de acercarse a un caballero e incluso tocarlo si las circunstancias lo permitían, todo ello con exquisito cuidado de mantener el aire ingenuo y angelical que, en su opinión, era su mayor atributo.

No pudo oír la respuesta del señor Haversham porque él tomó una de las manos de Cecily entre las suyas y se inclinó hacia ella para susurrar algo a su oído. Lo que hubiera dicho, sin embargo, consiguió que ella se ruborizara y Eleanor frunció el ceño, intrigada.

La verdad era que hacían una hermosa pareja, sin duda; él tan alto, con hombros anchos y las facciones afiladas, al lado de ella, espigada como un junco con formas delicadas y el rostro tan lozano como una rosa. Algunas personas decían que Eleanor era una versión más joven y un tanto oscura de su prima, que con el tiempo sus rasgos infantiles ganarían en belleza, pero ella sabía que eso no era del todo cierto ni quería que lo fuera; la apariencia de Cecily, aunque impresionante, le parecía un tanto simplona y ordinaria, pero no le extrañaba que resultara tan fascinante para quienes no conocían su interior.

Detuvo sus pensamientos respecto a lo que podría esperar de su futuro y qué tanto se parecería a su prima según creciera al advertir que el señor Haversham acercaba el rostro al de Cecily, buscando sus labios, y estuvo a punto de girar el cuello para evitar ver lo que ocurría, pero una extraña fascinación pareció hacerla presa de los movimientos de esas dos personas que permanecían ignorantes de su presencia.

Esperó que su prima se retirara, que hiciera algún gesto para apartarlo porque supuso que eso era lo que una jovencita debía hacer en una situación como aquella, pero ahogó un jadeo al advertir que ella entreabría los labios y se ponía de puntillas para posar una mano sobre la línea de piel entre el cabello y el cuello de la chaqueta de caza del joven. El beso no pudo durar más de unos cuantos segundos, pero a Eleanor le pareció como si hubieran pasado horas hasta que el señor Haversham se apartó para luego acariciar su rostro en un gesto cargado de algo que no supo definir, pero que le inspiró un irreprimible deseo de llorar.

Cecily, en tanto, respiraba como si acabara de correr y lo veía con los ojos brillantes; Eleanor no podía recordar haberla visto antes mirar a alguien con el mismo anhelo como no fuera a su propio reflejo.

—¿Tiene que irse? Han sido solo dos semanas; seguro que puede quedarse un poco más…

Eleanor afiló el oído, ladeando el rostro para oír la respuesta al ruego hecho por su prima y esta vez sí que alcanzó a escuchar la respuesta del señor Haversham:

—Es imposible —explicó él, oyéndose tan decepcionado como la joven—. No puedo dilatar mi regreso; es más importante que nunca que cumpla con mis responsabilidades. Usted debe entenderlo mejor que nadie.

Eleanor hizo un mohín al comprender lo que deseaba implicar, pero advirtió que a Cecily le tomó un poco más de tiempo hacerlo; lo supo por su ceño fruncido que revelaba su confusión y

que no se relajó hasta que cayó en la cuenta de todo lo que esa frase significaba para él.

—No debería…

Fue difícil, pero Eleanor consiguió contener el impulso de emitir un bufido burlón al ver la forma en que su prima batía las pestañas y desviaba la mirada para simular una timidez que sin duda no sentía. El señor Haversham, sin embargo, no pareció advertirlo, porque tomó su mano con mayor ímpetu y la llevó a su pecho.

—Debo. Desde luego que debo decirlo porque es importante que usted lo sepa —dijo él con una voz apasionada que a Eleanor le provocó un extraño cosquilleo en la nuca—. Estoy seguro de que no es una sorpresa para usted. Después de todo el tiempo que hemos pasado juntos…

Hasta donde Eleanor sabía, el tiempo que él mencionaba no había sido tanto, en absoluto lo suficiente para que el joven pudiera hacerse una idea clara del carácter y las motivaciones de Cecily, pero era obvio que eso a él no le importaba del todo. La cocinera lo había llamado «un natural ardor juvenil», pero ella no estaba segura de entender a qué se refería ni podía preguntarlo porque en primer lugar ni siquiera debería haberlo oído. Ahora, no obstante, observó a Haversham prestando mayor atención a la forma en que veía a su prima y comprendió que su mirada parecía limitada a esa figura preciosa que tenía ante él y por completo incapaz de ver lo que estaba más allá de ese bonito exterior. Según Gabriel, su amigo era uno de los hombres más listos que había conocido y Eleanor podía dar fe de ello tan solo tras haberlo tratado un par de semanas, pero estaba claro que ese «ardor juvenil» podía enceguecer a cualquiera.

—Cecily, necesito que prometa que esperará por mí —continuó él ante el silencio de la joven.

Eleanor frunció el ceño ante el ardoroso pedido y notó que Cecily hacía otro tanto, mostrándose indecisa por primera vez desde su llegada.

—¿Esperar? —repitió ella, y Eleanor captó la duda en su voz—. ¿Esperar a qué?

El señor Haversham no debió de advertir esa vacilación de inmediato porque esbozó una sonrisa y mantuvo sus manos firmemente unidas.

—Ya se lo he dicho. Por mí. Por ambos —aclaró él—. No será sencillo, y tal vez tome tiempo, pero le prometo que valdrá la pena. Tan pronto como termine en Oxford iniciaré mi viaje y una vez que haya asegurado mi futuro volveré a Inglaterra.

Eleanor aprovechó el silencio de su prima para rebuscar en su memoria lo que Gabriel le había contado de su amigo. Aunque el señor Haversham había sido encantador con ella, la verdad era que no contó mucho acerca de sí mismo en las ocasiones en que compartieron un poco de tiempo, lo que no dejaba de tener lógica, claro. ¿Por qué confiaría sus más íntimos deseos a una niña que solo inspiraba en él ternura y una buena cuota de compasión? Pero Gabriel nunca fue tan discreto y le había contado que Haversham era el segundo hijo de un vizconde de origen irlandés y que su familia, aunque antigua y con unos blasones irreprochables, distaba de ser rica. Meramente acomodados, fue el término que usó recordándole un poco a su madre, para su disgusto. Según él, James, como lo llamaba, era tan inteligente y ambicioso que dudaba de que fuera a conformarse con las circunstancias en las que lo había puesto la vida. Tenía familiares en América y su mayor anhelo era culminar sus estudios en Oxford para viajar allí y forjarse su propio futuro; uno mucho más acorde con sus deseos.

Todo ello pasó por la mente de la chiquilla en unos cuantos segundos y comprendió que era eso lo que el señor Haversham pedía a su prima; que tuviera paciencia y confiara en él lo suficiente para esperar a su regreso. Él no tenía cómo saber, sin embargo, que Cecily ni era paciente ni entregaría jamás su confianza a alguien basada tan solo en una promesa, por mucho que se sintiera atraída por ese alguien. Pero Eleanor sí lo sabía y por eso no le extrañó comprobar

que de pronto ella se veía algo menos entusiasmada de lo que se había mostrado hasta entonces y que daba un paso hacia atrás para poner cierta distancia entre ambos. Ese gesto sí que pareció ser lo bastante significativo para que Haversham lo advirtiera porque frunció el ceño y la observó con extrañeza.

—¿Cecily?

La joven sacudió la cabeza de un lado para otro y sujetó una mano contra la otra con la mirada puesta en un punto sobre su hombro como si se supiera incapaz de verlo a los ojos.

—Soy muy joven para adquirir un compromiso como el que me pide, mi madre jamás lo consentiría —musitó ella simulando una pena que, Eleanor supo, no era del todo fingida; en verdad lo lamentaba—. Además, seré presentada en la corte la próxima temporada y no sé lo que ocurrirá entonces. Tal vez…

—Tal vez conozca a alguien más —culminó él por ella en un tono grave y carente del ardor que había mostrado hasta entonces—. Alguien más conveniente.

Eleanor hubiera deseado cubrirse los ojos con las manos para no ver la profunda decepción en cada uno de sus gestos, pero fue incapaz de hacerlo. El deseo de no perderse ni un instante de lo que ocurría pareció ser más fuerte que ella y se sintió un poco avergonzada por ello.

—Espero que no me juzgue. Han sido unos días deliciosos y confío en que podamos vernos nuevamente…

—¿Para qué? —Haversham interrumpió las palabras de Cecily una vez más, ahora con mayor aplomo y evidente indignación—. ¿Con qué objeto podría desear verme una vez más, Cecily? ¿Por qué querría verla de nuevo luego de conocer sus verdaderos sentimientos?

La joven exhaló un suspiro que revelaba su enojo y frustración y levantó el rostro para verlo con ojos brillantes. Eleanor supo sin asomo de duda que eran lágrimas de rabia por lo que hubiera deseado y que sabía que no podía poseer.

—¿Sentimientos? —repitió ella—. ¿Qué tienen que ver los sentimientos con esto?

—¿Que qué tienen…? ¡Todo! —Haversham no parecía poder creer lo que oía—. Le he abierto mi corazón con la esperanza de ser correspondido, pero ahora veo que era un deseo ridículo. Es evidente que usted no siente lo mismo por mí; de hacerlo, no habría vacilado en asegurar que esperaría a mi regreso.

Cecily emitió una risa seca y carente de gracia, y Eleanor sintió que se le erizaban los vellos del brazo; la conocía lo suficiente para saber que su propia frustración estaba a punto de orillarla a decir algo hiriente y hubiera deseado tener el valor para descubrirse y bajar corriendo para evitar que dijera cualquier cosa que pudiera lastimar más al hombre que se encontraba frente a ella y que parecía aún demasiado inocente para entender a lo que se enfrentaba. Una vez más, sin embargo, se vio imposibilitada de mover un solo músculo; tenía demasiado miedo de lo que diría su tía si se enteraba de esa travesura.

—Es usted un iluso. Mezcla sentimientos y esperanza con la realidad —espetó la joven y su hermoso rostro se vio deformado por el desprecio—. ¿Cree que arriesgaría todo lo que puedo obtener por unos cuantos besos y una promesa? Usted podría morir, no regresar nunca, y entonces yo habré perdido la oportunidad de ser feliz.

Haversham se llevó una mano a la nuca y una mueca de desagrado reemplazó el sufrimiento que había mostrado hasta entonces. A Eleanor le pareció que finalmente parecía consciente de lo que ocurría y supuso que ese gesto era al fin y al cabo una muestra de lo que pensaba de Cecily y sus principios.

—Bueno, tal vez no muera. Tal vez sí regrese, pero es posible que lo haga siendo tan pobre

como lo soy ahora —comentó él con una voz que restalló en el espacio como un látigo—. Esa, supongo, sería una desgracia aún más penosa para usted que mi muerte, ¿verdad? Es eso lo que la atormenta: la ausencia de dinero y poder. Puedo verlo ahora.

Ni siquiera alzó la voz, sino que habló en un tono bajo y pausado que precisamente por ello resultó más impresionante y a Eleanor le pareció que algo acababa de ocurrir; como si ese incidente, esas duras palabras intercambiadas hubieran obrado un cambio en él. Le costó atisbar al joven bromista y jovial con el que había interactuado los últimos días bajo esas capas de cinismo y amargura. Cecily también debió de verlo, porque la expresión de enojo fue reemplazada por otra de arrepentimiento e hizo amago de posar una mano sobre su brazo, pero él se alejó con la espalda envarada y un gesto de desagrado. Tenía las manos hechas puños a los lados y se veía como si le costara mantener el semblante controlado.

—James…

Él la interrumpió al elevar el rostro y clavar una profunda mirada en sus ojos.

—Debería marcharse ahora; regrese a casa. No deseará ser sorprendida en una situación que pueda comprometerla; ya bastantes riesgos ha corrido —indicó él, interrumpiéndola—. Pero me alegra que hayamos hablado; acaba de hacerme un gran favor y espero tener alguna vez la oportunidad de agradecerlo como merece.

Hubo un leve aire amenazador en sus palabras que incluso alguien tan poco presta a los matices como Cecily debió de captar porque no se atrevió a decir nada que pudiera contrariarlo aún más. En lugar de ello, emitió un bufido de rabia poco femenino y lo miró con la frustración impresa en cada uno de sus rasgos antes de pasar por su lado y alejarse con pasos apresurados, dejando una estela de perfume y la sombra de sus rizos dorados al desaparecer por la puerta entornada.

Tan pronto como ella se fue, Eleanor se inclinó un poco más hacia adelante con el fin de mirar mejor al señor Haversham, quien se había quedado de pie en el mismo lugar sin moverse en absoluto, como una estatua hecha de sal. Por unos minutos todo fue silencio, un vacío casi palpable apenas roto por los sonidos ahogados que provenían de los cubículos en los que se encontraban los animales. Habría querido decir algo, lo que fuera que ayudara a que la expresión de derrota que reflejaba su rostro desapareciera para siempre, pero no se atrevió.

Algo ocurrió entonces que habría de marcar profundamente la visión que tenía de ese hombre. De pronto, advirtió que levantaba los hombros y los dejaba caer en un gesto de desaliento antes de empezar a emitir unos sonidos que en un inicio le costó reconocer; al cabo de un instante, sin embargo, comprendió que reía. Reía con unas horribles carcajadas que retumbaron en sus oídos, pero estas cesaron de golpe cuando ya estaba a punto de llevarse las manos a la sien para dejar de oírlas; por algún motivo la lastimaban como si le hubieran rasguñado el corazón. Entonces siguió un nuevo silencio y cuando Haversham ladeó el rostro y unos rayos de sol que se colaban por el tragaluz dieron de lleno sobre su perfil, advirtió cierta humedad en sus mejillas que le sorprendieron tanto que, sin darse cuenta de lo que hacía, tiró el cuerpo hacia adelante con la mala fortuna de apoyar una mano sobre un hato de heno que se movió haciendo un crujido que reverberó en la estancia como un trueno.

Esperó temblando a que algo ocurriera; tenía las manos unidas y temblorosas contra su pecho. Rogaba porque él, perdido en sus pensamientos, no hubiera dado importancia al sonido, que lo achacara a cualquier cosa que no fuera el lugar en el que ella se encontraba, pero tan pronto como lo vio mirar en su dirección supo que no sería tan afortunada. Pese a todo, no hizo un solo movimiento con la esperanza de que lo dejara pasar; quizá fue por ello que pegó un bote cuando

lo oyó hablar con una voz tan helada que le provocó un escalofrío.

—Baja.

No se le ocurrió desobedecer; supuso que no tenía sentido dilatar lo inevitable, de modo que no esperó a que lo repitiera. Con un hondo suspiro y el rostro sonrosado por la vergüenza, hizo lo que le pedía. Sus piernas temblaban en tanto descendía por la precaria escalinata de madera, pero no vaciló al poner un pie sobre el piso inferior o al acercarse a él con la cabeza gacha hasta quedar a unos cuantos pasos de distancia. No quería ver su rostro ni encontrarse con la retahíla de reproches que estaba segura de merecer.

Sin embargo, cuando pasaron unos minutos sin que él dijera una sola palabra, elevó el rostro sin poder reprimir su curiosidad. Ojalá no lo hubiera hecho.

El hombre la observaba con ira contenida, como esperaba, pero también advirtió algo más. Se veía profundamente avergonzado, y tan herido que sintió que todo su temor se evaporaba reemplazado por una oleada de compasión. El señor Haversham debió de advertirlo porque desvió la mirada, apretando los labios como si la idea de ser el objeto de ese sentimiento proveniente de una chiquilla huérfana en unas circunstancias mucho más penosas que las suyas le pareciera intolerable.

—No debes decir ni una palabra de lo que has visto u oído —él volvió a hablar al cabo de un momento, aún sin mirarla—. Necesito que lo prometas.

Eleanor se vio asintiendo antes de darse cuenta de lo que hacía, pero él no podía verla, de modo que se obligó a hablar, carraspeando para aclarar su voz luego de permanecer durante tanto tiempo en silencio.

—No diré nada. Lo prometo.

El eco de su voz, queda y suave, permaneció flotando entre ambos hasta que el joven pareció encontrar las fuerzas para mirarla nuevamente y, cuando lo hizo, buena parte de esas emociones que habían despertado su simpatía habían desaparecido. En ese momento Eleanor solo fue capaz de identificar un profundo resentimiento fijo en cada uno de sus rasgos y en el mentón elevado que parecía desafiar a quien fuera que se atreviera a decir algo que le recordara lo que acababa de ocurrir.

—Ojalá fuera tan joven como tú —musitó él como si hablara tan solo para sí—. Eres muy afortunada de no conocer aún esta clase de decepciones.

—Las hay de otro tipo.

Eleanor respondió sin poder contenerse; ese era otro de los muchos defectos que señalaba su tía con frecuencia: no sabía cuándo mantener la boca cerrada. Su réplica, sin embargo, no pareció ofender al joven porque la miró con una ceja elevada y una suave sonrisa en los labios.

—Cierto —asintió él—. Y seguro que pese a tu juventud debes de haber experimentado unas cuantas. Lo lamento.

Eleanor no dijo nada, pero asintió suavemente y miró su rostro con curiosidad.

—¿En verdad planea marcharse? —preguntó ella.

Haversham cabeceó y encuadró los anchos hombros con un brillo en la mirada que le hizo pensar en un general preparándose para una batalla contra un enemigo invisible.

—Claro. Lo tengo decidido y estoy convencido ahora más que nunca de lo que debo hacer. —Él la observó con una mueca irónica en los labios—. Supongo que es algo que debo agradecer a tu prima.

—Ella no es buena.

Una vez más, las palabras escaparon de sus labios antes de que pudiera detenerlas, pero él no

pareció encontrarlas ofensivas; por el contrario, ensanchó la sonrisa y asintió suavemente sin dejar de observarla.

—Eso ya lo he notado, pequeña Ellie.

Por algún motivo, no le gustó que él la llamara de esa forma; lo había hecho antes, pero en ese momento le sonó casi como una ofensa. No dijo nada, sin embargo, y él tampoco pareció interesado en profundizar en esa conversación, sino todo lo contrario. Exhaló un suspiro y vio de un lado a otro con un gesto que le pareció que delataba un profundo desaliento por mucho que se esmerara en fingir una energía que debía de estar lejos de sentir.

—Solo tenía que esperar…

Sus palabras, dichas en un tono muy suave y casi inaudible, llegaron a oídos de Eleanor y supo perfectamente a qué se refería. Hubiera querido decir que le parecía muy tonto por su parte haber albergado una esperanza como aquella basándose en la nobleza de su prima, pero una vez más se vio incapaz de decir una palabra. Se contentó con observarlo como si hubiera deseado grabar cada uno de sus rasgos en su memoria: de su cabello sedoso y oscuro a sus afiladas facciones; la tersa piel que debía de sentirse suave al tacto; los labios carnosos; pero sobre todo sus ojos, que eran los más expresivos que había visto nunca. Oscuros y almendrados, parecían ser capaces de develar todas las emociones que se esforzaba tanto por ocultar.

Entonces el señor Haversham hizo un gesto decidido, enmascaró una vez más sus reales pensamientos y le dirigió una última mirada.

—Adiós, Ellie —dijo él—. Espero que nos veamos de nuevo algún día.

Pareció una despedida al uso, tan solo palabras vacías que debió de decir porque era lo más apropiado y porque ya había notado que era un hombre apegado a las formas; pero para ella tuvieron un significado muy distinto. Resonaron en sus oídos como una promesa y las guardó profundamente en lo más hondo de su corazón. Haversham dio entonces una cabezada en su dirección y se fue sin dirigirle una segunda mirada, pero Eleanor permaneció allí durante un buen tiempo con los ojos puestos en la puerta que él acababa de atravesar, y cuando supo que no sería oída entreabrió los labios y esbozó una triste sonrisa.

—Yo esperaré.

Sus palabras resonaron en el espacio vacío antes de morir lentamente.

Sí. Ella lo habría esperado todo el tiempo que él hubiera pedido.

Capítulo 1

Ocho años después. 1888

—¡Ellie!

La voz de la tía Margaret hubiera sido una adición maravillosa a la bandada de aves que surcaba el cielo cada mañana y cuyos graznidos resonaban en la casa sin pausa durante varios minutos. La diferencia era que Eleonor apreciaba el sonido de las aves mientras que bastaba con oír la voz de su tía para que sintiera el irreprimible deseo de esconderse bajo una mesa y hacer como si no la hubiera escuchado. Desde luego, esa no era una opción, de modo que aquella tarde, como hacía siempre, contuvo un quejido y abandonó su agradable refugio en el sillón al lado de la chimenea en el salón familiar que, en ese momento, salvo por ella, se encontraba desocupado.

El tío Eneas debía de encontrarse en las afueras, dando su paseo diario, mientras que Gabriel llevaba ya varias semanas en Londres, lo que la dejaba a ella como única compañía de tía Margaret. No por primera vez lamentó que Cecily hubiera decidido permanecer en la ciudad una vez que enviudó; ella sin duda encontraría mucho más agradable pasar el tiempo con su madre.

Sus pasos se detuvieron bruscamente al pensar en su prima y su mirada se vio irremediablemente atraída hacia el gran espejo del vestíbulo. Sin pensar y haciendo oídos sordos al nuevo llamado de su tía, se acercó hasta quedar a un palmo de distancia de la superficie de cristal y se observó con ojo crítico.

Las promesas respecto a que con el tiempo terminaría por parecerse a Cecily no habían sido del todo cumplidas. Cierto que había cierto aire familiar, pero no muy distinto del que compartía con Gabriel, por ejemplo; por lo demás, se había convertido en una criatura hermosa, pero poco alejada del ideal de belleza que sus primos abarcaban tan bien; en especial Cecily. Ella era rubia y dotada de una claridad que recordaba a la luz del sol; sus grandes ojos azules irradiaban todo tipo de promesas y la sonrisa siempre presta en los labios invitaba a admirarla. La pequeña Ellie, como continuaba llamándola su tía, era todo lo contrario. Si su prima simulaba atraer toda la luz hacia ella, Eleanor parecía hecha de absoluta oscuridad. Mientras que la belleza de Cecily evocaba a un día de sol, la suya hubiera podido pasar como el retrato de una noche de luna.

Con su cabello tan oscuro como el plumaje de un cuervo, los ojos grises matizados por largas pestañas y los labios rojos en contraste con su piel casi traslúcida, imponía cierta distancia. No sonreía demasiado, además, pero eso se debía a que no tenía muchos motivos para hacerlo.

—¡Ellie!

Eleanor se llevó una mano al rostro y exhaló un hondo suspiro al tiempo que abandonaba ese breve momento de vanidad frente al espejo y retomaba su andar en dirección al saloncito de su tía, un lugar que en la medida de lo posible prefería evitar, pero en el que terminaba siempre un día sí y otro también. Después de todo, era allí donde tía Margaret pasaba la mayor parte del

tiempo y desde donde acostumbraba llamarla.

Antes de golpear la puerta para anunciar su presencia, Eleanor hizo lo mismo que hacía cada vez que sentía que estaba a punto de perder la paciencia. Se recordaba que, más allá de lo que pudieran molestarle las maneras de su tía y el que pensara que se encontraba siempre a su disposición, les debía tanto a ella y a su tío Eneas que era justo que dejara su enojo de lado y se mostrara tan agradecida como sin duda debía sentirse. No muchas personas hubieran tomado bajo su protección a una criatura que era poco más que un bebé cuando quedó huérfana y la hubieran criado como a una de los suyos. Bueno, no precisamente como a una de los suyos, no en realidad, pero habían sido afectuosos y más que justos, y eso era mucho más de lo que habría cabido esperar en sus circunstancias. De no ser por ellos, habría terminado en un hospicio, como decía tía Margaret con frecuencia.

Con un nuevo suspiro, golpeó suavemente la puerta entornada y no tuvo que esperar demasiado a que su tía la invitara a entrar.

La tía Margaret se encontraba recostada sobre su diván favorito y uno de sus caniches reposaba sobre un cojín, a sus pies y sobre la alfombra que el tío Eneas había hecho traer de algún lugar alejado del Medio Oriente. A Eleanor jamás le había gustado la decoración de ese salón; le resultaba opresiva y demasiado recargada con tantos muebles demasiado lujosos para la campiña, pero a tía Margaret le encantaba, igual que a Cecily. Lo mismo que ella, Gabriel prefería mantenerse alejado de ese lugar tanto como podía, pero sus esfuerzos eran tan infructuosos como los suyos. A sus tíos les encantaba tener a su primogénito cerca; tal vez eso explicara que últimamente su primo inventara mil excusas para permanecer en Londres.

—¡Al fin! No te quedes ahí de pie sin hacer nada, niña, acércate.

La voz de su tía la obligó nuevamente a hacer a un lado sus pensamientos y esbozó una sonrisa antes de hacer lo que le pedía, pero no se sentó hasta que la dama hizo un gesto para que lo hiciera. Ella escogió un taburete alejado del caniche, que la veía con unos ojillos que le parecieron malévolos. A Eleanor siempre le habían gustado más los gatos.

Su tía se acomodó mejor en el asiento dejando en evidencia su extrema delgadez, pero esa fragilidad era engañosa. En el fondo, poseía la salud de un toro y podía mostrarse tan enérgica como el hombre más corpulento; pero prefería aparentar delicadeza porque en su opinión era lo que se esperaba de una dama. Era algo que había conseguido inculcar con éxito en Cecily, pero con frecuencia se quejaba por haber fracasado con Eleanor. En su opinión, su sobrina se conducía con la sutileza de un pirata, una comparación que a ella secretamente siempre le había encantado. ¿Quién no querría ser un pirata?

—¿Necesita algo, tía?

Eleanor habló al comprender que su tía no diría nada aún, parecía demasiado entretenida observándola al tiempo que se golpeaba una mano con un sobre en el que acababa de reparar. Su voz resonó en la estancia; era baja, ligeramente grave, y muy agradable al oído con una pronunciación refinada, un signo inequívoco de que al menos en eso la tía Margaret había tenido cierto éxito. Ella siempre la incordiaba para que cuidara su voz y se esforzara porque sonara tan distinguida como fuera posible. Eso a Eleanor le daba más o menos igual, pero debía reconocer que le había servido de mucho cuando narraba sus historias en voz alta.

—Desde luego que te necesito, no te habría llamado de no ser así. —Su tía le dirigió una nueva mirada cargada de interés y frunció un poco la nariz, como si no se encontrara del todo satisfecha con lo que veía—. ¿Qué le ha ocurrido a tu vestido? ¿Dónde te has metido esta vez?

Eleanor contó hasta tres antes de responder.

—Fui un momento al establo, pero me cambiaré antes de la cena —explicó ella sin molestarse en entrar en detalles que estaba segura su tía no apreciaría.

La dama rumió algo entre dientes. Parecía como si estuviera a punto de regañarla, tal y como había hecho muchas veces antes al referirse a esa costumbre de su sobrina que encontraba extraña y de mal gusto. ¿Qué señorita bien educada gustaba de internarse en un lugar tan sucio como el establo con el único fin de leer o admirar a los animales? Pero debió de pensar que era una batalla perdida y una pérdida de tiempo, porque suspiró y elevó la mano que sostenía el sobre para llamar su atención.

—He recibido carta de Gabriel —anunció ella—. Me gustaría que la leyeras.

Eleanor arqueó las bien delineadas cejas antes de tomar el sobre que su tía le tendió, extrañada por esa deferencia. Nunca permitían que leyera las cartas de Gabriel que no llegaban a su nombre. Su primo le escribía con cierta frecuencia, pero eran notas más bien breves adjuntas a la correspondencia dirigida a sus padres; según él, estaba convencido de que su madre las leía antes de entregárselas y por eso prefería esperar a verla nuevamente para contarle sus últimas aventuras, como le gustaba llamar a su vida en Londres. Eleanor esbozó una sonrisa divertida y cargada de nostalgia al rememorar el rostro atractivo y amistoso de su primo en tanto leía su carta bajo la profunda mirada de tía Margaret.

En un inicio no leyó nada que le sorprendiera. Gabriel se interesaba por la salud de todos los habitantes de la casa, expresaba sus cálidos saludos y pasaba a contar algunas cosas de Londres, como los bailes a los que había asistido o las personas a quienes había visto y que se mostraron interesados por su familia. Cuando iba por el tercer párrafo, sin embargo, Eleanor advirtió que el tono de la carta variaba a uno más serio poco habitual en él.

Según Gabriel, había pasado un par de días hospedado en casa de su hermana y se sentía un tanto preocupado por el estado en que la encontró. Con mucho tiento, indicaba que a su parecer la dulce Cecily parecía haber caído en lo que llamó «las mieles de la gran ciudad», lo que a su parecer no tenía nada de reprochable; sin embargo, considerando que apenas acababa de terminar el periodo de luto por la muerte de su marido, tal vez fuera mejor que se mostrara algo más reservada.

Eleanor contuvo una mueca al intentar descifrar las cuidadas palabras de su primo. Era una forma cortés y delicada de decir que a su parecer su hermana estaba asumiendo un comportamiento impropio que podría enlodar su reputación, en especial si planeaba casarse nuevamente. Aunque allí no lo mencionaba, claro, hubiera sido poco diplomático, pero todos en la familia sabían que era lo que tanto ella como su madre esperaban que ocurriera más temprano que tarde. Cecily no estaba hecha para el papel de una viuda doliente. No era un secreto que su matrimonio fue un mero trato de conveniencia y que nunca amó a su marido, un hombre veinte años mayor y cuyo mayor atractivo era su título de barón y una considerable fortuna que, según Eleanor había alcanzado a oír, no era en realidad tan cuantiosa como todos pensaban.

—¿Por qué tardas tanto? Creí que leías mucho más rápido.

El regaño de su tía, quien se veía impaciente, la obligó a retomar la lectura, esta vez con mayor urgencia, lo que fue una suerte porque precisamente llegó a una parte en la que era mencionada. Sin embargo, tuvo que regresar a leer un par de veces antes de pestañear, sorprendida, y no le quedó más alternativa que tragarse las preguntas que trepaban por su garganta hasta no haber terminado con el contenido de la carta. Gabriel se despedía con palabras amables y mencionaba que esperaba una respuesta lo antes posible a su sugerencia respecto a cómo ayudar a Cecily.

—¿Y bien? —inquirió su tía una vez que la vio doblar el papel con movimientos medidos—.

Reconozco que en un inicio la sugerencia de Gabriel me pareció absurda, pero he estado pensando al respecto y creo que podría ser una solución para todos. ¿Qué es lo que piensas tú?

Eleanor estuvo tentada a preguntar si acaso importaba lo que ella pudiera opinar al respecto; conocía lo suficiente a su tía para saber que ya había tomado una decisión y que el hecho de que estuviera o no de acuerdo con ella era irrelevante. Se haría lo que ella dispusiera, así ocurría siempre. Lo curioso era que, por primera vez desde que podía recordar, lo que su tía deseaba y su más caro anhelo eran exactamente lo mismo. Hubiera podido abrazar a Gabriel hasta la muerte para agradecer esa idea brillante que había tenido, pero no permitió que su tía advirtiera su emoción. Ella era capaz de desconfiar si notaba cuánto la entusiasmaba la idea y no deseaba exponerse a que cambiara de opinión.

—Bueno… —empezó ella, mostrándose cauta—. Nunca he estado en Londres.

—Cierto.

—Y según ha dicho con frecuencia no es el mejor lugar para una joven como yo —continuó ella ante el asentimiento de su tía—. Es más, recuerdo que Gabriel sugirió un par de veces que podría ir haciéndole compañía y usted se negó rotundamente.

La dama asintió una vez más y frunció un poco el ceño al recordar.

—Es verdad; pero en aquellas ocasiones mi hijo fue bastante imprudente al sugerir que podrías ir para divertirte y asistir a esos bailes que él parece disfrutar tanto —señaló ella como si la idea le pareciera ridícula—. En este caso se trata de algo totalmente distinto. Irías para prestar ayuda a Cecily; por el contenido de la carta verás que requiere de la asistencia de las personas que se preocupan por ella.

En opinión de Eleanor lo que su prima había requerido siempre era una buena tunda para que dejara de comportarse como una chiquilla malcriada que pensaba que lo merecía todo, pero se cuidó de decirlo.

—Desde luego —comentó ella, mostrándose modesta—. No puedo estar más de acuerdo con usted. Pobre Cecily.

La dama asintió, complacida, y se llevó las manos al pecho.

—Es evidente que la pérdida del querido Percy la ha consternado demasiado.

Una vez más, Eleanor se vio en la necesidad de contener su lengua. Sir Percival Walwyn nunca gozó de las simpatías de la familia; en realidad, era posible que les desagradara tanto como a su esposa, pero por algún motivo, desde su muerte, la tía Margaret parecía haber decidido que debían olvidar esa impresión y hablar de él como si hubiera sido poco menos que un santo.

—Pero ha pasado ya más de un año…

La sencilla réplica de Eleanor surgió el efecto deseado. A su tía le entusiasmaba cualquier recordatorio de que su hija podía ya contraer un nuevo compromiso sin ser mal vista por la sociedad.

—Es verdad. Un año. —La señora suspiró en una mezcla de pesar y satisfacción mal disimulada—. Por ello, precisamente, nuestra querida Cecily necesita nuestro apoyo más que nunca. Está en un momento crucial de su vida y no podemos permitir que cometa un error que podría costarle caro. Espero que seas consciente de lo importante que es lo que voy a encomendarte, Ellie; confiaré en tu buen juicio y en el amor que sientes por tu prima para que hagas lo mejor para ella.

Si el éxito de esa empresa estaba regido por el amor que Cecily se había molestado en cultivar entre ambas a lo largo de los años, Eleanor se dijo que más le valía no molestarse siquiera en intentarlo, pero estaba segura de que eso Gabriel ya debía de haberlo pensado, lo mismo que ella.

De modo que asintió sin vacilar, rogando porque su primo hubiera pensado en alguna otra forma de controlar a su hermana sin tener que volcar semejante responsabilidad sobre sus hombros.

—Haré lo mejor que pueda, tía. Lo prometo —aseguró ella.

La dama cabeceó, satisfecha.

—Bien. No esperaba menos. Estoy segura de que sabrás apreciar todo lo que hemos hecho por ti y este es el mejor momento para que agradezcas nuestros esfuerzos. —La mirada de la señora se detuvo un momento sobre su rostro y sacudió un rizo caído sobre su frente con un movimiento vigoroso—. ¿Quién sabe? Tal vez puedas resultar también beneficiada de esta experiencia.

Eleanor no necesitó preguntar a qué se refería. Aunque su tía acostumbraba decir que consideraba poco probable que la pequeña Ellie pudiera despertar el interés de un caballero y que prefería que permaneciera a su lado para servirle de compañía durante sus últimos años, fue evidente que en ese momento se preguntó si, tal vez, no fuera un caso del todo perdido.

Según había escuchado en una conversación entre ella y el tío Eneas, al no disponer de un solo centavo a su nombre, era poco menos que una paria social, pero eso a ella no podía importarle menos. La idea de contraer matrimonio le provocaba escalofríos; había pasado toda su vida dependiendo de la caridad de unos familiares que no dudaban nunca en restregarle esos favores como si esperaran que lo agradeciera cada segundo de su existencia. Pasar a convertirse en propiedad de un hombre para sufrir una vez más esa clase de humillaciones hasta su muerte le provocaba arcadas. Ella era perfectamente capaz de valerse por sí misma, lo tenía decidido; lo único que necesitaba era una oportunidad para ponerse a prueba, y ese viaje era la ocasión perfecta.

Al comprender que había permanecido demasiado tiempo en silencio y que su tía le dirigía una mirada cargada de extrañeza, compuso el semblante y esbozó su más dulce sonrisa, rogando porque no fuera capaz de adivinar lo que pensaba.

—¿Cuándo debo marchar, tía? —preguntó, deseosa de que retomara su atención a un tema menos peliagudo que su futuro.

La señora frunció levemente el ceño antes de responder.

—Lo antes posible —declaró al cabo de un instante de duda—. Pero tendrás que viajar sola porque no puedo prescindir de una de las doncellas para que te acompañe y jamás se me ocurriría pedir a Gabriel que venga hasta aquí tan solo para regresar a Londres contigo.

Con seguridad, a su primo eso no le haría ninguna gracia. Había sido muy claro en su carta al señalar que si su madre consentía en permitir que Eleanor viajara a Londres para servir de compañía a su hermana debía avisarle de inmediato para que él hiciera los arreglos del viaje. A Eleanor aquello no le importaba demasiado; por el contrario, le parecía una aventura de lo más interesante. Jamás había hecho un viaje tan largo sola y dudaba de que pudiera ocurrirle algo malo; su corazón palpitaba a toda velocidad, emocionado tan solo de pensar en todo el tiempo que pasaría a solas sin más compañía que sus historias.

—Tiene razón, tía, no será necesario. Estaré perfectamente —asintió Eleanor, controlando el entusiasmo en su voz—. Pero avisará a Cecily, ¿verdad? Ella debe saber de mi llegada.

La dama apretó los labios un instante al tiempo que desviaba la mirada para acariciar con un gesto distraído el pelaje del perro que roncaba a sus pies.

—Desde luego que le escribiré. Lo haré inmediatamente… pero debes saber que es posible que a ella la idea no le alegre demasiado. Ha vivido alejada de la familia durante demasiado tiempo y será difícil tener que hacerse cargo de ti.

Eleanor reprimió la réplica que subió por su garganta y la acalló con una suave tos. Solo su tía

sería capaz de retorcer de esa forma los hechos. ¿No acababa de decir que las cosas eran a la inversa? ¿No era ella quien iba a emprender un viaje de treinta y dos millas para ir en ayuda de su prima? De cualquier forma, ni siquiera se molestó en intentar corregirla; ella pensaba siempre lo que más le convenía y Cecily era igual. Con seguridad, su prima la recibiría como si se tratara de una molestia, pero estaba preparada para enfrentarla.

—Procuraré no molestar demasiado —Eleanor apenas consiguió disfrazar el sarcasmo en su voz al responder—. Entonces debería ponerme de inmediato con los arreglos. Tendré que preparar mi equipaje…

Su tía asintió sin demasiado entusiasmo e hizo un ademán distraído al tiempo que posaba la mirada en la carta que Eleanor acababa de dejar sobre una mesilla entre ellas. Aunque no lo dijo, fue obvio para su sobrina que estaba más preocupada por el futuro de su hija de lo que quería reconocer.

—Sí. Hazlo. Y habla también con Timmons para que se encargue de disponer un carruaje que te lleve hasta Guildford. Podrás tomar un tren a Londres desde allí.

Eleanor contuvo su emoción frente a la idea de su primer viaje en tren. ¡Y a solas!

—Lo haré de inmediato, tía. —Se puso de pie con delicadeza para que su tía no la acusara de moverse como una yegua, tal y como acostumbraba hacer, y esbozó una suave sonrisa—. No debe preocuparse por Cecily. Ella estará bien y haremos lo posible por ayudarla.

La señora levantó bruscamente la cabeza al oírla y clavó una mirada acerada en su rostro. En ese momento, a Eleanor le pareció como si resintiera su tono amable y la tranquilidad con que se expresaba. Tal vez se preguntara por qué no era su hija quien se encontraba en su lugar; alejada de las amarguras de la vida y de las consecuencias de sus malas decisiones. Pero no dijo una palabra, ni de reproche ni de agradecimiento; tan solo asintió y desvió la mirada una vez más y Eleanor lo tomó como una señal para que se marchara.

La joven dejó el salón con pasos medidos y la postura envarada, tal y como sabía que su tía esperaba que hiciera; pero tan pronto como se alejó lo suficiente echó a correr en dirección al segundo piso, donde se encontraba su habitación. Rebasó en su carrera a una doncella y a Jules, el chico que surtía de leña a las chimeneas, pero ignoró la expresión sorprendida de ambos, demasiado emocionada para importarle lo que pudieran pensar. De cualquier forma, tenía una bien ganada reputación de chiquilla extraña, por lo que su forma de actuar tan solo cimentaba esa fama.

Una vez que llegó a su habitación, algo alejada de las que ocupaban sus tíos y primos, y mucho más pequeña que estas, cerró firmemente la puerta tras ella y empezó a dar pequeños saltos en una suerte de danza que terminó por deshacer su ya desbaratado peinado, con lo que sus largos cabellos oscuros cayeron sobre su rostro. Tendría que cortarlo, se dijo en un rapto de inspiración en tanto lo hacía a un lado. No podría dejar atrás esa imagen de niña si continuaba con los largos mechones hasta su cintura.

Pero eso sería luego, lo mismo que preparar sus mejores vestidos para el viaje. Antes tenía que ocuparse de organizar sus libretas, revisar una vez más las historias en las que había trabajado y asegurarse de que contaba con algo de dinero ahorrado por si tenía que conducirse por su cuenta una vez que llegara a Londres. Dudaba de que su tía dispusiera una suma decente para sus gastos, y sin duda Cecily se echaría a gritar antes de darle un penique, así que era una suerte que siempre se hubiera preocupado por reservar sus escasas ganancias. Las mismas que esperaba aumentar tan pronto como pusiera un pie en la ciudad, se dijo retomando sus saltos entre risas.

El señor Perkins no lo creería cuando se presentara en su oficina. Tal vez debería escribirle

para anunciar su llegada; sin duda hubiera sido lo más apropiado, pero quería que fuera una sorpresa. Lo haría todo más emocionante.

Cuando sintió que sus rodillas estaban a punto de doblarse por el esfuerzo, se dejó caer sobre la cama cuan larga era sin dejar de reír. ¡Londres! ¡Al fin! Cerró los ojos y se llevó las manos al rostro, sintiendo la humedad de unas cuantas lágrimas entre los dedos. Pero a diferencia de todas las que había derramado sobre esa misma cama desde que tenía memoria, cuando se preguntaba por qué sus padres habían partido tan pronto dejándola en manos de los Hartford, ahora estas eran de felicidad.

Algo en lo profundo de su corazón le decía que estaba a punto de iniciar una nueva vida; una por la que llevaba mucho tiempo esperando.

El viaje más maravilloso de su existencia.

Quienes creyeran que los largos viajes podían considerarse extraordinarias aventuras eran una caterva de ignorantes con mentes demasiado fantasiosas.

James no dejó de rumiar esas y otras sentencias poco amables para quienes mostraban cualquier tipo de entusiasmo por situaciones como las que en ese momento le tocaban vivir. Ignoró la vocecilla que le susurró al oído cuánto había disfrutado él de esa clase de experiencias en el pasado. Eso, desde luego, rezongó de mala gana, era cuando tenía la opción de hacer lo que le venía en gana. Las cosas eran muy distintas en la actualidad.

Le pareció que habían pasado meses desde que abandonó Castlecomer e inició su periplo de regreso a Londres, pero apenas habían sido un par de semanas. Sin embargo, los pensamientos que le acompañaron durante todo aquel tiempo fueron tan sombríos que el viaje se le hizo eterno. Casi apreció la tormenta que atacó la embarcación con la que hizo el tramo de Dublín a Liverpool porque estuvo tan ocupado temiendo romperse el cuello en la cubierta por el zarandeo de las olas que no tuvo tiempo para preocuparse por sus nuevos problemas. Desde luego, tan pronto como atracó en el puerto e inició el viaje a Londres una vez que se permitió descansar unas horas, estas preocupaciones regresaron con mayor ímpetu.

Ahora, en tanto inspeccionaba el compartimento que su secretario había dispuesto para él en el tren, no dejaba de dar vueltas a lo que tendría que hacer tan pronto como llegara a la ciudad, lo que según sus cálculos sucedería pronto. Según su madre había estado encantada de señalar, lo primero sería reunirse con el que fue administrador de su padre, luego con el que acababa de convertirse en su banquero y, claro, debía también encargarse de que la casa Haversham se encontrara en condiciones de ser abierta. Eso último lo dudaba seriamente, pero no tuvo corazón para señalarlo en presencia de su madre; ella parecía tan entusiasmada ante la posibilidad de volver a ocupar la propiedad de la familia en Londres que una de las pocas empresas que James llevaría a cabo con entusiasmo sería hacer realidad su sueño. En cuanto a todo lo demás, estaba tentado a bajarse del tren y buscar algún medio de transporte que lo llevara al otro lado del Atlántico de vuelta al único lugar en el que se había sentido verdaderamente a gusto.

Cerró los ojos y apoyó la cabeza contra el respaldo de cuero del asiento, complacido de que el señor Sanders hubiera conseguido un compartimento para él en primera clase lejos de miradas indiscretas; dudaba de que hubiera podido compartir ese viaje con otro ser humano.

Aún le costaba creer todo lo que había pasado en los últimos meses y necesitaba un poco de tiempo antes de hacerse a la idea de la nueva vida que esperaba por él. Habían transcurrido siete años desde la última vez que puso un pie en Inglaterra y hasta entonces estuvo convencido de

que si volvía tan solo lo haría para visitar a su familia; la posibilidad de quedarse le pareció siempre ridícula. ¿Por qué iba a dejar su vida en América? Se había forjado una estupenda reputación allí; era respetado y dueño de una fortuna envidiada; las puertas de todos los salones se abrían tan solo con pronunciar su nombre y no había una sola dama que no girara a mirarlo cuando hacía acto de presencia. Nadie lo veía como el hijo segundón de un vizconde irlandés arruinado, como era habitual en Inglaterra poco antes de dejar el país. En América era James Haversham, inversionista y hombre de mundo que podía vanagloriarse de tener el poder de convertir en oro todo lo que tocaba. Y eso a él le encantaba.

Pero el destino tenía otros planes, claro.

Cuando su madre le escribió hacía unos meses para informarle de la muerte de su hermano mayor le costó creer que fuera verdad. Él y Thomas siempre tuvieron una buena relación y jamás resintió el hecho de que él fuera el llamado a heredar el título y la propiedad familiar; a su parecer, era el hombre perfecto para ello. Incluso, cuando su padre murió hacía tres años, le escribió para felicitarlo y, aunque se disculpó por no poder asistir a los funerales, ofreció su ayuda para refundar la heredad. Tenía el dinero para ello y, como no pensaba casarse, pensó que lo mínimo que podía hacer era ayudar a su hermano para que sus futuros hijos heredaran en su momento un lugar mejor. El tiempo había sido cruel, sin embargo, porque Thomas no solo no llegó a contraer matrimonio con la que había sido su prometida durante años, sino que murió en un confuso accidente de caza cuando nadie lo esperaba.

Ahora James se había convertido en el décimo tercer vizconde de Castlecomer.

De no ser por las trágicas circunstancias que lo habían llevado a ese punto, se habría echado a reír a carcajadas.

Cuando era joven jamás ambicionó con ocupar semejante posición, se dijo, pero tuvo que hacer un gesto de desagrado al pensar en una ocasión en que ciertamente sí que lo hizo. Fue solo una vez en un corto periodo de tiempo, pero la idea le avergonzó entonces y lo hacía ahora nuevamente al recordarlo.

Ella nunca lo mereció.

En realidad, al pensar en ello sin apasionamiento, lo mejor que le pudo pasar en aquella época fue ser rechazado por la joven Hartford. Si ella lo hubiera aceptado, como él había esperado, jamás habría sido capaz de llevar a la práctica todo lo que terminó finalmente por conseguir. Claro que si la bella Cecily hubiera prometido esperar a su regreso habría ido a América de cualquier forma, pero con el pasar de los años y con la experiencia que ganó en toda clase de circunstancias, sabía que el contar con una prometida al otro lado del océano lo hubiera limitado. Pese a aquella certeza, sin embargo, no pudo evitar el aguijón de enojo que sentía cada vez que se permitía pensar en la que consideraba la mayor humillación de su vida. Había sido joven e ingenuo, claro, pero también fue sincero al desnudar su corazón y esa joven había pisoteado sus esperanzas sin vacilar.

Se preguntó qué habría sido de ella. Según supo por su madre, la única persona a quien se permitió alguna vez hablar de ese penoso incidente, se había casado con un barón acaudalado quien sin duda se habría encargado de darle todo lo que ella siempre ambicionó.

El tren traqueteó sobre las vías y el movimiento lo llevó de vuelta al presente, obligándolo a hacer sus recuerdos a un lado, lo que tal vez fuera mejor. No tenía sentido pensar en algo que pertenecía al pasado, por molesto que pudiera ser para su orgullo.

Debían de estar cerca de la estación, comprendió al mirar por la ventanilla y advertir que el vagón descendía en velocidad. Esperaba que Sanders hubiera dado una nueva muestra de

eficiencia asegurándose de que un carruaje esperara por él para llevarlo a la casa Haversham. Era lo primero que pensaba hacer: inspeccionar la propiedad para dar las órdenes que fueran necesarias y conseguir que se encontrara nuevamente habitable. Si iba a ocupar su nueva posición como vizconde de Castlecomer, no pensaba dejar nada al azar.

Abandonó el compartimento aliviado de estirar las piernas luego de un viaje tan largo y se dirigió a la salida del vagón, deteniéndose un momento antes de poner un pie en la estación. Prefirió salir solo lo suficiente para apoyarse sobre la balaustrada en lo alto de la escalerilla que descendía hasta el camino de grava y contemplar el ajetreo que se desarrollaba ante él.

No era muy distinto de América. Muchos dirían, en realidad, que los americanos eran incluso más impacientes y estaban siempre más apurados, una característica propia de una nación relativamente nueva y con tanto por llevar a cabo. Sin embargo, sintió un ramalazo de nostalgia frente a ese ordenado alboroto de decenas de personas yendo de un lado a otro bajo un cielo gris que amenazaba con descargar una fuerte lluvia sobre ellos.

Los empleados de la estación cargaban todo tipo de equipaje proveniente de los distintos vagones y algunas personas rezagadas como él iban descendiendo con diversas expresiones. Distinguió el alivio, la expectación, y también varias muestras de molestia, fuera por el viaje en sí o por lo que esperaba por ellos en la ciudad.

Cuando juzgó que había perdido ya demasiado tiempo en esa innecesaria observación llevado por una nostalgia un tanto penosa, se preparó para descender, pero algo llamó su atención unos metros más allá, casi a puertas de la estación.

Un rostro que se le antojó familiar, pero no pudo recordar de dónde, lo que sin duda era una lástima porque se trataba de un rostro muy hermoso.

La joven estaba de pie en medio de un grupo de personas que intentaban avanzar en medio de la muchedumbre, pero ella parecía demasiado fascinada por todo lo que le rodeaba como para atinar a unirse a la masa.

A la distancia le costó descifrar sus rasgos con claridad, pero se mantuvo allí, de pie y presa de una curiosa fascinación. Se veía tan expectante, embargada de tal emoción, que no pudo despegar la mirada de ella, aunque advirtió que unas cuantas personas tras él pugnaban por descender del vagón.

Alcanzó a reconocer un perfil elegante, una maraña de sedoso cabello oscuro sujeto bajo un sombrero poco atractivo y unas formas delicadas pero bien marcadas semiocultas por un vestido demasiado infantil para una figura como aquella. Lo que más llamó su atención, sin embargo, fueron sus ojos y la forma en que miraba a su alrededor. Las largas pestañas no le permitieron apreciar el color del todo salvo por un leve destello plateado, pero fue perfectamente capaz de reconocer el brillo en su mirada al posarla en las puertas de la estación. Estaba ansiosa por salir, pero también asustada; lo supo porque alguna vez, hacía muchos años, él había experimentado una contradicción similar. Ahora, sin embargo, al advertirla en ese rostro joven y hermoso colmado de expectativa, por algún motivo sintió el enorme deseo de acercarse y ofrecerle su ayuda.

El tumulto tras él aumentó y tuvo que mirar sobre su hombro para dirigir una fría mirada a los causantes de ese ajetreo, con lo que consiguió contenerlos sin demasiados problemas, pero al volver su atención a la estación se dio con la ingrata sorpresa de que la joven había desaparecido como por obra de magia. Descendió por la escalerilla como hechizado y buscándola con la mirada, inconsciente a la forma en que la muchedumbre se iba abriendo a su paso al advertir su reacción; pero no vio ni rastro de ella.

A quien sí encontró fue al señor Sanders, que esperaba por él en la entrada de la estación y quien se deshizo en disculpas tan pronto como lo divisó al acercarse. Había ido a recibirlo con un carruaje, tal y como esperó que hiciera, y llevó también a un par de jóvenes además del cochero para que se encargaran del equipaje. James contuvo el deseo de decir que eso había sido innecesario ya que en realidad no había llevado más que un par de baúles con él. El secretario se veía demasiado satisfecho con su iniciativa para decepcionarlo, por lo que se contentó con darle las gracias y subir al vehículo en tanto él y los sirvientes se ocupaban de hacer los trámites.

Mientras esperaba, miró por la ventanilla con el secreto deseo de dar una vez más con la joven que acababa de perder entre la muchedumbre, pero abandonó pronto sus intenciones al darlas por imposibles. Debía de haberse marchado ya; sin duda, lo mismo que en su caso, alguien habría ido a recibirla y ahora se encontraría camino a donde fuera que se hospedara.

Una verdadera lástima, se dijo James, acomodándose en el asiento con un suspiro. Le habría encantado volver a ver un rostro como aquel y descubrir si las expectativas que advirtió en sus gestos se habrían visto satisfechas.

—No puedo creer que hayas permitido que Ellie hiciera este viaje sin compañía. ¡Sola en un tren! Y no contenta con eso ni siquiera has tenido la sensatez de enviar un carruaje para que la recogiera de la estación. Tú y madre habéis actuado de una forma abominable, y aún más al ocultarlo de mí. ¿En qué pensabais?

Eleanor hizo amago de intervenir cuando oyó el tono indignado en la voz de Gabriel. Estaba dividida entre pedirle que no discutiera con su hermana por su culpa y exigirle por centésima vez que dejara de referirse a ella con ese diminutivo que odiaba; pero su primo parecía estar más allá de la razón y no se atrevió a interrumpirlo. Además, era tan poco habitual que alguien en la familia regañara a Cecily que se permitió disfrutar de la novedad en silencio.

En realidad, el viaje no había estado nada mal. Salvo por el temor inicial que le produjo hacer el recorrido desde Surrey en tren a solas y luego dejar la estación para buscar un carruaje de alquiler que la condujera a casa de su prima, se podría decir que lo había disfrutado. El mayordomo de su tía reservó un vagón para ella en segunda clase, mucho más de lo que había esperado, por lo que el trayecto le resultó bastante cómodo, y un amable mozo de la estación la ayudó con su equipaje hasta que se encontró instalada en un vehículo que pagó con el dinero que le facilitó su tía para ello.

—Pero ¿es que acaso soy responsable de ella? Madre dijo que vendría a ayudarme, no a ser una carga.

—Ellie ha venido para hacerte compañía y conocer la ciudad, no a ayudarte y mucho menos a convertirse en una carga.

—Eso no fue lo que dijo madre…

—¡Pero es lo que digo yo!

La declaración de Gabriel resonó en el salón y fue lo bastante imperiosa para conseguir que Cecily guardara silencio durante todo un minuto antes de dirigir una desafiante mirada a su hermano y cruzar los brazos sobre su pecho en ademán ominoso.

—Tal vez debería escribirle para aclarar este malentendido —sugirió ella con malicia.

Eleanor apretó los labios y miró de uno a otro. Era curioso que dos personas pudieran parecerse tanto en el exterior y al mismo tiempo ser tan diferentes en lo que a su carácter se refería. Si bien era cierto que las similitudes entre ambos hermanos habían ido disolviéndose con

la edad, aún conservaban varios puntos en común. La radiante belleza, para empezar. Cecily y Gabriel poseían el mismo cabello rubio que servía de marco a unas facciones bien cinceladas y que resultaban quizá demasiado afiladas en el caso de Cecily, pero en el de él solo acentuaban una fiera determinación que a veces, como en aquella ocasión, conseguía superar a duras penas la de su hermana. Por lo demás, tenían los mismos ojos azules, las cejas bien delineadas y un gesto permanente de arrogancia que, en el caso de Gabriel, al menos, Eleanor sabía que era del todo relativo. Por lo general él sería incapaz de mostrarse soberbio con nadie; a diferencia de su hermana, poseía una naturaleza más bien noble y gentil, a veces demasiado.

Cecily, desde luego, era todo lo contrario. Parecía como si toda la malicia que debió de ser repartida entre ambos hubiera recaído solo sobre ella. De allí su afilado comentario respecto a involucrar a su madre en su discusión; ella sabía perfectamente que Gabriel odiaba enfrentarse a la señora Hartford a menos que fuera del todo necesario. A pesar de su terrible temperamento, sentía verdadera devoción por ella y lo usual era que cediera siempre a sus deseos. Por eso, bastó con oír la sugerencia de su hermana para que él bajara levemente la guardia y le dirigiera una mirada de advertencia.

—Eso no será necesario. No tienes que preocupar a nuestra madre más de lo necesario —dijo él.

—Pero insisto…

Eleanor se dijo que ya había tenido bastante de permanecer como una silenciosa observadora de ese duelo infantil que le recordó demasiado a todos los que había visto en su niñez.

—Gabriel tiene razón. No hace falta que inquieten a tía Margaret por algo que no tiene importancia. No corrí ningún peligro durante el viaje, fue toda una aventura —intervino ella sin disimular su buen humor; sabía que Cecily lo odiaría, pero serviría para aplacar a su primo—. Y no deseo ser ninguna carga para ti, Cecily. Tu madre fue sincera al decir en su carta que solo quiero ayudarte.

Su prima le dirigió una mirada desconfiada. Tal vez tuviera algo que ver con el tono sumiso con el que se dirigió a ella. Eleanor nunca había sido sumisa con nadie; no en verdad, y ambas lo sabían. Pero debió de decidir que no tenía motivo para perder su tiempo con ella cuando sin duda tendría cosas mucho más importantes que hacer.

—Puedes hacer lo que quieras, pero debes saber que no necesito ninguna ayuda que puedas darme; al menos no en lo que madre tenía en mente al enviarte —respondió ella mirando a su hermano con el ceño fruncido—. No quiero imaginar qué fue lo que le contaste para que decidiera hacerla venir.

—¿No puedes? Tal vez deberías usar tu imaginación —replicó él con una sonrisa torcida.

Cecily apretó sus labios llenos y desvió la mirada con un gesto de fastidio. Solo entonces Eleanor advirtió que se veía arreglada como si estuviera a punto de salir. Su prima se vestía siempre muy elegante, en especial desde que se casó y fue a vivir a Londres, pero el escotado vestido que lucía en ese momento era demasiado elaborado para permanecer en casa hablando con sus familiares, en especial con unos que no parecía muy feliz de ver. Eleanor había llegado hacía tan solo unos minutos y tuvo la suerte de encontrarse con Gabriel en el vestíbulo, pero apenas habían podido saludarse antes de que su prima hiciera acto de presencia al bajar la escalinata proveniente del piso superior. Desde entonces, todo habían sido regaños e intentos de explicaciones mal dadas y Eleanor empezaba a acusar el cansancio del viaje.

—¿Crees que sería posible que me recostara un momento? No me siento muy bien.

No pretendió parecer débil, pero la verdad era que sentía como si un duendecillo estuviera

haciendo resonar un tambor en el interior de su cabeza. Tal vez tuviera algo que ver con la discusión de ambos hermanos porque no recordaba haber sentido ninguna molestia durante el viaje; ahora lo único en lo que podía pensar era que necesitaba una cama mullida y dormir durante un par de horas para decidir lo que haría a continuación.

Tal y como supuso que ocurriría, Gabriel se mostró preocupado, en tanto que Cecily torció el gesto y elevó las manos al cielo antes de mirar a ambos sin ocultar su molestia.

—Te dije que solo sería un estorbo —espetó de mala gana antes de continuar para adelantarse a su hermano, que estaba a punto de regañarla por sus palabras—. Puedes ordenar que se ocupen de ella, el ama de llaves se encargará de prepararle una habitación. Tengo un compromiso al que no puedo faltar, así que tal vez deban almorzar a solas. Estoy segura de que eso no supondrá un problema para ti.

Sin esperar respuesta, Cecily hizo una seña al lacayo que se había mantenido cerca de la puerta en actitud reservada y con la mirada fija en el suelo de mármol del vestíbulo, y este se puso en movimiento de inmediato como impulsado por un resorte. Se apresuró a ir hacia su ama, hizo una reverencia y le franqueó el paso hasta la salida, no sin que antes ella mirara sobre su hombro y dirigiera a ambos un gesto burlón en señal de despedida.

Cuando se quedaron a solas, Eleanor exhaló un suspiro al sentir cómo parte de su entusiasmo empezaba a difuminarse después de esa poco alegre bienvenida, pero bastó con encontrarse con el rostro de Gabriel para que se sintiera un poco mejor. Era obvio que él sí se encontraba feliz de verla.

—Lamento todo esto —dijo él, suavizando la mirada—. Pensé que ella se mostraría más amable; Dios sabe que se lo advertí hasta el cansancio.

Eleanor se encogió de hombros y fue hacia él para darle una palmadita en el brazo cubierto por la seda de su chaqueta.

—No te preocupes, no es nada que no esperara; creo que si tu hermana se hubiera mostrado feliz de verme no habría sabido qué hacer —bromeó ella con una sonrisa—. Lo importante es que ya estoy aquí. Apenas puedo creer que me encuentre en Londres y sé que todo te lo debo a ti.

Fue el turno de Gabriel para hacer un gesto con el fin de restar importancia al asunto. En lugar de ello, la observó con una amplia sonrisa y ojos alegres.

—No me debes nada; es algo que debimos arreglar hace mucho tiempo. Es un crimen que permanecieras todo este tiempo en Surrey sin tener la oportunidad de conocer Londres; el problema de Cecily fue la oportunidad perfecta para convencer a madre.

Eleanor asintió y posó una mano sobre su brazo cuando él hizo un gesto para conducirla al interior de la casa. Ella aún no había tenido oportunidad de verla y en tanto su primo daba algunas indicaciones a los sirvientes que acudieron a su llamado, se permitió dar una mirada alrededor. Tal y como él le había contado ya y por los comentarios de su tía, quien se hospedó con Cecily durante unas semanas luego de la muerte de su marido, sabía que era un lugar bastante lujoso, pero no lo encontró tan acogedor como había esperado. Le pareció que había demasiado de todo. Demasiados muebles y pinturas fastuosos. Demasiado brocado en las cortinas. Demasiadas alfombras tan mullidas que parecían estar a punto de devorarla según caminaba sobre ellas…

—Parece como si acabaras de entrar en el escondite de un malvado marajá en una de tus historias, ¿cierto? —Gabriel empezó a reír en cuanto notó su expresión consternada—. Si no recuerdo mal, siempre has pensado que los villanos tienen un gusto terrible.

—Espero que seas consciente de que con ese comentario acusas a tu hermana de falta de buen

gusto —replicó ella de inmediato sintiendo como por arte de magia la ausencia de Cecily parecía haber obrado el milagro de que su dolor de cabeza empezara a menguar—. Aunque seguro que esto es todo responsabilidad de su esposo.

—Mucho me temo que no. Walwyn nunca se involucró en las decisiones acerca de cómo conducir esta casa; creo que le daba igual mientras nadie lo importunara. A Cecily eso se le daba muy mal, como puedes imaginar; nada le gusta más que molestar a las personas con quienes vive.

Eleanor no respondió; ambos sabían que no hacía falta. No podía estar más de acuerdo con esa apreciación del carácter de su hermana; de modo que se contentó con encogerse de hombros e intercambiar con él una sonrisa entendida.

—Voy a necesitar pedirte un favor más. Sé que ya has hecho mucho por mí, pero me temo que no es algo que pueda hacer sola; no todavía. Si todo sale como lo tengo planeado, sin embargo, es posible que nunca más te incomode con otro pedido…

—Ellie, sabes que haré lo que me pidas. Solo di de qué se trata.

Eleanor se dejó caer con un suspiro satisfecho sobre un mullido sillón que amenazó con tragarla, pero en ese caso la sensación le pareció tan agradable que no se le ocurrió comentar lo suntuoso del tapizado o las ornamentadas patas. Gabriel la había conducido a un salón que supuso sería el que usaba su prima para recibir a sus visitas; la estancia conservaba el estilo del resto de la casa: ostentosa y poco acogedora.

—Necesito que lleves una nota al señor Perkins para arreglar una cita —dijo ella una vez que su primo se sentó a su lado—. Quiero hablar con él lo antes posible. He traído algunos escritos para mostrarle y creo que le resultarán interesantes. Ahora que estoy aquí es posible que se muestre algo más receptivo a mis sugerencias y he pensado…

La cháchara entusiasmada de Eleanor fue apagándose según reparaba en el semblante pétreo adoptado por su primo, que en ese momento parecía de lo más interesado en uno de los botones de madreperla que sujetaban el frente de su traje.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, inquieta.

Eleanor podía decir algo a favor de Gabriel; nunca se andaba con rodeos, al menos no con ella.

—He estado pensándolo y no creo que sea una buena idea que vayas a hablar con ese hombre —respondió él una vez que levantó la mirada, posándola en su rostro sorprendido—. Las cosas son distintas aquí, Ellie, no puedes exponerte de forma innecesaria. Este juego tal vez fuera inofensivo en Surrey porque no se trataba más que de unas cartas, pero presentarte en persona sería una locura.

Eleanor obvió una vez más el molesto diminutivo, así como el tono indulgente, y miró a su primo con las mejillas encendidas por la indignación.

—¿Juego? —repitió incrédula—. No puedo recordar un momento en que diera la impresión de que esto fuera un juego para mí, Gabriel. Hablamos de mi futuro.

—Tu futuro está asegurado.

La joven ignoró la réplica de su primo e hizo un gesto de profundo malestar.

—No estoy dispuesta a depender de mis tíos durante toda mi vida, o de ti, y antes de que se te ocurra mencionarlo, por si tu madre te ha dicho algo al respecto, tampoco tengo en mente hacerlo de un marido.

—Yo no…

—¡Y no se trata tan solo de eso! —continuó ella sin permitir que la interrumpiera—. Esto va más allá de las conveniencias, y lo sabes muy bien; se trata de lo que más amo hacer, algo que

me hace feliz. Tú más que nadie deberías comprenderlo, lo hemos hablado mil veces desde que puedo recordarlo.

—Ellie…

—¡No me llames así!

Eleanor se puso de pie y empezó a caminar alrededor de los objetos que salían a su paso reprimiendo el deseo de llevarse una mano al rostro y romper a llorar. De pronto el cansancio del viaje y el desagradable enfrentamiento con Cecily, que le afectó más de lo que hubiera deseado reconocer, empezaron a menguar su seguridad. Si Gabriel, que era la persona que mejor la conocía en el mundo y el único que la apoyó siempre, empezaba a dudar de ella, entonces tal vez las cosas no resultaran tan bien como soñó que ocurriría.

—Escucha. No he dicho que estés equivocada o que no tengas derecho a intentarlo —su primo retomó la charla al cabo de un segundo en el mismo tono que habría usado para aplacar a una fiera—. Pero creo que debes analizar lo conveniente que sería para ti. Londres no es Surrey.

—Lo sé. De eso se trata, ¿no lo ves? Aquí puedo hacer todo aquello que tenía prohibido allí mientras vivía vigilada por tía Margaret; podré cumplir mis sueños, planear cosas… —Eleanor se acercó a Gabriel sin sentarse una vez más; prefirió mantenerse frente a él con las manos elevadas como si intentara así conseguir que la entendiera—. Es todo lo que anhelo, Gabriel.

—Lo sé. Y sabes que siempre te he apoyado; seguiré haciéndolo, lo juro —aseguró él sin variar su tono—. Solo te pido que lo reconsideres. Una mujer de tu clase dedicándose a escribir en esos pasquines…

Eleanor exhaló un suspiro y procuró no mostrarse tan indignada como en verdad se sentía. Era consciente de que Gabriel no diría jamás nada con el fin de insultarla; tan solo deseaba hacer lo mejor para ella y lo quería por eso, pero necesitaba que la comprendiera.

—Gabriel, no pertenezco a ninguna clase que merezca una especial consideración. Sin duda, no pertenezco a la tuya; te recuerdo que soy solo la hija de un vicario y que no tengo fortuna o grandes pergaminos —ella habló con un tono pausado y cargado de cariño dirigido a esa familia a la que alguna vez perteneció, pero su voz varió al continuar y un brillo acerado destelló en sus ojos grises—. En cuanto al diario del señor Perkins… Tal vez no sea el más prestigioso del país, y sin duda tiene aún mucho por hacer para conseguir que sea tan considerado como merece, pero no es en absoluto un pasquín. Las historias que aceptó publicar han tenido un buen recibimiento, él lo dijo en sus cartas; no me pediría más si no fuera así.

—Pero nadie sabe que eres tú quien las escribe; las publican con un seudónimo y tienes que reconocer que parte de su éxito nace de la curiosidad que despierta entre quienes las leen.

Eleanor frunció la nariz al oír la réplica de su primo, pero no encontró nada que pudiera decir para contradecirlo; era lo bastante honesta para reconocer que tenía algo de razón. Cuando reunió el valor para enviar a varios diarios de Londres algunas de las que consideraba sus mejores historias con la esperanza de recibir alguna respuesta positiva, fue el señor Perkins el único que le envió una carta en respuesta y quien sugirió que podría usar algunas en el diario que acababa de fundar. Su única condición, sin embargo, fue que solo vieran la luz bajo un seudónimo. Eleanor se sintió tan feliz entonces que no dudó en aceptar sin molestarse siquiera en considerar que le ofreció un pago muy bajo por ellas. Ella jamás pensó ganar dinero con sus historias y, por otra parte, en ese momento pensó que, ya que vivía con sus tíos y acababa de cumplir tan solo diecinueve años, tal vez lo mejor fuera mantener su identidad en reserva.

Pero ya había pasado todo un año y al fin se encontraba en Londres fuera del alcance de los reproches de su tía. Eso tenía que concederle cierta libertad, ¿cierto? Gabriel tenía que

entenderlo, así como el señor Perkins tendría que hacerlo también cuando se presentara en su oficina.

—Me gusta creer que algunas personas piensan también que son historias lo bastante buenas para ser leídas debido a sus méritos y no solo por una malsana curiosidad.

Gabriel sonrió levemente al oír la réplica hecha en un tono cargado de orgullo mal disimulado e hizo un gesto para dar a entender que no debía enojarse con él por ello.

—No recuerdo haber dicho jamás lo contrario —aclaró él sin dudar—. Pero sabes que no digo nada que no sea verdad. De cualquier forma, tal vez nos estamos precipitando; no sabes qué es lo que ese señor Perkins te dirá una vez que aparezcas frente a él. A decir verdad, no estoy seguro de envidiar su posición, puedes ser una adversaria terrible.

Eleanor relajó el gesto y dejó su actitud enfurruñada para mirarlo con una renacida ilusión.

—Entonces, ¿hablarás con él? ¿Le dirás que estoy aquí y que necesito una cita? —preguntó ella, ansiosa.

Había sido Gabriel quien fungió de enlace con el señor Perkins cuando este aceptó comprar algunas de las historias de Eleanor y quien se encargó de hacérselas llegar durante sus visitas a Londres, así como quien recibía su exigua paga para llevarla con su prima cuando regresaba a Surrey. Ahora, ella supo que en cierta medida se encontraba en sus manos porque, aun cuando se sentía perfectamente capaz de plantarse frente a la puerta del editor sin una cita de por medio, prefería hacer las cosas de la forma correcta. El señor Perkins, hasta donde sabía, era un hombre mayor y más bien tradicional, de modo que lo último que deseaba era causarle una primera mala impresión.

Cuando Gabriel posó la mirada en sus ojos y empezó a asentir suavemente, sin embargo, supo que no había nada por lo que tuviera que preocuparse. Él la ayudaría. Ni siquiera esperó a que abriera la boca: se lanzó a sus brazos y le dio un cálido apretón en los hombros antes de soltarlo y alejarse un poco para mirarlo con una gran sonrisa, ignorante como siempre del efecto que sus gestos tenían sobre él.

—Gracias. Te lo debo todo —dijo ella con voz entusiasta—. Si el señor Perkins acepta comprar mis nuevas historias, como espero que haga, prometo hacerte un gran obsequio.

Su primo parpadeó y desvió la mirada al tiempo que se encogía de hombros y se ponía de pie con un movimiento pesaroso teniendo cuidado de poner cierta distancia entre ambos.

—No hará falta. Además, te paga tan poco que prefiero que lo conserves para ti —comentó él en tono bromista.

Eleanor no se dio por ofendida; en lugar de ello, llevó las manos tras su espalda y esbozó una sonrisa autosuficiente.

—Ah, pero tengo en mente discutir un aumento —replicó ella con descaro.

—No dudo de que lo hagas, pero me gustará saber qué es lo que tiene él que decir al respecto. —Gabriel varió la expresión por una más seria al continuar—: Hablaré con él, te lo prometo. Tengo un compromiso esta tarde y tendré que dejarte en un rato, pero iré mañana a primera hora. Descansa y vendré a la hora del almuerzo para no despertar sospechas en Cecily y entonces te diré su respuesta.

Eleanor asintió sin vacilar, agradecida, y ni siquiera se le pasó por la mente apremiarlo. Por el contrario, se mostró intrigada por el cambio en el rostro de su primo al hablar de ese compromiso pactado que parecía ser tan importante para alejarlo de ella cuando acababa de llegar.

—¿De qué clase de compromiso se trata? —preguntó ella sin disimular su curiosidad—. No me digas que Cecily ha conseguido convencerte de las conveniencias de cortejar a alguna de sus

amigas. Porque si se trata de eso, espero que hayas escogido a una joven agradable.

Estuvo a punto de reír al ver el sonrojo en las mejillas de su primo, así como la mirada horrorizada que le dirigió al oírla.

—¿Qué clase de comentario es ese? —preguntó él en un tono ultrajado que la llevó a reír a carcajadas—. Estás siendo muy indiscreta y, solo para que lo sepas, aun cuando no es de tu incumbencia, no veré a ninguna joven. He acordado cenar con un viejo amigo.

Eleanor tardó un momento en dejar de reír y cuando lo hizo se acercó a Gabriel y le dio un golpecito en el brazo.

—Lo lamento, no he podido evitarlo; recuerda que siempre he tenido un sentido del humor horroroso —se disculpó secándose una lágrima con el pulgar y recuperando a duras penas el aliento—. Pero sabes que no habría nada de malo con eso, ¿cierto? Nada haría más feliz a tu madre que saber que has encontrado a alguien que llame tu atención y reconozco que lo mismo ocurre conmigo; mereces ser feliz. Aunque insisto en que confío en que escojas a alguien que sea tan noble como tú. Desde luego, supongo que eso descarta a gran parte de las amigas de tu hermana.

Gabriel sacudió la cabeza de un lado a otro y pareció como si estuviera a punto de decir algo, pero debió de pensarlo mejor porque se encogió de hombros y exhaló un hondo suspiro.

—Tienes razón. Tu sentido del humor es espantoso —replicó él con un gesto de regaño.

—Pero siempre me has entendido.

—Solo Dios sabe por qué.

Eleanor rio una vez más, pero no dijo nada porque justo en ese momento se presentó una joven doncella con el té que él había ordenado que llevaran para ellos. Cuando la muchacha dejó la bandeja sobre una mesilla y se retiró tras hacer una pequeña reverencia, casi se abalanzó sobre el contenido de la fuente. Sirvió un par de tazas de té y se dejó caer nuevamente sobre el sillón con una apoyada precariamente sobre su rodilla y un humeante bollo en la mano libre. Solo retomó la palabra cuando hubo terminado con buena parte de la bebida y tras saborear un trozo del panecillo.

—Estaba hambrienta —explicó ella con el ceño fruncido cuando se encontró con la mirada burlona de su primo, que la observaba comer sin ocultar su diversión—. Apenas probé bocado en el tren.

Su réplica solo consiguió que la sonrisa de Gabriel se ensanchara y estuvo tentada a lanzarle lo que quedaba del panecillo, pero prefirió comérselo y elevar el mentón en ademán desafiante.

—¿Y quién es ese viejo amigo por el que planeas abandonarme? —preguntó ella para abordar un tema menos peliagudo.

—No voy a abandonarte —replicó su primo de inmediato con las cejas elevadas—. Debes recordar que me iría de cualquier forma; no vivo con mi hermana.

—Una decisión muy sabia de tu parte y que me encantaría poder emular; es una pena que por ahora no pueda hacerlo —replicó Eleanor de inmediato sin quitarle la vista de encima—. Pero no has respondido a mi pregunta.

—¿Qué pregunta?

—¿Quién es ese amigo con el que vas a reunirte y por qué pareces tan renuente a decirlo?

—Esas son dos preguntas.

Eleanor reprimió el impulso de bufar, fastidiada, y tomó otro panecillo de la bandeja al tiempo que lo señalaba con su taza semivacía.

—Sabes que no puedo resistirme a un misterio —dijo ella.

—Porque eres una entrometida.

—Porque soy una escritora y los escritores poseemos una curiosidad más desarrollada que la media —replicó Eleanor sin ofenderse por la despiadada crítica—. Vamos, Gabriel, dime de quién se trata. Te prometo que no se lo diré a nadie si así lo deseas.

Su primo rumió algo entre dientes antes de encogerse de hombros y suspirar, rendido.

—Exigiré que hagas esa promesa, no quiero que se lo digas a nadie, en especial a Cecily —advirtió, señalándola con el índice.

Eleanor se acomodó mejor en el asiento y dio un sorbo a lo último que quedaba de su té.

—Lo prometo.

Gabriel asintió de mala gana y se llevó las manos a la espalda.

—Hace muchos años que no lo veo. Siete u ocho, quizá, pero lo tengo en alta estima y nunca he podido dejar de considerar que en cierta medida estoy en deuda con él.

—Eso suena aún más interesante —indicó Eleanor, muy atenta—. ¿Lo conozco?

—Sí, claro, aunque solo lo viste algunas veces y entonces eras solo una niña. Pero lo encontraste muy agradable entonces, creo, lo que no es extraño; siempre fue un hombre muy simpático. He oído que ha cambiado, sin embargo, así que tal vez ya no lo sea tanto…

—Gabriel, moriré por la intriga si no me dices de quién se trata. Ten compasión de mi pobre corazón.

El joven miró a su prima con una sonrisa burlona; parecía disfrutar teniéndola en ascuas.

—Tienes una mente demasiado melodramática —comentó él, para luego agregar, algo más formal—: Se trata de James Haversham. Tal vez no lo recuerdes bien; como dije, eras una niña cuando lo conociste y él solo se hospedó con nosotros por un corto tiempo. Luego, por más que lo intenté, no hubo forma de convencerlo de que volviera a Surrey y poco después de eso viajó a América y le perdí la pista. Hace unos días me enteré de que había vuelto a Inglaterra y de que estaba camino a Londres. Debe de haber llegado hoy y pensé visitarlo para saludarlo y ofrecerle mi ayuda. Ha estado mucho tiempo lejos y sus circunstancias han cambiado tanto que es posible que le venga bien contar con un rostro conocido cerca. Es curioso cómo han resultado las cosas para él…

Eleanor hizo un gesto con el que esperó que su primo creyera que le prestaba atención, pero la verdad era que casi no había oído una sola palabra luego de que él nombrara al amigo que pensaba ver.

James Haversham.

Contrario a lo que pensaba Gabriel, desde luego que lo recordaba. Tal vez fuera un poco extraño porque ciertamente había pasado mucho tiempo desde la última vez que lo vio y era tan solo una niña cuando aquello ocurrió, pero la verdad era que había dejado una impresión imborrable en ella. Podrían pasar cien años y no tendría problemas en recordar su rostro con claridad, así como las circunstancias en las que lo vio entonces.

—He oído que la casa de los Haversham no está en muy buenas condiciones, así como que antes de dejar Castlecomer, James ordenó que fuera rehabilitada lo mejor posible, pero sin duda llevará algo de tiempo. No estoy seguro, además, de cuáles son los medios con los que cuenta. Los Haversham nunca fueron acaudalados, como tal vez sepas, pero se comenta que James hizo una fortuna en América. Desde luego, podrían tratarse tan solo de chismes… —la voz de Gabriel se fue apagando al reparar en la expresión ausente de su prima—. ¿Has oído una sola palabra de lo que acabo de decir? Por favor, no respondas, me hago una idea de qué ha ocurrido. Estás pensando en una de tus historias o en qué le dirás al señor Perkins cuando al fin puedas hablar

con él y cómo harás para pedirle ese aumento. En verdad, Ellie, puedes ser demasiado distraída para tu bien.

Eleanor parpadeó al distinguir el sonido de su nombre incluso perdida como se encontraba en sus pensamientos y elevó la mirada para encontrarse con la expresión reprobadora en el rostro de su primo.

—Lo lamento, estaba pensando… —Ella carraspeó al oír lo suave y queda que había surgido su voz y procuró comportarse con normalidad—. Dices que el señor Haversham está de vuelta en Inglaterra.

—Bueno, cuando menos oíste eso —comentó su primo, luciendo un tanto exasperado—. No tiene importancia, pero por favor, recuerda no mencionarlo en presencia de Cecily.

—¿Es por lo que ocurrió entre ellos?

La pregunta surgió de sus labios antes de que pudiera contenerla y se topó con la mirada inquisitiva de Gabriel. Todo rastro de alegre burla o desenfado había desaparecido de su rostro.

—No sé a qué te refieres —replicó él.

Eleanor estuvo a punto de darse de golpes contra la mesita frente a ella al comprender lo que había estado a punto de decir. Había hecho una promesa y no la rompería ni siquiera con Gabriel.

—Bueno, creí que al señor Haversham le interesaba Cecily y que tal vez… a lo mejor ella también lo encontró agradable en aquella época —ella empezó a balbucear con la vista fija en sus manos—. Fue solo una idea.

Gabriel chasqueó la lengua.

—No sé de dónde has sacado algo como eso —replicó él, esquivo—. Pero aun cuando hubiera sido así, sucedió hace mucho tiempo y no hace falta que se haga ningún comentario al respecto.

—No, por supuesto que no.

Eleanor miró fijamente a su primo y supo que, ya fuera porque su amigo se lo confió, o tal vez llevado por su proverbial agudeza, tenía una clara sospecha de lo que pudo haber ocurrido entre su hermana y el que había sido un compañero tan importante para él.

—Bueno, recuérdalo: ni una palabra. No digo que sea un secreto, por supuesto; si James se queda en Londres como supongo que hará es probable que Cecily se entere más temprano que tarde. Con la vida social que lleva dudo que algo se le escape. —Gabriel hizo una mueca al pensar en los devaneos de su hermana y miró a Eleanor con la sombra de una pequeña sonrisa—. Pero eso no es asunto tuyo; no hace falta que le dediques ningún pensamiento. Ya tienes bastantes preocupaciones y James nunca significó nada para ti.

Eleanor se forzó a corresponder a su sonrisa, aunque no podía sentirse menos alegre.

—Claro que no. ¿Cómo podría? Apenas lo traté entonces —respondió ella dejando su taza sobre la mesa, lo mismo que los restos del segundo panecillo; de pronto había perdido el apetito —. Pero le deseo lo mejor, claro, y me alegra que seas un buen amigo y te ofrezcas a ayudarlo.

Gabriel pareció encantado con el halago y asintió.

—Es lo mínimo que puedo hacer; estoy seguro de que él actuaría de la misma forma de estar en mi lugar. Además, confieso que tengo curiosidad por ver al hombre en que se ha convertido; he oído tantas cosas acerca de él que estoy intrigado —indicó él, viéndose un poco arrepentido por esa confesión—. Pero no hablemos más acerca de eso. ¿Quieres subir a refrescarte y luego dar un paseo? O tal vez prefieras que ordene el almuerzo como dijo Cecily; estaré encantado de acompañarte.

Eleanor empezó a negar con la cabeza en tanto se ponía de pie y hacía un gesto de cansancio.

—Prefiero descansar, y también dormir si fuera posible. No tengo apetito, no después de este

delicioso refrigerio —se excusó ella señalando la bandeja—. ¿Por qué no vas a reunirte con el señor Haversham? No tiene sentido que permanezcas aquí sin hacer nada en espera de que despierte. Estoy tan agotada que posiblemente duerma hasta la cena.

—¿Estás segura?

—Sí. Por favor —insistió ella, sonriendo—. Nos veremos mañana.

Gabriel no hizo amago de intentar convencerla una vez más, sino que se acercó a ella y tomó una de sus manos con la suya.

—Vendré lo antes posible para contarte lo que me diga el señor Perkins.

A Eleanor le costó un instante recordar a qué se refería y se regañó por haber permitido que el recuerdo del señor Haversham la desviara de algo tan importante, el motivo por el que se encontraba allí.

—Claro. Te lo agradezco mucho —dijo ella, dándole una palmada en la mano antes de soltarse con un movimiento delicado—. Iré a descansar ahora.

—Puedo hacer que una doncella te acompañe.

—Descuida, me las arreglaré sola. Ve tranquilo, hablaremos pronto.

Sin esperar a una réplica y luego de dirigirle una última sonrisa y un gesto de despedida, Eleanor dejó el salón y se dirigió a la gran escalinata por la que había visto a Cecily descender a su llegada de la estación. Sin vacilar, empezó a subir y no se detuvo hasta que se encontró en lo alto del rellano y siguió sus instintos para tomar el camino apropiado. No tenía idea de cuál sería la habitación que su prima había dispuesto para ella, pero pronto se topó con una doncella quien le indicó una puerta algo alejada del corredor en que se encontraban las habitaciones de la familia. Al entrar, comprendió que Cecily estaba decidida a dejar claro cuán poco le agradaba su presencia en su casa.

El dormitorio era poco menos que diminuto y solo disponía de una cama estrecha, un armario en el que cabrían apenas sus escasos vestidos y un escritorio pegado a la ventana. Sobre la única mesilla de dos patas encontró una jofaina con agua fresca y se detuvo un momento a refrescar su rostro para luego mirarse en el feo espejo adosado a la pared que le devolvió un rostro pálido y sombrío.

James Haversham.

Por más que lo intentó, le costó encontrar una explicación a por qué le había afectado tanto oír su nombre de labios de Gabriel y, aún más, saber que se encontraba en Londres, lo mismo que ella. Era una sensación extraña y cuando menos ridícula. Tal vez él hubiera dejado un recuerdo imborrable en su mente infantil, pero estaba segura de que él debía de haber olvidado ya su existencia, así como ella debió hacer con la promesa que le hizo en silencio.

Se preguntó entonces, mientras se dejaba caer sobre la cama y cerraba los ojos rendida por el cansancio, en qué promesa pensaba. Si en la que formuló frente a él al jurar que jamás diría a nadie la escena que había visto entre él y Cecily, o la que hizo en silencio, tan solo para sí misma, respecto a que esperaría por su regreso.

Lo más gracioso y absurdo era que, y eso se lo repitió varias veces antes de quedarse dormida, él nunca se lo pidió.

Capítulo 2

Cuando el mayordomo se presentó ante él con la tarjeta de Gabriel Hartford, James estuvo tentado a ordenar que le dijera que no se encontraba en casa, pero se arrepintió casi de inmediato. Aunque era imposible no relacionarlo con su hermana, guardaba un buen recuerdo del que fue su amigo y, si bien por lo general no se habría cortado para despedir a alguien a quien no deseaba ver, no creyó justo hacerle un desplante. No sin conocer al menos el motivo de su visita.

Ordenó al mayordomo que lo hiciera pasar a la biblioteca, el único lugar que a su parecer se veía medianamente decente y esperó que lo condujeran allí en tanto ocupaba una butaca situada junto a la chimenea. Unos metros más allá estaba el escritorio que su padre y luego su hermano acostumbraban ocupar en esa sala, pero él no conseguía sentirse del todo cómodo invadiendo un espacio que no podía dejar de sentir que no le pertenecía. Una idea absurda, claro, pero supuso que le llevaría algo más de tiempo acostumbrarse.

No tuvo problemas en reconocer al hombre que entró poco después en la sala. Aunque sin duda los años habían dejado sus huellas sobre la apariencia de Gabriel, con lo que se veía ya como un hombre en toda su adultez, lo mismo que él, alejados ambos de la primera juventud que habían compartido, conservaba aún ese aire bonachón y simpático que parecía irradiar a su paso. James sintió una punzada de envidia por su capacidad de mantener esa inocencia que él había perdido hacía ya mucho tiempo.

—Hartford —fue él quien se adelantó a recibirlo tendiendo una mano que el otro hombre se apresuró a estrechar—. Ha pasado mucho tiempo.

—Demasiado, James. Aunque creo que ahora debería llamarte milord, ¿cierto? Lord Haversham —comentó Gabriel sonriendo.

James no logró reprimir un gesto de desagrado al oír el título, acentuando la sensación de no saber qué demonios hacía allí.

—Prefiero que sea James, si no te importa.

Más que un pedido, su corrección sonó casi como una exigencia, pero el otro hombre no pareció advertirlo o, en todo caso, prefirió dejarlo pasar.

—Entonces volveremos a eso; no tengo ningún problema con eso si me llamas Gabriel. El único Hartford en el que puedo pensar es mi padre.

James forzó una sonrisa en señal de agradecimiento y lo invitó a ocupar una silla frente a la misma butaca que acababa de dejar y sobre la que se dejó caer una vez más. El tapizado necesitaba una buena limpieza, advirtió con el ceño fruncido. Sabía que el administrador había hecho lo mejor posible con tan poco margen de tiempo, pero no dejaba de encontrar molesto todo lo que aún requería atención.

—Lamento haberme presentado sin avisar, en especial porque sé que acabas de llegar a Londres luego de un largo viaje, pero quise pasar a saludarte y a decir que si necesitas algo

puedes contar con mi ayuda. Has estado lejos demasiado tiempo y yo he estado viviendo aquí los últimos meses, así que quizá pueda servirte de algo.

James parpadeó, un poco sorprendido a su pesar; no era algo que esperara, pero al hurgar en su memoria comprendió que en realidad no tenía por qué estarlo. Gabriel siempre había dado muestras de ser un buen amigo y un hombre apegado a las buenas maneras.

—Lo agradezco —respondió al cabo de un momento y le alegró que su tono sonara sincero porque pretendía serlo—. Es muy generoso de tu parte.

Gabriel se encogió de hombros e hizo un gesto gracioso al fruncir el ceño, una actitud que le recordó un poco al muchacho que había sido.

—No hay nada que debas agradecer, lo haré con mucho gusto —dijo él, para luego continuar en tono risueño—. Tenía también un poco de curiosidad, lo reconozco.

—¿Respecto a qué?

—Quería ver el hombre en el que te has convertido. Me parece que no eres el mismo que conocí hace años.

James sonrió y elevó sus delgadas y elegantes manos frente a sí; daban una apariencia engañosa, como si jamás hubiera hecho un solo trabajo manual en su vida, pero un observador más atento y sobre todo alguien que pudiera verlo en mangas de camisa habría advertido el grueso de sus muñecas y los músculos marcados de los antebrazos que parecían encontrarse siempre en tensión.

—Creo que es algo bueno. Odiaría ser el mismo, ¿no es lógico que todos cambiemos con el tiempo? —replicó al cabo de un momento en tono relajado—. Tú estás más alto de lo que recordaba.

Gabriel frunció el ceño al oírlo.

—Me refería a tu carácter. Desde luego que físicamente también has cambiado, claro, aunque en general te ves muy similar a como lucías cuando te fuiste.

James se tomó un momento para responder.

—Entonces el problema es mi carácter.

—No he dicho que fuera un problema —señaló Gabriel de inmediato—. Pero desde que se supo de tu llegada se dicen muchas cosas.

—¿Qué clase de cosas? Puedes contármelo, me será útil saber lo que se dice de mí y al mismo tiempo podré satisfacer tu curiosidad.

Gabriel lo miró como si se preguntara qué tanto de verdad habría en sus palabras, pero pareció juzgar que hablaba en serio, por lo que al cabo de un momento hizo un gesto decidido.

—Se dice que hablas y te ves casi como un americano —empezó él.

James se miró desde sus elegantes zapatos confeccionados por el mismo artesano que hacía los del presidente Cleveland hasta el pañuelo de seda negra que llevaba anudado al cuello.

—Bueno, como habrás notado eso es verdad —respondió luego de esa inspección sin ocultar la gracia que le había hecho el comentario.

Gabriel, sin embargo, continuó sin acusar la burla:

—Dicen que has hecho mucho dinero.

—Lo que también es cierto.

—Que eres un tanto cruel y poco amistoso —eso lo dijo con cierto recelo.

James frunció el ceño, pero no pareció que se ofendiera por esa acusación, sino que pensó seriamente en una respuesta apropiada.

—Ya. Creo que lo mejor será que eso lo compruebes o lo descartes por ti mismo —dijo al fin

con voz grave—. No creo que sea correcto que sea yo quien haga un juicio de mi carácter.

—Pero no lo niegas.

—¿Por qué lo haría? Afirmarlo o negarlo sería un poco presuntuoso por mi parte. Acabo de decírtelo. Pero deberás contarme a qué conclusión llegas; será interesante saberlo.

Gabriel sonrió como si no pudiera evitarlo al tiempo que se encogía de hombros.

—Te prometo que lo haré —dijo él.

James cabeceó suavemente y le dirigió una mirada calculadora.

—¿Y cómo se encuentra tu familia? —preguntó al cabo de un momento.

El otro hombre no titubeó al responder.

—Mis padres continúan en Surrey, el aire de la campiña les hace bien. Él ha estado un tanto delicado de salud, pero nada fuera de lo esperado en un hombre de su edad.

—Me alegra saberlo —James continuó sin variar su expresión enigmática—. ¿Y qué ocurre con tu hermana?

La postura de Gabriel varió casi imperceptiblemente, pero su voz sonó segura al responder.

—¿Cecily? Ella está bien. Quizá oíste que se casó —dijo él.

—Sí, con un barón. ¿Warwick?

—Walwyn.

—Ya. No estaba muy desencaminado. —James esbozó una sonrisa afilada.

—Él murió.

—Lamento oírlo.

Gabriel asintió.

—Gracias. Fue hace poco más de un año. Significó un gran golpe para Cecily, claro, pero ha conseguido recuperarse.

—No lo dudo —el comentario de James surgió algo más ácido de lo necesario, por lo que procuró corregirse al continuar—. Me refiero a que tu hermana siempre me pareció una joven de fuerte temperamento y muy pragmática.

—Es verdad. Supongo que la verás pronto. Desde que dejó el luto ha asistido a algunas veladas y sin duda tú lo harás también en cuanto te hayas instalado.

James no afirmó nada. No lo dijo, pero no estaba seguro aún de cuánto tiempo permanecería en la ciudad o si en algún momento sentiría interés de participar en la vida social londinense.

—Es posible —respondió, cauto—. Me alegrará verla.

—Ya. Por lo demás, son pocas las novedades que puedo compartir. Bueno, Ellie también se encuentra bien, claro.

—¿Quién?

—Eleanor Grey. Mi prima. La que vivía con nosotros en Surrey. Te cuesta recordarla porque era una niña inquieta entonces, pero se ha convertido en una joven encantadora.

El recuerdo de una figura menuda y unos ojos sorprendentemente grises en un rostro pequeño llegó a su mente de golpe; pero no fue solo eso lo que le quitó el habla por un momento, sino la remembranza de qué había estado haciendo él la última vez la vio. Esa niña había sido testigo del momento más humillante de su vida y tan solo el oír su nombre lo obligó a apretar una mano sobre el desgastado brocado del tapiz de la butaca.

Al notar que Gabriel lo veía con cierta extrañeza, comprendió que había permanecido en silencio durante demasiado tiempo y se apresuró a decir algo.

—Claro. La pequeña Ellie, ¿cómo he podido olvidarla? —comentó con una leve entonación sarcástica—. Era una chiquilla muy especial entonces, no me sorprende que continúe siéndolo.

—Lo es —Gabriel respondió tan rápido que James alzó una ceja, intrigado por el ímpetu que detectó en su voz—. Pero odia que la llamen Ellie, por cierto. Acaba de regañarme dos veces antes de dejarla esta mañana.

—¿Se encuentra en Londres?

—Sí. Lo mismo que tú, llegó hoy. Va a hacerle compañía a Cecily.

James cabeceó suavemente.

—Comprendo. La pequeña Ellie. Vaya que la recuerdo.

Una vez más, Gabriel pareció incapaz de captar el sarcasmo en su voz y empezó de inmediato a hablar acerca de todas las mejoras que creía que se podrían realizar en la casa y a hacer preguntas respecto a qué tenía en mente James. Fue tan evidente que hablaba con entusiasmo y buenas intenciones, en absoluto obligado por un falso sentido del deber, que James sintió cómo iba abandonando ese estado de tensión que acostumbraba adoptar la mayor parte del tiempo.

Para cuando se dio cuenta, habían pasado horas hablando y lamentó sinceramente que se marchara, pero Gabriel consiguió arrancarle la promesa de que pasaría por el club que acostumbraba visitar y del que él, al parecer, había heredado una membresía adosada a su nueva posición. De no ser por un detalle, habría podido decir que disfrutó la visita de su amigo mucho más de lo que había esperado.

Ese detalle, desde luego, tenía un nombre propio.

La pequeña Ellie.

Gracias a los buenos oficios de Gabriel, el señor Perkins aceptó ver a Eleanor tan solo unos días después de que este fuera a su despacho a anunciar su llegada. Según su primo, el editor se mostró muy sorprendido al saber que ella se encontraba en Londres, pero fuera de ello no dio mayores pistas de lo que pensaba respecto a esa noticia y ella decidió tomarlo como algo bueno. Gabriel se cuidó de mencionar que él no estaba de acuerdo, pero se ofreció a acompañarla durante su visita, un gesto que ella apreció, pero declinó de inmediato y se mantuvo firme en su negativa pese a su insistencia. A lo sumo aceptó que pusiera un coche a su disposición para que la llevara a la oficina del editor y esperara por ella una vez que saliera. Eleanor deseaba proyectar ante el señor Perkins una imagen de seguridad y confianza en sí misma que se desharía como un castillo de arena si se presentaba a su entrevista en compañía de su primo.

Por suerte, Cecily apenas le prestaba atención, o de otra forma tendría muy difícil conducirse con la libertad con la que esperaba hacerlo. Si su tía Margaret supiera la indolencia con que su hija se comportaba cuando era la responsable de mantenerla vigilada y asegurarse de que se desenvolvía en la forma en que ella había luchado tanto por imponer, le habría dado un verdadero disgusto. A Eleanor jamás le alegró tanto la indiferencia y el desprecio que su prima hacía evidente en lo que a ella se refería.

Además, a la naturaleza egoísta de Cecily se había sumado un nuevo motivo que explicaba cuán poco le importaba lo que Eleanor hiciera o dejara de hacer. Acababa de enterarse de la llegada de James Haversham a Londres y parecía extasiada frente a la novedad, un estado no muy distante al que mostraban otras damas como ella.

Al parecer, según Eleanor se había enterado por conversaciones oídas a hurtadillas y los comentarios de los sirvientes, el señor Haversham se había convertido en uno de los solteros más codiciados de la temporada y si nadie conseguía darle caza en aquella, como escuchó susurrar a una de las amigas de Cecily durante sus visitas a tomar el té, sin duda continuaría siendo

asediado durante todo el tiempo que fuera necesario.

Al pensar en ello, Eleanor se dijo que sentía verdadera lástima por el pobre caballero, aunque, también según lo que oyó, dudaba de que él necesitara su compasión. Las damas no se cansaban de señalar que pocas veces se había visto a un hombre tan consciente de su atractivo y poder, y del efecto que tenía en quienes revoloteaban a su alrededor.

Le costaba calzar esa idea con el recuerdo que tenía del joven sensible y alegre que conoció alguna vez, pero suponía que era natural que los años y las experiencias acumuladas en América alteraran su naturaleza. No podía saber aún cuán bueno o malo podría ser eso, pero procuraba recodarse que sin importar sus tontas ideas románticas de la infancia, no era algo por lo que debiera preocuparse. Sin duda tenía cosas mucho más importantes en las que pensar.

El señor Perkins no se mostró tan entusiasmado por su presencia como había esperado que ocurriera. Además, por algún motivo pareció encontrar su apariencia un tanto decepcionante. No se lo dijo, desde luego, pero cuando arribó a su oficina y se presentó ante él, ilusionada de conocerlo al fin en persona y con la esperanza de que a él le ocurriera otro tanto, torció el gesto y le dirigió una mirada con las cejas elevadas. Fue extremadamente amable, sí, pero poco más.

El editor era un hombre corpulento y de rostro rubicundo con un bigote que le recordó al de una morsa; empezaba a perder cabello y se peinaba de la forma más extraña para mantener los delgados hilos plateados cubriendo la coronilla de su cabeza, lo que solo hacía más evidente su escasez. En su defensa, Eleanor podía decir que, si bien no se mostró precisamente alegre al verla, fue en extremo cortés y señaló cuánto le complacía que hubiera decidido hacer el viaje. Ella, que era bastante perceptiva, supo de inmediato que estaba mintiendo y hubiera preferido que continuara siendo tan solo una figura anónima con quien intercambiaba algunas cartas y a quien podía mantener contenta con unas cuantas monedas en tanto él se beneficiaba de su trabajo. No dijo una palabra de ello, sin embargo, sino que simuló encontrar agradables sus palabras, al menos hasta que hizo la propuesta a la que venía dando vueltas desde hacía varios meses.

Tal y como temiera Gabriel, el señor Perkins se negó en redondo a que firmara sus historias con su nombre real. Al que sin duda sería un escándalo que perjudicaría su reputación, en particular la suya, según mencionó el hombre fingiendo preocupación, se sumaba el hecho de que en casos como aquel, en que se trataba de unos cuentos breves destinados al entretenimiento de las masas, el anonimato que habían decidido mantener sobre la identidad del autor dotaba a las entregas en sí de un especial interés. Y ni hablar de un aumento en el precio de sus historias, dijo con maneras de avaro; su diario era pequeño y había usado hasta el último de sus peniques en fundarlo. Debía entender que era imposible para él hacer un desembolso mayor al que ya hacía; además, aunque sus historias habían sido recibidas con cierto entusiasmo, distaban de ser un absoluto éxito. Tampoco era el señor Dickens. Desde luego, si prefería cortar sus relaciones con el diario él jamás le pondría alguna pega a una joven dama como ella.

Eleanor abandonó la oficina del diario con toda la dignidad que pudo reunir aun cuando por dentro se encontraba hirviendo de rabia. Todo había sido un desastre, se dijo en tanto ocupaba el asiento en el carruaje que Gabriel había dispuesto para ella. Empezó a golpear el suelo del vehículo con la puntera de los zapatos reprimiendo unas lágrimas de frustración. Había sido tan ingenua. ¡Cuánto se reiría su tía de ella si lo supiera! Luego de reñirla por horas, desde luego.

Tan solo consiguió permanecer dentro del carruaje por pocos minutos. Cuando acababan de dejar atrás una calle poco transitada, dio unos golpecitos en el techo para que el conductor se detuviera e hizo oídos sordos a sus consejos cuando anunció que pensaba volver a casa de su

prima caminando. Al preocupado hombre no le quedó otra alternativa que acatar el pedido y se despidió dejándola a solas, tal y como Eleanor deseaba. Cuando se sentía nerviosa le resultaba imposible permanecer quieta durante demasiado tiempo; necesitaba moverse para no dejarse agobiar por la desesperación. Era una práctica común en ella desde la muerte de sus padres. Cuando supo que no los vería nunca más, lo mismo que a su hermano, y que debía ir a vivir con los Hartford, pasó los primeros meses de su estancia en Surrey correteando por los prados alrededor de la mansión. Su tía nunca pudo entender que no prefiriera permanecer en su habitación llorando su pena, lo que consideraba hubiese sido más natural.

Por suerte, aunque era su primera vez en Londres, estaba familiarizada con el entorno gracias a las pláticas de Gabriel y a lo mucho que disfrutaba leer. Quizá fuera entonces cuando comprendió una de las más tangibles maravillas de la lectura: mientras recorría un lugar que identificó sin problemas como Hyde Park, admirando a las elegantes personas que transitaban por allí, tanto a pie como en carruajes descubiertos, sintió como si ya hubiera estado en ese lugar. Pese al encanto que despedía la imagen, no se sintió apabullada ante ese despliegue de sofisticación; de alguna forma, era lo que esperaba encontrar.

Se ajustó el pequeño sombrero lo mejor posible, lamentándose de no haber tenido la precaución de llevar consigo una sombrilla. Contrario a lo habitual, el sol brillaba en todo su esplendor y sintió sus rayos impactar contra su rostro; en un inicio fue una sensación agradable, le ayudó a hacer a un lado su enojo, pero al cabo de un rato empezó a encontrar molesto el resplandor que le impedía mirar lo que le rodeaba como hubiera deseado. Para su buena suerte, sin embargo, vio un grupo de frondosos árboles hacia los que corrió para cobijarse bajo sus ramas. Había una hilera de estrechas bancas y se apresuró a ocupar una, haciendo como que no era consciente de las miradas de extrañeza que le dirigían algunas personas al verla pasar. Era una de las pocas jóvenes que se encontraban a solas en la zona, posiblemente la única, advirtió al dar una rápida mirada alrededor una vez que se hubo sentado, agradecida por la agradable brisa que le proporcionaron los árboles.

Bueno, rezongó sintiendo cómo su malhumor empezaba a hacer nuevo acto de presencia. Tal vez su conducta fuera poco habitual, a tía Margaret le encantaba señalarlo con frecuencia, pero en ese momento deseaba estar a solas sin importar lo que un grupo de personas pudieran pensar. No hacía nada malo. Tan solo disfrutaba de un agradable día soleado en un parque, rumió entre dientes, rememorando a su pesar la charla con el señor Perkins. Tenía que tomar una decisión respecto a qué hacer a continuación; no había dado una respuesta al editor, prometiéndole de cualquier forma que le haría llegar una nueva historia en la fecha que ya tenían acordada; pero no estaba segura de si debía aceptar su oferta de continuar tal y como hasta entonces o arriesgarse a algo más. El suyo no era el único diario del país, después de todo…

El sonido de unas risas la obligó a hacer a un lado sus pensamientos, intrigada por lo que las habría ocasionado. Ya había notado que, si bien el parque se encontraba muy transitado, las charlas que se mantenían allí eran todas hechas con la misma discreción que se habría mostrado en un salón en medio de una velada. Desde luego, no dudaba de que se trataran todo tipo de temas, muchos de ellos quizá en absoluto agradables, pero jamás se alzaba la voz y si alguien reía lo hacía con la mayor discreción, en especial las damas. Ahora, sin embargo, algo parecía haber inquietado lo suficiente a un grupo de ellas para que hicieran a un lado ese recato del que por lo general se mostraban tan orgullosas.

Una visión de lazos y encajes pasó a solo unos metros de donde Eleanor se encontraba y distinguió a cinco o seis damas, cada una de ellas mejor ataviada que la otra; tres debían de tener

su edad mientras que las otras dos hubieran podido pasar por sus madres, aunque todas conservaban un aire jovial que le pareció sorprendente. La escena le resultó tan entrañable que lamentó no tener el talento de un dibujante; de haber podido le habría gustado plasmar en un lienzo una imagen como aquella. Pero poseía otro arte, después de todo, aunque al parecer no todo el mundo pensara que valiera mucho la pena, se recordó con una sonrisa torcida. Pero ella lo disfrutaba, era su refugio del mundo, por lo que apartó los malos recuerdos de la charla con el señor Perkins y se concentró en observar al grupo como si así pudiera grabar en su retina cada gesto, cada sonrisa, para hacerlos, de alguna forma, suyos también y poder luego usarlos en alguna de sus historias. Se le ocurrían tantas cosas…

No pasaron más de unos minutos, sin embargo, hasta que su interés se vio atraído por algo más. Distinguió entonces el motivo por el que las damas se mostraban tan inquietas y no pudo esconder una sonrisa burlona al comprender.

Frente a ellas se encontraba la calzada por la que transitaban los carruajes y unos cuantos elegantes landós en los que varias personas paseaban para ver y ser vistas. Pero había también unos cuantos caballos que se desplazaban en un lento trote en tanto sus jinetes se convertían en el foco de atención para quienes los veían desde los jardines. Uno de ellos, en particular, parecía haber conseguido captar todo el interés del parque, pero él no daba muestras de encontrarlo siquiera importante. A diferencia de los otros que se movían cerca de él, apenas se detenía para dirigir unos cuantos parcos gestos de saludo para luego continuar con su paseo con la vista fija en el frente.

Eleanor no pudo evitar sentirse fascinada por esa figura, olvidando la burla de la que había hecho gala hacía unos momentos al ver el comportamiento de las otras damas. No podía culparlas por mostrar un interés tan descarado, pero ella intentó ser algo más discreta, no tanto por las enseñanzas de su tía como por un arranque de orgullo.

Desde su lugar tenía una vista estupenda de los jinetes y al mismo tiempo el grupo de damas le servía de parapeto, lo que le permitió mirar a sus anchas sin ser descubierta.

En un inicio no pudo reconocerlo. Fue luego, al mirarlo con mayor atención tras hacer a un lado la impresión que le causó su postura gallarda y displicente, que logró atisbar mejor entre la gente para enfocarse en los rasgos que se le hicieron familiares. Las facciones bien cinceladas, la nariz aguileña, el espeso cabello oscuro echado hacia atrás para dejar a la vista una frente despejada y, sobre todo, la profundidad con la que posaba la mirada en lo que veía frente a él le causaron tal sorpresa al reconocerlo que por un momento cerró los ojos para luego abrirlos una vez más y así poder observarlo nuevamente sabiendo de quién se trataba.

Había mucho de verdad en todas esas habladurías que llegaron a sus oídos, se dijo con el aliento contenido. Si James Haversham fue un hombre bastante agradable a la vista en su juventud, ahora, con ese atractivo remarcado por la edad y el aura de poder que despedía, se había convertido en un caballero sencillamente impresionante. Tal vez no fuera tan guapo como Gabriel, consideró Eleanor con mirada analítica; no había nada de la clásica belleza de su primo en ese hombre, pero este poseía un atractivo más crudo, incluso fiero, o eso le pareció por el modo en que sus hombros se tensaban bajo la elegante chaqueta o por la fuerza y seguridad con que sostenía las riendas de su montura.

¿Sería su voz la misma?, se preguntó al verlo avanzar con indolencia. Era algo de él que le llamó la atención la primera vez que la escuchó. En su juventud poseía ya una voz grave y sedosa que le provocaba un cosquilleo cuando lo oía antes de verlo; su risa brotaba siempre bronca de su garganta y resultaba contagiosa pese a su aspereza.

El hombre que manejaba con maestría al caballo tan negro como el traje de su jinete, sin embargo, no parecía muy inclinado a la risa, supuso ella al ver el gesto serio en sus labios y el brillo de sus ojos oscuros, incluso en la lejanía. Si se encontraba enojado o era en verdad tan indiferente como parecía, de eso no podía encontrarse segura. Tendría que acercarse para saberlo y la idea le pareció tan absurda que estuvo a punto de echarse a reír. ¿Qué iba a hacer? ¿Abordarlo y tenderle la mano, preguntándole si se acordaba de ella?

Fue esa idea la que le dijo que ya había tenido suficiente. Eso y el hecho de que el jinete dio vuelta a su caballo para alejarse por el sendero, ignorando a propósito algunos llamados de las personas que lo observaban desde los carruajes en movimiento.

Si James Haversham había llegado a tal estado de aburrimiento, Eleanor no se sentía muy alejada de esa sensación. Y también de cierto desconcierto. No se había detenido nunca a pensar en qué sentiría al verlo nuevamente, pero sin duda nunca hubiera podido imaginar que fueran tantas cosas. Sorpresa, alegría, inquietud. Y sobre todo, algo tan extraño y desconocido hasta entonces que no tenía idea de cómo llamarlo. Tan solo sabía que era una emoción poderosa que parecía haberse alojado en su pecho y que le provocaba un permanente deseo de suspirar. Una tontería, claro, ella no acostumbraba suspirar, lo consideraba una pérdida de tiempo. Prefería moverse, recordó al ponerse de pie con gesto resuelto.

El mal rato pasado en el diario había empezado a difuminarse en su memoria; el aire fresco y el sol la ayudaron a recuperar la sensatez y ahora debía dedicar el resto del día a tomar una decisión. No podía adelantarse a hacer algo sin pensarlo antes, llevada por la frustración. El diario del señor Perkins era lo único que tenía por seguro, y por ello pensaba conservarlo tanto como le conviniera. Eso, desde luego, no le impedía aspirar a algo más, ¿cierto?

Satisfecha, retomó el que sabía que era el camino en dirección a la casa de su prima en Berkerley Square, y cada vez que el recuerdo de una figura oscura se colaba entre sus pensamientos, ella lo refundía al fondo de su mente.

Unas cuantas semanas después, James admiraba las remodelaciones hechas en la mansión que había pertenecido a su familia por dos siglos, y se prometió que obsequiaría a Gabriel con una botella del mejor coñac que pudiera conseguir. La ayuda de su amigo resultó fundamental para tener todo hecho con tanta rapidez y eficiencia. Supuso que como había sido criado para heredar la posición de su padre tenía un desarrollado sentido de las cosas que a él por lo general le tenían sin cuidado. Remodelar una antigua mansión entre ellas. A James se le daba mejor crear de la nada. Muchas veces había adquirido bienes como aquel solo para echarlos abajo y construir sobre ellos algo mejor. Sin duda a Gabriel algo como eso lo habría horrorizado; poseía la misma mentalidad que la mayoría de sus congéneres londinenses: estaba aferrado a las tradiciones y a los antiguos patrimonios.

Al tío Harold, en cambio, todo aquello siempre le había parecido una tontería y se encargó de hacérselo saber tan pronto como puso un pie en Nueva York. Si quería hacer fortuna, dijo, tendría que despedirse de ese lastre sentimental. En América había mucho por hacer, nuevas tradiciones que instaurar y pocos aristócratas con tiempo libre. Si aceptó tomar bajo su cuidado al hijo de su hermana no fue para consentirlo o que se diera la gran vida gracias a la fortuna que a él le había costado décadas acumular; no, su sobrino estaba allí para trabajar y abrirse un futuro con sus propias manos. Y vaya que lo había hecho.

James suspiró y se llevó una mano a la nuca. La rutina empezaba a aburrirlo terriblemente; no

estaba acostumbrado a permanecer durante tanto tiempo sin hacer nada de provecho. Cierto que había dedicado las últimas semanas a supervisar las remodelaciones en la mansión y a elaborar un plan con su administrador que les permitiera poner en condiciones sus otras propiedades; pero una vez que eso estuviera trazado, y estaba encaminado a ello, ya no le quedaría nada que hacer, excepto asumir la vida de un aristócrata que dividía su tiempo entre veladas, bailes y paseos por el parque. La sola idea de pasar el resto de sus días en actividades como aquellas le provocaba escalofríos.

Poseía una propiedad en Devon que podría administrar y que sin duda debía de requerir mucho trabajo, pero nunca fue un hombre de campo. La vida de terrateniente no era tampoco para él. Lo que en verdad disfrutaba era negociar, emprender riesgos, sentir la emoción corriendo por sus venas al calcular los pros y contras de cada nueva empresa.

Iba a tener que escribir al tío Harold para encargarle que lo ayudara a encontrar la forma de trasladar algunos de sus negocios a Inglaterra en tanto él hacía los contactos necesarios para emprender una actividad que pudiera resultar de provecho.

Ahora que la mansión se encontraba en condiciones su madre podría hacer el viaje desde Irlanda para que asumiera posesión de la casa. Sin duda estaría feliz por ello y así James ya no tendría que preocuparse porque fuera abandonada una vez más. El señor Sanders se había ocupado de contratar a un batallón de sirvientes, por lo que no era extraño toparse con un nuevo rostro cada día, lo que en un principio encontró molesto; hubiera podido arreglárselas con la mitad de personal, pero sin duda su madre no estaría de acuerdo.

Había planeado un paseo por Hyde Park para esa tarde, pero le bastó con el recuerdo del último, donde tuvo que sortear a la que le pareció media población de Londres, para abandonar la idea. ¿En verdad todas esas personas no tenían nada mejor que hacer? Le pareció ridículo encontrarse con semejante muchedumbre y verse, además, obligado a saludar a buena parte de aquellas personas. Se marchó tan pronto como pudo y no sintió ninguna clase de remordimiento al dejar a algunos con la palabra en la boca. No era de extrañar que lo consideraran poco amigable e incluso cruel, se dijo al recordar el comentario de Gabriel.

Precisamente había quedado con su amigo en encontrarse aquella tarde luego de decidir cancelar su paseo por el parque. Según la nota que envió, su hermana no había dejado de insistir en que debía invitarlo a tomar el té en su casa; deseaba saludar al que había sido un buen amigo de su hermano y a quien habían acogido con tanto agrado en su juventud.

James no tenía del todo claro qué sentía al respecto; para ello quizá tuviera que decidir qué era exactamente lo que pensaba de ver nuevamente a Cecily, pero supuso que eso solo lo sabría cuando se encontrara con ella. De modo que decidió no continuar aplazando algo que debía hacer y respondió a la nota de Gabriel anunciando que estaría encantado de aceptar la invitación.

Sin duda, Cecily hizo una elección excelente cuando decidió rechazarlo y poco después aceptar la propuesta de ese barón Walwyn o lo que fuera, se dijo James con una sonrisa cínica una vez que llegó a la mansión emplazada en Berkerley Square y entregó su sombrero y guantes al mayordomo. Fue conducido de inmediato a un salón que, advirtió, daba a la plaza, y durante todo el camino hacia allí no pudo dejar de preguntarse cómo era posible que alguien fuera propietario de una casa de esas proporciones en uno de los lugares más distinguidos de la ciudad y fuera capaz de mostrar tamaño mal gusto.

Ni uno solo de sus gestos develó lo que pensaba, desde luego; su tío acostumbraba decir que

no conocía a nadie a quien se le diera tan bien ocultar sus sentimientos. Esa habilidad, que desarrolló a lo largo de los años en América, le había sido de mucha utilidad en los negocios y esperaba que le ayudara también en su nueva vida.

Gabriel esperaba por él en el dintel de entrada y por un momento le extrañó que hubiera salido a recibirlo con tanta premura, apartándose de quienes se encontraran en su interior, pero no dijo nada al respecto, tan solo estrechó su mano y agradeció la invitación. Advirtió, sí, que su amigo se veía un tanto disgustado, como si acabara de verse inmerso en alguna discusión. James supuso que tal vez tuviera algo que ver con su presencia y la actitud de su hermana frente a la misma. Si estaba en lo cierto, iba a ser una velada de lo más interesante.

—¡James! Me alegra verte, gracias por aceptar venir con tan poco tiempo de aviso.

—Gracias a ti. Confieso que tu invitación llegó en el mejor momento —respondió, esbozando una sonrisa mordaz—. Era esto o pasar la tarde preguntándome por qué los londinenses parecen ser todos tan indolentes con su tiempo. Tengo que hablarte de mi último paseo por Hyde Park; fue una pesadilla.

Gabriel rio pese a que otro en su lugar tal vez se hubiera sentido ofendido por sus palabras; pero empezaba a acostumbrarse a la brutal honestidad de la que hacía gala su amigo desde su llegada.

—Me lo dirás luego —comentó, haciendo una seña para que lo siguiera al interior del salón—. Cecily no permitirá que te retenga por más tiempo, está ansiosa por saludarte.

James se cuidó de decir lo que pensaba acerca de ese último comentario, pero Gabriel debió de adivinarlo porque se encogió de hombros sin añadir nada más.

El matrimonio, y en especial la viudez, supuso James con cierto cinismo, habían sentado estupendamente a Cecily. Se veía incluso más bella de lo que recordaba; cada una de las cosas en su apariencia que lo habían hechizado en su juventud parecían haberse multiplicado. El cabello más rubio y sedoso que nunca, sujeto en un intrincado peinado; los labios llenos dotados de una voluptuosidad que no poseía antes; el cutis pálido y perfecto; pero sobre todo sus ojos le impresionaron más allá de lo esperado porque advirtió que reflejaban la experiencia que debía de haber acumulado a lo largo de los años aunada a una malicia que ya había visto antes en cientos de otras damas como ella. La encontró más atractiva que nunca, pero no consiguió hallar en su interior nada similar a lo que había sentido cuando le ofreció su corazón en bandeja de plata. No dudaría un instante en tener una aventura con ella, decidió al tomar su pequeña y bien cuidada mano un instante cuando se acercó a saludarla, pero le costó creer que hubiera considerado alguna vez pasar el resto de su vida con una mujer como aquella.

—¡Lord Haversham! Nos alegra tanto que haya decidido venir; pensamos que nos evitaba.

El tono musical en la voz de Cecily resonó en sus oídos, y James no pudo reprimir una sonrisa burlona al advertir el matiz mordaz en sus palabras. Esa era una cosa más que no recordaba haber advertido antes en ella; podía ser muy astuta.

—¿Eso pensaron? Lamento haberlos inducido a ese error, pero como Gabriel les habrá contado no he tenido mucho tiempo para visitas; mi casa requería toda mi atención —indicó, sabiendo que era una pobre excusa.

Cecily debió de pensarlo también porque hizo un mohín y lo señaló con su abanico, pero no insistió al respecto, sino que posó sus grandes ojos en su rostro y le sonrió con lo que le pareció un signo inequívoco de interés. Sí, sin duda estaría encantado de tener una aventura con ella, y al parecer era muy bien correspondido. Que lo llevara a la práctica era otra historia, claro.

—Venga conmigo, me gustaría presentarle a algunos amigos. —Cecily posó una mano sobre

su antebrazo y le dio un pequeño y sutil apretón antes de tirar de él hacia un pequeño grupo que conversaba en voz baja en un sillón apartado del salón—. Son solo unos cuantos, no quería agobiarlo; le resultarán todos muy simpáticos, estoy segura. Gabriel, di a Ellie que si tarda un minuto más no esperaremos por ella y que será mejor que tome el té en su habitación.

James arqueó una ceja al oír el tono de fastidio en la voz de Cecily y esta sonrió al notarlo sin prestar atención a la mirada de advertencia que le dirigió su hermano antes de desaparecer por la puerta del salón. En busca de la prima impuntual, supuso.

—Es una chiquilla terrible —explicó la dama llevándose una mano al pronunciado escote del vestido en señal de angustia—. Ya le habrá contado Gabriel la última ocurrencia de mi madre. Enviar a Ellie a Londres. Una locura. La mayor parte del tiempo no tengo idea de dónde está y cuando sí es como si en realidad no se encontrara aquí. En verdad no comprendo cómo piensa mamá que su estancia aquí le hará algún bien. Ellie es demasiado sencilla para Londres; sería mucho más feliz en Surrey… Pero no importa eso ahora, le prometo que no permitiré que lo aburra. Le presentaré a mis amigos y espero que le agraden tanto como a mí.

James se abstuvo de decir cuán poco creía que eso fuera posible porque reconoció a varios de ellos como los mismos a los que había evitado el día anterior en el parque. Con un suspiro de pesar, esbozó lo que esperaba pareciera una sonrisa no demasiado fingida y toleró cada una de las presentaciones. Ciertamente, no era un grupo grande, solo cinco o seis personas, pero para cuando terminaron las presentaciones apenas recordaba sus nombres y se preguntó cómo había pasado de estar casi muerto del aburrimiento a una situación en la que bien podría haber estado ya tendido sobre su tumba.

El regreso de Gabriel, sin embargo, le proporcionó cierto consuelo y giró con rapidez en cuanto oyó su voz. Parecía haber abandonado el gesto de malestar con que se marchó y en ese momento sonreía con amabilidad al dirigirse a él; pero James no correspondió a esa sonrisa. Estaba demasiado ocupado mirando a la figura menuda que había llegado junto a él y que en ese momento lo veía también con cierta timidez.

La pequeña Ellie.

Le costó un minuto reconocerla como tal; en un primer momento solo pudo pensar cuán sorprendente era que se encontrara con aquella joven en un lugar como ese luego de haberla visto solo una vez en la estación a su llegada a Londres. ¿Cómo era posible que fuera la misma chiquilla a la que había hecho prometer que jamás diría a nadie que había sido testigo de la mayor de sus humillaciones?

—James. Recuerdas a Ellie, ¿cierto?

Se recompuso con rapidez y se acercó para tomar su mano, tal y como había hecho con su prima, pero la joven no hizo amago de tomarla; tan solo hizo una bien estudiada reverencia, por lo que no le quedó más remedio que dejar caer la mano al tiempo que la veía incluso con mayor interés en un rápido examen para registrar los cambios que se habían producido en ella desde la última vez que la vio.

Había sido una chiquilla muy bonita, ciertamente, pero nunca le prestó mayor atención; en aquella época estaba demasiado obnubilado por la atracción que sentía por Cecily como para siquiera pensar en cómo se vería una vez que creciera. Bueno, ahora podía verlo, y debía reconocer que se encontraba muy sorprendido.

La joven elevó el rostro en su dirección, mirándolo a su vez con una curiosidad similar. La timidez parecía haber dado paso a un interés tan acentuado como el suyo, pero no vio nada de los ademanes calculados y los gestos coquetos que eran tan comunes en otras jóvenes; en lugar de

ello parecía simplemente intrigada. Aunque su ego se resintió al considerarlo, sin duda mostraría el mismo interés si él fuera un pequinés que acabara de aterrizar sobre el salón.

Gabriel se alejó para responder a una pregunta hecha por uno de los invitados y se quedaron a solas un momento. James aprovechó entonces para acercarse un poco más a ella y buscar su mirada, que en ese momento le pareció ausente, como si se encontrara pensando en algo que la perturbara. Lo que fuera, le sorprendió el acuciante deseo que lo poseyó al caer en la cuenta de que deseaba saber de qué se trataba.

—La pequeña Ellie —dijo él en voz queda con el fin de que solo ella lo oyera.

Eleanor lo hizo, desde luego, y eso pareció ser suficiente para que hiciera a un lado sus pensamientos y lo mirara con las cejas elevadas. Sus ojos relampaguearon y James distinguió un brillo oscuro en medio de ese mar gris.

—Prefiero señorita Grey, si no le importa —lo corrigió ella sin vacilar.

Tenía una voz suave y ligeramente quebrada que no recordaba en ella, pero que calzaba a la perfección con su aspecto. Así debían de hablar las ninfas, se dijo él un tanto disgustado por ese arranque poético.

—Gabriel dijo que insiste en que la llame Eleanor —James habló en un tono burlón con el fin de retomar el control de sus pensamientos; se le daba mejor adoptar esa actitud—. ¿No va a concederme también esa gracia?

—No veo por qué lo haría. Usted y yo no somos parientes, o amigos…

—Pero podríamos serlo. Amigos, quiero decir; lo del parentesco es imposible y creo que me alegro por ello.

La joven sonrió y James tuvo la sorprendente impresión de que era ella quien se divertía con él y no al contrario, como había esperado que fuera.

—Insisto en que si me llama señorita Grey estará bien.

—Por ahora.

Ella se encogió de hombros al oírlo, pero no respondió; tal vez se preguntara por qué él se tomaba la molestia de intentar tomarle el pelo cuando hubiera podido dedicar su tiempo a algo más importante. Algo le dijo que, lo mismo que Gabriel, debía de pensar que estaba allí con el único fin de ver a Cecily.

—En ese caso, señorita Grey…

James se vio interrumpido al oír una voz musical que mencionaba su nombre y no tuvo más remedio que callar y mirar sobre su hombro en dirección a donde el grupo charlaba animadamente.

—Lord Haversham, venga a sentarse con nosotros; estamos ansiosos porque nos hable de sus aventuras en América. Hemos oído los rumores más extraños; debe contarnos acerca de ese incidente con un oso.

Los labios de la señorita Grey se elevaron traviesamente hacia arriba en cuanto oyó el comentario de su prima. Fue un gesto casi imperceptible que no duró más que un instante, pero James lo advirtió y lamentó no poder quedarse a su lado para ver una vez más un rapto de tan buen humor en un rostro que se esforzaba por mostrarse tan serio.

—Bueno, ya lo ha oído; temo que tendremos que dejar esta charla para después —dijo él, atento a su reacción.

La joven se encogió de hombros una vez más.

—Descuide, no puede dejarlos con semejante intriga —respondió ella en tono divertido antes de inclinarse ligeramente hacia él y bajar la voz al continuar—: ¿En verdad tuvo un encuentro

con un oso?

Fue el turno de James para esbozar una nueva sonrisa, fascinado por el brillo de sus ojos y el aroma a violetas que despedía su cabello.

—Para ser sincero, no puedo recordarlo; pero estoy seguro de que se me ocurrirá algo —replicó él con descaro antes de despedirse con una cabezada—. Señorita Grey.

Eleanor asintió y lo vio marchar sin revelar lo que pensaba, pero la verdad era que estaba sorprendida de haber sido capaz de hablar con él con semejante naturalidad. ¿A dónde se habían ido sus temores? Creyó que sus rodillas temblarían y empezaría a balbucear tan pronto como estuviera frente a él; pero, aunque apenas había conseguido controlar el temblor que estuvo a punto de hacerla tambalear, en verdad no encontró difícil seguir su conversación. Tal vez se debiera a la forma en que se dirigió a ella. Como si la encontrara interesante.

Eleanor contuvo un bufido y desvió la mirada alrededor del grupo al que se había unido el señor Haversham. Lord Haversham, se corrigió de inmediato al tiempo que se dirigía hacia donde se encontraba Gabriel, un poco apartado de los demás.

—Cecily se ve encantada.

Su primo la recibió con esas ácidas palabras y Eleanor no tuvo más remedio que volver a mirar en dirección a donde él señaló con una cabezada discreta.

Era verdad. Su prima parecía brillar. No pudo pensar en otra forma de expresarlo. Sus ojos destellaban en tanto miraba a lord Haversham con el rostro ladeado y el cuerpo levemente arqueado hacia él. Una de sus manos reposaba sobre el diván en que se encontraban ambos sentados y Ellie advirtió que cada tanto deslizaba uno de sus dedos hasta casi tocar el borde de la levita de lord Haversham, un movimiento que parecía inocente, pero Eleanor estaba segura de que no lo era en absoluto. Se preguntó si el hombre sería consciente de ello y le bastó con posar la mirada un instante en su rostro para saber que así era.

Él hablaba con absoluta tranquilidad acerca de una cacería en la que había participado al poco tiempo de llegar a América, y aun cuando permanecía casi inmóvil, su mirada iba de un lado a otro para estudiar el efecto de sus palabras en su auditorio; pero Eleanor se dio cuenta de que tardaba un poco más al posar los ojos en el rostro de Cecily. Era de esperar, desde luego, pero no por ello resultaba menos decepcionante. Había esperado que el tiempo transcurrido le hubiera hecho inmune a sus encantos. Odiaba la idea de que lo hiciera sufrir una vez más.

Él pareció sentir la intensidad de su mirada porque ladeó el rostro en su dirección y le dirigió una pequeña sonrisa que la obligó a desviar la mirada como una niña pillada en falta.

—Solo espero que no cometa ninguna imprudencia, no le mataría ser más discreta.

La voz de Gabriel llegó nuevamente a sus oídos y lo miró, intrigada.

—¿Qué has dicho?

Él pareció incómodo al comprender que había hablado en voz alta y a Eleanor le extrañó descubrir un leve rubor en sus mejillas.

—Nada importante, solo era algo en lo que he estado pensando. —Él se encogió de hombros y cambió de tema con rapidez luego de dirigirle una rápida mirada—. Deberías ir de compras; le hablaré a Cecily de ello.

Eleanor frunció el ceño y se miró el sencillo vestido que había elegido para esa tarde. No era nada espectacular, eso era seguro, pero tampoco debía de verse tan mal, ¿o sí? Ya había notado que tanto Cecily como sus invitadas vestían trajes mucho más lujosos, pero ellas estaban acostumbradas al ritmo frenético de la ciudad en que jamás repetían un vestido y se esforzaban por sobresalir. Ese no era su caso. De cualquier forma, no pudo evitar pensar que a lo mejor se

veía como una pueblerina anticuada. Lo que, consideró con una mueca, no tendría nada de raro porque eso era al fin y al cabo lo que era.

—¿Es tan malo? —preguntó de cualquier manera con gesto contrito.

Gabriel sonrió con ternura dando una nueva mirada a su anticuado y demasiado remilgado vestido en un tono ocre que no la favorecía en absoluto y sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Claro que no —la tranquilizó él—. Pero ahora estás en Londres y con seguridad podremos encontrarte algo más apropiado. Ya estás en edad de usar algo mejor.

Eleanor frunció el ceño.

—Me gustaría saber lo que tía Margaret opina acerca de eso —comentó ella en tono sarcástico.

—Madre no está aquí.

—Pero Cecily sí y dudo de que se encuentre de acuerdo contigo.

—Deja que sea yo quien se encargue de mi hermana —replicó él con tranquilidad y una nueva mirada en dirección al grupo—. De cualquier forma, dudo que le dé demasiada importancia. No ahora.

Eleanor siguió el curso de su mirada y el ceño se acentuó en su frente al comprender a qué se refería. Su prima se había movido unos cuantos centímetros y ahora sus mullidas faldas rozaban el brazo de lord Haversham. Con un suspiro, desvió la mirada por temor a ser descubierta nuevamente por él.

—¿Crees que en verdad haya visto a un oso? —preguntó ella sin poder evitarlo.

Su primo esbozó una sonrisa divertida y se encogió de hombros.

—No lo sé, pero no me extrañaría que fuera verdad. Aunque he pasado varias horas con él durante las últimas semanas, te confieso que no tenga idea de quién es realmente —reflexionó él en voz baja.

Eleanor cabeceó sin decir nada, en absoluto sorprendida por sus palabras. Si alguien le hubiera preguntado cuál era su impresión luego de haber visto a lord Haversham después de tanto tiempo, sin duda habría dicho algo similar; el hombre era un enigma.

Al oír una nueva risa proveniente de Cecily, sin embargo, se dijo que no tenía sentido continuar hablando acerca de él y de la persona en que se había convertido. En lugar de ello, decidió que bien podría aprovechar la presencia de su primo para hacer algunas preguntas más importantes para ella.

—¿Conseguiste averiguar lo que te pedí?

Gabriel recibió su pregunta con un casi imperceptible gemido y Eleanor no pudo evitar sonreír al notarlo.

—Esperaba que lo hubieras olvidado —dijo él.

—Si en verdad pensabas eso, entonces no me conoces en absoluto.

—Un comentario muy acertado —reconoció Gabriel de mala gana.

Eleanor lo miró de reojo, esperando a que hablara nuevamente, pero al comprender que no lo haría, volvió a dirigirse a él en un tono algo más demandante.

—Gabriel…

Su primo suspiró y dejó de fingir que encontraba muy interesante el diseño del mármol de la chimenea.

—Está bien —aceptó muy a su pesar—. Un conocido me dio las señas de un par de editores; uno de ellos de un diario que acaba de fundar y que tal vez podría ser lo que estás buscando. Pero aún no he hablado con él ni con ningún otro. Voy a necesitar algo más de tiempo.

—Pero no tengo tiempo —replicó Eleanor—. Te estoy muy agradecida, como siempre, pero no hace falta que seas tú quien se encargue de esto. Si me das las señas puedo ir a hablar con ellos mañana mismo.

Gabriel la miró como si dudara de su cordura.

—¿Presentarte en la oficina de unos absolutos extraños para ofrecer tus servicios como un mercader? —exclamó él en voz alta, por lo que tuvo que carraspear al notarlo y hablar algo más quedo a continuación—: Ellie, tienes que ser razonable.

—Lo soy. He pasado mi vida siendo razonable y no estoy dispuesta a continuar siéndolo cuando esta es mi última oportunidad de conseguir lo que he soñado siempre —rumió ella en un tono similar—. Y no hay absolutamente nada de malo con los mercaderes, por cierto.

Su primo suspiró.

—Lo siento, no he debido expresarme de esa forma, pero aún pienso que debes ser más cuidadosa. Tal vez Cecily esté demasiado concentrada en sí misma para prestarte atención, pero no tiene un pelo de tonta y si actúas de forma extraña lo sabrá y entonces se lo dirá a madre. Sabes que ella puede obligarte a regresar.

A Eleanor no le quedó más alternativa que asentir, aceptando a regañadientes la verdad en sus palabras. Sus tíos eran sus guardianes hasta que cumpliera veinticinco años o se casara, lo que ocurriera primero; de modo que tenían el poder para disponer de su vida como desearan. Una vez más, como había hecho desde que tenía memoria, Eleanor odió semejante injusticia.

—Lo sé —afirmó ella entonces en voz queda—. Pero quiero intentarlo, Gabriel. Tenías razón en cuanto al señor Perkins, no me parece de fiar; y debo aprovechar mi estancia en Londres para hacer otros contactos. Si pudiera entregar mis historias a otro editor, uno que las aprecie…

Su primo se llevó una mano al cabello y, al cabo de un momento en silencio, como si se encontrara cavilando al respecto, asintió suavemente.

—De acuerdo —aceptó—. Pero permite que averigüe algo más acerca de los nombres que me han dado. Pediré referencias a algunos amigos. Entonces, si me parece que son de confianza, te daré sus señas.

Eleanor sonrió.

—Gracias.

—Mientras tanto —continuó su primo con una sonrisa divertida—, tal vez deberías empezar a disfrutar de tu estancia en Londres. El tema del vestuario sería una buena forma de empezar.

—De acuerdo —aceptó ella de inmediato, dispuesta a acceder a lo que fuera.

—Bien. Arreglaremos algo pronto. Ahora tal vez deberíamos acercarnos al grupo; al parecer, James ha llegado a una parte interesante de su historia.

Eleanor lo siguió sin vacilar, pero mantuvo cierta distancia entre ella y el diván en que Cecily continuaba mirando embelesada a lord Haversham. Cuando ocupó una silla que Gabriel dispuso para ella, sin embargo, advirtió que el caballero detenía su narración y la miraba un instante antes de continuar. Nadie más pareció notarlo y, mientras prestaba atención a sus palabras, sorprendida por la forma en que conseguía capturar la atención de quienes le oían con su voz cadenciosa y grave, se dijo que tal vez lo hubiera imaginado.

Capítulo 3

Para el término de aquella semana, James había arreglado varias reuniones con un grupo de inversionistas recomendados por su tío en su última carta y estaba interesado también en hacer unos cuantos contactos por su cuenta gracias a los informes que le facilitó el señor Sanders cuando lo comisionó a ello. Según estudiaba las propuestas, comprendió que en Inglaterra no eran tan indolentes respecto a los nuevos avances como había pensado. Había unos cuantos hombres bien relacionados y con importantes fortunas que tenían muy claro que era necesario que se unieran a aquellos avances o correrían la misma suerte que los aristócratas que habían visto desaparecer sus fortunas al no mover un dedo para incrementarlas, renuentes a abrazar el progreso.

Los ferrocarriles y las comunicaciones eran dos temas que lo apasionaban en particular y estaba seguro de que, si movía sus fichas con inteligencia, pronto tendría algunos negocios marchando.

Uno de los caballeros que le había recomendado el tío Harold era un comerciante de origen escocés a quien conoció en América en su juventud; ambos hicieron una importante fortuna con la explosión del comercio en ese nuevo país, pero a diferencia de su tío, el señor Findley decidió regresar a Inglaterra tan pronto como amasó una buena cantidad; su sueño era crear un imperio en su patria y, según lo que había conseguido averiguar acerca de él, estaba muy cerca de lograrlo.

Los ancestros del señor Findley se dedicaron al comercio durante siglos y él no era la excepción. De modo que no era de extrañar que hubiera decidido llevar sus talentos a un nuevo nivel. Nada de vender en carretas al lado de los polvorientos caminos o permanecer tras el mostrador de un pequeño almacén; él soñaba en grande.

Los almacenes destinados a vender toda clase de productos se habían convertido en una vertiente muy rentable en América y, por lo que escuchó, Inglaterra no permanecería por mucho tiempo a la zaga. Ya existían algunos en actividad, pero nada como lo que el señor Findley tenía en mente. Cuando James fue a visitar la tienda se dijo que, si el hombre usaba su astuta mente comercial y encontraba a los socios correctos, podría crear algo muy interesante.

Aunque Findley’s, como su dueño había decidido llamarle en un rapto de egolatría extraordinaria, se encontraba ya en funcionamiento, aún había mucho por mejorar para convertirlo en lo que su fundador tenía en mente. Y pese a ello, se había convertido en un lugar muy frecuentado por londinenses de todos los estratos sociales. Según el señor Findley se ocupó de contar a James en tanto lo guiaba en un recorrido por la tienda, incluso los miembros de la aristocracia habían caído rendidos ante la novedad. Cierto que algunos aún se resistían, atónitos frente a la posibilidad de compartir espacio con la plebe, como el señor Findley comentó entre risas, pero ello solo ocurría con los de mayor edad. Las nuevas generaciones parecían encantadas

con lo exótico de la idea y desde su inauguración las ventas no dejaban de incrementarse al grado de que había dispuesto una ampliación a un terreno adyacente que le costó una buena parte de su fortuna. Ahora necesitaba un socio que inyectara una importante cantidad de dinero para así continuar con las reformas, y era allí donde James y su tío entraban a tallar.

De encontrarse del todo en sus manos, quizá él no habría escogido esa vertiente de negocio, se dijo James al inspeccionar los escaparates que un artista italiano diseñó para la tienda; pero su tío estaba muy entusiasmado con la idea y él jamás se hubiera negado a cumplirle ese capricho. Si quería ser el asociado de un nuevo Macy's en Inglaterra él estaría encantado de poner sus conocimientos a su servicio. Ya había puesto la mira en un negocio que era más de su gusto y que pensaba emprender en solitario. Pensaba ocuparse de ello tan pronto como asegurara la sociedad del señor Findley con las empresas de su tío.

—Necesitamos a un administrador de tienda; alguien con quien pueda trabajar codo a codo y en quien delegar parte del trabajo —decía el señor Findley al señalar la vista bajo ellos con un gesto brusco—. No puedo estar aquí todo el tiempo. ¿Está seguro de que a usted no le interesaría ocupar ese lugar en representación del señor Trenholm? Tan solo para empezar, claro, así podrá ver en qué se está invirtiendo su dinero.

James desvió la vista del gran salón a sus pies y observó al señor Findley con una ceja arqueada. Era un hombre corpulento y de escasa estatura; se veía tan compacto como un armario e igual de sólido, lo que sin duda había contribuido para que le fuera tan bien en los negocios. Era una persona que inspiraba confianza, alguien en quien era evidente que se podían dejar las cosas para que marcharan de la manera correcta. Pese a su acomodada posición, no había abandonado el vestir más bien sencillo de sus inicios; su traje, aunque elegante y de buen corte, estaba lejos de los más elaborados que se encontraban tan de moda entre los hombres de su edad y posición. Esa era la clase de cosas que siempre había encontrado importantes en un hombre; gestos simples que quizá otros ni siquiera habrían advertido, pero que a él le decían mucho acerca de su carácter.

En ese momento, el señor Findley esperaba una respuesta sin disimular su interés. Había esperado a terminar con el paseo iniciado a las puertas de la tienda y luego ascendiendo por cada uno de los tres pisos de los que estaba compuesto el edificio. En cada uno de ellos, que habían sido inteligentemente dispuestos para albergar determinados departamentos de venta, se había ocupado de mostrarle la mercancía en exhibición y a los encargados de acuerdo a su rango. Ahora, en lo más alto del tercer piso y apoyados en la balaustrada desde la que tenían una vista espléndida del gran vestíbulo, ambos observaron el movimiento bajo ellos, un ir y venir de todo tipo de público, muchos de ellos aristócratas ociosos que debían de encontrar muy divertido recorrer ese lugar, tal y como el señor Findley señaló.

—Temo que no será posible, aunque sin duda es algo que disfrutaría hacer —mintió James con descaro una vez que juzgó que era un buen momento para responder—: Tengo muchos otros asuntos de los cuales ocuparme y no puedo asumir una responsabilidad como esa con la seriedad que merece. Pero sabe que puede contar con la asistencia de mi tío; si usted lo considera conveniente, él estará encantado de enviar a uno de sus hombres de confianza.

El hombre cabeceó y sacudió su aleonada cabeza al tiempo que hacía una mueca que revelaba su indecisión.

—Eso es muy considerado por parte de su tío, pero preferiría que fuera alguien de aquí quien se ocupara de esa labor. Por eso pensé en usted —explicó él.

—Pero no he vivido en Inglaterra durante casi diez años, señor Findley.

—Lo sé, pero es inglés.

James se abstuvo de decir que no entendía del todo ese razonamiento; ya había notado que el hombre enarbolaba un nacionalismo a su parecer un tanto exagerado, pero ya que no veía cómo eso podía afectar al negocio prefirió guardarse su opinión. En lugar de ello, frunció el ceño al pensar en algo respecto a lo que acababa de mencionar.

—Si quiere contar con la ayuda de alguien que tenga experiencia en esta clase de trabajo y que sea un nativo del país, tal vez deba ascender a uno de sus empleados —sugirió tras encogerse de hombros—. Acaba de presentarme a algunos encargados de departamento que parecieron muy capaces.

—Todos lo son.

—Había una dama encargada del departamento para el hogar, creo. Me pareció bastante eficiente y creo que mencionó que está a su servicio desde la fundación de la tienda.

El señor Findley elevó sus tupidas cejas y lo miró con gesto confuso.

—¿La señora Brown? Pero es una mujer.

James reprimió una sonrisa al evocar el rostro adusto de la señora, una mujer que tenía un curioso parecido con la que había sido institutriz de su hermano cuando él era un niño pequeño. La recordaba como una dama de fuerte temperamento y esa señora Brown parecía compartir esa característica.

—Eso me pareció —respondió, ignorando el gesto ofendido del señor Findley por la broma—. Pero no veo problema en ello.

—Bueno, tal vez no, pero es algo muy irregular…

—Quizá para Inglaterra, pero debe recordar que el señor Macy eligió a la señora Getchell para que fuera superintendente de su tienda hace veinte años —comentó él recordando un caso muy sonado en el mundo empresarial que no dudaba que el otro hombre debía de conocer al dedillo —. Imagino que usted no pondría en tela de juicio el buen criterio del señor Macy.

Dado que el señor Findley, al igual que su tío, fue buen amigo del señor Macy hasta el día de su muerte hacía once años, James supuso que no obtendría una respuesta negativa a esa pregunta. Tal y como imaginó, el hombre empezó a cabecear con el ceño fruncido al considerar el asunto.

—Supongo que es algo que no se puede descartar del todo —dijo al fin, pensativo—. Tendría que considerarlo, claro.

—Hágalo. Mi tío estará muy complacido de saber que está dispuesto a convertirse en un abanderado de los nuevos tiempos en Europa —comentó James sin profundizar más en el tema.

El señor Findley asintió nuevamente y pareció estar a punto de hacer algún comentario cuando uno de los conserjes llegó hasta ellos trotando para entregarle un papel cuidadosamente doblado que el hombre desplegó y leyó con semblante inquieto.

—Parece que un cargamento ha tenido algunos problemas en el puerto… —rumió una vez que terminó de leer, mirando a James con el ceño fruncido—. Tengo que ocuparme de esto, pero creo que usted y yo hemos llegado ya a un arreglo, ¿no?

—Si está de acuerdo con las condiciones de mi tío, claro que sí. Podemos hacer los arreglos cuando usted lo estime conveniente.

El hombre cabeceó con energía llevándose las manos al frente de la chaqueta.

—Muy bien. Creo que esto funcionará —indicó, extendiendo una mano que James se apresuró a estrechar—. Usted encárguese de lo suyo y yo le haré saber cuando tenga la documentación necesaria.

—Notificaré a mi tío de su decisión, se sentirá muy satisfecho.

—También yo lo estoy, y felicítelo por su emisario; no habría transigido tanto con otro.

James agradeció el gesto con una cabezada y el hombre señaló el salón bajo ellos con una mano.

—Puede dar una vuelta si así lo desea para que vea las cosas con mayor tranquilidad. Quizá algo le llame la atención; haga como si la tienda fuera suya. En cierta medida, creo que hay algo de verdad en eso —sugirió el señor Findley con una sonrisa tras estrechar nuevamente su mano.

James agradeció la invitación y vio al hombre marchar apresurado seguido por el conserje, que apenas conseguía seguirle el paso. Se perdieron al final de un corredor en el cual se encontraban las oficinas y, solo entonces, tras considerarlo un momento, decidió omitir su sugerencia y regresar a casa; se encontraba un poco cansado luego de pasar horas discutiendo los pormenores de la negociación que su tío le encargó.

El señor Findley había hecho instalar un ascensor, uno de los más modernos de la ciudad, un armatoste de acero que se veía bastante confiable, pero James apenas le dio una mirada antes de dirigirse a las escaleras. No era muy afecto a los espacios cerrados, una manía que desarrolló durante los largos viajes a los que el tío Harold lo envió tan pronto como llegó a América. Había cruzado todo lo largo y ancho de ese enorme país en todo tipo de medios de transporte y lo único que sacó en claro de la experiencia fue que no tenía problemas en adecuarse a todo tipo de situaciones, pero que si estaba en sus manos prefería depender tan solo de sus propios pies para moverse.

Una vez que llegó a la segunda planta dudó entre bajar hasta el vestíbulo o buscar otra vía de salida, lo que le permitiría ver algunos otros espacios del edificio sin necesidad de demorar demasiado, pero cuando estaba a punto de decidirse por lo primero, tentado a dejar esa inspección para otro día, tal y como había pensado hacer en un inicio, una risa llegó a sus oídos y se vio caminando en dirección al sonido sin saber siquiera lo que hacía. Fue como si sus pies hubieran cobrado vida propia y antes de que se diera cuenta de ello se encontró frente a la sección de moda femenina, un espacio elegante que el señor Findley había pasado casi de largo luego de señalarlo con un gesto que pretendió implicar que no había nada interesante que pudieran ver allí. En ese momento James no podía estar menos de acuerdo.

El espacio, que era bastante considerable, estaba dividido en secciones delimitadas con buen gusto por estanterías de cristal que reflejaban los brillos del sol que se colaban por el gran tragaluz construido a modo de domo en lo alto del edificio. Varias dependientas, todas uniformadas de negro con un ribete blanco en los bajos de sus almidonados vestidos, se encontraban de pie frente a los escaparates; algunas permanecían en espera de que alguna clienta se acercara mientras que otras se encargaban de guiar a las damas que iban hacia ellas con las que supuso por sus rostros debían de ser todo tipo de preguntas.

En el rincón más alejado, de donde provino la risa que tanto lo impresionó, una de las dependientas sostenía frente a sí un par de pequeños rectángulos de los que extrajo unos envoltorios de seda que dejó con suavidad sobre la superficie de cristal del aparador. La joven frente a ella se encontraba de puntillas y señalaba el contenido de los paquetes con expresión concentrada.

Sin detenerse a pensar en lo poco apropiado de su comportamiento considerando que era el único hombre en el piso, se dirigió hacia allí hasta situarse al lado de la joven, que no había reparado aún en su presencia por encontrarse del todo concentrada en su examen de lo que fuera que estuviera mirando con tanto interés. La dependienta, que lo vio de inmediato, dio una cabezada en señal de reconocimiento y dio un par de pasos hacia atrás para girarse luego con

cautela e ir a atender a otra dama algunos metros más allá. James se dijo que tendría que felicitar al señor Findley por la discreción de sus empleados.

Una suave sonrisa se dibujó en sus labios al mirar en dirección a lo que la joven observaba. Cuando ella extendió una mano para tomar el contenido de la caja que tenía a su derecha, él carraspeó y dio un paso más hacia ella.

—Yo sugeriría los otros.

Su sonrisa se ensanchó al advertir que la joven daba un pequeño brinco al oír su voz y que giró para mirarlo con tanta brusquedad que hizo un leve gesto de dolor, pero no atinó a decir nada debido a la sorpresa y James aprovechó su desconcierto para insistir con su sugerencia.

—Creo que son más apropiados para usted, señorita Grey —indicó él.

Eleanor sostuvo los guantes que examinaba con detenimiento antes de que él le diera un susto de muerte y lo miró con el ceño fruncido. ¿De dónde había salido?

—¿Cómo…? ¿Qué hace usted aquí? —preguntó ella una vez que encontró la voz para hacerlo.

—Lo mismo que usted. Estoy de compras.

James encontró encantadora la forma en que ella se llevó una mano a la mejilla y lo miró como si pensara que era tonto.

—¿En la sección de damas? ¿Qué haría aquí?

—Soy demasiado discreto para responder a esa pregunta, señorita.

Eleanor sintió el rubor que subía por su cuello y que amenazaba con hacer su rostro arder, por lo que desvió la mirada sin atinar a decir nada, regañándose por mostrarse tan inquisitiva. Se mereció esa respuesta. Tal vez él se encontrara allí para escoger un presente para una dama. Quizá fuera algo para Cecily.

—Me gustan estos —dijo al cabo de un momento tocando la sedosa superficie de los guantes en un hermoso tono de perla que había elegido, desesperada por decir algo que los devolviera a una conversación más apropiada—. Precisamente me decía la encargada que son los más populares. ¿Dónde está ella, por cierto?

James no respondió a su pregunta, sino que reclamó su atención señalando la otra caja donde reposaban unos largos guantes de satén en un suave color azul cielo bordados con hilos de plata. Unas pequeñas plumas de pavo real trabajadas en la parte posterior de cada guante terminaban rematadas a la altura de la muñeca con cintas de seda.

—Esos son más apropiados para usted —insistió él.

Eleanor hizo un gesto indeciso.

—No lo creo. Son demasiado elegantes —repuso ella.

—Perfectos para un baile.

—No planeo asistir a ningún baile pronto, milord.

James ladeó el rostro y extendió una mano para delinear la delicada figura bordada en el guante.

—Pensé que había venido aquí para eso —indicó él—. A escoger un nuevo atuendo para una ocasión especial.

Eleanor sonrió y arrugó un poco la nariz en un gesto que le provocó devolverle la sonrisa.

—No, nada como eso. Solo busco algo más apropiado para Londres. —Ella bajó un poco la voz al hablar, como si hiciera una confesión que la avergonzara.

James la miró de pies a cabeza, deteniéndose un momento en la curva de su cintura, donde un lazo algo infantil ajustaba el frente del vestido azul claro que usaba aquel día.

—De modo que ha decidido renovar su vestuario —dijo él llevando la mirada a sus ojos.

La joven exhaló un suspiro y se encogió de hombros en un gesto resignado.

—No ha sido idea mía —explicó ella, y continuó hablando muy rápido como si fuera algo que deseara compartir y no hubiera tenido hasta ese momento nadie con quién hacerlo—. Gabriel piensa que mi ropa es horrible. Bueno, no usó esa palabra, pero estoy segura de que eso es lo que cree; dijo que debería usar algo más adecuado para la ciudad. Es posible que tenga razón, claro, pero a mí no se me había ocurrido. Me miro al espejo cada mañana y no me parece que esté tan mal.

La mirada de James se hizo más intensa al oírla y Eleanor sintió un repentino calor en su pecho, como si de pronto la temperatura hubiera ascendido un par de grados, pero resistió el impulso de abanicarse con el guante que sostenía aún entre los dedos.

—Creo que es natural que con un rostro como el suyo un asunto como la ropa le parezca tan poco importante. Si el espejo le devuelve ese reflejo, ¿a quién le interesa un vestido? —musitó él.

Eleanor dio un paso hacia atrás de forma casi inconsciente, lo que fue extraño porque lo que parte de ella en verdad quiso hacer fue acercarse a él como hechizada por su voz y la forma en la que la miraba; pero se impuso su buen juicio y desvió la mirada sin decir nada, fingiendo reflexionar nuevamente en su elección de los guantes.

—Me gustan estos —declaró ella nuevamente al cabo de un momento y le sorprendió lo normal que se oyó su voz.

James le dirigió una mirada divertida, como si fuera capaz de imaginar a la perfección cuán perturbada se encontraba y la idea lo complaciera demasiado para su gusto.

—No hay nada de malo con ellos. Si le gustan…

Ella frunció el ceño, un tanto picada de que él pareciera de pronto tan dispuesto a mostrarse de acuerdo.

—Me gustan mucho —indicó, sonando poco convencida—. Claro que esos otros son mucho más hermosos; pero no creo que tenga una oportunidad para usarlos. Además, son muy elegantes; no estoy acostumbrada a usar algo como eso.

James no respondió de inmediato y Eleanor se sorprendió al ver que tomaba los guantes con un ademán decidido y los tendía hacia ella para ponerlos casi bajo su nariz.

—Pruébeselos —indicó en un tono persuasivo—. Si se siente cómoda con ellos tal vez decida seguir mi consejo. Debería intentar arriesgarse, señorita Grey; si nos contentamos solo con aquello a lo que estamos acostumbrados podríamos perder la oportunidad de conocer algo que tal vez sea mucho mejor.

Eleanor dudó solo un instante antes de asentir, como si él la hubiera desafiado y ella se viera en la obligación de aceptar el reto.

—Muy bien.

Decidida, se quitó los sencillos guantes de encaje que llevaba y se probó los otros, maravillada a su pesar por la delicadeza del satén y el delicioso roce de la suave tela contra su piel. Tiró de las cintas hasta su muñeca y consiguió anudarlas sin mayor problema, pero no pudo hacer lo mismo con la otra mano. Tenía el ceño fruncido y levantó la mirada a punto de dejarlo por imposible cuando otras manos mucho más grandes y, advirtió un poco atontada por la impresión, con señales de estar acostumbradas a algún tipo de trabajo físico, aparecieron en su campo visual.

—Permita que le ayude.

James no esperó a que ella le diera permiso; tal vez porque sabía que de haber podido hablar

se hubiera negado en redondo, horrorizada de que se tomara esa libertad. En lugar de ello, tomó su muñeca con suavidad y la hizo apoyarla sobre el cristal del escaparate en tanto anudaba las cintas con movimientos lentos y calculados. Cuando terminó, mantuvo los dedos sobre el pulso de su muñeca y Eleanor llevó la vista hacia allí, fascinada por las diferencias entre ambos. Su piel más morena sobre la suya pálida. El tacto un tanto áspero de sus dedos que rozaban la piel delicada que dejaba a la vista el borde del guante. Hubiera podido permanecer así durante… bueno, no tenía idea de durante cuánto tiempo y tal vez fuera una suerte que no tuviera que descubrirlo porque sin duda no le gustaría la respuesta.

—¡Ellie!

Ella dio un nuevo brinco y retiró su mano con rapidez, odiando la sensación de pérdida que experimentó al abandonar el contacto. Forzando su mejor sonrisa, giró para mirar sobre su hombro cómo Gabriel caminaba hacia ellos con el ceño levemente fruncido. Su primo la había dejado para que pudiera escoger a solas lo que creyera más conveniente, pero debía de haberse aburrido de esperar dando vueltas por la tienda. Ahora, al verla junto a James, fue evidente que se arrepentía de haberse marchado.

—James. —Gabriel dirigió a su amigo una mirada recelosa—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Al parecer, todo el mundo encuentra extraña mi presencia en este lugar —comentó él con una sonrisa sarcástica—. Pero no creo que sea más extraordinaria que la tuya.

—Bueno, yo he venido para acompañar a Ellie.

—Temo que a mí no me ha traído un motivo tan agradable, pero no todos podemos elegir.

James resintió la crueldad con que brotaron sus palabras, así como el gesto de enojo que vio en el rostro de Gabriel. No fue su intención mostrarse tan hosco con él, pero no pudo evitarlo. De la misma forma en que no pudo evitar comportarse como un absoluto idiota con esa chiquilla que lo veía sin duda sorprendida por su actitud. De pronto, el continuar allí le resultó intolerable, de modo que procuró suavizar su expresión y el tono en el que habló.

—Debería marcharme; ha sido un largo día y aún tengo algunos asuntos que atender —dijo él, dirigiendo a su amigo la que esperaba fuera una sonrisa convincente—. Te veré en el club mañana, creo.

Gabriel tardó un instante en responder.

—Claro. Tal y como acordamos.

—Estupendo. —James dio una cabezada en dirección a Eleanor—. Señorita Grey, ha sido un placer verla.

—Igualmente, milord.

James se marchó con paso resuelto y sin dar una sola mirada tras él.

Un pesado silencio se instauró entre Gabriel y Eleanor al quedarse a solas, pero cuando él estaba a punto de hablar, posiblemente para hacer alguna pregunta respecto a la presencia de James allí, ella, que había permanecido pensativa desde que él se marchó, giró bruscamente para mirar a su primo y se dirigió a él con gesto resuelto:

—Gabriel, necesito que me des las señas de esos dos editores que mencionaste —pidió en un tono que no admitía réplica.

Su primo frunció el ceño, sorprendido de que sacara ese tema a colación en un momento como aquel.

—Ellie, te dije que yo me encargaré de eso; cuando me sienta seguro de que son la clase de personas con las que puedes entrevistarte…

—Lo siento, pero no puedo esperar más. Agradezco tus esfuerzos, pero ya es hora de que haga

algo por mi cuenta —ella insistió sin vacilar.

—¿Y qué ocurre si todo resulta un desastre?

—En ese caso tendré al menos la satisfacción de haberlo intentado. ¿No odiarías la idea de que pierda una gran oportunidad solo por temor a probar algo nuevo? —Eleanor habló con voz apasionada como si una nueva llama se hubiera encendido en su interior—. Yo no podría resistirlo, tengo que tomar el riesgo.

Gabriel pareció estar a punto de intentar contradecirla, pero se lo pensó mejor y asintió de mala gana.

—De acuerdo —aceptó a regañadientes—. Te entregaré sus señas tan pronto como volvamos a casa de Cecily.

Eleanor sonrió, agradecida y aliviada a partes iguales. Cuando la dependienta, que debió de juzgar que su presencia ya no sería mal recibida, regresó para continuar con su demostración, la joven sacudió la cabeza al verla tomar la caja que contenía los guantes en color perla y señaló los que aún llevaba puestos.

—Me llevaré estos —anunció sintiendo un ramalazo de orgullo surgido no sabía muy bien de dónde—. Son mis favoritos.

En tanto la dependienta se encargaba de guardar los guantes en su caja con infinito cuidado, Eleanor rozó la piel de su muñeca con los nudillos como si así fuera capaz de atenuar al menos una parte del ardor que sentía aún donde lord Haversham la había tocado.

James pasó los siguientes días ignorando todas y cada una de las invitaciones que no dejaban de apilarse sobre la bandeja dispuesta para tal fin en el recibidor, enfrascado en el nuevo proyecto que tenía entre manos y que lo mantenía bastante entretenido. No tanto como hubiera deseado, claro, pero sin duda su vida resultaría mucho más complicada de no contar con esa distracción. Había optado también por hacer oídos sordos a los mensajes que Cecily enviaba para él con su hermano, a quien sí veía con cierta frecuencia.

Luego del *impasse* en la tienda, había procurado mostrarse más amistoso con Gabriel. Aunque le costaba reconocerlo, se sentía avergonzado por su reacción durante el encuentro que sostuvieron en la tienda del señor Findley. No tanto por la forma en que le hablara entonces, sino porque era consciente de sus sentimientos por su prima y al comportarse de la forma en que lo había hecho él con ella cuando se encontraron a solas sentía casi como si lo hubiera traicionado. Lo que era una tontería, desde luego, él tan solo pretendió bromear con Eleanor, no tuvo intención de seducirla ni mucho menos, pero era lo bastante sincero para reconocer que las cosas se le habían ido de las manos. Lo que además de tonto era también humillante.

La pequeña Ellie se había convertido en una muchacha exquisita, eso era evidente, pero no era la más bella que había visto y sus habilidades sociales dejaban mucho que desear. Era demasiado honesta, tan simple y sencilla en su trato alejado de los artificios propios de la época; incluso su forma de vestir le recordaba a la imagen bucólica de una pueblerina, en absoluto similar al lujo que estaba acostumbrado a ver tanto en América como desde su llegada a Inglaterra. Y sin embargo, había algo en ella que lo fascinaba hasta tal grado que lo hacía cometer un error tras otro.

La forma en que le habló, el hecho de que incluso la hubiera tocado… esas eran la clase de cosas que hubiera hecho de encontrarse ante una mujer experimentada, alguien como Cecily, quizá, y con el único fin de seducirla y llevarla a su cama. Hacer algo como eso con la pequeña

Ellie estaba lejos de cualquier consideración. Jamás intentaría arruinar su vida; incluso un hombre como él tenía sus límites. El problema era que, aun cuando su consciencia lo tenía muy claro, otras partes de él parecían encontrar injusto renunciar a esa posibilidad.

Esa era la principal razón del porqué prefirió ignorar las invitaciones de Cecily. Tal vez ella y el resto de su familia pensaran que se debía a que aún no conseguía olvidar lo ocurrido entre ambos hacía tanto tiempo, pero eso a él le daba igual. Lo único que deseaba era mantener cierta distancia entre él y Eleanor. Era lo mejor para ambos.

Si todo salía bien, esperaba la llegada de su madre para la siguiente semana, y sin duda eso lo mantendría demasiado ocupado para pensar en Eleanor y lo que había sentido al tocarla. En tanto, estaba a punto de cerrar un trato muy conveniente que llevaba meses preparando con la paciencia propia de un faquir, como le gustaba decir a su tío al referirse a sus habilidades de negociación.

Había entablado contacto con el coronel Ferdinand Chester desde poco antes de dejar América gracias a un conocido en común que le habló de ese viejo oficial aficionado a la lectura y quien decidió usar buena parte de su patrimonio en un diario que, desafortunadamente, no estaba dando los resultados esperados. Según su amigo, el viejo coronel, como le llamaban sus conocidos, era un hombre con una mentalidad un tanto cerrada que permanecía anclado en el pasado. De allí sus reservas a emprender nuevas reformas que hubieran podido ayudarle a reflotar su negocio. En opinión de James, esa clase de hombres estaban destinados a pasar sus vidas acariciando sus anhelos con el único fin de atesorarlos para luego, en el caso de verlos cumplidos, no tener idea de qué hacer con ellos. Por suerte, él sí que podía pensar en muchas formas de salvar ese emprendimiento, pero para ello tendría que hilar muy fino si deseaba ganarse la confianza del coronel.

Desde su llegada a Londres habían sostenido un par de reuniones y ya tenía una idea clara de lo que podría hacer con el diario. La posibilidad de tener poder de decisión y llevar a cabo todo lo que tenía en mente lo seducía mucho. Siempre le había interesado esa clase de negocios, pero la falta de tiempo y el nulo interés que sentía su tío por ese tipo de inversiones lo habían frenado. Ahora, por su cuenta, pensaba centrarse en ello y aprovechar los avances que tenía al alcance de la mano.

Las oficinas del coronel Chester se encontraban en el primer piso de un viejo edificio en una calle poco transitada cerca del West End que debió de haber visto mejores tiempos. Eso era algo que tendría también que mejorar si las negociaciones llegaban a buen puerto, se dijo James al ser recibido por un joven al que reconoció como el secretario privado del coronel Chester. Le gustaba más la zona de Fleet Street para un negocio como aquel, pero ya vería luego cuán factible era eso. Todo iba a depender de lo que estuviera dispuesto a ceder el coronel Chester.

El viejo oficial lo esperaba sentado tras un escritorio que parecía ocupar más de la mitad de su oficina. La superficie estaba cubierta hasta el último centímetro por montones de papeles y plumas en un absoluto caos que lo desconcertó proviniendo de alguien que tenía una formación militar. Al secretario, no obstante, no se le movió ni un músculo del rostro cuando el coronel señaló un montón de papeles haciendo un ademán para que se lo llevara en tanto James ocupaba el asiento frente a él.

—Lord Haversham, siempre tan puntual; me gusta eso en un futuro asociado.

El coronel no le tendió la mano ni hizo amago de ponerse de pie para recibirlo, pero James no lo tomó a mal; ya estaba acostumbrado a sus maneras bruscas.

—Debo suponer entonces que ha encontrado satisfactoria mi oferta —señaló él dirigiéndole

una mirada calculadora.

—Digamos que sí. En lo que a su inversión se refiere sabe que no tengo queja; se ha mostrado muy generoso, pero supongo que esa ha sido su intención, ¿no? Lo ha hecho demasiado apetecible como para que este viejo sabueso pueda resistirse. Sabe que necesito ese dinero si quiero que esto siga funcionando.

James no le encontró sentido a negar esa afirmación; ambos sabían que era verdad, pero el coronel no pareció ofendido por esa evidente muestra de manipulación, lo que le agradó.

—En ese caso, espero que podamos arreglar todo para empezar con las reformas que tengo en mente —adelantó él, aún cauteloso.

—No tengo problemas con eso; pero es importante dejar en claro que conservaré poder de decisión sobre la empresa. No he pasado mi vida intentando crear esta cosa de la nada para que venga un extraño a cambiarlo todo —indicó el coronel en un tono algo más amable de lo que daban a entender sus palabras—. Espero que entienda que no pretendo ser irrespetuoso.

James cabeceó sin parecer afectado por la advertencia.

—Me queda claro y creo que es justo. Debe comprender, coronel, que siempre he encontrado interesante el papel de la prensa y estoy ansioso por invertir en él. Creo que con su experiencia y mis conocimientos podremos refundar esta empresa; pero haré un pedido también y, lo mismo que usted, espero no ser irrespetuoso. Usted conservará poder de decisión, desde luego, pero tendrá que mostrarse abierto a los cambios siempre y cuando estos sean razonables y en beneficio de ambos.

El otro hombre guardó silencio durante todo un minuto, cabeceando con el ceño fruncido como si no terminaran de gustarle del todo sus palabras, pero comprendiera que no era un asunto acerca del que James estuviera dispuesto a transar. Al final, apretó los labios como si diera una mordida a una presa invisible y asintió, dando un leve golpe sobre la superficie de roble del escritorio.

—Me parece justo —aceptó él—. Pero tenga cuidado con eso de la modernidad, no quiero que tome decisiones demasiado arriesgadas, ¿de acuerdo? De un tiempo a esta parte todo el mundo parece pensar que los límites razonables han desaparecido; no tiene idea de las cosas que he visto.

James contuvo una sonrisa a duras penas. Dudaba mucho de que algo que hubiera podido alterar al coronel lo impresionara en absoluto. Y no estaba dispuesto a ser tan razonable, como él había dicho, pero no era el mejor momento para dejar en claro algo como aquello. Con seguridad, sería algo a lo que tendrían que enfrentarse en el futuro, pero confiaba en poder imponer sus puntos de vista cuando fuera necesario en bien de la empresa.

—Los tiempos están cambiando —dijo él tan solo tras encogerse de hombros con ademán indolente—. Aquello que parecía fuera de lo común hace unos años ahora es considerado casi ordinario.

El coronel emitió un bufido despectivo y señaló un pequeño montón de papeles que había a su derecha.

—Como las mujeres que piensan que son capaces de escribir para un diario y exigen buenas pagas y su nombre en primera plana, supongo —rumió entre dientes.

James arqueó las cejas y dirigió al hombre una mirada que revelaba su interés. No era algo que esperara oír, ciertamente, y el coronel debió de comprender su desconcierto porque sostuvo el legajo en lo alto y lo señaló con él como si se tratara de un arma cargada.

—Acabo de recibir a una joven esta mañana —indicó él—. Nunca lo hubiera hecho de no ser

porque traía una tarjeta de un viejo amigo. Al parecer, un pariente suyo le dio mis señas, no estoy seguro; pero el hecho es que se presentó aquí, ¡sin acompañante, además!

—Sorprendente —comentó James por decir algo, con su curiosidad aumentando a pasos agigantados—. ¿Y qué es lo que deseaba?

—Dijo que es escritora y que ha publicado ya en el diario de Perkins. Seguro que lo conoce; ese tunante que solo publica basura —respondió el coronel con la nariz arrugada como si hubiera olisqueado algo particularmente desagradable.

—He oído hablar de él.

—Bueno, pues esta joven no quiere continuar trabajando con él, según dijo, y vino a dejar algunos de sus escritos para que los lea y considere publicarlos en mi diario.

James se abstuvo de señalar que según lo último que habían acordado el diario pasaría a ser suyo también, pero sin la documentación que lo certificara aún era pronto para cantar victoria. De modo que prefirió mantener su actitud meramente curiosa.

—Comprendo. ¿Y lo hizo? —Señaló el legajo que el coronel acababa de dejar caer sobre el escritorio con una mueca de disgusto—. Me refiero a si lo ha leído.

El hombre frunció incluso más el ceño, si eso era posible, y a James le recordó a un mastín enojado.

—Desde luego que no —respondió, para luego agregar en un tono algo más amable y vagamente arrepentido, o eso le pareció, aunque la ilusión duró solo un instante—: Bueno, tal vez le haya dado una ojeada. Y debo confesar que no está del todo mal, si sabe a lo que me refiero. Tiene un buen estilo, pero me recuerda demasiado a esas novelitas que las jóvenes esconden bajo sus almohadas y ocultan de sus institutrices, ya se hace una idea. Las historias de crímenes y terror están bien para las masas, por eso les va tan bien a esas entregas que venden a un penique, pero yo tengo en mente algo muy distinto para mi negocio.

James consideraba que esas entregas a un penique que devoraban las masas, como las llamó el coronel con tanto desprecio, eran un negocio magnífico que a él no le molestaría en absoluto emular con ciertas mejoras, pero no lo dijo entonces. En lugar de ello, señaló los papeles con una cabezada procurando no sonar tan interesado como se sentía.

—¿Le importaría que lo leyese? —preguntó él.

El coronel se mostró un poco reticente frente a su mano extendida.

—No lo sé. No creo que sea correcto —vaciló—. Me los confió a mí después de todo.

—Había entendido que los puso en consideración para que fueran publicados en el diario y, ya que ha aceptado mi propuesta, creo que tendré la autoridad para compartir esa clase de decisiones, ¿no es eso acaso lo que acordamos?

La réplica de James surgió en una voz amable pero firme y con una entonación acerada que solo un tonto no habría podido percibir. El coronel, como él bien sabía, no era tonto en absoluto, por lo que solo dudó un instante antes de tenderle el legajo que James tomó con un gesto de agradecimiento.

Leyó tan solo la primera página con bastante rapidez y semblante concentrado sin que su expresión diera una pista de lo que pensaba mientras recorría una línea tras otra. Al final, tras dar una rápida mirada al resto de las páginas sin leerlas en profundidad, cerró la carpeta y se la tendió de vuelta al coronel. Había visto suficiente.

—¿Y bien? ¿Qué piensa? —preguntó el hombre ante su silencio y sin disimular su curiosidad.

James cruzó una pierna sobre la otra con movimientos lentos y apoyó una de sus manos en el reposabrazos de la butaca dirigiéndole una enigmática mirada.

—Agradeceré que me dé las señas de esta joven, coronel —dijo él en un tono que no admitía réplica—. En cuanto hayamos concluido con el papeleo y haya ocupado mi puesto en la empresa, estaré encantado de concederle una cita.

El hombre no atinó a decir nada, tan solo asintió de mala gana e hizo a un lado los papeles con un gesto de desagrado, pero James no le prestó atención. Acababa de ganar su primera batalla y, si el nombre que había alcanzado a leer no lo inducía a error, era posible que se tratara de una victoria de lo más dulce.

En el momento en que el mayordomo entró al comedor en que acostumbraban tomar el desayuno cuando no contaban con invitados, Eleanor le dirigió una mirada ausente y distraída. Llevaba una bandeja de plata con él, tal y como hacía cada mañana, pero como todo el contenido de la misma estaba siempre compuesto de correspondencia para Cecily, había aprendido a no prestarle demasiada atención.

Gabriel no había podido acompañarles aquella mañana, así que no le quedó más remedio que compartir la mesa con su prima, algo que disgustaba a ambas; pero habían llegado a un acuerdo tácito según el cual hacían como si la otra apenas existiera. En opinión de Eleanor, era lo mejor. Cuando llegó a vivir con los Hartford hizo un esfuerzo por agradar a sus primos y Gabriel fue encantador con ella desde el inicio, pero comprendió pronto que ello no ocurriría con su hermana. Ella y Cecily eran demasiado distintas para conseguir agradarse. En su niñez la trataba con un aire de indolencia y soterrado desprecio, como si fuera una mascota molesta pero inofensiva; cuando transcurrieron los años, sin embargo, y Eleanor empezó a crecer, su desagrado se hizo más evidente y siempre se mostró resentida por la atención que le daban sus padres sin importar cuán poco hubiera de afecto en ella. Su trato con Gabriel, además, fue siempre mucho más cariñoso que el que ella había disfrutado, de modo que en opinión de Eleanor era casi natural que Cecily la encontrara tan molesta.

—Ellie, despierta. Necesito que Watson vaya a ordenar un carruaje para mí, no puede quedarse a tu lado para siempre.

Eleanor parpadeó al oír el acre regaño de su prima y se echó hacia atrás al encontrarse con la impasible mirada del mayordomo, quien sostenía la bandeja con un único sobre frente a su rostro. Dudó un instante de tomarlo, como si se preguntara si no se trataría de un error, pero su nombre estaba escrito en él, como comprobó al acercarlo a su rostro.

—¿Y quién te escribe, de cualquier forma? Espero que sea mamá, que ha recobrado el buen juicio y te ordena regresar.

Eleanor ignoró nuevamente las palabras de Cecily; estaba demasiado ocupada rompiendo el sello del sobre y leyendo su contenido. Por un momento temió que corría el riesgo de dejar de respirar y se obligó a controlar el temblor de sus manos en tanto releía la breve nota.

—¿Ellie? No has respondido —insistió su prima, mostrando al fin verdadera atención.

Eleanor se forzó a actuar con normalidad y cerró el sobre con movimientos calmados, aunque sentía como si su corazón estuviera a punto de estallar. Luego, lo dejó al lado de su plato con cuidado de que el nombre del remitente quedara oculto a la mirada de Cecily y levantó la cabeza para verla con expresión serena.

—Es de Gabriel —mintió—. Me invita a dar un paseo más tarde. Quiere mostrarme un museo que cree que podría gustarme.

Cecily le dirigió una mirada recelosa, pero no dijo nada hasta luego de haber dado un sorbo a

su café, una bebida que exigía le fuera servida cada mañana, aunque a Eleanor nunca le había terminado de agradar.

—Creí que tenía un compromiso que lo mantendrá ocupado durante todo el día —señaló ella.

—Al parecer ha descubierto que tendrá unas horas libres por la tarde.

—Ya veo. Y desde luego no puede pensar en nada mejor que dedicártelas a ti.

Eleanor apretó los labios, dividida entre el alivio por haber conseguido engañarla y el malestar que le provocaba siempre con sus comentarios maliciosos.

—Gabriel es muy amable —respondió ella procurando que no advirtiera su enojo.

Cecily chasqueó la lengua y sonrió de una forma que estaba segura que jamás permitiría que nadie que no fuera de la familia pudiera ver. Revelaba su malicia y ella siempre evitaba que fuera demasiado evidente para quienes no la conocían bien. Cuando ya era muy tarde para huir de ella, se decía Eleanor con frecuencia.

—Nunca comprenderé por qué ocupa tanto de su tiempo en ti; es una tontería que no lo use en algo más útil. Nuestra madre se queja siempre de que debería casarse y en Londres tiene a todo tipo de candidatas para elegir, pero en lugar de preocuparse por ello prefiere estar contigo —comentó ella con una mirada resentida—. Ese fue otro error que cometió mamá al enviarte. Ella sabe que Gabriel no actúa como debe cuando se trata de ti y aun así te pone bajo sus narices como una zanahoria frente a un caballo.

Eleanor juzgó que ya había tenido suficiente y se puso de pie con brusquedad sin importarle el sonido que hizo el servicio al chocar contra la superficie de la mesa. No deseaba oír más.

—Iré a mi dormitorio. Quiero escribir una carta a mis tíos —anunció, como si no le afectara lo que acababa de decir—. Que tengas un buen día.

Cecily le dirigió una mirada airada, pero no se atrevió a detenerla frente a la servidumbre. En lugar de ello desvió el rostro en un gesto de desprecio y Eleanor aprovechó ese momento para dejar el comedor y dirigirse a su habitación.

Odiaba cuando su prima hacía esa clase de insinuaciones, se dijo al cerrar la puerta tras ella con un golpe brusco; nunca entendería cuál era la satisfacción que obtenía al lastimar a los demás. Últimamente se mostraba más susceptible de lo habitual, y Eleanor tenía una fuerte sospecha de cuál era el motivo de ese continuo rapto de mal humor.

Según Gabriel, pese a que había enviado muchas invitaciones a lord Haversham para que se uniera a ella en varias de las veladas que organizó en las últimas semanas, este las eludió todas con distintas excusas. Aunque sabía que estaba mal de su parte, Eleanor no podía evitar sentirse complacida por ello; pero cuando eso ocurría se recordaba que eso no era de su incumbencia. Si lord Haversham mostraba suficiente sentido común para mantenerse alejado de su prima, solo cabía alegrarse por él, pero eso era todo. Desde luego, él no lo hacía pensando en ella.

Aún atesoraba el recuerdo de su encuentro en la tienda y aunque sabía que era una tontería de su parte le costaba olvidar lo que sintió entonces. Incluso hubo momentos en que no consiguió resistirse a la tentación de sostener los guantes que compró aquel día guiada por su consejo y llevarlos a su rostro, recordando lo que sintió cuando él rozó su piel y le dijo todas aquellas cosas respecto a tomar un riesgo por mucho que pudiera temer los resultados.

Sabía que de no haber sido por ello jamás hubiera insistido a Gabriel de la forma en que lo hizo para que le entregara la dirección de los dueños de esos diarios que le habían recomendado. Y cuando consiguió reunir el valor necesario para hablar con ellos tuvo su recuerdo muy presente, incluso pese a considerar que ninguno de ellos le prestó mayor atención y que posiblemente descartaran sus escritos.

Ahora, sin embargo, acababa de recibir una respuesta. Y una cita.

Habría roto a reír a carcajadas de no ser por el temor de ser oída. Se sentía tan feliz que hubiera podido lanzarse a bailar; pero en lugar de ello decidió elegir uno de los mejores vestidos que había escogido en su visita a la tienda; un diseño más apropiado para su edad, como dijo Gabriel y que solo necesitó un par de ajustes antes de que le fuera entregado. Era un bonito vestido de tarde en un tono borgoña con los puños y el cuello adornados con bandas de terciopelo algo más oscuro. Con un sombrero a juego se vería precisamente como deseaba: una joven segura de sí misma dispuesta a emprender un desafío.

Una vez que estuvo lista, se detuvo un momento frente al espejo para sujetar su cabello en lo alto de la cabeza en un rodete antes de ceñirse bien el sombrero. Se había dado demasiada prisa, era muy temprano aún para la cita, pero se sentía tan ansiosa que no hubiera podido permanecer sin hacer nada, y además temía que Gabriel llegara de improviso y pudiera desbaratar su mentira. No le importaba si Cecily se enteraba después de todo, pero en ese momento se hubiera echado a llorar si algo le impedía asistir a la cita que le habían indicado en la nota.

Se sentó un momento sobre la cama luego de consultar la hora, dispuesta a marcharse pasados unos minutos para buscar un carruaje de alquiler con calma, y en tanto, consultó el contenido de su bolsa con el ceño fruncido para asegurarse de que podría pagarlo. Al ver que así sería, se sintió más tranquila y se permitió pensar en su primera entrevista con el coronel Chester.

No le pareció un hombre de mente muy abierta; estaba segura de que nunca hubiera aceptado recibirla de no ser por la tarjeta que entregó a su secretario, pero era obvio que la había tomado más en serio de lo que le pareció entonces. O tal vez lo convencieran sus escritos. Cualquiera fuera el caso, no podía esperar para encontrarse con él nuevamente y oír su opinión acerca de su trabajo.

Cuando comprendió que no habría forma de que permaneciera inmóvil por más tiempo, exhaló un suspiro y dejó su habitación con la frente muy en alto como si se encontrara lista para enfrentarse a un enemigo invisible. E iba dispuesta a ganar.

Lo primero que le sorprendió al llegar al piso en que se encontraba el diario fue que no la recibió el mismo joven que la atendió durante su primera visita, sino una mujer entrada en años que la escoltó a una oficina también distinta a la que ocupaba el coronel Chester. En realidad, se dijo mientras daba unas miradas discretas a su alrededor en cuanto seguía a la señora, todo se veía un poco distinto a como lo recordaba.

Las puertas de las oficinas habían sido cambiadas por otras más robustas y elegantes; la alfombra que pisaba en ese momento no tenía punto de comparación con aquella desgastada que vio hacía unos días. Incluso alcanzó a distinguir unas delicadas y hermosas lámparas a gas adosadas a la pared. ¿En qué momento ocurrió todo aquello?

Le habría encantado preguntárselo a su guía, pero ya habían llegado a una puerta frente a la que se detuvo bruscamente para no tropezar con ella. Una vez que la abrió, la invitó a entrar con una sonrisa gentil y no tuvo tiempo para mirar la placa dorada fijada a la puerta que, estaba segura, tampoco se hallaba allí antes.

Intrigada y un tanto inquieta, entró a la habitación y estuvo a punto de pedirle a la mujer que no la dejara a solas, pero ella se marchó luego de señalar una butaca frente al escritorio que dominaba la estancia. Sentía un cosquilleo en el pecho, como si presintiera que algo importante estaba a punto de ocurrir, pero no tenía idea de qué podría ser. Permaneció de pie sin saber qué

hacer hasta que comprendió que estaba actuando como una tonta y se dejó caer sobre el asiento con las manos firmemente sujetas en el regazo. Sus manos sudaban bajo los guantes de muselina, de modo que se los quitó y los guardó en su bolsa sintiendo cómo su corazón latía con rapidez; pero eso no fue nada comparado con lo que sintió cuando oyó abrirse la puerta tras ella.

Giró el rostro con su mejor sonrisa, segura de que era el coronel Chester quien llegaba a reunirse con ella, pero su semblante se congeló al ver de quién se trataba realmente.

Fue una suerte que hubiera decidido sentarse, se dijo en tanto abría mucho los ojos y veía cómo lord Haversham daba una cabezada en señal de saludo antes de ocupar el asiento al frente del escritorio. De haberse encontrado de pie, sin duda se habría dado de bruces contra el suelo debido a la impresión. Y no importaba cuán lujosa fuera la alfombra que lo cubría, hubiera sido un espectáculo terrible.

—Lamento haberla hecho esperar, señorita Grey, no la esperaba tan pronto. Pedí a la señora Wallis que la citara dentro de una hora.

Eleanor intentó hablar, pero no fue capaz de decir nada, de modo que carraspeó suavemente y lo miró como si creyera que se trataba de una aparición. Tal vez lo fuera, se dijo parpadeando para ver si algo pasaba; pero no, él continuaba allí.

—¿Qué…? ¿Qué es lo que está haciendo aquí? —preguntó cuando al fin consiguió encontrar nuevamente su voz.

James abrió las manos frente a sí como si encontrara un poco extraña su pregunta.

—Es la segunda vez que me hace esa pregunta en poco tiempo, señorita Grey, empezaré a pensar que no le alegra verme —bromeó él—. Estoy aquí para hablar con usted, claro, creí que era eso lo que deseaba.

—Yo… vine para hablar con el coronel Chester.

James esbozó esa sonrisa ladeada que empezaba a encontrar tan familiar y empezó a negar suavemente con la cabeza.

—La nota que le enviamos señalaba que se reuniría con el director del diario —comentó él.

—Con el coronel Chester, quiere decir.

—No, no he querido decir eso. El coronel Chester es el editor, pero el director en funciones soy yo.

Eleanor se envaró en el asiento y le dirigió una mirara escéptica.

—¿Desde cuándo? —preguntó ella.

—Desde hace solo unos días, en realidad. Ahora que lo pienso, creo que esta es la primera reunión que sostengo con alguien que no pertenece al diario.

—Debe de sentirse muy emocionado.

James recibió su ácido comentario con una renovada sonrisa.

—No puede imaginar cuánto —replicó él sin parpadear—. Pero estoy seguro de que no ha venido a felicitarme, sino a tratar los pormenores de su propuesta, y es por eso también por lo que estoy aquí hablando con usted.

Eleanor le dirigió una mirada recelosa.

—¿Acaso ha leído mis historias? —inquirió.

—Por supuesto.

—¿Y qué opina de ellas?

James bajó la mirada a sus manos entrecruzadas sobre el escritorio antes de responder, pero cuando lo hizo fue mirándola directamente a los ojos.

—Son buenas —respondió él con sencillez.

Eleanor frunció el ceño y permaneció en espera de que dijera algo más, pero al comprender que no sería así, se dirigió a él en un tono apagado.

—¿Eso es todo?

—¿Le parece poco?

—Sí. Quiero decir, no. —Eleanor apretó los dientes antes de continuar—. Me refiero a que esperaba oír algo más.

—¿Algo como qué?

—No lo sé. Un comentario algo más elaborado, para empezar.

La sonrisa se borró del rostro de James al inclinarse hacia ella y a Eleanor le pareció sorprendente que fuera capaz de afectarla de una forma casi palpable pese al escritorio entre ambos. Si la hubiera tocado no se habría sentido más nerviosa o agitada. No era algo en absoluto justo porque estaba segura de que a él no le perturbaba de esa forma su presencia; se veía demasiado cómodo para ello.

—¿Algo como lo que el señor Perkins le dijo para convencerla de que le enviara sus trabajos y pagarle una miseria a cambio? ¿Tal vez algún comentario similar al que hizo el coronel Chester cuando vino aquí por primera vez y la despidió con falsas promesas como hubiera hecho con una niña traviesa? —Él la miró fijamente y a ella le costó mucho sostener esa mirada tan segura—. Intento ser sincero con usted, señorita Grey.

Eleanor asintió al comprender y relajó un poco su tensa postura.

—¿Quién le habló acerca del señor Perkins? —Ella hizo un gesto para interrumpirlo cuando estaba a punto de responder—. No lo diga. No tiene importancia.

—No, en verdad no la tiene, a menos que utilice esa experiencia en su beneficio —indicó James asumiendo un tono de voz más amable—. Cuando dije que creo que sus historias son buenas me refería al sentido más amplio de la palabra; pero considero que pueden ser mejores.

—Mejores —repitió ella, odiando el tono lastimero en su voz.

—La he ofendido.

—Claro que no.

Eleanor habló con cierta brusquedad y James cabeceó tras exhalar un suave suspiro como si fuera eso lo que había temido.

—¿Por qué actúa de esta forma? No conseguirá nada mostrándose todo el tiempo a la defensiva.

—Es evidente que usted no está acostumbrado a ser rechazado porque de ser así le sería más sencillo comprenderme…

Eleanor se llevó una mano a los labios, pero ya era muy tarde. Lo había dicho. Cerró los ojos un instante, demasiado avergonzada por semejante comentario y, cuando los abrió nuevamente y buscó la mirada de lord Haversham, se encontró con que él la miraba a su vez con una ceja arqueada, pero no logró encontrar nada más en su rostro que revelara qué tanto le había afectado esa acusación tan injusta.

—Lo siento tanto. No sé por qué he dicho algo tan horrible.

Su disculpa surgió en un murmullo quedo, pero fue obvio que él la oyó con claridad porque cabeceó un par de veces y exhibió una pequeña sonrisa irónica que a su parecer simuló una herida.

—Puedo hacerme una idea —dijo él en un tono amable, pero inflexible—. Se encuentra nerviosa y asustada, y teme que yo sea lo único que la separa de cumplir su sueño. Quiero aprovechar este momento para decir que estoy muy agradecido de que se haya mostrado tan

discreta acerca de cierto incidente del que fue testigo hace tanto tiempo. Hasta ahora lo ha sido, al menos, y solo por eso lo dejaré pasar. Pero esta será la única vez.

Eleanor se vio asintiendo varias veces sin ser del todo consciente de lo que hacía. No se trataba de la sutil advertencia que advirtió en su voz, sino que fue capaz de comprender sin asomo de duda que ese era un tema que aún le escocía y parte de ella penó por él tanto como odió la conducta de Cecily.

Cuando James retomó la palabra, pareció que hubiera olvidado lo que acababa de decir y retomó la charla volviendo al tema más importante de esa reunión.

—Queremos publicarla, señorita Grey; tal vez debí decir eso desde un inicio y así nos hubiéramos evitado este malentendido —empezó él al tiempo que le tendía el mismo legajo que dejó ella hacía varios días en manos del coronel Chester—. Pero hay una condición.

Eleanor tomó la carpeta y la abrió para encontrarse con varias anotaciones hechas al pie de cada página. Cuando levantó la mirada en dirección a James, este le devolvió una sonrisa sardónica.

—Aunque siempre he sentido pasión por la labor de un escritor y me gusta pensar que poseo ciertas aptitudes propias del oficio, jamás se me ocurriría ser tan arrogante para creer que puedo corregir a alguien que es evidente que tiene una mejor formación —dijo él antes de que ella pudiera expresar lo que pensaba en un nuevo rapto de indignación—. El coronel Chester, en cambio, pese a sus reservas, es un hombre con mucha experiencia respecto a la corrección de textos y fue él quien tuvo la amabilidad de leer sus escritos y hacer las anotaciones que consideró convenientes.

—Porque usted se lo pidió —comentó Eleanor adivinando la verdad.

James se encogió de hombros en ademán filosófico.

—¿Tiene eso alguna importancia? —inquirió él a su vez.

—Quizá. Porque eso significa que aun cuando él no confía en mí usted sí lo hace —señaló ella, para verlo luego con abierta curiosidad—. ¿Por qué?

James sacudió la cabeza en un gesto pensativo, como si fuera algo que ya hubiera considerado antes, pero aún no hubiera llegado a una conclusión.

—No estoy seguro. Digamos que se trata de una corazonada —indicó él—. Hasta ahora me han servido de mucho; no sería el hombre en el que me he convertido de no haberles prestado atención. Creo que eso es lo que ocurre con usted ahora. Me gusta lo que he leído, creo que es bueno, y quiero darle una oportunidad. Alguien con su valor sin duda lo merece.

Eleanor asintió y dio una nueva mirada a las cuartillas que sostenía contra su pecho.

—Lo estudiaré y, si estoy de acuerdo con las observaciones del coronel Chester, haré las correcciones que considere convenientes. Luego los traeré de nuevo para que vuelva a leerlos —anunció muy segura.

Fue el turno de James para asentir y se vio francamente aliviado al oír su respuesta.

—Esperaba que dijera eso.

Eleanor vaciló un instante respecto a qué hacer a continuación y, tras considerarlo, se puso de pie y acomodó las cuartillas bajo su brazo. Luego extendió una mano hacia él con el mentón elevado y una expresión muy seria en su rostro.

—Gracias —dijo ella—. Lo digo en verdad. Nunca antes… no estoy acostumbrada a que alguien que no sea yo se tome esto tan en serio. Es muy importante para mí.

—No lo dudo. Solo alguien que ama lo que hace podría escribir de la forma en que usted lo hace —comentó él señalando la carpeta con una cabezada. Luego tomó su mano y la envolvió en

la suya—. Tómese su tiempo, señorita Grey. Esperaremos por usted todo lo que haga falta.

Eleanor parpadeó un par de veces para ahuyentar las lágrimas que se agolparon en sus ojos. No podía llorar frente a él por algo como aquello, se dijo llevada por el orgullo. Había desnudado ya muchos de sus anhelos en esa entrevista y no estaba dispuesta a que viera también cuánto apreciaba su comprensión porque entonces podría adivinar lo que significaba en verdad para ella. Por eso, soltó su mano ignorando el hormigueo que sintió en sus manos desnudas al contacto de su piel y se apresuró a ponerse los guantes.

—Muy bonitos —comentó él observándola con una expresión enigmática—. No tanto como los otros, claro.

Eleanor esbozó la sombra de una sonrisa.

—Terminé por comprarlos, ¿sabe? No sé en qué pensaba, pero usted tenía razón, son tan hermosos que hubiera sido una pena dejarlos; claro que dudo de que pueda usarlos alguna vez —dijo ella un poco avergonzada por la confesión.

James la escoltó hasta la puerta y una vez allí la abrió a medias dejando suficiente espacio para que ella pudiera salir, pero aun así debía pasar muy cerca de él si deseaba marcharse. Así lo hizo ella, que no tenía otra alternativa, y él aprovechó ese momento para acercar el rostro al suyo y hablar cerca de su oído.

—Estoy seguro de que podremos arreglar algo —dijo James en un tono de voz ronca y grave, sonriendo frente a su desconcierto—. Para que use sus guantes, quiero decir.

Eleanor cabeceó sin saber lo que hacía y se las arregló para mover sus pies, que parecían haberse quedado inmóviles sobre la alfombra y, tras hacer una torpe reverencia, se apresuró a alejarse por el corredor con tanta rapidez como pudo.

Capítulo 4

La vizcondesa viuda de Castlecomer llegó a Londres una mañana lluviosa y James se preguntó si debía tomar esa casualidad como una señal; pero apartó la idea por considerarla injusta. Tal vez su madre pudiera ser comparada con una fuerza de la naturaleza, pero era también una dama encantadora y siempre fue el miembro de su familia con quien mejor había congeniado.

Cuando lady Virginia Haversham descendió del carruaje en el que su hijo la recogió de la estación, se detuvo un momento a las puertas de la mansión e hizo un gesto para que se abstuviera de tenderle un brazo para ayudarla a entrar; era algo que deseaba hacer a solas. Mientras subía las escalinatas recorriendo cada lugar, desde el imponente vestíbulo, pasando por la gran escalinata que había sido pulida hasta que su balaustrada despidió un brillo acentuado por los rayos de sol que se colaban por las ventanas impolutas, hasta llegar al gran salón cuyo piso de mármol emanaba un delicioso aroma a cera. Todo en la mansión había sido reformado hasta el último detalle y James se sentía muy orgulloso de todo lo que consiguió hacer que se llevara a cabo en tan poco tiempo.

La vizcondesa se detuvo al fin a las puertas del gran comedor y solo entonces giró para mirar a su hijo y le tendió una mano que él tomó con una sonrisa.

—Gracias —dijo su madre y él supo todo lo que esa simple palabra significaba para ella—. No recuerdo cuándo fue la última vez que vi esta casa así.

James asintió, considerando lo que ese comentario implicaba. Según le había contado ella con frecuencia, cuando contrajo matrimonio con su padre era muy joven, apenas la hija menor de un barón empobrecido que tenía prisa por librarse de ella. Y aunque su padre fue un esposo justo y procuró tratarla con afecto, el amor no fue una constante en su matrimonio. Ella habría sido feliz ocupándose de mantener sus propiedades funcionando como la habían educado para que hiciera, pero la mala cabeza del vizconde y su indolencia habían afectado seriamente su patrimonio. Entonces se volcó en sus hijos y estos solo sentían adoración por su madre, pero tuvo que separarse de ellos demasiado pronto. De James cuando decidió que tendría un mejor futuro si se unía a ese hermano suyo que había ido a probar suerte en América, y del mayor, Thomas, cuando murió en un accidente tan poco tiempo después de heredar.

La señora se habría sumido en la pena de no ser porque algo como aquello iba en contra de su naturaleza. Estaba acostumbrada a sortear la adversidad y hacer lo mejor que podía con lo que la vida le ofrecía; por ello escribió a James para ponerlo en antecedentes de lo ocurrido y rogarle que volviera a casa para asumir sus nuevas responsabilidades. Ahora él estaba allí y, al verlo con el profundo amor que sentía por él, tan seguro de sí mismo y orgulloso por lo que empezaba a conseguir como nuevo vizconde, se dijo que había tomado la decisión correcta al insistir en que regresara.

—Me cuesta creer que hayas conseguido hacer todo esto en tan poco tiempo.

La vizcondesa iba de un lado a otro recorriendo los objetos dispuestos aquí y allá con un toque casi reverente. La mayoría de ellos le eran muy familiares, habían pertenecido a la familia de su esposo por siglos, pero le parecía que pasaron años desde la última vez que los vio. Cuando sus hijos eran niños y fue evidente que el vizconde era incapaz de mantener un estilo de vida adecuado en la ciudad, fue ella quien insistió en que se trasladaran a la propiedad familiar en Castlecomer, donde podrían vivir más tranquilos sin depender de los magros ingresos de su esposo. James y su hermano solo regresaron a Londres para completar sus estudios y ahora ella se veía de vuelta en el que durante un tiempo fue hogar. Pero se veía mucho más hermoso de lo que recordaba.

—He contado con mucha ayuda —dijo James, atento y sonriente por la reacción de su madre —. El señor Sanders ha demostrado ser un administrador más que capaz y también tuve la asistencia de Gabriel Hartford. Debes de acordarte de él; fue buen amigo mío en Oxford.

La dama asintió, pensativa, y un leve gesto de concentración asomó a su rostro.

—Un muchacho encantador, sí, lo recuerdo bien —comentó ella para luego agregar con cierto tiento—: ¿No es el hermano de aquella joven…?

James sonrió. Su madre no había tardado casi nada en sacar el tema a colación; podría considerarse todo un récord.

—Cecily. Así es. No ibas a olvidarte de aquello, ¿verdad?

—Desde luego que no, ¿cómo podría? Y con seguridad tampoco lo has hecho tú.

Su madre recibió la noticia del rechazo de Cecily incluso con más indignación que él; durante un tiempo James se arrepintió de habérselo contado, pero ya que fue a ella a quien le confió sus intenciones de proponerle matrimonio antes de marchar a América, fue lógico que le notificara su negativa.

—Eso pasó hace mucho tiempo, madre; ahora no tiene tanta importancia —comentó él.

La vizcondesa hizo un mohín y le dirigió una mirada calculadora muy similar a la que su hijo acostumbraba adoptar cuando recelaba de algo.

—¿La has visto? —preguntó ella.

—Un par de veces. Es una viuda ahora, como sabes.

—Continúa siendo tan bella como la describiste, supongo.

James se encogió de hombros y le tendió un brazo que ella tomó para seguirlo en dirección al salón en el que había dispuesto que les sirvieran un refrigerio.

—Diría que un poco más —respondió él con voz risueña una vez que su madre se hubo sentado sobre un sillón cercano a la ventana—. Pero no hay nada por lo que debas temer; no puedo verla de la misma forma en que lo hacía cuando era un chiquillo.

La dama no se vio muy convencida con su respuesta.

—Las viejas pasiones siempre dejan huella —comentó ella en tono práctico.

—Hasta que son reemplazadas por otras.

Una doncella llegó en ese momento para dejar una bandeja con el servicio para el té y unos bocadillos, pero se retiró en cuanto la vizcondesa le hizo un gesto para indicar que ella se encargaría de servirlo. En tanto llenaba un par de tazas, dirigía a su hijo miradas cargadas de curiosidad. No se le había escapado el tono en que se expresó o la mirada pensativa que adoptó al hacerlo.

—¿Es ese tu caso? —inquirió ella hablando con naturalidad en tanto le tendía una taza que él se apresuró a tomar—. ¿Acaso una nueva pasión ha irrumpido en tu vida?

James no respondió de inmediato, sino que se apoyó en el respaldo de una butaca y dio un

sorbo a la bebida con expresión de deleite.

—¿No lo hacen todo el tiempo? —replicó él al cabo de un momento.

La dama no se dejó engañar por ese falso tono desenfadado.

—Claro que sí, pero no siempre provocan que te brillen los ojos de la forma en que lo hacen ahora —comentó ella señalándolo con una cabezada—. ¿Cuál es su nombre?

James sonrió y sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No tiene importancia.

—Yo creo que sí.

—No empieces a imaginarte cosas.

La vizcondesa ladeó el rostro y le dirigió una sonrisa sesgada.

—¿Acaso debería?

James rompió a reír y terminó lo que le quedaba de la bebida, acercándose para dejarlo sobre la bandeja y luego ocupar una silla vacía frente a su madre.

—Quiero organizar un baile —dijo él de pronto—. ¿Qué opinas?

La dama no se vio perturbada por el brusco cambio de tema; estaba acostumbrada a las maneras de su hijo y a lo feroz que podía mostrarse cuando sentía que irrumpían en su vida privada. Tal vez amara a su madre, pero no permitiría que ni siquiera ella se involucrara demasiado en algo que deseaba que permaneciera en privado o que, como sospechaba que ocurría en ese caso, él no tenía aún del todo claro.

—Nunca me oirás quejarme de una idea como esa. No recuerdo cuándo fue la última vez que asistí a uno, ya no digamos organizarlo —respondió ella con sencillez—. ¿Cuál sería la ocasión?

—Tu presencia, desde luego —replicó él, galante—. Y que al fin los Haversham hemos regresado a Londres para ocupar el lugar que nos corresponde.

—Eso parece un tanto arrogante, en especial proviniendo de alguien que mostró tantas reservas para ocupar precisamente esa posición que mencionas.

James sonrió y se encogió de hombros en un ademán un tanto burlón.

—Bueno, madre, siempre has dicho que puedo ser muy obcecado para aceptar los cambios; pero he comprendido que es lo que me corresponde y te alegrará saber que empiezo a disfrutarlo.

La vizcondesa asintió, complacida.

—Tienes razón. Me alegra mucho —dijo ella para luego continuar en un tono animado—. De modo que un baile. Supongo que tendremos que empezar con las invitaciones.

James se recostó en el asiento y exhaló un suspiro satisfecho.

—Creo que yo puedo ayudarte con eso —anunció.

Si la dama encontró extraña la conducta de su hijo se cuidó mucho de decirlo; conocía lo suficiente de su carácter para saber que planeaba algo y estaba segura de que pronto iba a descubrirlo.

Eleanor lanzó un nuevo trozo de papel por encima de su cabeza y emitió un bufido indignado al tiempo que dirigía una mirada cargada de resentimiento a la puerta de su habitación.

¿Cómo iba a hacer todo lo que debía si no conseguía concentrarse durante un minuto debido a todo ese ruido? Llevaba casi toda la mañana confinada en su habitación intentando llevar a cabo los cambios señalados en el manuscrito que lord Haversham le entregó en su última entrevista y aún no conseguía pasar de las primeras páginas. Al analizar las anotaciones hechas por el coronel Chester llegó a la conclusión de que concordaba con la mayoría de esas correcciones. Cierto que

también encontró algunas con las que discrepaba y tenía pensado señalarlo una vez que consiguiera tener el trabajo terminado para presentarlo a una nueva evaluación.

Si es que eso ocurría alguna vez, se dijo con un nuevo bufido cuando llegó a sus oídos un grito destemplado proveniente del piso inferior.

Desesperada, dejó la pluma sobre su pequeño escritorio y se dirigió a la puerta. Acababa de dar unos cuantos pasos en el corredor cuando se topó con Gabriel, que parecía dirigirse precisamente a su dormitorio.

—Ellie, me alegra encontrarte.

Eleanor contuvo un gesto exasperado; no era un buen momento para corregir a su primo acerca del uso de los diminutivos.

—¿La has oído? —preguntó ella sin siquiera saludar y en tono angustiado—. Lleva todo el día igual; en realidad, se encuentra así desde ayer. Va a volverme loca, y también a toda la servidumbre.

Gabriel sonrió ante su expresión e hizo amago de tomarla del hombro en un gesto de consuelo, pero pareció pensarlo mejor y dejó caer la mano a un lado.

—Ya me he dado cuenta; no sabes cuánto lo siento —comentó él—. Se le pasará pronto, te lo aseguro; volverá a la normalidad en cuanto haya dejado atrás los preparativos para el baile de James.

Eleanor hizo un mohín y se encogió de hombros, procurando no hacer demasiado evidente cuánto le afectaba cualquier mención a lord Haversham.

—Eso significa que me espera cuando menos todo un día más de martirio —rumió ella para luego ver a su primo con el ceño fruncido—. Tengo mucho por hacer, Gabriel, y no puedo concentrarme con todo este ruido. Cecily no deja de dar órdenes respecto a su vestido y su peinado; el carruaje que la llevará a casa de los Haversham… ¡Y cambia de opinión cada cinco minutos!

—Es solo un día —dijo su primo, sonando resignado—. ¿Y qué es eso tan importante para lo que necesitas todo ese silencio?

Eleanor vaciló antes de responder, desviando la vista. Por alguna razón que no deseaba explorar, no había compartido con Gabriel su última visita a la oficina del diario y mucho menos que fue el vizconde de Castlecomer quien la recibió entonces. No tenía idea de si Gabriel conocía las nuevas actividades de su amigo, pero ya que él no había dicho una sola palabra al respecto, ella tampoco lo mencionó. Tal vez se debiera a que deseaba estar del todo segura de que era capaz de hacer las correcciones que le sugirieron y tener algo concreto que compartir, o quizá se trataba tan solo de que quería conservar ese encuentro en secreto por un tiempo más. Aunque le gustaba pensar que era la primera razón lo que la llevaba a ocultar algo tan importante de su primo, la verdad era que muy en su interior estaba convencida de que se trataba de lo segundo.

—Estoy trabajando en mis escritos y todo este ruido no me permite concentrarme —contestó ella, evasiva.

Gabriel le dirigió una mirada curiosa, como si sospechara que había algo que ella no le decía, pero no insistió, lo que fue una suerte porque no habría sabido qué decir.

—En ese caso tal vez debas esperar unos días antes de ponerte con ello —aconsejó él—. ¿Por qué no sigues el ejemplo de Cecily y te ocupas de elegir lo que usarás mañana por la noche? Será tiempo bien empleado y te servirá de distracción para no lamentarte por no poder escribir.

Eleanor deseó que su primo no hubiera sacado ese tema a colación; era algo en lo que prefería no pensar.

—Acerca de eso… ¿en verdad es necesario que vaya? Me refiero a que con tu presencia y la de Cecily será más que suficiente para representar a la familia, ¿cierto? No sé por qué debería ir yo. Casi no conozco a nadie…

—Bueno, eso es porque te niegas a asistir a esta clase de eventos —le recordó su primo en tono exasperado—. Este será tu primer baile, después de todo.

—Pero no tiene por qué serlo.

—Esa es una idea absurda. No has venido a Londres para permanecer encerrada en tu habitación escribiendo, y no quiero decir que sea algo poco importante —dijo él cuando vio que estaba a punto de interrumpirlo para luego continuar en un tono más amable—: ¿Acaso no te ha gustado el vestido que te entregaron ayer? Creo que te verás magnífica.

Eleanor era lo bastante considerada para comprender que se comportaba como una chiquilla egoísta. Gabriel no dejaba de tomarse molestias por ella y lo único que hacía para agradecer sus atenciones era inventar toda clase de excusas con el único fin de evitar asistir a un evento en el que temía que fuera a hacer el ridículo.

—Tienes razón. Olvida lo que he dicho; claro que debo ir. Es posible que incluso me divierta —comentó ella fingiendo un entusiasmo que no sentía.

Gabriel se vio complacido por su respuesta.

—Claro que lo harás. Será una buena oportunidad para ver tus progresos en el baile; recuerdo que me pisabas con frecuencia cuando intenté enseñarte —bromeó él.

—Me gusta pensar que he mejorado un poco desde entonces.

En verdad Eleanor no estaba muy segura de ello, ese era uno de sus más grandes temores respecto a asistir al baile. Salvo por las esporádicas lecciones de Gabriel, su tía jamás le dio importancia a ese aspecto de su formación; estaba convencida de que no era algo importante. No para ella. Ahora, sin embargo, era posible que esa negligencia la llevara a quedar como una tonta frente a toda la sociedad londinense.

—Supongo que lo comprobaremos pronto. —Su primo no pareció advertir su angustia y le dirigió una sonrisa afectuosa—. Pero debes reservar un baile para mí. Temo que estarás tan solicitada que tal vez lo olvides.

—Puedo asegurarte que eso no es algo por lo que debas preocuparte —replicó ella en tono lúgubre; pensaba permanecer tan alejada de la pista de baile como le fuera posible.

—En ese caso, esperaré ansioso a mañana. —Gabriel la miró de una forma extraña, como si se dividiera entre lo que deseaba y lo que debía decir—. Ellie, me preguntaba…

—¡¿Acaso no he sido lo bastante clara?! Necesito orquídeas para mi peinado. ¡Orquídeas! No lavanda o jazmines. ¿Cómo pueden todos ser tan tontos?

Los gritos de Cecily llegaron claramente hasta ellos desde el piso inferior, interrumpiendo lo que fuera que Gabriel estuviera a punto de decir. Este hizo un gesto de amargura en tanto que Eleanor, que no le había prestado demasiada atención, se llevó una mano al rostro.

—¡Dios! —exclamó, desesperada—. Recuérdame por qué no puedo quedarme contigo.

Su primo recibió su lamento con una sonrisa.

—La gente haría todo tipo de comentarios y no queremos arruinar tu reputación.

Eleanor suspiró.

—Eso es muy tonto, mi reputación no corre ningún riesgo contigo —comentó ella sin parecer consciente de sus palabras o del efecto que tenían en su primo—. De cualquier forma, estoy segura de que es de mi cordura de lo que deberíamos preocuparnos. Porque si Cecily continúa actuando de esta forma me volverá loca.

Gabriel hizo un gesto para calmarla.

—Intentaré hablar con ella, pero no prometo nada; está demasiado emocionada.

—Me pregunto por qué —rezongó Eleanor entre dientes.

—¿Qué has dicho?

Al comprender que había hablado en voz alta, un leve rubor afloró a sus mejillas e hizo un gesto de disculpa.

—Nada importante —aseguró ella, avergonzada—. Creo que seguiré tu consejo y dejaré el manuscrito por un par de días, al menos hasta que haya pasado todo esto. Y me pondré con los preparativos para el baile de mañana.

Su primo pareció complacido de oírla.

—Estupendo. No dudes en pedir a alguna doncella que te ayude; Cecily no puede acapararlas a todas —sugirió él.

Eleanor no estaba muy segura de eso, pero no quiso contrariarlo, de modo que asintió e hizo un gesto de despedida.

—Te veré luego.

—Claro. Ahora iré a intentar aplacar a las fieras.

—Te deseo buena suerte con eso.

Eleanor observó cómo Gabriel se dirigía al piso inferior y se mantuvo un momento con expresión pensativa antes de dar media vuelta y regresar a su habitación. Una vez allí, dio una mirada lastimera al manuscrito sobre el escritorio y suspiró, resignada. Luego se dirigió al pequeño armario situado en un rincón de la estancia y lo abrió para retirar el vestido que acababan de entregarle y que Gabriel sugirió que sería perfecto para el baile de los Haversham.

Era muy bonito, de eso no cabía duda. Debido a su edad y a que aún no había sido presentada en sociedad, algo que para su enorme alivio dudaba de que fuera a ocurrir, decidió seguir la recomendación de la dependienta que la atendió durante su visita a la tienda del señor Findley y elegir un hermoso vestido de satén en un delicado tono perla con un intrincado bordado de hilos plateados alrededor de la falda y el frente. El vestido no tenía mangas, tan solo una flor de seda fijada al hombro izquierdo, por lo que se vería perfecto con los guantes que compró gracias a la insistencia de lord Haversham, se recordó con una sonrisa divertida al ir a por ellos y extenderlos sobre su cama.

Harían una mezcla curiosa. El virginal vestido con los refinados y exuberantes guantes. Tal vez ni siquiera combinaran del todo, consideró, pero no pudo importarle menos; deseaba usarlos. ¿Qué otra ocasión para ello se le presentaría? Pediría a una de las doncellas que le sujetara el largo cabello en lo alto de la cabeza y que lo fijara con algunos de esos jazmines que Cecily había desdeñado.

Quizá incluso se viera hermosa, se dijo en un rapto de emoción, sintiendo cómo la idea de asistir a ese baile finalmente empezaba a entusiasmarla. No se atrevió a considerarlo entonces porque, como todas las cosas que anhelamos muchas veces, preferimos mantenerlas en el más profundo rincón de nuestro corazón, pero sentía muchos deseos de ver una vez más a lord Haversham y presentarse ante él como algo más que la prima pequeña de su mejor amigo y de la mujer que lo rechazó una vez.

Esa noche no sería más la pequeña Ellie.

Nadie que viera la mansión de los Haversham la noche del baile hubiera podido imaginar que

la vizcondesa no organizaba un evento como aquel desde hacía más de una década.

Cada detalle fue planeado a la perfección y aun cuando hasta el último minuto la dama no dejó de mencionar que habría podido prestar mayor atención a alguna cosa que estaba segura de haber olvidado, James estaba convencido de que para el día siguiente todo Londres no hablaría de otra cosa que no fuera la extraordinaria fiesta de los Haversham. Él estaba decidido a que así fuera.

Tal vez hubiera tenido sus reservas respecto a asumir su nueva posición, pero, tal y como dijo a su madre, contó con suficiente tiempo para considerarlo y ahora sabía que hizo lo correcto al aceptar. El tío Harold comentaba con frecuencia que aun cuando James se había adaptado de forma magnífica a América y hubiera podido pasar por un nativo, en el fondo, a diferencia suya, conservaba raíces demasiado arraigadas a su origen aristocrático para romper del todo con su pasado.

Ahora, mientras su valet se ocupaba de sacudir una pelusa casi imperceptible de la chaqueta de su traje de etiqueta y se contemplaba en el espejo de su habitación antes de bajar al salón para reunirse con su madre y recibir a los invitados, se dijo que el tío Harold había estado en lo cierto. Como en muchas otras cosas más. Pero esa en particular estaba resultando de lo más satisfactoria para él.

Despidió a Peters con un gesto agradecido antes de bajar. Había hecho bien al convencerlo de que aceptara continuar sirviéndole en Inglaterra; su valet era un veterano del ejército americano y no tenía familia en su país, de modo que tan solo bastó un considerable aumento en su paga para que no lo pensara dos veces en subir al barco con su señor.

La vizcondesa decidió que recibieran a los invitados en el vestíbulo y así ellos podrían continuar en dirección al salón de baile que fue reabierto después de quince años y que ahora relucía como ningún otro que hubiera visto antes. Esa disposición, además, permitiría a los visitantes admirar las mejoras que se habían llevado a cabo en la mansión. Tal y como dijo la dama a su hijo en tanto ocupaban su posición una vez que se abrieron las puertas para iniciar con la velada, ese era uno de los principales motivos por los que la mayoría habían aceptado la invitación: deseaban comprobar con sus propios ojos si el nuevo vizconde era tan rico como se decía y si había usado parte de su fortuna en asumir su nueva posición con el decoro que todos esperaban. James se mostró de acuerdo con su madre y añadió, algo más cínico, que también debían de estar ansiosos por descubrir si lo que se comentaba acerca de su carácter era del todo cierto. ¿Sería en verdad el actual vizconde de Castlecomer tan huraño y poco sociable como se decía? Eso no lo mencionó a su madre, pero James estaba decidido a que se llevaran una decepción.

Había corrido la voz de que tal vez el príncipe de Gales hiciera una rápida visita durante la noche, lo que sin duda aumentó la curiosidad de la gente, que se agolpó en el vestíbulo para presentar sus respetos a sus anfitriones con bastante puntualidad, algo no del todo habitual en veladas como aquella. A los londinenses les gustaba llegar algo más tarde de lo permitido a las fiestas; de esa forma creían obtener una mayor atención.

James y su madre llevaban casi media hora recibiendo a los invitados cuando él atisbó la melena dorada de Gabriel en las puertas de entrada. Su amigo era tan alto que destacaba incluso entre la multitud y su madre debió de notar su distracción porque le dirigió una mirada curiosa y se mostró más atenta de lo que lo había sido hasta entonces al observar a los recién llegados.

Gabriel iba a la delantera abriendo paso para las mujeres que caminaban unos pasos tras él. James reconoció a Cecily de inmediato; iba ataviada con un fastuoso vestido borgoña de escote pronunciado y faldas mullidas con un pequeño y coqueto polizón que obligaba a quienes se

encontraban a su alrededor a hacerse a un lado. Su lustroso cabello rubio estaba recogido de modo que su rostro estuviera del todo despejado para apreciar sus hermosas facciones. De haber tenido diez años menos, se dijo James con la sombra de una pequeña sonrisa, hubiera caído fulminado de amor. Bien pensado, ¿no fue eso lo que le ocurrió una vez? Pero había pasado mucha agua bajo ese puente ya y, aunque era evidente que Cecily no parecía comprenderlo, él lo tenía del todo claro.

A diferencia del resto de los asistentes al baile, Gabriel se mostraba un poco indiferente a su hermana; James advirtió que casi toda su atención estaba puesta en la joven que iba de su brazo y con quien intercambiaba algunas palabras en voz baja según avanzaban, como si le señalara lo que llamaba su atención y no pudiera evitar sonreírle cada tanto. James no podía culparlo en absoluto; de encontrarse en su lugar, él tampoco hubiera podido resistirse.

Si hasta entonces guardaba en algún resquicio de su mente el recuerdo de la pequeña Ellie y se resistía a dejar de verla como a la chiquilla que conoció alguna vez, le bastó con ver a la mujer que se presentó aquella noche para desterrarla del todo de su memoria. La joven Eleanor Grey acababa de hacer su aparición en toda su extraordinaria belleza y, muy a su pesar, él se encontraba deslumbrado. No porque lamentara contemplarla, era un absoluto placer, sino porque le bastó con posar la mirada en su rostro iluminado por la ilusión, en su silueta remarcada por el virginal vestido, en los hombros desnudos y las manos cubiertas por los guantes que él mismo le ayudó a elegir, para saber que, sin darse cuenta, sin desearlo ni considerarlo, estaba irremediablemente perdido.

Cecily, como la dama de mayor rango en el grupo, fue la primera en presentarse y James tuvo un poco difícil disimular una sonrisa al advertir la forma en que su madre la veía. A la vizcondesa siempre se le había dado bien ocultar sus sentimientos, pero a veces incluso su férrea disciplina se veía afectada por situaciones como aquella. Pese a eso, fue bastante amable con Cecily e incluso prestó oídos a su palabrería durante un par de minutos antes de que esta pasara a presentarse ante James. Él tomó su mano y la besó tal y como sabía que ella esperaba que hiciera, pero tuvo cuidado de esquivar su mirada porque estaba seguro de lo que iba a encontrar en ella. Mientras fingía oír lo que decía, algo respecto a que guardaría un par de bailes para él, buena parte de su atención estaba puesta en la charla que en ese momento compartían Gabriel y Eleanor con su madre, al lado de quien acababan de llegar. Estuvo a punto de suspirar, aliviado, cuando a Cecily no le quedó más alternativa que continuar su camino en dirección al salón para dejar lugar a los recién llegados.

—Claro que lo recuerdo, señor Hartford, así como recuerdo también aquella visita que hizo a Castlecomer en una de sus vacaciones de verano. ¿Qué edad tenía entonces? ¿Quince años?

—Creo que diecisiete, pero era algo bajo para mi edad en aquella época.

Gabriel contestaba a las amables preguntas de la vizcondesa con su encanto habitual y esta pareció muy complacida de comprobar las palabras de su hijo, quien le había asegurado que el heredero de los Hartford conservaba ese aire de bonhomía del que hacía gala desde muy joven.

—Eso es algo de lo que evidentemente ya no debe preocuparse; se ha convertido en un caballero muy gallardo —comentaba la dama en un tono afectuoso para luego agregar, señalando a la joven a su lado con un gesto intrigado—: ¿Y su preciosa acompañante es…?

Gabriel comprendió que en su alegría por ver nuevamente a la vizcondesa había dejado a Eleanor de lado y tomó su mano enguantada para que diera unos pasos en dirección a la dama al tiempo que la señalaba con una sonrisa orgullosa que a James no le cayó nada bien.

—Milady, permita que le presente a mi prima; este es su primer baile y está muy emocionada.

—Gabriel miró a Eleanor como alentándola a no mostrarse tímida, aunque su prima pareció bastante segura al hacer una reverencia y mirar a su madre con una sonrisa cortés—. La señorita Ellie Grey.

—Eleanor Grey.

Aunque Eleanor abrió la boca como dispuesta a corregir a su primo, fue la voz de James la que se oyó, y no fue sino hasta entonces que él reparó en lo que había dicho. Su madre le dirigió una mirada con las cejas elevadas en tanto que Gabriel frunció el ceño, evidentemente disgustado porque le enmendaran la plana de una forma tan brusca. No se permitió ver la expresión de Eleanor frente a su interrupción, pero hubiera apostado lo que fuera a que debía de parecer tan complacida como asombrada porque se le hubiera adelantado.

—Sí, claro. Eleanor Grey. —Gabriel se recompuso con rapidez y se dirigió a la vizcondesa con una tensa sonrisa.

—Ya veo. —La dama observó a Eleanor con renovado interés, repasando su rostro como si pretendiera descubrir algo interesante en él y así pareció haber sido porque la obsequió con una amable sonrisa—. Bienvenida, señorita Grey, nos honra que haya elegido a este como su primer baile. Confío en que será una experiencia memorable.

Eleanor hizo una nueva reverencia y correspondió a su sonrisa.

—Estoy segura de que así será, milady.

Luego ella y Gabriel se acercaron a James, pero este se sentía aún un poco desconcertado por su reciente reacción, de modo que apenas estrechó la mano de su amigo, quien por cierto se veía menos complacido de lo que se mostró a su llegada, pero retuvo la mano enguantada de Eleanor algo más de lo que sin duda ella esperaba porque lo observó con una vacilante sonrisa en tanto él se llevaba la mano que sostenía a los labios. Aunque apenas la tocó, sin embargo, y los guantes cubrían su piel, ella sintió un extraño calor en su pecho y tuvo que desviar la vista para que él no pudiera advertirlo. Retiró su mano con cierta brusquedad y tomó el brazo de Gabriel para dirigirse al salón sin mirar atrás una sola vez. Algo le decía que de haberlo hecho se hubiera encontrado con la mirada de James fija en ella y ya se sentía bastante insegura respecto a si sería capaz de dar un solo paso sin cometer algún error como para exponerse aún más.

Eleanor acababa de esquivar al tercer caballero que se acercó con la evidente intención de invitarla a bailar y se dijo que nadie le había advertido de lo difícil que era evitar a alguien incluso en medio de un salón atestado de personas.

Al final, Gabriel estuvo en lo cierto al señalar que no le faltarían solicitudes de acompañantes para el baile, pero por primera vez desde que podía recordarlo, Eleanor odió la extraordinaria percepción de su primo. Le hacía las cosas demasiado difíciles. Él fue el único a quien concedió una pieza, la primera que tocó la orquesta escogida por la vizcondesa para que animara el baile, pero lo hizo llevada tanto por el agradecimiento como por la seguridad de que él jamás se burlaría de su impericia, además de que se encargaría de que esta no fuera evidente para quienes los vieran. No obstante, se negó a una segunda pieza de inmediato, asegurándole que podrían volver a bailar luego, y lo dejó en compañía de un grupo de jovencitas acompañadas por sus madres; todas ellas buenas amigas de Cecily, que estaba segura se habría ocupado de que asediaran a su hermano tanto como les fuera posible.

A Eleanor no le molestó separarse de su consternado primo; en realidad, deseaba poner cierta distancia entre ambos porque había notado que él se veía un tanto incómodo desde su llegada

cuando la presentó ante la vizcondesa y fue corregido con tan poco tacto por lord Haversham. Ella, en particular, se sentía bastante agradecida con él por adelantársele y evitar así que pusiera a su primo en evidencia, pero estaba segura de que a Gabriel no le había hecho ninguna gracia ese rapto de complicidad.

Cansada de mantener a raya tantas emociones y por el esfuerzo que suponía adelantarse a los reiterados pedidos de esos caballeros que parecían salir de todas partes, Eleanor se las arregló para dirigirse al rincón más alejado del salón y desde allí, semioculta por un cortinaje, pudo seguir las incidencias del baile con mayor tranquilidad.

Cecily era muy requerida, según comprobó al verla danzar con un caballero tras otro, pero no se veía tan complacida por ello como pensó que ocurriría y la vio dando varias miradas tras su hombro como si buscara a alguien entre la multitud. Gabriel, por su parte, bailaba con algunas de las amigas de su hermana y sus hijas, y él tampoco se veía del todo entusiasmado.

Al parecer, las cosas no estaban resultando como habían esperado, se dijo Eleanor con un suspiro que revelaba su estado de ánimo.

—Por favor, no diga que se encuentra aburrida. Mi madre se sentirá desolada si se entera.

Eleanor empezaba a acostumbrarse a los sobresaltos ocasionados por lord Haversham, de modo que apenas parpadeó cuando él pareció salir de la nada, situándose a su lado y manteniendo cierta distancia entre ambos de modo que si alguien advertía su presencia no encontrara nada reprobable en esa cercanía.

—No estoy aburrida, milord; no recuerdo haber visto nunca algo tan extraordinario. Espero que se lo haga saber a su madre.

Él sonrió como si encontrara divertida su respuesta.

—Me encargaré de que ella lo sepa —prometió tras dirigirle una mirada sesgada—. En ese caso, ¿por qué parece tan desanimada?

—¿Es eso lo que piensa?

—No se trata de que lo piense o no, sino de que estoy seguro de que eso es lo que le ocurre —declaró él, convencido—. ¿Por qué no se encuentra bailando? Por lo que he podido ver, es evidente que no le han faltado pedidos.

Eleanor intentó controlar el leve rapto de vanidad que la asaltó al oírlo y escondió una sonrisa complacida que, de cualquier forma, se borró muy pronto al caer en la cuenta de que no sería capaz de dar una respuesta que no la avergonzara.

—Acabo de bailar, milord, y ahora solo quiero descansar.

—Tan solo ha bailado una pieza con Gabriel y de eso ha pasado ya un tiempo. ¿Cómo podría haberse agotado tanto?

Eleanor frunció el ceño y lo miró de reojo.

—¿Y cómo es que sabe usted eso? —inquirió ella, curiosa.

James se encogió de hombros con sencillez.

—La he estado observando —respondió él sin el más mínimo indicio de arrepentimiento por la confesión.

Eleanor entreabrió los labios y los cerró de inmediato, sin saber qué decir, un silencio que él aprovechó para observarla en profundidad con una curiosa expresión en el rostro. Cuando pensó que ninguno diría ya nada, James sonrió y dio un paso más en su dirección, divertido por la reacción de ella, que se arrimó más contra el cortinaje, con lo que solo consiguió verse impedida de avanzar un centímetro más. Si James lo hubiera deseado, habría podido tocarla tan solo con extender una mano, pero no lo hizo. En lugar de ello, le dirigió otra enigmática mirada y cuando

habló su voz surgió en un tono tan bajo que Eleanor tuvo que ladear el rostro para conseguir oírlo.

—Me encuentro un poco indeciso —comentó él, pensativo.

—¿Respecto a qué? —preguntó ella sin poder reprimir su curiosidad.

—Es que me siento dividido entre invitarla a bailar o intentar convencerla de que acepte dar un paseo conmigo.

Eleanor resopló en un gesto muy poco femenino, pero no pudo evitarlo. Él habló con tal seguridad, como si estuviera convencido de que ella aceptaría una cosa u otra, que sintió el irreprimible impulso de hacerle saber que no tenía derecho a mostrarse tan presuntuoso.

—Temo que no aceptaría ninguna de las dos cosas —declaró ella con el mentón elevado—. No siento ningún deseo de bailar y, en cuanto a lo otro, ¿cómo se le ha podido ocurrir algo tan absurdo? Dar un paseo con usted —repitió—. ¡Es una locura!

—No veo por qué. Tan solo me refería a un paseo por el jardín; mi madre se ha esmerado en acondicionarlo para que los visitantes puedan apreciar todas las mejoras que hemos realizado en las últimas semanas; muchas de ellas gracias a la ayuda de su primo, por cierto —replicó él con una inocencia que no la engañó en absoluto—. No veo nada de malo en ello.

—Tal vez usted no. Pero le aseguro que la mayoría de las personas reunidas aquí no estarían de acuerdo.

—En ese caso soy muy afortunado de que me importe tan poco lo que ellos puedan pensar.

Eleanor sintió que buena parte de su actitud beligerante se disolvía apabullada por el recuerdo de las mil y una veces en que su tía la había sermoneado respecto a lo que cabía esperar de ella en una situación como aquella.

—Me temo que no comparto su seguridad, milord —dijo ella, odiando lo que consideró una muestra de debilidad.

Lord Haversham, sin embargo, no pareció muy impresionado por su declaración. Por la sonrisa ladeada que le dirigió, en realidad, pareció como si ni siquiera le hubiera creído.

—¿Por qué intenta engañarme? —inquirió él.

Eleanor se irguió como si la acabara de ofender gravemente. Bien pensado, eso era lo que acababa de hacer, se dijo tras dirigirle una mirada ceñuda.

—¿Me acusa de mentirosa?

—No me deja otra alternativa —replicó él con sencillez—. No puede esperar que crea que una joven que ha sido capaz de tocar las puertas de los más importantes diarios de Londres, sin más capital que su talento y un valor encomiable, va a mostrarse ahora tímida frente a la idea de dar un paseo por un jardín por miedo a lo que dirán los demás.

Eleanor estuvo a punto de responder que eran dos cosas totalmente distintas, y tal vez fuera así como ella lo veía, pero comprendió que había también cierta verdad en sus palabras. ¿Cómo podía estar dispuesta a arriesgarse de la forma en que lo había hecho una y otra vez y esgrimir luego semejante argumento frente a un hombre como lord Haversham? Él conocía de los desafíos a los que se había enfrentado; casi podía considerarse que tenía derecho a pensar que era una joven más arrojada que la mayoría.

Tras considerarlo un momento, dio una mirada a la pista de baile, tentada a aceptar concederle una pieza tan solo para librarse de una situación que no sabía cómo manejar; pero entonces cayó en la cuenta de que tal vez él la conociera ya mejor de lo que nunca hubiera podido imaginar, pero exponerse al ridículo en sus brazos era algo que la superaba por completo. De modo que aspiró con fuerza para controlar el temblor que empezó a recorrerla desde la punta de sus pies tan

pronto como tomó una decisión, y lo miró con los ojos entornados.

—¿Y cómo había pensado que iba a poder acompañarlo a ese paseo que mencionó? —preguntó ella en voz muy baja y renuente a mirarlo de frente.

Ante su silencio, sin embargo, no le quedó más alternativa que controlar su timidez y levantar el rostro para intentar leer su semblante. Craso error. James la veía con una expresión tan satisfecha que supo, sin asomo de duda, que acababa de cometer un gran error.

—No estaba del todo convencido cuando el jardinero propuso echar abajo el viejo invernadero y levantar otro de la nada, pero debo reconocer que fue un acierto. Este es mucho más moderno y ha conseguido instalar un nuevo sistema que hasta hace un par de años se consideraba prácticamente imposible; es eso lo que le ha permitido traer algunas plantas que en otras condiciones no se habrían adaptado a este lugar.

Eleanor oía la charla de lord Haversham con expresión atenta. Le costaba creer que se encontraran a solas en medio del invernadero que el vizconde había ordenado construir mientras llegaba hasta ellos el eco de la música que la orquesta continuaba tocando en el salón.

El llegar allí resultó toda una aventura que ella había emprendido primero con temor y luego, debía reconocerlo aun cuando le avergonzara, también con mucha diversión. Lord Haversham se había encargado de que así fuera.

Luego de arrancarle la promesa de que aceptaba su oferta, le dio unas cuantas indicaciones respecto a qué hacer a continuación y se esfumó con el mismo sigilo con el que había aparecido.

Mientras Eleanor simulaba pasear por el salón como si encontrara fascinante el baile de las parejas frente a ella, su corazón bombeaba a toda velocidad, aterrada frente a la posibilidad de ser descubierta. Tal y como lord Haversham indicó, fue retrocediendo hasta que dio con una puertecilla que él prometió dejar entornada para que ella pudiera cruzarla y dirigirse al jardín. Así lo había hecho sin llamar la atención de los otros invitados y de golpe se vio como arrojada a otro mundo, uno alejado del boato y el ruido que acababa de abandonar.

Sonreía al recorrer un camino empedrado con mucho cuidado de caminar pegada a los arbustos que flanqueaban la vía para que su sombra le sirviera de refugio por si alguien atisbaba desde la balaustrada situada en la parte trasera de la mansión, donde algunos invitados habían salido también a tomar un poco de aire puro.

Lord Haversham le dijo que bastaba con que caminara tan solo unos cuantos metros siguiendo el sendero y al girar en un recodo vería una pequeña construcción que reconocería de inmediato como un invernadero. Que él esperaría allí por ella.

Ni siquiera estaba segura de qué era lo que hacía; si su tía se enteraba la despellejaría viva. Asistir a una cita secreta con un caballero durante su primer baile. Dudaba de que una joven pudiera hacer algo peor para poner en riesgo su reputación. Pero no había malicia en sus actos, se recordó mientras extendía una mano para tomar la aldaba en la puerta y abrir esta solo lo suficiente para entrar y cerrar nuevamente tras ella.

No había estado en muchos invernaderos antes, pero ese le pareció espléndido. No tan grande como el que se encontraba en la propiedad de sus tíos en Surrey y que tío Eneas consideraba su mayor posesión, pero irradiaba un aire de modernidad que encontró encantador. La estructura había sido construida en acero y cristal; un techo abovedado remataba la edificación simulando un gran domo, era como encontrarse dentro de un panal. La idea le pareció tan divertida que rompió a reír en tanto recorría un corto sendero en dirección al centro del lugar.

—Ahora no parece tan desanimada. ¿Ve como hizo bien en aceptar mi invitación?

Esta vez no se sintió sorprendida en absoluto al oír la voz de Haversham; lo contrario sí que la hubiera desconcertado. Esperaba encontrarlo allí.

Él estaba sentado sobre el borde de una gran fuente en una postura desenfadada con las piernas colgando al ras del piso de piedra y los codos apoyados sobre las piernas. Se veía tan cómodo y seguro de sí mismo que Eleanor no pudo evitar preguntarse si no habría cometido un error al aceptar encontrarse con él a solas. Sin embargo, no permitió que su recelo le impidiera disfrutar de ese momento. ¿Cuántas otras oportunidades tendría de tomarse un respiro del ambiente opresivo del salón o de hablar con él sin sentirse vigilada por decenas de ojos que analizaban cada uno de sus movimientos? Tal vez la mayor parte de los asistentes a la fiesta mostraran poco interés por la protegida de los Hartford, una jovencita sin fortuna y en apariencia poco interesante, pero todos estaban atentos a lo que hacía o dejaba de hacer su anfitrión.

—Es un lugar muy hermoso.

La respuesta de Eleanor surgió con naturalidad y se mantuvo un momento de pie e indecisa frente a él hasta que James hizo un gesto para que se sentara a su lado. Ella apenas dudó un instante antes de hacer lo que decía, pero como la superficie de la fuente era demasiado alta tuvo que apoyarse sobre su mano y usar un pie de palanca para darse un impulso y poder sentarse con cierta torpeza. Mientras lo hacía otra risa escapó de sus labios y no dejó de sonreír hasta que advirtió que lord Haversham sostenía aún su mano enguantada. Se soltó con cierta brusquedad entonces y permaneció con el rostro ladeado y la vista puesta en la superficie de la fuente donde un grupo de nenúfares flotaban en total abandono.

—Me gusta mucho este lugar; es muy pacífico. Cuando vengo aquí es como si me encontrara en otro mundo; me permite pensar con tranquilidad y de alguna forma siempre consigo dar con las respuestas que necesito.

Eleanor giró suavemente para mirarlo, un poco sorprendida por esa confesión que él pronunció en voz baja y pensativa, como si en verdad no fuera del todo consciente de que hablaba con ella.

—Puedo entenderlo —replicó Eleanor con una ligera sonrisa—. Supongo que de encontrarme en su lugar me ocurriría lo mismo.

—¿Sí? ¿Usted también se siente a veces como si necesitara escapar del mundo? —Él correspondió a su sonrisa y continuó tras encogerse de hombros, respondiéndose a sí mismo—: Desde luego que sí, no sé en qué pensaba al preguntar. Creo que esa es una característica de los escritores, ¿verdad?

—No sabría decirlo. No conozco a otros.

Ambos rieron por esa sincera respuesta y permanecieron en silencio por unos minutos, pero no fue en absoluto un silencio desagradable ni mucho menos; por primera vez en mucho tiempo, Eleanor se sintió del todo a gusto con otra persona que no fuera Gabriel e incluso más porque había advertido ya que lord Haversham parecía comprenderla de una forma tan profunda que apenas necesitaba poner sus pensamientos en palabras para que él supiera lo que la inquietaba. ¿Cómo había ocurrido algo como aquello? No lo sabía ni estaba segura de querer descubrirlo.

—¿Es feliz, señorita Grey?

Su pregunta la sacó de su abstracción y lo observó con el ceño levemente fruncido, asombrada.

—¿Por qué me pregunta algo como eso? —inquirió ella a su vez.

Él se encogió de hombros y la observó de lado con una de esas profundas miradas que le producían un leve hormigueo en la piel.

—Es solo curiosidad. Es usted una joven con un natural bastante entusiasta, pero no puedo evitar pensar que debe de echar de menos a su familia —dijo él, para luego agregar con una mirada entendida—: A su verdadera familia, quiero decir, no a los Hartford.

—Bueno, ellos son mi familia. Lo han sido por mucho tiempo, y si bien es cierto que extraño a mis padres y a mi hermano, y que desearía que se encontraran conmigo y vivir todos juntos como hubiera sido de no haber ocurrido… —Eleanor carraspeó y se llevó una mano a la frente en un ademán inconsciente—. Los amo y lo haré siempre, pero ellos no están aquí y no hay nada que pueda hacer para cambiarlo.

—Pero su vida con ellos habría sido distinta a la que conoce con los Hartford. Ellos no pueden amarla de la misma forma y supongo que eso debe de haberla afectado.

Eleanor sintió que se encogía un poco en sí misma. No porque hallara malicia en lo que lord Haversham decía, todo lo contrario, era obvio que simplemente compartía algo a lo que por alguna razón había dedicado muchos pensamientos, sino por la agudeza de sus palabras. En gran medida estaba en lo cierto y era posible que ambos lo supieran, pero no se vio capaz de reconocerlo del todo. Salvo por su excelente relación con Gabriel no había conocido una vida feliz con los Hartford, eso era verdad, pero se negaba a que algo como aquello la convirtiera en una joven resentida con la vida que le tocó en suerte.

Por eso, cuando se encontró al fin lo bastante segura para responder, lo hizo con toda la confianza que consiguió reunir al tiempo que lo veía con una calmada expresión en el rostro. Ella no tenía cómo saberlo, pero la luz de la luna que en ese momento refulgía en lo alto y que se filtraba entre el cristal del techo abovedado le daba de lleno en las mejillas dotándola de una belleza sobrecogedora.

—Creo que se confunde, milord, pero agradezco su interés. Me encuentro muy satisfecha con mi vida y no siento más que agradecimiento por mi familia; han cuidado de mí con esmero y jamás he sentido que lo hicieran solo llevados por la obligación.

James le devolvió una mirada enigmática y recorrió su rostro como si pretendiera leer en su expresión qué tanto había de verdad en sus palabras.

—Entonces he hecho mal al pensar en usted durante todos estos años como un personaje del señor Dickens —respondió él en un tono vagamente divertido.

Ante la mención al extraordinario escritor que había hecho de su bandera la denuncia de la penosa vida que muchos huérfanos debían de experimentar en las calles del país, a Eleanor no le quedó más alternativa que esbozar una sonrisa burlona.

—¿Es esa la impresión que le di cuando nos conocimos? —preguntó ella.

—Las primeras impresiones pueden ser engañosas.

—No puedo contradecir eso. Yo también creo haberme equivocado con usted, aunque me atrevería a decir que en su caso el cambio es bastante notorio; no se trata solo de una impresión errada.

Por segunda vez en muy poco tiempo ella tuvo el irreprimible deseo de morderse la lengua debido a su terrible costumbre de hablar sin pensar. Ya había hecho un comentario durante su encuentro en la oficina del diario para referirse al pasado y a ese acontecimiento que había presenciado entonces y que estaba segura que él debía de querer olvidar. Fue muy claro aquel día en que no recibiría con mucho agrado otra referencia a ese hecho, pero en ese momento, al verlo con atención, se sorprendió al advertir que recibió sus palabras con una amplia sonrisa.

—Es posible que tenga razón —dijo él, tras asentir—. Me alegra que considere que he cambiado; no tolero la idea de pensar que pueda ser el mismo hombre que era entonces.

Eleanor vaciló solo un instante antes de hablar. El sentido común le decía que lo mejor hubiera sido permanecer en silencio y hacer como si no acabara de cometer una indiscreción, pero tuvo que continuar. Era importante para ella decir lo que pensaba, pero sobre todo lo era que él lo supiera.

—Lo lamento. No ahora. Quiero decir que me refiero a entonces… no había nada de malo en el hombre que era; lo que ocurrió no tuvo nada que ver con su conducta y su calidad como persona… —Ella se atropelló con las palabras e hizo un gesto de desespero con las manos frente a sí—. No sé cómo explicarme…

Para su sorpresa, él asintió como si hubiera sido capaz de entenderla con claridad y, aún más, para terminar de desconcertarla extendió una mano y rozó los dedos de las suyas enguantadas con un movimiento delicado.

—Lo ha hecho de forma estupenda, no se preocupe —indicó James al cabo de un momento—. La he entendido perfectamente.

—¿De verdad? Mis tíos dicen que cuando no sé qué decir solo balbuceo.

—No estoy de acuerdo. La entiendo y lo agradezco.

Ella miró sus manos suavemente unidas sin atinar a retirarlas, y entonces él habló de nuevo provocándole un pequeño sobresalto.

—Son muy bonitos, ciertamente, y me alegra que decidiera usarlos —dijo, acariciando el bordado de uno de sus guantes con la yema de los dedos—. Pero por extraño que pueda sonar, si antes solo podía pensar en cuanto me gustaría verla con ellos, ahora quisiera que se los quitara. ¿Puedo?

Eleanor asintió sin saber lo que hacía, pero no hizo falta que dijera nada. Él pareció comprenderla a la perfección y procedió a soltar las cintas anudadas a la altura de la muñeca; luego deslizó el trozo de satén por cada uno de sus dedos, acariciando sus nudillos según descendía hasta que una de sus manos se vio libre, pero cuando él fue a por la otra ella lo detuvo sujetándolo por el brazo.

—No. Creo que no debería hacer eso —su pedido sonó más cómo una súplica y le sorprendió que esa voz temblorosa fuera suya—. No he debido permitírselo…

—¿Por qué no?

—Porque no es correcto.

James soltó su mano, pero no se alejó de ella. Por el contrario, llevó una de las suyas a su rostro y acarició su mejilla con suavidad.

—Baile conmigo —pidió él en un tono de voz apasionado que le provocó un escalofrío—. No sé cuál es el motivo de sus reservas para hacerlo, pero le ruego que lo reconsidere. Quiero bailar con usted.

Eleanor sacudió el rostro de un lado a otro y evitó su mirada, aunque era muy consciente de la forma en que él la miraba, así como del calor en su mejilla en el lugar en que sus dedos permanecían apoyados. Sabía que debía apartarlo, pero no fue capaz de hacer un solo movimiento para ello.

—Soy muy torpe —reconoció ella de mala gana—. Nunca tomé lecciones y siempre que lo intento siento que corro el riesgo de tropezar. Haría el ridículo.

—Bailó con Gabriel —le recordó él.

Eleanor esbozó una sonrisa irónica.

—Gabriel me conoce y sabe que debe tener mucho cuidado con sus pies —comentó ella en tono risueño—. Además, es mi primo y nunca me juzgaría.

James la obligó suavemente a que lo mirara y a ella no le quedó más alternativa que hacerlo, aunque temía lo que fuera a encontrarse si lo miraba a los ojos.

—Yo tampoco lo haré —prometió él con una entonación solemne—. Y aunque me habría gustado ser con quien tuviera su primer baile, haré un esfuerzo por superar mi decepción y me resignaré a ser el segundo.

Eleanor negó con la cabeza, recelosa y divertida a partes iguales.

—Eso no tiene importancia.

—La tiene para mí, pero, como dije, viviré. —James sonrió y acercó el rostro al suyo hasta quedar a solo un palmo de distancia—. Por favor, baile conmigo.

Ella se vio tentada a apoyar la mejilla sobre la palma de su mano y cerrar los ojos para entregarse del todo a esa sensación tan agradable que la inundaba al mirarlo. Quizá fuera eso lo que le ayudó a recuperar el sentido común, se dijo luego al pensar en ello. La facilidad con que se vio sumida en la tentación de abandonarse a lo que él provocaba en ella. ¿No había pasado buena parte de los últimos años asegurando que era eso precisamente lo que no deseaba para su vida? ¿No se ufanaba siempre de que su mayor anhelo era ser una joven independiente y no depender en ningún sentido de nadie? En ese momento, en cambio, actuaba como si todo en su vida la hubiera conducido a esa posición; atenta y anhelante a cada una de las acciones de un hombre que por lo que sabía tan solo podía estar jugando con ella en tanto penaba por el que era su verdadero amor.

El rostro de Cecily se interpuso entre ellos, lo que tal vez fuera lo mejor, se repitió en su interior en tanto se echaba hacia atrás para romper el contacto y daba un pequeño salto en su desesperación por dejarse caer del asiento de piedra. Con los pies bien fijos sobre el suelo, como debía de encontrarse siempre en todo sentido, se dijo ella con dureza, lo miró desde abajo sin evidenciar el remolino de sentimientos en que se hallaba sumida.

—Supongo que puedo concederle un baile si está seguro de que no le importa arriesgar sus pies —dijo ella intentando sonar desenfadada—. Pero para eso debemos volver, ¿cierto?

Sin esperar respuesta, empezó el camino de regreso con tanta rapidez como le dieron los pies, pero teniendo cuidado de no tropezar con algunas raíces que sobresalían del sendero empedrado. Cuando se encontraba con la mano puesta en la aldaba de la puerta, dispuesta para salir, sintió el contacto de su mano sobre su brazo y no le quedó más alternativa que girar para mirarlo. Él sostenía su guante en la mano libre y se lo tendió con una sonrisa, como si su actitud no lo hubiera sorprendido.

—Se le ha olvidado esto —dijo él—. No creo que sea buena idea que regrese al salón usando solo uno.

Eleanor lo tomó con el rostro sonrojado, odiándose por ser tan tonta.

—Tiene razón, no sé en qué pensaba…

Cuando terminó de ajustarlo, con cuidado de hacerlo bien para que a él no se le ocurriera ofrecerle su ayuda, levantó el rostro para mirarlo. James la observaba a su vez con una expresión indescifrable que la inquietó más de lo que hubiera hecho si se hubiera atrevido a decir todo lo que era evidente que deseaba. Abrió la boca para decir una vez más que debía volver, que reservaría el baile prometido para él, lo que fuera que le permitiera huir de esa situación que ya no sabía cómo manejar, cuando él, que aún rozaba su brazo, enlazó una mano alrededor de su cintura para atraerla hacia sí.

—Una cosa más, señorita Grey.

James habló casi sobre sus labios entreabiertos y Eleanor sintió su aliento colándose en el

interior de su boca. No atinó a decir nada en tanto él deslizaba la lengua por la comisura de sus labios o cuando acarició la línea de sus caderas sobre la seda del vestido.

—La pequeña Ellie —susurró él antes de besarla.

Eleanor nunca se preguntó cómo sería ser besada por un hombre. Podía parecer absurdo considerando su edad y su naturaleza curiosa, e incluso más, ya que disfrutaba tanto de leer todo tipo de historias lo mismo que de escribirlas, pero siempre había mostrado cierto escepticismo frente al ideal romántico por el que otras jóvenes suspiraban. Salvo por el infantil enamoramiento que experimentó siendo solo una niña precisamente por el hombre que en ese momento la sostenía entre sus brazos, jamás dedicó demasiados pensamientos a imaginar cómo sería una experiencia como aquella, si es que siquiera le ocurría alguna vez.

Pero allí estaba. Sintiendo toda clase de emociones que amenazaban con desbordarla en tanto James la atraía hacia sí hasta que no quedó un centímetro de espacio vacío entre ambos. Él devoraba su boca de una forma que jamás habría creído posible. ¿Cómo podían compartir dos personas algo como aquello y no morir en el proceso?, se preguntó en tanto elevaba una mano para posarla sobre su sedoso cabello oscuro y arqueaba la espalda, entreabriendo los labios para facilitarle la entrada a su lengua que jugueteaba con la suya en una suerte de danza. Ni siquiera dudó. Era como si se encontrara precisamente en el lugar en que debía de estar. No sintió más que un leve atisbo de duda antes de cerrar los ojos con fuerza y entregarse a esa sensación aun cuando era consciente de que hacía mal. Era más fuerte que ella.

James abandonó sus labios un instante para respirar sobre su frente y sintió sus manos recorriendo todo el largo de su espalda para luego volver a asaltar su boca como si el mundo se hubiera puesto del revés y tan solo fuera capaz de encontrar el aire que necesitaba para vivir en su interior. Y Eleanor se aterró porque sintió lo mismo; una necesidad que supo iba mucho más allá de un beso o unas caricias robadas en la oscuridad.

Sin poder contenerse, puso las manos sobre su pecho y lo alejó con brusquedad dirigiéndole una mirada airada como si de pronto la hubiera poseído algo que la llevara a odiarlo. A despreciar y rechazar esa misma necesidad a la que se había abandonado sin detenerse a considerar en lo que significaría para ella. Estaba segura de que él no podía imaginar lo que sentía; que no era más que un juego más al que estaba acostumbrado y que lo olvidaría con rapidez en tanto ella permanecería marcada por ese momento durante toda su vida.

—¿Por qué ha hecho esto?

La pregunta brotó de sus labios inflamados por sus besos en un susurro quebrado; fue casi un lamento en que sin desearlo terminó por imprimir toda su desesperación. Al oírla, James elevó levemente el mentón en un gesto que pareció desafiarla a arrepentirse, a poner en palabras todo el miedo que debió de ver en sus ojos.

—Porque a diferencia de lo que conversamos acerca del baile, en lo que a besarla se refiere no estaba dispuesto a ser el segundo.

—¿Y cómo puede estar tan seguro de que no lo fue? —inquirió en ella en un acto reflejo, llevada por el enojo que le provocó una respuesta tan soberbia.

—¿Estoy equivocado?

—No voy a responderle.

Él sonrió.

—No hace falta.

Eleanor apretó los dientes, pero no dijo una sola palabra más. Él no hizo amago de volver a tocarla. Permaneció con la respiración tan agitada como la suya, pero a diferencia de ella no

pareció que se viera en absoluto arrepentido por lo que acababa de ocurrir. Entonces Eleanor dio media vuelta y abandonó el invernadero rogando porque no intentara ir tras ella porque temía que pese a toda esa indignación a la que había elegido aferrarse para encontrar las fuerzas y dejarlo, si él daba un solo paso para seguirla, si decía una palabra para intentar convencerla, no sería capaz de negarse. Y ese sería su fin.

Capítulo 5

James esperó casi durante una semana a que Eleanor fuera en su busca a las oficinas del diario para entregar el manuscrito corregido, tal y como acordaron. Si bien no fijaron una fecha en su primera reunión allí, creía conocerla ya lo suficiente para saber que ella no dejaría transcurrir demasiado tiempo. Sin embargo, los días pasaban y no sabía nada acerca de ella. Ni un recado o el pedido de una prórroga de necesitarla. Bien pensado, no debería extrañarlo después de lo ocurrido entre ambos durante el baile, pero se encontraba demasiado inquieto como para considerarlo con sensatez.

Quería verla. Y aunque el sentido común que tanto esfuerzo le había llevado desarrollar a través de los años le decía que se asomaba a un abismo al entregarse a esa necesidad, no había forma de aplacarla. La presencia de Eleanor le afectaba de una forma que no sabía siquiera cómo nombrar, ya no digamos controlar.

Por eso, cuando una mañana en que se encontraba en medio de una reunión con el coronel Chester, su secretaria tocó discretamente a la puerta del despacho para entregarle un sobre enviado por un mensajero, le bastó con ver el nombre al dorso para saber que ella no se lo pondría sencillo. El sobre contenía el manuscrito corregido y lo acompañaba una breve e impersonal nota en que indicaba que esperaría a que fuera puesto nuevamente a disposición de lo que llamó «el consejo editorial» para saber si tendrían interés en publicarlo o no.

A James aquella muestra de madurez y dignidad le cayó como una patada.

Eleanor acababa de demostrar que poseía una fuerza de voluntad mayor que la suya y él se dijo que aquello lo llevaría a admirarla aún más de lo que lo hacía ya de no ser porque se encontraba demasiado furioso para verlo. ¿Cómo se atrevía a evitarlo de aquella forma? No dijo nada, sin embargo, y ni un solo gesto reveló lo que sentía cuando recibió el sobre de la señora Wallis y lo entregó al coronel sin siquiera dar una mirada a su interior. Lo leería una vez que su socio lo hubiera analizado a conciencia para asegurarse de si Eleanor había hecho los cambios señalados; en ese momento, si le ponía una mano encima a algo suyo, posiblemente se viera haciendo alguna tontería. Como enterrar el rostro en el papel con la esperanza de que siquiera un rastro del perfume que ella usaba hubiera quedado prendido en él, por ejemplo.

No tuvo tiempo para dedicar a unos pensamientos tan poco habituales en él, no obstante, porque tan pronto como concluyó con su reunión y regresó a su oficina, su secretaria anunció una visita. Le bastó con ver el rostro adusto de Gabriel y la ira latente con la que lo observó una vez que entró para saber que no sería una entrevista agradable.

James se había mostrado muy reservado con su amigo respecto a su nueva posición en el diario porque aun cuando no preguntó a Eleanor qué tanto sabía su primo del trato que habían entablado, supuso que era poco lo que compartió con él. De haberlo hecho, estaba convencido de que habría recibido la visita de Gabriel hacía mucho tiempo.

—Imagino que no has venido a hablar acerca de la cacería de lord Beaumont a la que acordamos asistir la próxima semana.

Pese a la evidente animadversión que Gabriel apenas podía contener, James se permitió mostrarse tan descarado como siempre. Hacer lo contrario hubiera sido ir en contra de su naturaleza, pero fue evidente que su amigo no apreció esa actitud.

—Sabes por qué estoy aquí.

—A decir verdad, tengo una sospecha —respondió James señalándolo con una cabezada—. Creo que lo mejor será que te sientes.

Gabriel, que había permanecido de pie desde su llegada y con los brazos firmemente caídos a los lados, hizo un gesto indeciso antes de exhalar un suspiro y ocupar la butaca frente a él.

—¿Por qué no me dijiste que Ellie vino a verte para entregarte sus escritos?

James arqueó una ceja al oír la pregunta de su amigo. Le alegraba que no se anduviera con rodeos porque no se encontraba de humor para tolerarlo.

—Temo que estás equivocado. Ella no vino a hablar conmigo, sino con el coronel Chester, mi socio —corrigió él—. En ese momento yo aún no era uno de los dueños del diario. Cuando cerramos el trato me enteré del interés de Eleanor porque evaluáramos su manuscrito y fue entonces cuando tomé interés en el tema.

Gabriel hizo un gesto de desagrado cuando oyó a James referirse a su prima con esa familiaridad, pero se abstuvo de hacer algún comentario al respecto. Sin duda había algo que le molestaba incluso más que aquello.

—Pero no me hablaste al respecto.

—No creí que tuviera el derecho a hacerlo —replicó James con tranquilidad—. Tal vez Eleanor sea tu prima y les una un gran afecto, pero no era a mí a quien correspondía hablarte del tema. Y considerando que acabas de enterarte porque ella no había decidido contártelo hasta ahora, asumo que hice bien.

Gabriel apretó los labios y James advirtió que una de sus manos sujetaba el borde de su levita con firmeza. Tal vez preferiría que esa fuera su cabeza, se dijo en un rapto de cinismo.

—Me lo dijo porque insistí al respecto —reconoció su amigo de mala gana al cabo de un momento—. Fui yo quien le dio las referencias del coronel Chester y de otros editores. Me extrañó que no tuviera noticias al respecto y, tras mucho insistir, Ellie me contó lo que ha estado haciendo.

«¿Todo? ¿Te habló acerca de nosotros? ¿Te dijo que la besé y que ella me correspondió?», hubiera deseado preguntar; pero obtuvo su respuesta sin siquiera formular una palabra. Le bastó con ver la expresión en el rostro de su amigo para saber que Eleanor se había cuidado mucho de confesar lo ocurrido entre ambos. Si bien Gabriel se veía enojado, James estaba seguro de que, de sospecharlo siquiera, ya lo hubiera retado a un duelo, cuando menos.

—Eleanor es una joven talentosa, y muy valiente; otra en su lugar no habría mostrado tanta iniciativa —dijo él en un rapto de sinceridad; le pareció que era justo mencionarlo—. Incluso el coronel Chester parece impresionado con ella y si lo conoces debes de saber que eso no es nada habitual.

Gabriel cabeceó, mostrándose complacido por ese comentario, pero no pareció que lo considerara demasiado importante y James se preguntó qué tan reales serían las motivaciones del apoyo que siempre había mostrado a los sueños de su prima. Si en verdad creía en ella o simplemente lo había hecho para congraciarse con ella y cimentar ese afecto que se había esmerado tanto en desarrollar. Al comprender que estaba pecando de un cinismo injusto contra

un hombre que no le había dado más que muestras de amistad, James hizo un gesto de disgusto dirigido a sí mismo y miró a su amigo con lo que esperaba fuera una expresión más afable.

—Gabriel, como dije, no era a mí a quien correspondía ponerte en antecedentes acerca de las decisiones de tu prima —dijo él.

—No estoy de acuerdo contigo. Tal vez Ellie sea una joven valiente y con gran iniciativa, como le has llamado; pero no deja de ser más que una jovencita inocente e impresionable que corre grandes riesgos en una ciudad como esta. Es la pupila de mis padres y, en tanto ellos no se encuentren cerca, es mi responsabilidad velar por su seguridad. Tengo todo el derecho de conocer sus actos y de aconsejarle al respecto; incluso de disuadirla u ordenarle que abandone aquello que considere que pueda lastimarla aun cuando ella no sea capaz de verlo por sí misma. Espero que tengas eso en claro.

Fue el turno de James para abandonar todo rastro de amabilidad y de mirar a su interlocutor con expresión airada.

—Estás siendo irrazonable —acusó él—. Dudo de que Eleanor aprecie este inesperado rapto de autoridad. Ella piensa que eres alguien en quien puede confiar; una de las pocas personas que la apoyarán siempre.

—Lo soy —replicó su amigo de inmediato, incorporándose un poco en el asiento y dirigiéndole una mirada de sutil advertencia—. Soy el único que la ha apoyado desde que perdió a sus padres; Ellie sabe que siempre podrá contar conmigo. Con nadie más.

—Esa es una suposición muy arrogante, Gabriel. ¿Sabe Eleanor acaso que te has arrogado semejante papel? Porque me cuesta creer que se encuentre de acuerdo.

El otro hombre se puso de pie bruscamente echando la butaca hacia atrás. Parecía como si finalmente hubiera decidido abandonar ese aire de fría cortesía que había adoptado hasta entonces y se encontrara ya harto de fingir. James se dijo que estaba a punto de saber cuál era el verdadero motivo de esa visita.

—James, voy a hacerte una pregunta y espero que me respondas con la verdad —pidió él en un tono carente de amabilidad.

Su amigo no respondió, pero le devolvió la mirada sin parpadear y eso debió de indicarle que podía continuar aun cuando posiblemente no obtuviera una respuesta que fuera a gustarle.

—¿Qué es lo que pretendes con Ellie?

La pregunta resonó entre ambos como si Gabriel hubiera dejado caer un yunque y este se tambaleara en medio de la habitación hasta posarse con un ruido sordo para dejar a su paso solo un silencio opresivo y ominoso.

James tardó solo un instante en responder, pero pareció como si hubiera pasado mucho tiempo cuando lo hizo.

—No sé a qué te refieres —dijo él en tono helado.

—Desde luego que lo sabes; he notado la forma en que te comportas con ella, cómo la miras…

—Creo que te equivocas.

Gabriel emitió un bufido cargado de burla.

—¿Vas a decirme que no la encuentras atractiva? —preguntó él sonando escéptico.

James correspondió a su actitud belicosa con una mueca de disgusto.

—Tu prima es una joven muy hermosa, no tengo por qué negarlo.

—¿Entonces?

—Entonces nada.

Su amigo posó una mano sobre la superficie del escritorio y lo miró con evidente

exasperación, como si no comprendiera por qué no reconocía algo que para él debía de ser evidente.

—Cuando supe que regresabas a Londres y, aún más, cuando empezaste a visitar la casa de Cecily, supuse…

James lo interrumpió, en absoluto dispuesto a permitir que fuera por ese camino.

—Supusiste que estaría tentado a intentar convencerla de que cometió un error al rechazarme hace tanto tiempo y que podríamos retomar nuestra amistad ahora que, como parece, piensa que soy un candidato más digno de ella —resumió en tono que dejaba en claro cuán poco le agradaba esa suposición.

—Sabes lo que opino acerca de eso y cuán avergonzado me sentí por la forma de actuar de Cecily, pero no he venido aquí para recordar el pasado —replicó Gabriel viéndose un poco abochornado por haber sacado ese tema a colación—. Si no tienes intenciones serias con mi hermana, debo asumir entonces que es en Eleanor en quien estás interesado.

James lo observó todo un minuto en silencio; su mirada era tan profunda, tan analítica, que su amigo empezó a mostrarse incómodo frente a ese escrutinio.

—¿Lo sabe ella?

La pregunta de James surgió tan cruda como un disparo y con una inflexión que la hizo sonar también como un desafío.

—¿De qué hablas? —Por primera vez desde el inicio de esa tensa charla Gabriel se vio sinceramente confundido.

—Eleanor. ¿Le has confesado tus sentimientos? —continuó James sin suavizar su actitud.

Gabriel torció el gesto al comprender.

—No tienes ningún derecho a hacer esa pregunta.

—Tampoco tú a venir a este lugar para increparme por cómo me conduzco con tu prima, pero aquí estamos.

Gabriel emitió un nuevo resoplido, visiblemente enojado, pero James no estaba dispuesto a abandonar su conversación ahora que habían llegado al fin a un punto que deseaba explorar. Los sentimientos de su amigo eran muy evidentes para él, pero necesitaba conocer la profundidad de los mismos y sobre todo qué era lo que Eleanor pensaba al respecto.

—Ella no lo sabe, ¿cierto? No tiene idea. Lo que tal vez sea mejor porque me cuesta imaginar que tu madre pueda estar de acuerdo con una unión entre ambos —dijo él en un tono un tanto cruel del que no se arrepintió—. Recuerdo que a ella nunca le gustó Eleanor.

—Mi madre no tiene nada que ver con esto.

—Quizá no ahora. Pero eventualmente…

La mano que Gabriel tenía apoyada sobre el escritorio se cerró como una garra antes de que elevara el rostro para dirigirle una mirada de advertencia.

—Necesito que me prometas que te mantendrás alejado de Ellie —demandó en un rapto de desespero—. Dame tu palabra.

James se vio negando con la cabeza incluso antes de responder.

—No puedo hacerlo —dijo él.

—Acabas de decir que no te encuentras interesado en ella.

—¿Dije eso?

—James. Te lo pido como tu amigo.

Gabriel abandonó un instante la actitud belicosa con la que había llegado y James fue capaz de atisbar una parte de la desesperación que debía de atormentarlo. Lo sintió por él, pero no pudo

mentirle.

—Preferiría que no lo hicieras —dijo, apenado en el fondo por no poder decir lo contrario.

Su amigo se alejó del escritorio y dio unos pasos hacia él con las manos caídas a los lados.

—Ella jamás sería feliz con un hombre como tú. Eres demasiado…

—¿Demasiado qué?

—Egoísta. Cruel. Estoy seguro de que la harías sufrir —respondió Gabriel sin vacilar.

James esbozó una sonrisa cargada de cinismo.

—Supongo que eso significa que ya has llegado a una conclusión acerca de mi carácter. Agradezco que me lo digas.

—¿No puedes verlo? Actúas como si no fueras capaz de sentir nada.

James se dijo que, si eso era lo que él había elegido pensar, bien podía continuar haciéndolo. No iba a darle la satisfacción de que supiera que muy en el fondo esas acusaciones le afectaban precisamente porque se trataba de algo que le atormentaba con frecuencia. Tal vez él tuviera razón y era en verdad incapaz de sentir algo que no fuera rencor o indiferencia. Lo curioso era que hasta entonces eso no le había importado demasiado; en gran medida se sentía orgulloso de haber llegado a ese grado de desapego abandonando lo que consideraba la debilidad de la que había hecho gala en su juventud, pero ahora ya no estaba tan seguro. Y era Eleanor precisamente la causante de todas esas dudas.

—Si eso es lo que piensas, entonces no hace falta que te preocupes porque no tengo interés en tu prima o, mejor dicho, y disculpa mi crudeza, ninguno que puedas considerar decoroso —dijo James sintiendo una feroz satisfacción al ver la sorpresa y la ira en el rostro de su amigo—. No me veas así. Tan solo estoy siendo sincero, deberías alegrarte. No planeo cortejarla u ofrecerle matrimonio; no pienso casarme y ni siquiera los evidentes atributos de la pequeña Ellie harán que cambie de opinión.

Gabriel elevó el mentón en un gesto de desprecio.

—Pero no me darás tu palabra —adivinó él.

James se encogió de hombros.

—Mi palabra vale demasiado para empeñarla por el capricho de un hombre que teme no ser correspondido por la mujer que ama. Y, más importante, sería incapaz de prometer nada sobre un hipotético futuro que no solo me concierne a mí. Si amas a tu prima tanto como aparentas deberías de ser el primero en comprenderlo.

Gabriel asintió con semblante pétreo y le dio la espalda para tomar el sombrero que había dejado sobre una silla al llegar. Lo sostuvo con una mano apretándolo como si quisiera hacerle daño al tiempo que dirigía a James una mirada cargada de decepción y sufrimiento.

—Tú no la amas. Si sientes algo por ella es solo una atracción vulgar. Deseo —dijo él casi escupiendo las palabras—. Yo, en cambio… La he amado durante toda mi vida. Quiero casarme con ella. Tú solo la harías sufrir. Recuerda eso.

Sin darle tiempo a una réplica que de cualquier forma sin duda James no habría sabido formular, se marchó cerrando la puerta tras de sí con un golpe sordo que hizo resonar los cristales de la oficina hasta mucho después de que se fuera.

James permaneció mirando a la nada con expresión inexpresiva durante lo que le pareció mucho tiempo hasta que se puso de pie y, tras vacilar solo un instante, imitó a su amigo al abandonar la oficina. Él, sin embargo, estaba a punto de poner a prueba todo lo que se había esforzado tanto por fingir.

A Eleanor siempre se le habían dado bastante mal todas esas prácticas que su tía se esforzó tanto por inculcarle hasta que las abandonó al darlas por imposible gracias a sus pocas aptitudes y su nulo interés.

Amaba la música, pero era incapaz de arrancar una melodía del piano sin generar un sonido discordante. Podía pasar horas admirando una pintura, pero nunca logró crear un trazo que no pareciera un intento chapucero. Y con el bordado le ocurría exactamente lo mismo, se recordó al emitir un quejido de dolor al clavarse una aguja por tercera vez en lo que iba de la última hora.

Cecily se había marchado a hacer unas visitas, como acostumbraba hacer con frecuencia, y la casa se encontraba sumida en un pesado silencio que habría encontrado muy agradable en otras circunstancias, pero que ahora le resultaba opresivo. Tal vez tuviera que ver con el hecho de que la ausencia de ruido la obligaba a enfrentarse a sus pensamientos y estos no eran en absoluto agradables.

Lo natural hubiera sido que se encontrara preocupada por lo que tendría que decir el coronel Chester respecto a los cambios que hizo en el manuscrito que envió al diario. Aunque prestó atención a varias de sus sugerencias, optó también por ignorar algunas y corregir por su cuenta aquello que en una nueva lectura descubrió que podría ser mejorado. Era el sino de un escritor, se dijo con frecuencia mientras hacía las correcciones: nunca encontrarse del todo satisfecho con su obra. Sin embargo, no se permitió perder tiempo lamentándose por los errores que no fue capaz de ver; cuando decidió que había dado lo mejor de sí, envió el nuevo manuscrito sin vacilar. Tal vez debería haberlo dejado en persona, pero no encontró el valor para hacerlo.

Lord Haversham estaría allí y no creyó ser capaz de mirarlo sin reprimir el impulso de echar a correr, lo que solo la pondría en ridículo. ¿Y acaso no se había puesto lo suficiente en evidencia frente a él? No hubo una sola noche de la última semana en que no diera vueltas sobre la cama al intentar conciliar el sueño sin éxito, inquieta al rememorar lo ocurrido entre ambos. La acosaba el recuerdo de sus besos, de la forma en que la había acariciado, las cosas que dijo…

¡Era un insoportable arrogante! Vanagloriándose de ser el primer hombre que la había besado. Lo fue, desde luego, pero jamás lo habría reconocido en su presencia. Algo del todo innecesario, evidentemente, porque él pareció seguro de ello, se recordó provocándose un nuevo pinchazo.

Enojada, dejó la labor sobre una mesita. Había intentado seguir el sencillo patrón de un rosal, pero tenía un perturbador parecido a una de esas plantas carnívoras que vio en su última visita al Jardín Botánico de Kew. Sin duda, a excepción de la literaria, la creación no era en absoluto algo en lo que pudiera desenvolverse con dignidad.

Cuando el mayordomo apareció en el dintel de la puerta del salón supuso que iba a anunciar la llegada de Gabriel, que prometió acompañarla durante el almuerzo, pero abrió mucho los ojos cuando vio que era lord Haversham quien atravesaba el vano de la puerta cuando el sirviente se hizo a un lado.

Estaba segura de que debía de parecer una tonta, en especial cuando el mayordomo anunció su nombre y ella no atinó a hacer nada más que permanecer allí sin abrir la boca, tanto así que solo reaccionó cuando el sirviente se marchó luego de hacer una reverencia y lord Haversham se acercó a ella extendiendo una mano para tomar la suya. Le bastó con sentir el calor de su piel sobre la suya para apartarse como si la hubiera atacado una serpiente venenosa. En su defensa, podía decir que él apenas parpadeó e incluso le pareció atisbar una breve sonrisa danzando en sus labios.

—Imagino que está tentada a preguntar qué es lo que hago aquí y cómo me he atrevido a venir

sin haber sido invitado.

Eleanor sacudió la cabeza de un lado a otro y carraspeó para aclarar su garganta, decidida a actuar como un ser racional y no permitir que él pudiera achacar su actitud a nada que no fuera la sorpresa de verlo en una forma tan imprevista.

—Mi prima… Cecily… —Ella carraspeó de nuevo al no encontrar del todo normal su voz y continuó algo más tranquila al sentir que empezaba a recuperar el aplomo—. Ella no se encuentra en casa, milord; fue a hacer unas visitas.

—Ya veo —dijo él, sin parecer muy interesado—. Es una pena, supongo, pero no he venido a verla a ella, sino a usted.

—¿Para qué?

—Me cuesta creer que no pueda imaginarlo.

Eleanor aspiró con fuerza y contuvo el impulso de darle la espalda porque eso hubiera sido un acto de cobardía y ella no estaba dispuesta a huir una vez más.

—Agradeceré que no hable con acertijos, milord. Si necesita decir algo, no dude en hacerlo; ¿será acaso algo relacionado con el manuscrito que envié al diario? ¿Tiene tan pronto una respuesta?

Él pareció encontrar un poco ofensiva su actitud beligerante porque frunció el ceño y la miró sin parpadear buscando algo en sus ojos que ella rogó porque no pudiera encontrar.

—Sabe que no se trata de eso —respondió James.

—Yo no sé nada; al menos nada relacionado con sus motivaciones y prefiero que deje de actuar como si no fuera así —espetó ella con un leve temblor en la voz que corrigió al continuar —. Acabo de pedirle que sea sincero, de modo que haré lo mismo. Si ha venido para hacer mención a lo ocurrido durante su fiesta le ruego que no lo haga. Sabe que su sola presencia aquí me pone en una posición delicada; mi prima no se encuentra en casa y no tengo a nadie que me sirva de acompañante.

James sonrió y apoyó las caderas sobre el respaldo de un sillón al tiempo que se cruzaba de brazos y le dirigía una mirada burlona.

—Creo haber comentado antes que no puede esperar que crea una excusa como esa —dijo él —. A usted no le importa lo que piense la gente y hace mal al pretender lo contrario según su conveniencia.

—Y yo recuerdo haberle dicho que no toleraré que me tache de mentirosa.

Eleanor tenía las mejillas sonrosadas y lo veía con un gesto airado, pero él ni siquiera se movió. Su rostro se encontraba muy cerca del suyo y sostenía su mirada sin parpadear.

—¿Es eso lo que acabo de hacer? —preguntó James sin parecer afectado por su actitud.

—Eso me ha parecido, milord.

—James.

—¿Qué?

Él aprovechó su desconcierto para incorporarse ligeramente sin abandonar del todo el apoyo que le confería el sillón, pero el movimiento acercó su pecho a ella de modo que Eleanor estuvo a punto de dar un paso hacia atrás. Se contuvo a duras penas porque no deseaba darle la satisfacción de conocer lo mucho que le afectaba esa cercanía. Aunque tal vez lo supiera, claro, eso explicaría la permanente sonrisa de complacencia que exhibía, se dijo enojada por lo que consideró una injusticia.

—Me gustaría que me llamaras por mi nombre —indicó él, tuteándola con naturalidad.

—Eso es imposible y usted lo sabe, de la misma forma en que sabe que no debe permanecer

aquí o hablarme de esta forma. Ya se lo he dicho. Agradecería que se marche.

—¿Por qué lo haría cuando he venido a verte?

Eleanor se llevó una mano al rostro y le dirigió una mirada que no consiguió ocultar su angustia.

—Porque yo no quiero verlo. ¿No puede entenderlo? —replicó ella en una voz que sonó como una súplica.

James extendió una mano y acarició la curva de su brazo. Había abandonado esa actitud soberbia que adoptó hasta entonces, la misma que a ella le confundía y enfurecía y que para él no era más que una forma de mantenerse a salvo. De ella y de todo lo que empezaba a desbordarlo.

—No te creo —dijo él.

—Insiste llamándome mentirosa…

Él negó con la cabeza y acarició la piel del interior de su codo con expresión pensativa, buscando su mirada.

—Lamento haberlo dicho; no creo que mientas a propósito, pero sí estoy convencido de que estás tan asustada que serías capaz de intentar engañarte a ti misma para no admitir lo que deseas en verdad.

Eleanor elevó la barbilla y se mordió el interior del labio inferior con fuerza, buscando que ese dolor le ayudara a conservar el poco sentido común que aún tenía.

—¿Y qué es eso? —preguntó ella en un susurro.

James inclinó el rostro hacia ella y enterró la nariz en la curva de su cuello.

—Esto —dijo él—. Lo sé porque es lo que quiero también. ¿Crees acaso que ese beso en el invernadero fue suficiente? Te he deseado desde la primera vez que te vi y ni siquiera sabía quién eras. Acabo de decir a Gabriel que no tengo ningún interés en ti cuando sabía que no era verdad. ¡Ya ves quién es el mentiroso!

Eleanor ladeó el rostro para buscar su mirada. Tenía el ceño fruncido y sus ojos, que brillaban por la emoción de sentirlo tan cerca, se veían también velados por la sorpresa.

—¿Gabriel? —repitió ella—. ¿Fue a hablar con usted?

James asintió e hizo un gesto de molestia por su obcecación en mantener ese trato formal pese a que para él eso ya era imposible.

—¿Y qué fue lo que le dijo? —insistió ella.

James entrecerró los ojos y sacudió la cabeza de un lado a otro en señal de negación; no estaba dispuesto a revelar su charla con Gabriel y desnudar de esa forma sus sentimientos. No era a él a quien le correspondía hacerlo y aun cuando la idea en sí le provocaba una furia que no había conocido nunca antes, era lo bastante justo para reconocer que Gabriel no merecía esa traición.

—No importa, no quiero hablar de él ahora —indicó él en un tono más áspero de lo que hubiera deseado—. Si estoy aquí es por ti y por mí. Por nosotros.

—No existe un nosotros —replicó Eleanor, convencida—. Todo esto que según usted siento o deseo… no puedo…

—¿Por qué no? —la desafió él.

—Por tantos motivos que no tiene sentido enumerarlos. Usted no siente por mí más que el mismo capricho que sentiría por cualquier otra y piensa que estaré encantada de recibir sus atenciones de la forma en que está sin duda acostumbrado a que le ocurra siempre —afirmó ella, atropellándose con las palabras—. Pero no es eso a lo que aspiro. Quiero mucho más; tengo sueños e ilusiones y no permitiré que usted los aparte de mí tan solo porque está aburrido y yo estoy cerca para ayudarle a olvidar lo que en verdad quiere. Sé que odia que se lo recuerde, pero

no puede esperar que haya olvidado lo que sentía por Cecily, ¿cierto?

James la observó como si no consiguiera comprender las palabras que salían de sus labios; pero sí que lo hacía, la entendía perfectamente. El problema era que, para él, todo era un sinsentido sin ningún asidero y al mismo tiempo un recordatorio de lo que él había pensado alguna vez. Y no porque se planteara siquiera que su interés en Eleanor estuviera relacionado con el rechazo de Cecily o esa supuesta imposibilidad de tenerla. No pensaba decirlo frente a ella, pero era demasiado inocente para darse cuenta de que si él lo hubiera deseado habría tenido a su prima en un parpadeo; una mujer como Cecily no hubiera dudado en llevarlo a su cama tan solo con usar las palabras correctas, pero él no había querido hacerlo. La deseaba a ella.

Sin embargo, Eleanor tenía razón en una cosa. Él no podía darle lo que ella anhelaba. Ni siquiera sabía qué era eso; pero había pasado los últimos años tratando de convencerse a sí mismo de que estaba negado para cualquier tipo de emoción profunda que no fuera satisfacerse con una mujer hermosa y luego olvidarla. No podía hacer eso con ella. Se sintió como un canalla solo por considerarlo y las palabras de Gabriel resonaron en sus oídos.

«Tú no la amas. Solo la harías sufrir».

James dejó caer la mano que mantenía aún apoyada sobre su brazo y retiró el rostro para alejarse de ella, que lo veía con expresión confundida. Tal vez esperara una réplica burlona o una negación absoluta, no esa actitud de derrota y el tormento que sin duda debió de advertir en su mirada.

—Eleanor…

No estaba seguro de lo que iba a decir, pero supo que debía encontrar la forma de explicarse y sacarla de esa confusión. Que si no podía darle lo que deseaba al menos tenía la obligación y ella el derecho de saber en verdad lo que provocaba en él y que nada de aquello tenía ninguna relación con su prima o lo ocurrido entre ambos hacía lo que le pareció una eternidad. No tuvo tiempo de decir nada, sin embargo, porque el sonido de unos pasos acercándose los obligó a romper el contacto y a callar.

—¡Lord Haversham!

Cecily irrumpió en la habitación como lo hacía siempre; imponiendo su presencia y sin molestarse a considerar lo que ocurría frente a ella porque debía de resultarle imposible imaginar que algo ajeno a ello pudiera ser importante.

—El mayordomo acaba de decirme que estaba usted aquí —anunció ella acercándose a él y tendiendo una de sus manos enguantadas—. Regresé un momento porque lady Sharpe no estaba en casa y pensé retomar mis visitas luego. Cuánto me alegra haberlo hecho; sin duda ha sido obra del destino porque hubiera odiado no verlo.

Eleanor, a quien su prima había ignorado con absoluta naturalidad tras dirigirle una mirada recelosa, observó cómo James enmascaraba nuevamente su expresión y tomaba la mano para llevársela a los labios en un gesto galante que hizo sonreír a Cecily. Ese ligero intercambió bastó para que decidiera que ya había tenido demasiado por un día.

—Lord Haversham vino a visitarte, Cecily, pero le decía que no estaba segura de a qué hora ibas a regresar —mintió ella con aplomo y sin que el más leve rubor asomara a sus mejillas—. Me alegra que hayas vuelto, ahora podrán conversar. Con su permiso, debo ir a mi habitación; tengo algunas cartas que escribir.

Sin esperar respuesta a sus palabras, que dudaba fuera a recibir de cualquier forma, al menos de parte de su prima, que no pareció interesada por lo que decía, abandonó el salón con paso firme y la cabeza bien alta. No se atrevió, sin embargo, a dirigir una sola mirada en dirección a

James porque estaba segura de que debía encontrarse furioso con ella por una salida tan abrupta. Algo tenía claro, no obstante, y era que en ese momento aquello no podía importarle menos. Lo único en lo que podía pensar era en que necesitaba llegar a su habitación y echarse a llorar por horas.

La propiedad de lord Beaumont en Hampshire se encontraba a poco más de cincuenta millas de Londres y aun cuando por lo general James habría disfrutado de alejarse de la ciudad y cambiar el ambiente opresivo que se respiraba allí por uno más agradable, nada le apetecía menos que pasar tres días en un castillo alejado de todo con el único fin de participar en una cacería. Sin embargo, se había comprometido tan pronto como lord Beaumont le hizo llegar la invitación en persona durante una de las veladas en el club del cual ambos eran socios.

Le agradaba Beaumont. Era un petimetre arrogante, pero sincero y de una practicidad que le recordaba a los hombres con los que acostumbraba a tratar en América. De modo que no se le ocurrió rechazar su invitación.

Además, había sacado algo interesante de su visita a casa de Cecily, se recordó con una profunda satisfacción en tanto el tren arribaba a la estación de Hampshire. Ella y los otros miembros de su familia también habían sido invitados, lo que le daría la oportunidad de concluir la charla que él y Eleanor debieron interrumpir por la llegada de su prima. Desde luego, estaba seguro de que ella no debía de encontrarse tan ansiosa como él por verlo nuevamente; pero en ese momento eso le tenía sin cuidado.

Tal vez fuera injusto por su parte, pero no conseguía entender que Eleanor fuera capaz de hacer a un lado lo ocurrido entre ambos pese a que parte de él sabía que era ella quien actuaba con sensatez cuando debía de ser todo lo contrario. ¿De qué había valido el acumular tanta experiencia para que un hombre como él terminara comportándose como un muchacho imprudente? Nadie, absolutamente nadie que lo conociera, lo hubiera tachado jamás de tal cosa. Pero allí estaba. Haciendo un viaje innecesario con el único fin de ver a una mujer que tuvo el buen tino de rechazarlo.

Una hilera de carruajes enviados por lord Beaumont esperaba a los invitados que habían llegado en el tren para conducirlos rumbo al castillo de Soulheart, que según oyó decir James, era una propiedad impresionante, pero en absoluto antigua. Su madre, que prefirió declinar la invitación y permanecer en Londres, sin duda habría mencionado que el castillo familiar en Castlecomer sí que era en verdad una joya arquitectónica que evidenciaba el abolengo de los Haversham. No obstante, a James aquella clase de cosas nunca lo había impresionado; por el contrario, cuando supo que el abuelo de lord Beaumont había ordenado construir el castillo tan solo por darse el gusto de vanagloriarse de poseer uno, lo encontró bastante divertido. Y no dudaba de que su nieto estuviera de acuerdo.

Beaumont era el décimo conde de un largo linaje de caballeros indolentes y poco adeptos al trabajo que fueron lo bastante listos para aceptar dejar sus propiedades en manos de hombres mucho más capaces y dispuestos a ensuciarse las manos. Al conde le encantaba decir que apreciaba a su administrador más que a su esposa y, tras saludarla una vez que llegó al castillo, James se dijo que le parecía un razonamiento del todo lógico.

Todo el encanto que a lord Beaumont parecía brotarle por los poros contrastaba con las maneras frías y poco sinceras de lady Beaumont, quien lo recibió con la cortesía que su rango obligaba, pero poco más. Y, según advirtió, lo mismo ocurría con la mayor parte de los otros

invitados a excepción de un obispo y otra dama tan poco alegre como ella. Según escuchó en tanto uno de los lacayos lo conducía a la habitación que le había sido asignada, al parecer la condesa era una mujer que se consideraba demasiado religiosa para participar en la vida tan mundana que había elegido su esposo. Como buena cristiana, desde luego, estaba dispuesta a hacer el sacrificio de tolerar su frivolidad; pero incluso eso tenía sus límites, como confraternizar demasiado con personas a quienes evidentemente no aprobaba.

Por su recibimiento, fue obvio que James estaba incluido en aquella lista y se preguntó si ello se debería a su fama de poco sociable y cruel, como mencionara Gabriel, o al hecho de que sus recientes irrupciones en los negocios le habían granjeado algunas antipatías. No era ajeno a las miradas asombradas y un tanto ofendidas que se ganó desde su llegada a Londres al decidir que no permanecería ocioso o se dedicaría a ser un terrateniente más. Casos como los del señor Findley y su recién inaugurado almacén o del coronel Chester y su obsesión por la prensa eran vistos casi como hechos divertidos por la alta sociedad ya que en realidad ellos no pertenecían a ella. Pero que un vizconde que era además lo bastaste acaudalado para vivir con comodidades sin mover un dedo prefiriera dedicarse a esa clase de negocios debía de ser para ellos totalmente incomprensible.

Una razón más para resentir su estadía en aquel lugar, se dijo James al entrar a su habitación y comprobar que su valet se encontraba ya allí ocupándose de que se deshiciera el equipaje. Todo valdría la pena, sin embargo, si conseguía un momento a solas con la pequeña Ellie.

Logró averiguar gracias a algunas preguntas discretas y a unas cuantas monedas en las manos correctas, que tanto lady Walwyn como su hermano y su prima habían llegado unas cuantas horas antes en el tren de la mañana, de modo que supuso que los vería en cualquier momento. Según una elegante cartilla que la condesa ordenó que fuera distribuida entre los invitados, la primera actividad en conjunto sería una cena algo más temprano de lo habitual para que quienes llegaron agotados del viaje pudieran retirarse a sus habitaciones al caer la noche. Al día siguiente daría inicio a la cacería *per se*, lo que al ser un evento al aire libre les permitiría moverse con mayor libertad; algo que a James le vendría estupendo.

El resto de invitados no cesaron de llegar en el transcurso de la tarde, por lo que optó por quedarse en su habitación; apenas la dejó poco antes del inicio de la cena para reunirse con lord Beaumont, tal y como le había prometido. El conde estaba interesado en oír acerca de sus incursiones en los negocios de la plebe, tal y como les llamaba; aunque era justo reconocer que no parecía desaprobar en absoluto su proceder. Por el contrario, luego de una larga charla, James llegó a la conclusión de que su anfitrión era más listo de lo que le gustaba aparentar y que, de no ser por sus reservas provenientes de siglos de complejos y la influencia de su esposa, estaría encantado de unirse a él en esas aventuras que encontraba tan apasionantes.

Para cuando llegó al salón donde se encontraban reunidos los invitados en espera del aviso para ingresar al comedor, la habitación se encontraba ya atestada y tuvo algunos problemas para abrirse paso. La distinguió poco después de saludar a un viejo marqués que había sido buen amigo de su padre y a quien veía por primera vez desde su llegada al país. No fue sencillo, pero consiguió deshacerse del hombre con el tiempo justo para ver cómo Eleanor se sujetaba del brazo de Gabriel para seguir al grupo una vez que oyeron el sonido del gong que anunciaba la cena.

Lady Beaumont se había encargado de que los invitados ocuparan asientos de acuerdo a su rango e intereses en común, una consideración que le sorprendió y que le hubiera agradado en otras circunstancias. Bajo ese sistema, se vio sentado entre aquel anciano marqués que acababa

de intentar dejar atrás y una dama que resultó ser la hermana menor de la que fuera prometida de su hermano antes de su muerte. Ninguno de ellos fue una compañía desagradable; pudo hablar con ambos de distintos temas sin sentirse aburrido u obligado. El problema, sin embargo, fue que se encontró tan alejado de Eleanor que no hubo forma de dirigirse a ella ni una sola vez.

Ella estaba sentada al lado de Gabriel, pero James advirtió que apenas hablaba con su primo; en realidad, no pareció interesada en entablar conversación con él ni tampoco con el caballero a su izquierda. Permaneció la mayor parte del tiempo en silencio y con la mirada perdida, fuera en su plato o en lo que se alcanzaba a ver de las afueras tras los pesados cortinajes del comedor. James hubiera podido contar con los dedos de las manos las veces que abrió la boca para responder a alguna pregunta. Él debía saberlo. No le quitó la vista de encima durante toda la cena y ello fue advertido por lady Beaumont desde la cabecera de la mesa porque no dejó de lanzarle miradas de reprobación entre plato y plato.

Terminada la cena, sin embargo, Eleanor fue lo bastante lista para desaparecer entre las damas que abandonaron el comedor para dejar que los caballeros bebieran y fumaran a su antojo, una costumbre que James consideraba arcaica, pero a la que no podía negarse en una reunión como aquella, así como a la salida hacia el encuentro de las damas un rato después para compartir un par de horas en el salón acondicionado para ello con algunas mesas de juego y sillones en los que charlar. Cuando James llegó allí, no vio rastros de Eleanor y supuso que debía de haber inventado algo para retirarse a su habitación. Él no tuvo tanta suerte.

Debió permanecer allí al menos durante media hora más porque su ausencia hubiera sido mucho más notoria, en especial por lady Beaumont, que lo seguía con vista de águila. Además, bastó con que entrara al salón para que Cecily fuera en su busca y decidiera permanecer a su lado, de modo que no encontró la forma de librarse de ella sin hacerle un desplante en público.

Para cuando pudo retirarse sin llamar la atención, lo mismo que otros invitados, era demasiado avanzada la noche para que no hiciera nada que no fuera regresar a su habitación. No tenía idea de cuáles eran las que les fueron destinadas a Eleanor y al resto de su familia, pero hubiera sido demasiado arriesgado intentar algo aun cuando lo hubiera sabido.

Al día siguiente, se prometió en tanto permanecía con la mirada puesta en los terrenos de la propiedad que se veían a través de la ventana. Él y la pequeña Ellie tendrían esa charla que le debía y esta vez no permitiría que nada se interpusiera en su camino.

A Eleanor le parecía que quienes consideraban la cacería como un deporte digno de admiración y de todos los recursos que se invertían para ello debían de ser un poco bárbaros. Le dolía un poco pensar en ello porque su tío Eneas y Gabriel siempre habían disfrutado de esa actividad, pero a ella simplemente le revolvía el estómago. De no ser por la insistencia de Cecily, jamás hubiera aceptado la invitación para visitar el castillo de los Beaumont. En realidad, ni siquiera tenía del todo claro por qué su prima la querría cerca, pero al llegar comprendió que su presencia le permitía contar no solo con una segunda doncella que estuviera siempre a su disposición, sino que despertaba el interés de quienes la veían y eso le ayudaba para dejarla encargada de entretener a quienes prefería ignorar. Así podía enfocar sus esfuerzos en lo que en verdad le importaba.

Como James, por ejemplo.

«Lord Haversham, no James»; se corregía con frecuencia al comprender que había caído en la debilidad de pensar en él por su nombre, algo que sin duda le complacería de saberlo.

La cena de la noche anterior fue una tortura. Sintió su mirada fija en ella durante lo que le pareció cada minuto y no pudo evitar preguntarse más de una vez cómo era posible que fuera capaz de hacerle experimentar tantas cosas tan solo con mirarla. Era una sensación extraña la que percibía en esos momentos. Un ardor en la boca del estómago que parecía alcanzar a cada centímetro de su cuerpo. Subía por su pecho hasta su rostro; descendía por sus piernas e incluso afectaba el centro de su cuerpo al grado que la hacía ruborizar solo de pensar en ello. Podía *sentirlo*. Y ni siquiera le había puesto un dedo encima.

¿De qué sería capaz si la tocaba?

«Lo sabes bien, Eleanor»; le susurraba una vocecilla cuando se permitía pensarlo. ¿Acaso no lo había hecho una vez? ¿Y cuál había sido su reacción? Una tan salvaje e irreflexiva como la que tuvo él. Tal vez en el fondo fueran iguales. Quizá ella no era lo bastante fuerte para resistirse a ese deseo que él mencionó con tanta seguridad.

Por eso se escabulló de la cena tan pronto como pudo, porque sabía en el fondo que él iría a por ella. Ahora, sin embargo, a plena luz del día y bajo una convivencia obligada, ¿qué era lo que iba a hacer? ¿Cómo esconderse?

Insistió en acompañar a Gabriel durante la cacería, un pedido que su primo encontró extraño porque sabía lo poco que le gustaba, pero Eleanor agradeció que no hiciera preguntas y aceptara llevarla con él. Mientras dejaban el pabellón que fue levantado para que pudieran usarlo como punto de partida y para compartir un refrigerio a lo largo del día, no pudo dejar de advertir que James se encontraba allí, pero no a solas, claro. Cecily estaba con él y la imagen que presentaban ambos al lado de sus monturas, listos para empezar la partida, le produjo un hondo dolor en el pecho que no tenía nada que ver con las sensaciones de anhelo que experimentó la noche anterior.

Eran perfectos el uno para el otro. Tan hermosos ambos. Irradiando seguridad y elegancia al grado que todos quienes los rodeaban los veían con admiración. ¿No era acaso natural que aquella historia terminara con ellos juntos? Era lo más lógico, lo que cabía esperar. Tenía sentido y ella siempre había admirado aquello que se conducía de una forma racional.

Ahora, sin embargo, tuvo que desviar la vista para no verlos más porque no podía soportarlo y exhaló un suspiro de alivio cuando Gabriel le hizo un gesto para ayudarla a montar. Ella no vaciló en hacer lo que le decía; quería alejarse de allí tanto y tan pronto como pudiera.

La cacería resultó tan desagradable como imaginó que sería. Tanto que se vio en la necesidad de huir una vez más tan pronto como le fue posible, lo que comenzaba a convertirse en una vergonzosa costumbre. En realidad, no fue una huida en toda regla, informó a Gabriel al respecto para que no se preocupara y, aunque este se ofreció a regresar al castillo con ella, al final consiguió convencerlo de que se quedara; era evidente que él sí lo estaba pasando bien. No se molestó en ver en la dirección por la que desaparecieron Cecily y James tan pronto como se dispersaron; prefirió ahorrarse un dolor innecesario. Era posible que incluso hubieran decidido hacer lo mismo que ella, alejarse de los grupos y tomar un camino en que pudieran encontrarse a solas.

Con el ánimo aún peor de lo que lo tenía hacía unos cuantos minutos, azuzó a su caballo para que aumentara la velocidad; siempre le había gustado cabalgar, le disipaba las ideas y le ayudaba a ver las cosas con mejor perspectiva. ¿Por qué iba a importarle lo que James hiciera? Si él había decidido que no tenía sentido continuar buscándola y prefirió enfocar sus esfuerzos en Cecily, por quien en verdad albergaba importantes sentimientos, ¿no debería acaso de sentirse aliviada? Eso fue lo que le pidió ella después de todo.

Lo que ella, Eleanor, debería hacer, era preocuparse por pensar en una estrategia en caso de que el coronel Chester decidiera no publicar sus historias una vez que terminara con la segunda evaluación. De ser así, aún le quedaban un par de opciones; quizá no tan buenas como aquella, pero tendrían que servir. Era en cosas como esa en las que debería preocuparse, se dijo una y otra vez en tanto se acercaba al castillo, pero no consiguió concentrarse del todo en ello.

Rodeó el pabellón, donde unos cuantos rezagados disfrutaban del refrigerio organizado por lady Beaumont, y enrumbó el paso del caballo en dirección al castillo, en absoluto tentada a perder su tiempo con aquellas personas. Con seguridad, la encontraban tan interesante como ella a ellos; es decir, nada.

El interior del castillo parecía deshabitado y una suave sonrisa se forjó en sus labios al comprender que finalmente podría verlo con tranquilidad; una posibilidad que ayudó a alejar parte de su tristeza. Al llegar el día anterior le pareció hermoso, pero con tantas personas pululando por allí y en su necesidad de mantenerse alejada de James no había podido apreciar los detalles, algo que decidió intentar hacer en aquel momento.

Recorrió algunas habitaciones, pero sin atreverse a husmear en aquellas que le pareció eran de uso privado de la familia. Encontró particularmente encantador un bonito salón mucho más pequeño que el que ocuparon la noche anterior antes de la cena que supuso debía de ser utilizado por lady Beaumont para recibir a sus visitas. Había un pequeño balcón que daba al jardín y las puertas se encontraban entreabiertas, por lo que se asomó a él para aspirar el delicioso aroma de las flores que crecían no muy lejos.

No supo cuánto tiempo se mantuvo allí, quizá unos minutos o algo más; de pronto se sintió mucho más sosegada. Eso era lo que necesitaba. Un momento de absoluta calma para ordenar sus pensamientos y disfrutar de ese maravilloso entorno en lugar de hundirse en su tristeza e inquietudes.

Estaba a punto de reiniciar el recorrido antes de que otros miembros del grupo de caza decidieran volver cuando sintió un familiar cosquilleo en la nuca y el pecho, una sensación en absoluto nueva; sin ir muy lejos, la había experimentado durante casi toda la cena de la noche anterior.

Él estaba allí.

Aspiró con fuerza y giró para mirarlo con el mentón elevado, decidida a no permitir que supiera cuánto la había sorprendido en verdad.

James acababa de llegar cerrando la puerta tras de sí y un silencio opresor resonó entre ambos.

—Si desea usar la habitación, milord, estaba a punto de marcharme.

Eleanor habló con lo que esperaba fuera una voz calmada, aunque su corazón resonaba contra su pecho en tanto forzaba a sus piernas a echar a andar y pasar por su lado, pero él la detuvo tomándola por el brazo, con lo que no le quedó más alternativa que detenerse.

—He estado buscándote —dijo él en voz queda.

—No sé por qué…

—Siento como si llevara toda mi vida haciéndolo. Buscándote —James continuó como si no hubiera oído su balbuceo—. Y tú no dejas de intentar alejarte de mí. ¿Por qué lo haces?

Eleanor agachó la cabeza, fijando la mirada en sus botas polvorientas. ¿Qué tan rápido había cabalgado para llegar allí? Los bajos de su chaqueta de caza de un tono escarlata se encontraban en tan mal estado como su calzado, pero eso no parecía importarle. Él estaba demasiado ocupado buscando su mirada, lo supo por el ardor que sentía en la coronilla, el punto más cercano a su rostro que debía de poder atisbar.

—¿Dónde está Cecily? —preguntó ella en tono bajo y un tanto cortante.

Oyó el suspiro que James exhaló, un sonido que reveló claramente cuán poco le apetecía hablar de su prima en ese momento.

—No lo sé. Y no me importa —respondió él—. La última vez que la vi estaba en medio de un grupo que había localizado a la presa.

—¿Y por qué no está con ella?

—Porque no quiero. Porque quería verte, hablar contigo —insistió James—. Sin excusas. Sin interrupciones… sin mentiras.

Eleanor elevó el rostro con ojos relampagueantes.

—Ya le he dicho que no miento.

—Y yo recuerdo haberte dicho lo que pienso al respecto —replicó él sin vacilar, suavizando un poco el tono al continuar—. Estoy aquí por ti. Acepté esta invitación solo para verte. ¿Acaso eso no significa nada para ti?

Eleanor se vio negando con la cabeza incluso antes de reparar en lo que hacía.

—Tan solo lo que ya pensaba; que tiene más tiempo libre del que creí y que debe de estar muy aburrido —dijo ella acompañando el gesto con sus amargas palabras—. Pero debería buscarse otro entretenimiento; ya le dije que no estoy en absoluto interesada en convertirme en uno para usted.

James apretó los labios y la miró con una ceja arqueada en un gesto de desafío que le provocó un estremecimiento que la recorrió desde la base de la espalda hasta llegar a su rostro sonrosado por el rubor.

—De modo que no estás interesada —indicó él en un tono burlón que ella odió—. Es curioso que lo asegures porque estaba convencido de lo contrario.

—No sé por qué…

Eleanor no alcanzó a responder nada aun cuando estaba dispuesta a mentir una vez más y ahogarse con ese engaño; él fue mucho más rápido. La tomó por el otro brazo para ceñirla contra su pecho y la besó hasta que estuvo a punto de perder el aliento. A diferencia de la forma en que la había besado antes, ese fue un beso cargado de pasión, sin rastros de la contención que ahora sabía que debía de haber mostrado aquella vez. Y ella, que debió apartarlo y hacerse a un lado, alejarse de cualquier forma, lo único que atinó a hacer fue entreabrir los labios para facilitarle el acceso al interior de su boca y elevar las manos para posarlas sobre su rostro, fascinada por la aspereza que sintió en la punta de los dedos al tocarlo.

De modo que ese era el deseo del que él había hablado. Jamás lo hubiera imaginado. Tal vez fuera algo que solo podía comprenderse al experimentarlo, se dijo en un remolino de pensamientos inconexos en tanto se ponía de puntillas para acercarse más a él. Sentía su cuerpo pegado al suyo, el ardor que desprendía incluso a través de la ropa, y su boca devorándola sin compasión. Abandonaba sus labios tan solo para recorrer sus mejillas y la curva de su cuello para luego embestir su boca con un nuevo ímpetu. Si James había conservado algún ápice de autocontrol hasta entonces, fue evidente que acababa de perderlo.

Eleanor nunca supo cómo ocurrió, pero de pronto se vio recostada sobre un sillón con él tendido a lo largo de su cuerpo. Sintió su peso aplastándola contra la acolchada tapicería, pero no le importó; para su sorpresa, fue una emoción de lo más agradable sentir cómo cubría cada parte en la que encajaban de una forma perfecta. Su rodilla se encontraba entre sus muslos y no le horrorizó que sus manos empezaran a ascender hasta su pecho, soltando con pericia los botones de la chaqueta del traje de montar para continuar luego con los de la blusa de seda que llevaba

sobre el corsé.

Él continuaba besándola y la llevó a un estado de absoluto desconcierto; no tenía idea de lo que hacía, salvo que era maravilloso y que hubiera dado cualquier cosa por permanecer así por siempre. James abandonó su boca para posar los labios sobre el escote que dejaba a la vista el corsé ajustado sobre su pecho y Eleanor estuvo convencida de que corría el riesgo de estallar si él no conseguía liberarla de ese confinamiento. Si antes había renegado contra esa restricción que le parecía injusta y antinatural, en ese momento la odió con toda su alma.

Una de las manos de James le subió la falda, se internó entre sus muslos hasta tocar la base de su espalda y le arrancó un jadeo mezcla de sorpresa y deleite. Sus dedos ardían contra su piel y elevó las caderas para ayudarle a tirar de las cintas del corsé de la forma que fuese; en ese momento le daba igual si lo echaba a perder, solo deseaba sentirlo. Era una locura, pero era también la verdad y había dicho ya tantas mentiras respecto a lo que sentía por él que lo mínimo que podía hacer era reconocerlo de aquella forma.

Cuando él consiguió desatar las primeras lazadas de la prenda, sin embargo, y ella tenía las manos apoyadas a cada lado de sus caderas, el sonido de un pequeño grito los obligó a detenerse.

¡Dios, no! No, no, no.

James se detuvo como si se hubiera convertido en piedra y elevó la mirada para fijarla en sus ojos. Parecía tan horrorizado como ella, pero reaccionó con mayor rapidez al cubrirla de modo que quien fuera que hubiera entrado no pudiera ver su cuerpo semidesnudo. Eleanor cerró los ojos con fuerza y se sujetó a él, temblando. Solo los abrió cuando oyó la puerta cerrándose con un golpe sordo. Fue entonces que James se incorporó y ella aprovechó ese momento de libertad para ponerse de pie, apoyándose sobre el borde de un sillón porque sus piernas se tambaleaban y creyó que caería sobre la alfombra.

Sus manos temblorosas apenas atinaron a acomodar sus ropas con pésimos resultados, pero al menos consiguió adecentarse lo suficiente para mirarse y no encontrar nada demasiado revelador.

—Eleanor…

Ella ignoró su voz y corrió fuera de la habitación sin decir una palabra, demasiado asustada para permitirse nada más. James no la siguió, lo que no supo si debió tomar con alivio o como una señal de que, después de todo, se encontraba tan sola como siempre.

Capítulo 6

Cuando lord Beaumont hizo llegar un mensaje a su habitación pidiéndole que se uniera a él en su despacho a media tarde, James supo que sin duda en el castillo de Soulheart las noticias corrían con la misma rapidez que en cualquier otra parte del mundo. Nada en su expresión, sin embargo, hubiera llevado a adivinar lo que sentía cuando se sentó en una butaca frente a la que el conde ocupaba cuando fue a su encuentro.

A favor de su anfitrión podía decir que se veía tan incómodo que en otras circunstancias habría sentido compasión por él. Era una pena que su capacidad de sentir empatía se hubiera agotado.

—Haversham. —El conde carraspeó y se atusó ese horrible bigote que porfiaba en llevar pese a que no le sentaba en absoluto—. Lamento haberlo hecho llamar para tratar un tema tan poco alegre…

James no dijo una palabra, lo que su anfitrión tomó como una invitación a continuar.

—Verá, me han llegado ciertos rumores…

—¿Rumores? —repitió James con una ceja arqueada.

—Tal vez rumores no sea la palabra adecuada —se corrigió el conde con expresión seria—. Acusación podría resultar más acertada.

—Eso no suena mucho mejor.

Lord Beaumont negó con la cabeza y le dirigió una mirada de sorpresa; debía de encontrar extraño que James recibiera sus palabras con tanta tranquilidad.

—Haversham, mi esposa ha venido a mí con la historia más vergonzosa que se pueda imaginar. —El conde suspiró y se encogió de hombros antes de continuar—: Bueno, vergonzosa para ella, a mí no podría importarme menos, pero eso no le resta gravedad. Hombre, por favor, por su cara es evidente que sabe perfectamente de qué estoy hablando; agradecería que no me hiciera repetirlo.

James sonrió a su pesar frente al embarazo mostrado por ese noble al que le gustaba ufanarse de estar de vuelta en todo. Era obvio que la idea de poner en palabras lo que su esposa le contara respecto a él y Eleanor no le hacía mucha gracia. De modo que fue la condesa quien los descubrió aquella mañana. Vaya golpe de suerte, se dijo sin saber si se sentía enojado por lo ocurrido. No estaba seguro; supuso que lo averiguaría pronto. Al ver la expresión impaciente en el rostro del conde decidió mostrar algo de misericordia por él y asintió suavemente para responder a su pregunta.

—Si se refiere a cierto incidente ocurrido entre la señorita Grey y yo, sí, la condesa está en lo cierto —dijo él, a quien jamás se le había ocurrido negarlo—. Agradecería que le exprese mis disculpas por haber abusado de su hospitalidad de esa forma. Estaré encantado de presentar mis excusas en persona…

El conde exhaló un resoplido, con lo que su bigote se agitó sobre su labio superior, haciéndolo

parecer una foca.

—No se moleste —negó él—. Ella no quiere saber nada de usted; si antes lo consideraba poco fiable, ahora piensa que es poco menos que el Anticristo.

La dureza de sus palabras se contradecía con la sonrisa esbozada por su anfitrión; ahora que James lo había reconocido, se vio casi divertido por todo ese asunto.

—¿En qué estaba pensando, Haversham? —continuó el conde, curioso—. La protegida de los Hartford. ¿A quién se le iba a ocurrir? Con tantas damas bien dispuestas que jamás le hubieran provocado un problema, irse usted a enredar con una jovencita como ella. No digo que no sea hermosa, es exquisita, pero aun así… Buena la ha hecho.

James continuó sin responder, en espera de lo que sin duda vendría.

—Asumo que sabe lo que se espera de usted ahora —tentó su anfitrión con cuidado—. Tratándose de una joven de tan buena familia, quiero decir. He hecho prometer a mi esposa que no diría una palabra hasta que yo hubiera hablado con usted, pero me avergüenza reconocer que no me extrañaría que le haya escrito una larga carta a la señora Hartford.

James supo que no podía permanecer por más tiempo en silencio y asintió un par de veces dirigiendo una penetrante mirada al conde, que lo veía expectante y un poco inquieto.

—Entiendo lo que quiere decir y me gustaría disculparme también con usted por involucrarlo en un tema tan espinoso, lord Beaumont —empezó él—. Desde luego, haré lo que me corresponde. No lo dude un segundo. Tan pronto como pueda hablar con…

James no terminó lo que pensaba decir porque un seco golpe a la puerta lo obligó a callar y miró al conde con gesto interrogante, el mismo que se vio reflejado en el rostro de su anfitrión. Él acababa de abrir la boca, sorprendido de no haber recibido un aviso del lacayo que acostumbraba esperar fuera del despacho, cuando la puerta se abrió con brusquedad y Gabriel ingresó en la habitación con una mirada que no auguraba nada bueno.

Él fue directamente a su amigo, ignorando al conde, que lo veía con evidente preocupación, y lo señaló con un dedo.

—Te lo advertí. Te dije que harías algo como esto, por eso te pedí tu palabra; pero no podías hacerlo, ¿cierto? Porque eres demasiado egoísta para pensar en alguien que no seas tú mismo.

Gabriel parecía tener serios problemas para contener el impulso de abalanzarse sobre él y James no pudo menos que admirarlo; de haber ocurrido las cosas a la inversa nada ni nadie hubiera podido evitar que lo moliera a golpes. Esa evidente superioridad en la contención y los buenos sentimientos de su amigo lo obligaron a mostrarse tan conciliador como le fue posible.

—Quizá este no sea el mejor momento o lugar para hablar acerca de un tema tan serio, Gabriel. Tan pronto como termine mi charla con lord Beaumont podremos ir a un lugar en el que nos encontremos a solas.

Gabriel hizo un gesto de desprecio en respuesta a su pedido y lo miró con un odio tan feroz que lord Beaumont pareció pensar que debía intervenir antes de que las cosas se pusieran aún peor. Forzando una sonrisa, se dirigió al recién llegado e hizo un gesto para llamarlo a la calma.

—Hartford, no hace falta que nos exaltemos; le aseguro que no hay motivo para ello —dijo él en un tono animado que contrastaba con su rostro inquieto—. Haversham es consciente de su error, acaba de admitirlo, pero puede estar tranquilo; también ha dado su palabra de que hará lo que se espera de él en una situación como esta. Ni usted ni su familia, y mucho menos su encantadora prima, tienen que preocuparse por nada. Mi esposa estará feliz; siempre ha odiado esta clase de reuniones, piensa que la caza es una muestra de salvajismo, pero si una boda resulta de algo como esto seguro que no volverá a negarse a que organice la siguiente.

Sus palabras resonaron en la habitación como si hubiera dejado caer una losa, y por un momento nadie dijo nada hasta que Gabriel le dirigió una mirada confusa para luego hacer un gesto de entendimiento. A James le costó creer que hubiera tardado tanto en llegar a esa conclusión. ¿En verdad tenía tan mala impresión de él?, se preguntó en cuanto su amigo lo observó con el ceño fruncido.

—No —dijo él con voz rota—. Nunca.

—Gabriel…

—Sobre mi cadáver, ¿me has oído? —Gabriel volvió a señalarlo con el índice e hizo amago de dar un paso en su dirección, pero debió de pensarlo mejor porque negó con la cabeza y esbozó una mueca de amargura—. No lo permitiré.

Con esas ominosas palabras y sin dirigir ni una mirada a ninguno de los hombres que quedaron en la habitación compartiendo un pesado silencio, dejó el lugar cerrando tras él con un portazo. Pasaron un par de minutos antes de que lord Beaumont reaccionara y dirigiera a James una mirada de desconcierto. Este, que se había mantenido con la vista fija en la puerta tras la que el que había sido su único amigo en mucho tiempo acababa de desaparecer, exhaló un hondo suspiro y sacudió la cabeza de forma casi imperceptible.

—Vaya giro de los acontecimientos —rumió el conde con el ceño fruncido—. Pensar que acababa de felicitarme por haber contribuido a solucionar este asunto de forma civilizada.

James le dirigió una fría mirada.

—Y lo ha hecho, milord, pierda cuidado. En lo que a mí respecta este asunto está solucionado; cualquier duda que pueda albergar el señor Hartford tendrá que aclararla conmigo, pero estoy seguro de que no habrá nada por lo que preocuparse.

La seguridad con la que habló pareció aplacar en parte la inquietud de su anfitrión, pero aun así lo miró con gesto inquieto una vez que se puso de pie con maneras contenidas.

—A mi esposa le alegrará saberlo —dijo él en un falso tonillo animado—. A todos nos alegra.

James frunció el ceño y llamó su atención con un gesto de la mano.

—Apreciaría que este asunto continúe llevándose con discreción, milord. El nombre de la señorita Grey no debe ser mencionado de ninguna forma que ponga en duda su dignidad —mencionó, y su tono surgió en un tono demandante.

Lord Beaumont asintió sin vacilar.

—Por supuesto.

James agradeció con una cabezada y, luego de hacer una inclinación en señal de despedida, dejó a su anfitrión. Este, tan pronto como se supo a solas, dejó exhalar un hondo suspiro y se llevó una mano a la frente que había empezado a sudar. Pese a lo mucho que admiraba a su joven invitado y a estar convencido de que era un hombre de férreo carácter, dudaba de que ni siquiera él fuera capaz de arreglar un asunto como aquel sin que se ocasionaran algunas bajas en el proceso.

—¡Lo sabía! Se lo advertí a madre; le dije que no podíamos confiar en ti, que solo me darías problemas.

Eleanor tenía los dientes tan apretados que temió rompérselos debido a la presión que ejercía para contener el impulso de saltar sobre Cecily y estrangularla. Llevaba casi media hora oyendo sus ridículas quejas y los mil y un insultos que le había dirigido y empezaba a perder la paciencia. Se encontraban en el saloncito que le destinaron en el castillo luego de que su prima se

enterara de lo ocurrido.

Al parecer, lady Beaumont no solo decidió que estaba en el deber de escribir a su tía para ponerla sobre aviso de sus terribles actos, como les llamó, sino que juzgó que su prima debía de estar también informada. Tal vez supuso que Cecily la convendría e intentaría aconsejarla debido al amor que debía de sentir por ella. Desde luego, estaba equivocada.

Lo único que Cecily sentía era ira, celos y rencor. Y pareció encantada de dejarlo en claro torturándola con sus reproches sin considerar lo que Eleanor debía de estar sintiendo. De haberse molestado en preguntárselo; de haber mostrado algún tipo de preocupación, le habría dicho que estaba demasiado consternada aún para alcanzar a comprender lo ocurrido.

No solo se avergonzaba de la forma en que reaccionó a las caricias de James, consciente de que de no haber sido interrumpidos jamás habría considerado siquiera detenerlo, se hubiera entregado a él sin vacilar. Además, la llenaba de horror que los hubiera visto precisamente lady Beaumont, que había dado muchas muestras de ser una mujer en extremo crítica y presta al chismorreo. A esas alturas, no dudaba de que todo el castillo supiera lo ocurrido. ¿Qué dirían sus tíos cuando recibieran la carta de la condesa? ¿Y Gabriel? ¿La juzgaría como lo hacía su hermana? Ni siquiera consideró el pensar en James porque se echaría a llorar si lo hacía.

—¡Y Gabriel no dejaba de declarar lo maravillosa que eres! ¡Cuán llena de virtudes está su preciosa y pequeña Ellie! Me gustaría saber lo que tiene que decir acerca de esto —Cecily continuaba con sus ofensas al tiempo que se abanicaba como si fuera ella quien se encontrara al borde de un ataque de nervios—. Dejarte seducir por un hombre como Haversham. ¿Se puede ser más tonta? No sé qué fue lo que te prometió, pero te aseguro que estaba mintiendo, solo quería llevarte a su cama porque esa es la clase de cosas que hace. No tenía ni tiene ninguna intención seria contigo. Solo eres una más de las muchas que no han dudado en subirse las faldas…

—¡Cecily, cállate! —Eleanor estalló, furiosa, y se dirigió a su prima con los ojos relampagueando debido a la furia—. No digas una sola palabra más o te callaré por mí misma y te aseguro que estoy tentada a hacer que te tragues ese horrible abanico.

Su prima abrió y cerró la boca un par de veces como un pez, y Eleanor tuvo la momentánea satisfacción de obtener al menos un par de minutos de silencio; pero eso no duró mucho. Cecily pareció lista para arriesgarse a descubrir si sus amenazas eran ciertas y se preparó para ir nuevamente al ataque. Por suerte, Gabriel eligió ese momento para llegar y Eleanor experimentó un enorme alivio que se disipó tan pronto como vio su rostro pétreo.

—¡Gabriel! ¡Al fin! Espero que hayas ofrecido tus disculpas a los Beaumont y dijeras que no tenemos nada que ver con la conducta de esta… —Cecily señaló a su prima con su abanico sin terminar la frase.

Su hermano la miró con el ceño fruncido, adivinando con facilidad lo que se había contenido de decir.

—Lo que haya hablado con los Beaumont no es asunto tuyo. Ahora agradeceré que nos dejes a solas.

—¿Qué? Pero estas son mis habitaciones y tengo todo el derecho a participar de esta charla. Ella ha enlodado nuestro apellido.

Gabriel se pasó una mano por el rostro como si estuviera intentando contener su impaciencia y se dirigió a su hermana con un tono aún más duro.

—He dicho que nos dejes a solas, Cecily. Tú y yo hablaremos luego.

Cecily apretó los labios y pareció estar a punto de discutir, pero debió de ver algo en su expresión que le advirtió que no se mostraría tan tolerante con sus demandas como lo había sido

hasta ese momento. Con un gemido de frustración y enojo, dejó la habitación tras dirigir a Eleanor una mirada cargada de odio.

Resultaba curioso, se dijo Eleanor una vez que Cecily se marchó, pero si bien hacía solo unos minutos habría dado cualquier cosa porque así fuera, ahora la idea de permanecer a solas con Gabriel le pareció casi insoportable. No se atrevió a mirarlo a los ojos y mantuvo el rostro ladeado en dirección a la chimenea con las manos entrecruzadas sobre la falda.

—Eleanor…

Al oír su nombre, ella tragó espeso y agachó la cabeza con los ojos entrecerrados.

—Lo lamento —las palabras escaparon de sus labios en un tono de voz casi imperceptible—. No tengo excusa. Siento mucho que mi comportamiento les afectara. Haré cualquier cosa…

Oyó más que vio a Gabriel acercarse y atisbó por el rabillo del ojo sus rodillas cerca de las suyas una vez que se dejó caer a su lado en el sillón.

—No hay nada por lo que debas disculparte; no has hecho nada incorrecto —las palabras de Gabriel llegaron a sus oídos en un susurro similar al suyo—. El único responsable es él.

Eleanor empezó a negar con la cabeza y sintió las lágrimas que empezaban a caer por sus mejillas. Hasta entonces había conseguido contener las ganas de llorar, pero de pronto se sintió incapaz de continuar haciéndolo.

—Eso no es verdad, él no me obligó a nada, es también mi responsabilidad.

Por algún motivo, le resultaba imposible decir su nombre. Gabriel debió de notarlo porque extendió una mano para posarla sobre las suyas y le dio un ligero apretón.

—No tenías ninguna oportunidad frente a un hombre como él —dijo mordiendo las palabras —. Pero no debes torturarte; no ha ocurrido nada que lamentar, lady Beaumont me aseguró que se encargó de ello. Fue solo un error que no tiene por qué perjudicarte.

Eleanor suspiró sintiendo el calor que inundaba sus mejillas al tiempo que se soltaba de su mano; le dolía y avergonzaba pensar que Gabriel hubiera tratado un tema tan íntimo con una persona ajena a ella y que además la despreciaba. Sabía que él no tenía malas intenciones al hacerlo, pero aun así la mortificaba más allá de lo que podía expresar.

—Dudo que tía Margaret esté de acuerdo contigo —dijo ella al cabo de un momento procurando que la decepción no fuera fácil de advertir en su voz.

—Yo se lo explicaré a mi madre.

—Sabes lo que dirá.

La expresión de Gabriel se hizo más adusta y se echó hacia atrás en el asiento tras dirigirle una mirada cargada de impotencia.

—No me digas que estás considerando casarte con él —espetó, furioso.

—No me lo ha pedido y no espero que lo haga.

—¿Y si así fuera? —insistió su primo—. ¿Aceptarías?

Eleanor se llevó ambas manos a la frente, sin responder. ¿Cómo podría hacerlo si no tenía idea de qué esperar o sentir?

—Eleanor, debes de saber que él no te ama. Tal vez seas muy inocente e inexperta, pero incluso una joven como tú tiene que haberse dado cuenta —Gabriel habló con la desesperación latente en cada una de sus palabras—. James no ama a nadie que no sea él mismo. Las atenciones que pueda haberte prodigado no han tenido nada de sinceras. No ha sido más que un intento de…

Eleanor lo calló levantando una mano; no iba a soportar que Gabriel repitiera las palabras de Cecily en su presencia.

—No soy una tonta, sé que no me ama y yo tampoco lo amo a él —aseguró en voz firme como

si se viera presa de un rapto de desafío que pudiera salvar parte de su dignidad—. Pero todo esto… lo que tía Margaret dirá…

—Déjamela a mí, yo sabré convencerla, siempre lo hago —aseguró Gabriel sintiendo cómo renacía la esperanza—. Ella entenderá. Le diré la verdad. Además, si hay alguna posibilidad de que Cecily pueda arreglar una unión con James, mi madre nunca consentirá que la pierda por un incidente como este.

Eleanor levantó el rostro y lo miró directamente a los ojos como si no pudiera creer lo que escuchaba.

—¿Cómo puedes decir algo como eso? —preguntó, atónita.

Gabriel hizo un gesto despreocupado.

—Porque es la verdad —respondió con cierta brutalidad—. Él siempre ha querido a mi hermana, ya lo sabes. Todos en la familia lo sabían hace años y Cecily fue lo bastante tonta para rechazarlo llevada por su ambición. Pero no le era indiferente y no lo es ahora. Serían una estupenda pareja, el uno para el otro.

—Gabriel…

Él ignoró el pedido de su prima como si necesitara insistir y dejar en claro lo que pensaba que podría convencerla de que estaba en lo cierto sin detenerse a considerar el daño que le provocaba.

—Él la amaba en verdad —continuó—. Estaba devastado cuando Cecily lo rechazó. Fui yo quien lo acompañó a embarcarse a América unas semanas después e incluso entonces dijo que pese a todo no conseguía olvidarla. Estaba dolido y desesperado; prometió que algún día regresaría por ella, que haría fortuna e intentaría convencerla de que era el hombre adecuado. Lo suyo era amor, Ellie, es imposible fingir algo como aquello y creo que ahora solo se ha dejado llevar por una idea equivocada de cómo obtener su atención. Habrá deseado provocarle celos, lastimarla por la forma en que lo trató entonces…

—¡Gabriel, basta! Por favor, no digas más.

El hombre calló bruscamente al oír el pedido desesperado de su prima. Ella tenía una mano apoyada sobre sus párpados cerrados y los labios unidos como si intentara contener un nuevo ataque de llanto.

—Ellie, por favor, debes entender que lo digo por tu bien, no hay mentira en mis palabras —aseguró él—. Yo velaré por ti, te protegeré, no hay nada por lo que debas preocuparte. Cuando todo esto haya terminado volveremos a casa.

«A casa», se dijo Eleanor con un gesto de dolor. ¿Dónde era eso? Nunca se había sentido más insegura al respecto.

Gabriel la veía como si le inquietara su falta de respuesta y la tomó por el brazo para obligarla a mirarlo.

—Ellie, sabes cuán importante eres para mí, haría cualquier cosa por ti. Te quiero, te he querido siempre.

Eleanor posó una mano sobre la suya y lo miró con una inmensa ternura. ¡Qué egoísta había sido al no pensar en lo que todo aquello debía de afectarle!

—Gabriel, te ruego que no lo repitas —pidió ella en un tono de voz cargado de afecto, pero firme—. Lamento haberte causado este dolor, pero no puedes esperar… tienes que comprender que no puedo corresponderte. He intentado ser muy clara en mis sentimientos por ti, pero te ofrezco disculpas si de alguna forma he podido inducirte a un error. También te quiero, pero jamás podría hacerlo de otra forma como no fuera como al hermano que has sido siempre para

mí.

Su primo recibió sus palabras con la cabeza gacha, renuente a contestar, pero Eleanor advirtió un ramalazo de furia en sus ojos cuando levantó el rostro para mirarla. Luego, sin darle tiempo a decir nada más, soltó su mano y se puso de pie para observarla desde su altura con gesto decidido.

—Haz tu equipaje. Regresamos a Londres.

Eleanor abrió mucho los ojos por la abrupta orden.

—¿Qué? ¿Solo nos marcharemos? —preguntó ella.

—Es eso o permanecer aquí para que seas pasto de las habladurías y yo termine por asesinar a Haversham.

—Gabriel…

Él se dirigió a la puerta y la miró sin parpadear.

—Haz tu equipaje, Ellie; Cecily puede quedarse si lo prefiere. Tú y yo nos vamos.

Sin esperar a una réplica, Gabriel se marchó dejando a Eleanor sumergida en un mar de dudas incluso mayor de aquel en el que se encontraba sumida antes de su llegada.

Cuando James se enteró de que Gabriel y Eleanor se habían marchado intempestivamente y sin dar explicaciones, estuvo tentado de ir tras ellos, detener el tren en el que sin duda debían de estar haciendo el viaje de vuelta a Londres y matar a Gabriel con sus propias manos. ¿Cómo se atrevió a hacer algo como aquello? Arrastrar a Eleanor contra su voluntad… porque estaba convencido de que así debieron de haber ocurrido las cosas. Ella era demasiado valiente para optar por huir en una situación como aquella. Eleanor le habría plantado cara sin dudar; a él y a cualquier persona que hubiera osado levantar una patraña en su contra. Pero James también sabía cuán lista era y que no le quedaba más alternativa que plegarse a las exigencias de Gabriel.

Pero eso estaba a punto de terminar, se prometió cuando recibió la novedad de labios de lord Beaumont con semblante imperturbable. Tras asegurarle que su promesa de solucionar ese enredo no se vería alterada, ordenó a su valet que se ocupara de arreglar todo para que ellos iniciaran también el regreso a Londres. Tenía mucho que poner en orden, y sobre todo una propuesta por hacer.

Las habladurías no habían llegado a la ciudad y ello le permitió informar respecto a lo ocurrido a su madre una vez que llegó a casa. Para su sorpresa, lady Haversham no pareció escandalizada por la novedad y sí muy complacida de que hubiera sido Eleanor al fin y al cabo con quien se produjera algo como aquello. James no se molestó en preguntarle a cuento de qué llegó a una conclusión como esa y la dejó elucubrando todo tipo de cosas. Luego, se dirigió a las oficinas del diario y después de hablar con el coronel Chester fue a las tiendas de Findley, todo ello con el fin de mantenerse ocupado y atar cabos sueltos que le ayudaran a llevar a cabo lo que tenía en mente.

Cuando se sintió seguro de que tenía una buena mano con la que jugar, no dejó pasar más tiempo y se presentó en casa de Cecily para hablar con Eleanor.

Para su inmenso malestar, Gabriel y su hermana se encontraban allí y fueron ellos quienes lo recibieron en el salón cuando fue anunciado.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Su examigo, como supuso James que debía empezar a considerarlo, se abalanzó sobre él, pero no se atrevió a tocarlo. De cualquier forma, supuso que se sentiría más seguro encontrándose en

su terreno, a diferencia de lo que debió de sentir mientras se encontraban en el castillo de lord Beaumont. No podía decir que no lo entendiera, pero él mismo se encontraba tan disgustado por la forma en que había actuado alejando a Eleanor de su lado que no estaba dispuesto a mostrarse más considerado de lo imprescindible.

—Gabriel, no tengo tiempo para esto. Haz que llamen a Eleanor; ella y yo tenemos una charla pendiente —pidió James en voz calmada.

—Has perdido el juicio si crees que permitiré que hables con ella.

—¿Y qué harás? ¿Piensas mantenerla encerrada para siempre?

—Esa sería una estupenda solución. Espero que sea eso lo que mi hermano decida hacer.

Cecily, que había permanecido en silencio hasta entonces y que apenas lo miró al llegar como si sintiera que tenía el derecho a sentirse ofendida por su comportamiento, le dirigió una venenosa mirada cargada de satisfacción. James ni siquiera se tomó la molestia de devolverle aquella mirada o de dirigirle una sola palabra.

—Avisa a Eleanor que necesito hablar con ella y luego déjanos a solas, Gabriel —insistió él en un tono más demandante—. Si no lo haces…

—¿Qué? —lo desafió el otro hombre—. ¿Irrumpirás en la casa para ir en su busca?

James esbozó una sonrisa burlona. En verdad no lo conocía en absoluto.

—No hará falta. Esparciré el rumor de que intento reparar nuestro error y su propia familia se niega a permitirlo pese a que cualquier otra estaría encantada de emparentar con los Haversham. ¿Qué crees que pensará la gente de algo como eso, Gabriel? ¿Qué dirán de una dama bien criada que en lugar de ayudar a una joven que se encontraba bajo su cuidado prefiere conducirse de forma tan cruel con ella? —hizo la última pregunta con una mirada de enojo dirigida a Cecily, quien dio un bote en el asiento como si la hubiera pillado en medio de una falta—. Su reputación no soportará durante mucho tiempo algo como eso.

—¡Has sido tú quien la ha arruinado! —espetó Gabriel yendo hacia él con una mano levantada —. Tú hiciste esto.

James no se movió ni parpadeó en tanto su amigo le sujetaba de las solapas de la chaqueta.

—Gabriel, no actúes como un salvaje. ¿Estás loco?

El hombre ignoró el pedido de su hermana, quien se puso lívida por la impresión, y mantuvo su furiosa mirada fija en los ojos de James.

—Todo esto es tu culpa. ¿Por qué tenías que hacerlo? Te lo pedí…

James sintió una enorme compasión por él y por primera vez desde que decidió lo que haría para resolver aquella situación se preguntó si estaría haciendo lo correcto. ¿Eleanor no sería mucho más feliz con un hombre como Gabriel? Pero la idea de que alguien que no fuera él se encontrara a su lado lo aturdía. Que otras manos que no fueran las suyas la acariciaran de la forma en que soñaba con hacer; que alguien en su lugar la viera y la besara cada día… Esa posibilidad le cortó el aliento y le congeló la sangre. Supo sin asomo de duda que sería incapaz de soportarlo. Esa certeza, por extraña y confusa que pudiera resultar para él, que jamás experimentó algo así, le dio las fuerzas para tomar a Gabriel de ambos brazos y obligarlo a que lo soltara con un movimiento gentil, pero seguro.

—Que venga Eleanor, Gabriel. Ya es hora de que terminemos con esto.

Gabriel no hizo amago de tocarlo nuevamente, pero sacudió la cabeza de un lado a otro, negándose a hacer lo que pidió. Su hermana, sin embargo, que parecía horrorizada y hastiada más allá de lo admisible tras mirar de uno a otro, se puso de pie y tiró de la campanilla para ordenar al lacayo que apareció que fuera en busca de la señorita Grey. Todos aguardaron en

silencio hasta que Eleanor se presentó solo unos minutos después, deteniéndose un momento en el vano de la puerta como si la imagen ante ella fuera casi irreal.

James apenas la miró. Se mantuvo con la vista puesta en Gabriel en una muestra de abierto desafío. Este, que parecía superado por esa situación, miró alrededor con expresión iracunda y se marchó seguido por su hermana.

Cuando se quedaron a solas, Eleanor miró sobre su hombro en dirección a la puerta que Cecily se había esmerado en dejar entornada y exhaló un suspiro antes de internarse en la habitación.

—Me dijeron que quieres hablar conmigo, pero antes de que digas nada hay algo que me gustaría decir primero —empezó ella de pie y con las manos cruzadas a la altura del pecho—. No debes sentirte obligado a nada que no desees hacer. Sé que piensas que lo ocurrido es todo responsabilidad tuya, pero tal y como dije a Gabriel, también yo soy culpable. Fue un terrible error y es justo que asuma las consecuencias de mis actos de la misma forma en que tú estás dispuesto a hacerlo.

—En ocasiones como esta los hombres nunca somos señalados, Eleanor; si sigues los que no dudo que habrán sido los consejos de Gabriel y haces como si nada hubiera ocurrido, la única perjudicada serás tú.

Ella recibió el descarnado comentario de James con los labios apretados.

—Eso no es justo.

—No recuerdo haber dicho nada de justicia —replicó él sin vacilar—. Pero sabes que es así como será.

—Bueno, pues no me importa. ¿Qué importancia tiene que hablen de mí y me aparten de sus círculos? En realidad, jamás he formado parte de ellos ni quiero hacerlo —continuó ella haciendo un gesto obcecado—. Tú sabes qué es lo que deseo para mi vida y definitivamente no es hacer lo que otros ordenen. No tengo ningún interés en calzar en un mundo como ese.

James asintió con suavidad como si no dijera nada que no hubiera esperado oír.

—Lo sé —dijo él—. Pero las cosas no son tan fáciles, Eleanor, y ni siquiera alguien tan idealista como tú podría negarlo. Hay muchas otras cosas que debes contemplar. ¿Qué ocurrirá con tus tíos, por ejemplo? ¿Cómo les afectará todo esto? Cecily y Gabriel también se verán perjudicados, en especial ella.

—Supongo que eso es algo que ha de preocuparte mucho.

Las palabras de Eleanor escaparon de sus labios antes de que pudiera detenerlas e hizo un gesto de fastidio dirigido a sí misma tan pronto como las oyó resonando en la habitación. James se dirigió entonces a ella como si deseara decir algo, negar esa afirmación, pero ella hizo un gesto para detenerlo y se abrazó con las manos sujetándose de los codos en un gesto que revelaba una vulnerabilidad que se esforzaba en ocultar.

—Esto es ridículo —continuó ella una vez que recuperó el aplomo—. Tú y yo… es imposible.

—¿Por qué? —se adelantó él a preguntar—. A mi parecer, si exceptuamos las circunstancias en que ha ocurrido todo, no podríamos hacer una mejor combinación.

Eleanor se vio sonriendo muy a su pesar y elevó un poco el rostro para mirarlo con sorna.

—¿Nosotros? —inquirió ella.

James no permitió que su escepticismo lo afectara; al fin podía expresar lo que llevaba ya un tiempo dando vueltas en su mente y que era, finalmente, lo que había ido a decir.

—Somos muy parecidos, si lo piensas. Ambos somos prácticos, sensatos la mayor parte del tiempo y no nos hacemos ideas románticas que puedan afectar nuestro buen juicio —indicó él con voz desapasionada—. Vemos las cosas de una forma similar y debes reconocer que una

unión entre nosotros podría ser muy provechosa. Me he negado a ello por años, pero ahora que decidí ocupar mi nueva posición como vizconde de Castlecomer necesitaré a una esposa que esté a la altura y que pueda ayudarme a hacer todo lo que tengo en mente; tú eres la persona perfecta para ello. En cuanto a mí, puedo prometerte que te respetaré y te apoyaré en todo lo que esté en mis manos para que vivas una vida feliz y puedas continuar con tu escritura. Sé lo importante que es para ti y jamás te pondría un obstáculo para que hagas lo que desees.

Eleanor lo miró entonces con el ceño fruncido y en silencio, como si pretendiera comprender y cavilar cada una de sus palabras. Le parecieron tan frías y al mismo tiempo tan lógicas que su mente empezó a simular un remolino al intentar analizarlas.

—Eso suena tan racional, casi como un arreglo comercial… —susurró ella una vez que encontró lo que le pareció un término apropiado.

James asintió y dio un paso en su dirección.

—Puedes verlo así si lo prefieres. En cierta medida tienes razón; después de todo, es a los negocios a lo que me dedico, ¿cierto? —Él hizo una mueca poco alegre y continuó, más seguro —: Es posible que no estemos de acuerdo en todo, pero estoy seguro de que podemos llegar a un arreglo.

Eleanor hizo un gesto inseguro y lo miró, advirtiendo que se encontraba más cerca de lo que había calculado, pero no se le ocurrió alejarse.

—Pero ¿qué clase de matrimonio sería ese? —preguntó ella—. No sé mucho del asunto, pero estoy segura de que una vida en común requiere algo más que lo que podría exigir un buen trato comercial.

James sonrió y extendió una mano para posarla sobre su hombro cubierto por el sencillo vestido de algodón gris que resaltaba su mirada plateada y le confería un aire más inocente de lo habitual.

—Es verdad —asintió él con la mirada puesta en su rostro—; pero tampoco es algo por lo que debas preocuparte. Creo que es evidente que tú y yo funcionaremos perfectamente juntos en todo aspecto que pueda requerir un matrimonio. No tienes cómo saberlo, pero lo que ocurre entre nosotros cuando nos tocamos, el deseo que siento por ti y que estoy seguro que sientes tú también, no es del todo usual entre las parejas casadas. Es posible que le saquemos bastante ventaja a la mayoría.

Eleanor, que lo escuchaba con los labios entreabiertos y el rostro enrojecido por el recuerdo de las veces en que había cedido a esa pasión de la que él hablaba con tanta naturalidad, intentó desviar la vista, pero James se apresuró a tomar su rostro entre las manos, sosteniendo sus mejillas con las palmas.

—Di que sí, Eleanor. Acepta convertirte en mi esposa y te prometo que todo irá bien para ambos; haré todo lo que esté en mis manos para que seas feliz —dijo él en un tono persuasivo que le provocó un temblor en las piernas—. Y te diré algo más: si prefieres esperar para consumar el matrimonio estoy dispuesto a hacerlo…

Ella abrió mucho los ojos, sorprendida por esa posibilidad que no se le había ocurrido hasta entonces.

—¿En verdad?

—Por un tiempo prudente —se apresuró a señalar él con un gesto de disculpa al elevar las cejas y sonreír—. Pero tienes derecho a hacerte a la idea. Lo que quiero que comprendas es que mi intención es tener una buena vida a tu lado; quiero que seas feliz conmigo, o tanto como sea posible. Sé que no soy el hombre más confiable y que tengo una pésima reputación, pero estoy

dispuesto a poner todo lo que esté de mi parte para que esto salga bien si tú lo haces también. Por favor, Eleanor, acepta.

Ella permaneció solo un momento en silencio y luego llevó la mirada a la puntera de sus zapatos, sopesando todas y cada una de sus palabras. Al final, debió de llegar a una decisión y tal vez presintiera que corría el riesgo de cambiar de idea si no hablaba de inmediato, porque levantó el rostro con brusquedad y lo miró a los ojos con gesto resuelto.

—Muy bien. Acepto tu propuesta —dijo—. Me casaré contigo.

La llegada de tía Margaret tan solo unos días después de que recibiera la carta de lady Beaumont no sorprendió a nadie; sin embargo, si la señora venía dispuesta a regañar a su sobrina, y posiblemente repudiarla de la familia por lo que sin duda consideraba un comportamiento imperdonable, todo rastro de reproche desapareció en cuanto le informaron de la propuesta de James que Eleanor había decidido aceptar.

Tal vez su sobrina no fuera su persona favorita y siempre hubiera considerado injusto el tener que velar por ella, pero jamás guardó muchas expectativas para su futuro. Ahora, la posibilidad de que estuviera a punto de convertirse en la nueva vizcondesa de Castlecomer lo cambiaba todo. Su nueva posición sería algo acerca de lo que ufanarse con sus amistades, se encargaría de cumplir la promesa hecha a su hermano de asegurar un buen futuro para su hija prácticamente sin mover un dedo y, como si todo aquello no fuera suficiente, alejaría a Eleanor de la órbita de Gabriel. A la señora Hartford le gustaba hacer como si no fuera consciente de los sentimientos de su hijo por su prima, pero según pasaban los años esa evidente atracción empezaba a inquietarla. En ese momento, sin embargo, gracias a la imprudencia de Eleanor y a su buena fortuna, todo estaría resuelto de la mejor manera para todos. No podía sentirse más satisfecha.

La señora Hartford fue la única en su familia que se mostró complacida con la futura unión. Tanto Cecily como Gabriel parecían aún consternados del derrotero que tomaron los acontecimientos, pero ninguno podía hacer nada. Él, en especial, se mostró taciturno y sombrío durante los días que continuaron a la decisión de Eleanor y se negó a decir nada que pudiera considerarse una bienvenida a James a su familia. Por el contrario, se mantuvo esquivo y no participó en los arreglos para el matrimonio que James se obcecó en que debía celebrarse con la mayor rapidez. En su opinión, no había motivo para perder el tiempo; ambas familias tenían los recursos para llevarlo a cabo de inmediato y ello ayudaría a que el nombre de Eleanor no se viera manoseado de forma innecesaria en caso de que dejaran pasar el tiempo sin razón.

La tía Margaret se encargó de anunciar en su nombre y en el de su marido ausente que Eleanor no contaba con una dote, pero a James eso le tenía sin cuidado. En cierta medida, lo prefería así; deseaba empezar una nueva vida con Eleanor sin cargar ningún lastre que pudiera pesar a cualquiera de los dos. Sabía que ella siempre resintió depender de los Hartford y que prefería no deberles más de lo que ya consideraba que habían hecho por ella.

La vizcondesa estaba tan complacida con el enlace de su hijo que no solo se ofreció de inmediato a participar activamente en los preparativos de la boda, sino que además se mostró tan afectuosa con Eleanor que suplió sin dificultad todo el cariño que su familia le negaba. A James le sorprendió que su madre fuera capaz de mostrarse tan dispuesta a aceptar ese enlace considerando lo poco que conocía a la novia, pero lo tomó como una buena señal. Incluso la dama anunció que empezaría de inmediato los arreglos para que otra de las propiedades de la familia en Londres fuera puesta en condiciones para que ella pudiera ocuparla antes de la boda;

ello le daría al nuevo matrimonio la intimidad que en su opinión iban a necesitar. No hizo mención a la historia de su hijo con la prima de la que estaba a punto de convertirse en su esposa, así como tampoco mostró su inquietud respecto a cuáles eran sus verdaderas motivaciones para el matrimonio. En su opinión, aunque eso tampoco lo dijo, dudaba de que su hijo estuviera dispuesto a dar un paso como aquel llevado por la conveniencia y el deber.

Los días se sucedían uno tras otro y a Eleanor le costaba creer que el día de la boda se encontrara tan cerca. Gracias a la ayuda del obispo amigo de los Beaumont, que consideraban que habían tenido un rol primordial en aquel enlace, James no tuvo problemas para conseguir el permiso que les permitiera casarse con mayor antelación de lo acostumbrado. Tan solo un mes después de su charla con Eleanor y de que ella aceptara casarse con él, se encontraba ya en vísperas de la boda.

Las invitaciones habían sido entregadas y casi todas aceptadas, aun cuando se arregló que fuera una ceremonia más bien pequeña a primeras horas de la mañana con un desayuno de bodas adecuado.

La tarde de su último día como una joven soltera, Eleanor se encontraba recluida en su habitación, tal y como acostumbraba hacer cuando su tía o lady Haversham no la requerían para consultarle acerca de algún arreglo que necesitara de su opinión. Había descubierto que era la única forma de mantenerse alejada de las miradas de Cecily, quien se negó a mover un dedo para ayudar con la boda salvo para decir cada vez que podía cuán segura estaba de que sería un absoluto desastre. Eso se cuidaba mucho de decirlo frente a su madre, claro, pero si los malos deseos podían influir de alguna forma en los hechos, Eleanor estaba segura de que tarde o temprano ocurriría alguna catástrofe.

A Gabriel apenas se le vio durante todo aquel mes. Se presentó el mismo día de la llegada de su madre para intentar convencerla de que no aceptara el enlace entre Eleanor y James, pero al comprender que sus súplicas tan solo la convencían más de que hacía lo correcto, lo dejó por imposible y desapareció; apenas enviaba notas de cuando en cuando para interesarse por su madre, pero eso era todo. Ni siquiera sabían si pensaba presentarse a la boda.

Cuando una doncella anunció a Eleanor que lord Haversham esperaba por ella en el salón, tuvo que contener el deseo de correr para reunirse con él. Cada vez le resultaba más difícil contener la ansiedad que la acometía al oírlo siquiera nombrar, comprendió en tanto se forzaba a caminar lentamente en dirección al salón.

Al llegar, lo vio de pie al lado de una ventana que habían dejado entreabierta. El sol brillaba con sus últimas fuerzas en el horizonte y James parecía perdido en sus pensamientos, pero bastó con que la oyera entrar para que abandonara su contemplación y se apresurara a ir a su encuentro.

A Eleanor le alegró haberse esmerado por arreglarse en consideración a la presencia de su tía; ella siempre insistía en que debía proyectar una imagen cuidada y elegante en cualquier circunstancia. O tanto como era posible en un caso como el de Ellie, que evidentemente encontraba absurdo tanto esfuerzo para nada.

Ese día eligió uno de los nuevos vestidos ordenados a la modista para su ajuar. La vizcondesa insistió sin dar su brazo a torcer en que debían ordenar que cada uno de sus trajes se hiciera a medida y se mostró horrorizada frente a la sugerencia de Eleanor de adquirirlos en la tienda del señor Findley. Aunque en un principio la idea le pareció del todo innecesaria, la verdad era que se encontraba fascinada por todas y cada una de las piezas que acababan de entregarle.

Su vestido de dos piezas confeccionado en crepé y seda china era lo más bonito que había

visto en su vida. La falda era de color marfil y el corpiño tenía un diseño floral y ribetes en un tono de azul que contrastaba con sus ojos. Por la expresión en el rostro de James al mirarla, fue evidente que él también lo encontró más que apropiado.

Él tomó su mano y se la llevó a sus labios, pero no hizo amago de tocarla, tal y como Eleanor estaba segura de que hubiera deseado hacer. Había aprendido a leer sus gestos de la misma forma en que estaba segura que podía hacer él con ella.

—Te ves más hermosa de lo usual —dijo él, tirando de ella con suavidad para que se sentara a su lado en el diván bajo la ventana—. Ven conmigo.

Eleanor lo siguió sin responder. Fue obvio para ella que había algo que deseaba decirle y solo entonces advirtió un par de objetos sobre la mesilla: un estuche rectangular de terciopelo azul y un pequeño sobre oscuro. Estuvo tentada a preguntar, pero no hizo falta que lo hiciera porque James se le adelantó al dirigirse a ella al captar su mirada intrigada.

—Sé que no es lo más frecuente que un hombre visite a su novia tan pocas horas antes de la boda, pero hay algo que deseaba darte —explicó él.

Eleanor recibió el estuche que James le tendió con el ceño fruncido, sospechando lo que podría contener. Sin abrirlo, dio una mirada a su mano, donde destellaba el delicado anillo de zafiros y diamantes que él le entregó poco después de que aceptara su propuesta. Una hermosa perla refulgía en el centro ovalado y recordó cuando Cecily dijo que una joya como aquella, aunque magnífica, sin duda debía de augurar algunas lágrimas para su poseedora.

Suspiró para alejar un recuerdo tan desagradable y se esforzó por mantener una sonrisa calmada al tiempo que abría el estuche. Una expresión de deleite surgió de sus labios al contemplar su contenido.

Un broche compuesto por varias gemas similares a las de su anillo, pero sin la perla, brillaba sobre el fondo de terciopelo, pero no fue eso lo que más la impresionó, sino el hecho de que simulara la forma de una mariposa. Los diamantes figuraban las alas y dos enormes zafiros el cuerpo; incluso unos delicados hilos de plata completaban el conjunto al dar forma a las antenas y había también unos pequeños rubíes para los ojos.

—Sé lo que dirás —se adelantó a decir James ante su silencio—: No te gustan las joyas y no crees que debería haberme molestado, pero supe que tenía que comprarlo para ti en cuanto lo vi. No sé si será apropiado para que lo uses con tu vestido de novia…

—No me importa si es apropiado o no —lo interrumpió Eleanor en tono quedo—. Lo usaré de cualquier forma. Me gusta mucho; es precioso. Gracias, James.

Él pareció encantado con su respuesta. Sonreía al tomar el estuche de sus manos y dejarlo sobre la mesilla al tiempo que tendía hacia ella el sobre con un brillo curioso en la mirada.

—Algo me dice que esto te gustará aún más —anunció con voz enigmática.

Eleanor se mostró curiosa y rompió el sello para ver el contenido. Se trataba de su manuscrito, observó sorprendida y abriendo mucho los ojos.

—Acaban de entregármelo —dijo James, atento a su reacción—. Lee la última página.

Eleanor se apresuró a hacer lo que decía y pasó una página tras otra hasta llegar al final, donde se topó con una nota de puño y letra del coronel Chester en la que anunciaba que, luego de una segunda evaluación, el diario estaría encantado de adquirir los derechos de esa historia para publicarla en una serie de entregas con un método similar al que se acostumbraba en esos casos. Su abogado le haría llegar el contrato respectivo tan pronto como lo tuviera listo, terminaba la nota con la enérgica firma de su dueño.

—El coronel te envía también sus mejores deseos y se disculpa por no poder asistir a la boda;

debe partir a Cheshire mañana temprano para ver a su hija que acaba de tener un bebé —comentó James cuando notó que ella había terminado con su lectura.

Eleanor sostuvo los papeles contra su pecho y elevó el rostro para mirarlo.

—¿Esto es verdad? —preguntó ella aún renuente a aceptarlo—. ¿Lo publicarán? James, no has…

Él comprendió de inmediato el alcance de sus dudas y negó con la cabeza de un lado al otro sin mostrarse ofendido por el brillo receloso en su mirada.

—No he tenido nada que ver con esto, Eleanor, es todo mérito tuyo —declaró sin dudar.

Ante su silencio, él sonrió y tomó una de sus manos buscando su mirada.

—Conoces al coronel, es un hombre honorable y terriblemente obcecado. Tiene la formación de un militar seguro de hacer siempre lo que es correcto. De haber decidido no publicarlo nada ni nadie hubiera podido convencerlo de lo contrario; con gusto dejaría hundir el diario antes que hacer algo con lo que no se sintiera a gusto. Yo tan solo soy el feliz emisario que ha tenido la suerte de poder traerte esta noticia.

James habló en un tono tan sincero que Eleanor sintió cómo sus dudas desaparecían reemplazadas por una aterradora sensación de felicidad. Era demasiado. ¿Qué iba a hacer ella con todo aquello? No podía ser normal experimentar algo como eso, ¿cierto? Le daba miedo y al mismo tiempo la embargaba la esperanza de que, tal vez, todo resultara tan bien como él aseguraba.

Sin permitirse pensar en lo contrario, renuente a sumergirse una vez más en el mar de dudas que la acompañaba desde que aceptó su propuesta, Eleanor dejó los papeles con descuido sobre la mesilla y se acercó a él para posar los labios sobre los suyos. Era la primera vez que tomaba la iniciativa en una forma tan instintiva, pero no pudo contenerse, y una vez que se recuperó de la sorpresa, sintió cómo James correspondía al tiempo que la tomaba por la cintura y tiraba de ella para apoyarla sobre su pecho.

Él devoró sus labios, apresándola entre sus brazos y Eleanor sintió la rigidez de su cuerpo apretado contra el suyo. Tenía los ojos cerrados y exhaló un hondo suspiro cuando James la alejó para recuperar el aliento. Luego de dar una rápida mirada a la puerta que ella había dejado entreabierta, sacudió la cabeza de un lado a otro y mostró una sonrisa torcida.

—Quiero que sea mañana —dijo él en voz ronca—. No sé en qué estaba pensando al prometerte esperar, pero te juro que mantendré mi palabra. Solo te ruego que no sea por demasiado tiempo o perderé la razón.

Eleanor no respondió; se arrebujó entre sus brazos y escondió el rostro en su cuello. Ya había tomado una decisión al respecto, pero aún no se sentía lo bastante segura para decirlo en voz alta. Lo haría la noche siguiente, como tenía planeado. Solo esperaba no estar cometiendo un error y que el paso que ambos estaban a punto de dar no resultara tan arriesgado como todo en su interior le gritaba que era.

Capítulo 7

El día de la boda transcurrió tal y como los esmerados preparativos de lady Haversham habían anunciado que ocurriría. La vizcondesa no dejó nada al azar y la ceremonia se celebró de forma espléndida en la capilla de la mansión que James ordenó fuera acondicionada para la ocasión. El obispo que había usado sus buenos oficios para obtener un permiso especial fue quien encabezó la ceremonia y Eleanor se mantuvo cada segundo de esta con los nervios a flor de piel y sin poder disimular su nerviosismo. Para su sorpresa, James se vio mucho más tranquilo en comparación; su voz no tembló una sola vez al recitar los votos o al tomar su mano para deslizar el anillo de bodas en su dedo.

Cuando el obispo dio por terminada la ceremonia, Eleanor exhaló todo el aire que no sabía que hubiera estado conteniendo y cerró los ojos un instante para musitar una plegaria. Al abrirlos, se topó con la mirada de James, y cuando él le tendió el brazo ella no dudó en posar su mano sobre él. Fue entonces cuando comprendió lo que acababa de ocurrir. Todo había cambiado, y aun cuando se sintió aterrada, al sentir el calor de su piel a través de la chaqueta del traje de etiqueta y de los guantes que llevaba, se dijo que estaba justo donde pertenecía.

Una pequeña multitud se congregó para saludarlos, lady Haversham y la tía Margaret entre ellos; incluso el tío Eneas había decidido hacer el viaje desde Surrey pese a su mal estado de salud para acompañarla en ese momento. Al final, Cecily decidió no asistir arguyendo un malestar imprevisto, algo que a Eleanor le provocó un enorme alivio; pero contrario a lo que esperaba, Gabriel sí se presentó a la ceremonia. Ella pudo sentir su mirada sobre su rostro durante todo el tiempo que duró la ceremonia y su corazón penó por él; habría querido decir algo que le sirviera de consuelo, incluso pedirle perdón por cualquier cosa que hubiera podido hacer para lastimarlo, pero cuando dejaron la capilla él ya no se encontraba allí.

El desayuno de bodas se prolongó por horas, tanto que cuando los últimos invitados empezaron a marcharse era ya media tarde y aún entonces Eleanor debió encargarse de acompañar a sus tíos y a lady Haversham hasta que decidieron despedirse. James la había acompañado durante todo el tiempo, pero no hizo amago de tocarla ni siquiera una vez y a Eleanor aquello la alivió tanto como la embargó de una traicionera decepción. Él prometió acatar sus deseos tanto como fuera necesario, pero aun así esperó que se mostrara tan necesitado de su contacto como le ocurría a ella.

Cuando todas las personas ajenas a la casa se hubieron marchado, Eleanor se dirigió a la habitación que le habían destinado; era la que usaban las vizcondesas de Castlecomer desde hacía siglos. Ella la había visto ya una vez cuando lady Haversham la llevó a conocer la casa poco antes de la boda, pero aún le costaba creer que ese sería el lugar en el que despertaría cada mañana y al que acudiría por las noches. En realidad, más que una habitación, era un conjunto de ellas.

Había un amplio vestidor, un saloncito privado donde tenía planeado escribir y un dormitorio en toda regla; este último, un espacio enorme y amoblado con un gusto exquisito, en especial por la gran cama con doseles que dominaba el lugar. Al otro lado de la habitación se encontraba una pequeña puerta disimulada por un tapiz que, su suegra había señalado con mucha discreción, conducía a las habitaciones del vizconde.

Las de James.

Ellos habían acordado en una de sus charlas que no harían un viaje de bodas, al menos no de inmediato. Considerando las circunstancias en que se había dado su matrimonio y los muchos asuntos pendientes que ambos tenían entre manos, les pareció que era la mejor decisión. Podrían pasar tiempo juntos, desde luego, algo que Eleanor anhelaba. Sentía que aún había mucho que necesitaba conocer del hombre que acababa de convertirse en su esposo y guardaba la esperanza de que fuera capaz de descubrirlo con el tiempo y la convivencia.

No había visto a James desde que despidieron a su madre y sus tíos, pero supuso que se encontraría en su habitación, muy cerca de ella y al mismo tiempo tan lejos como Eleanor así lo dispusiera.

Una joven doncella esperaba por ella para ayudarle a quitarse el vestido de bodas y a prepararse para dormir. Era aún temprano, pero los acontecimientos del día habían sido tan agotadores que no deseaba pensar en la cena; supuso que James debía de encontrarse de acuerdo con ella.

La joven que la atendió se presentó como Nancy y le pareció una muchacha muy agradable y bastante conocedora de lo que se esperaba de ella como doncella personal de la vizcondesa. Fue por eso por lo que la habrían elegido en primer lugar, sospechó en tanto se sentaba frente a un tocador de roble para que pudiera cepillar su cabello con movimientos enérgicos pero delicados. Una vez que la doncella terminó, se vio en el espejo y advirtió que su cabello brillaba tanto como sus ojos.

Lady Haversham insistió en que debía escoger ropa adecuada para dormir. Una mujer casada y vizcondesa, además, no podía utilizar esos largos camisones de algodón que Eleanor acostumbrara usar hasta entonces. Su suegra logró convencerla de elegir un camisón hecho de seda y tul que dejaba a la vista más de lo que cubría; por eso había decidido comprar un salto de cama a juego, una pieza que, si bien no era tan atractiva a la vista, la hacía sentir más protegida. La pregunta era: ¿protegida de quién? No de James, sin duda, él no le había dado razón para pensar que lo necesitara; tal vez era de ella misma de quien necesitaba preocuparse.

Nancy le roció perfume en el cabello y le tendió el frasco para que ella hiciera otro tanto, pero Eleanor prefirió no hacerlo. Se sentía tan nerviosa que el olor podría marearla y quizá terminara por descomponerse sobre la alfombra.

Despidió a la doncella cuando se sintió segura de que no necesitaba nada más y una vez que se quedó a solas permaneció un momento sentada sobre el tocador. Pensando. ¿Qué debía hacer ahora? Podía meterse en la cama y estaba segura de que nadie la interrumpiría; James lo había prometido y no dudaba de que cumpliera con su palabra.

Se puso de pie arrastrando los bajos del salto de cama de encaje y apretaba sus manos con nerviosismo. Tras dudar, se acercó a la puerta que separaba su habitación de la de James y pegó el oído a la madera. Era un acto del todo reprobable, pero no le importó.

No alcanzó a oír nada, era como si no hubiera nadie allí, lo que la hizo fruncir el ceño; pero pasado un minuto, cuando estaba a punto de abandonar su intención inicial y volver a la cama, oyó unos pasos acercarse al otro lado de la puerta. Mantuvo la frente pegada a la madera y

algunos ruidos llegaron a ella. Estaba tan distraída que tuvo que echarse hacia atrás cuando oyó que la cerradura chirrió debido a la fricción que alguien hacía al otro lado al intentar abrirla.

Advirtió entonces que la llave estaba puesta en la cerradura y, tras vacilar un instante, extendió una mano para quitar el seguro y abrió la puerta con todo el aplomo que consiguió reunir.

James la veía desde el vano de la puerta con una mano en el aire como si se encontrara a punto de tocar antes de que ella abriera. Llevaba los pantalones del traje de etiqueta, así como la camisa de seda que usó durante la ceremonia, pero eso era todo; Eleanor advirtió que incluso se encontraba descalzo.

—Lamento molestarte, pero quería saber si te encuentras bien —fue él quien habló primero manteniendo la mirada puesta en su rostro—. No nos despedimos luego de que tus tíos y mi madre se marcharan.

Eleanor asintió y se hizo a un lado para invitarlo a entrar con una mano puesta sobre la hoja de la puerta. Él, sin embargo, hizo un gesto para que ella lo precediera y Eleanor sintió más que vio la forma en que él recorría su cuerpo desde la cabeza a los pies con una mirada ardiente que le aceleró el pulso.

—Yo… pensaba ir a tu habitación… —empezó ella dando vuelta para mirarlo a los ojos.

—Me hubiera gustado que lo hicieras —dijo él.

—Pero te me has adelantado.

El rostro de Eleanor se encontraba tan sonrojado que simulaba una granada. Sentía la mirada de James fija en la línea de su pecho acentuada por el corte de la bata y el delicado encaje que se traslucía en algunas partes. Luchó contra el impulso de cubrirse con los brazos y lo miró a su vez con un gesto inquieto.

—Eleanor…

James se dirigió a ella, pero mantuvo cierta distancia entre ambos.

—No debes pensar que he venido para obligarte a hacer nada que no quieras. Te di mi palabra y planeo mantenerla; solo quería verte. Hemos pasado todo el día rodeados de gente y solo podía pensar en que no deseaba irme a la cama sin haber hablado al menos un momento contigo en nuestro primer día como un matrimonio. ¿Me crees?

Eleanor asintió con fervor.

—Claro que te creo.

—Bien. Porque es la verdad. —James se mostró aliviado—. Esperaré lo que haga falta, te lo prometo. No es una promesa vacía…

—James. No sigas —pidió ella, carraspeando antes de continuar—. Sé que decías la verdad, pero no es eso lo que intento decir. Yo… he estado pensando y he decidido que no quiero esperar.

Él no pronunció una palabra una vez que Eleanor consiguió decir lo que llevaba tanto tiempo rondando en su mente. Pareció en realidad como si no estuviera del todo seguro de haberla oído bien, pero le bastó con ver su rostro sonrosado y la forma en que rehuía su mirada para saber que así era. Entonces, exhaló el aire contenido entre los dientes apretados y se acercó a ella hasta quedar a solo centímetros de distancia.

—¿Estás segura? —preguntó él.

Eleanor sonrió al oír su tono dudoso. Era tan extraño verlo titubear; parecía como si siempre supiera lo que deseaba y debía hacer. Ahora, en cambio, atisbó una sombra de incertidumbre en su rostro y eso pareció ayudarle a recuperar el dominio de sí misma y a saber cómo actuar. Sin dudar, se puso de puntillas para acercarse a él y asintió al tiempo que acariciaba su mejilla con la

palma de la mano.

—Muy segura; creo que debemos empezar de la manera correcta —afirmó ella, pero luego se vio asaltada por una idea y frunció el ceño al continuar—. Pero si por alguna razón crees que será mejor esperar no tengo ninguna…

No tuvo tiempo de terminar de decir lo que pensaba porque él tiró de su mano apoyada sobre su rostro y la atrajo hacia su pecho para empezar a besarla y entonces sencillamente lo olvidó todo.

James la besó con ardor una y otra vez apenas separándose para respirar y acariciarla con las manos, que parecían estar en todas partes. Eleanor lo oyó gemir contra su cuello cuando retiró los labios de su boca para recorrer la línea de su garganta. Entonces ella se dijo que si las cosas iban a ir así tal vez debiera sentarse porque sentía que sus piernas no podrían sostenerla durante mucho más. A diferencia de James, ella no tenía muy claro qué hacer con las manos; tan solo atinó a mantenerlas apoyadas sobre su pecho sin saber qué era lo que se esperaba de ella.

Él debió de adivinar su indecisión porque la separó un momento sosteniéndola por los antebrazos y buscó su mirada. Se encontraban tan cerca que Eleanor sintió que era capaz de percibir el calor que él desprendía a través de la ropa y supuso que a James debía de ocurrirle lo mismo. Sentía su piel arder y los latidos de su corazón se dispararon hasta retumbar en sus oídos.

James la contemplaba con los labios entreabiertos como si tuviera también problemas para respirar y extendió una mano para acariciar su cabello que había caído a ambos lados de su rostro.

—No imaginé que fuera tan largo —dijo él en un tono de voz que no le había oído antes—. Siempre lo llevas sujeto.

—Lo sé. Pensaba cortarlo tan pronto como llegara a Londres, pero han pasado tantas cosas que lo olvidé. Tal vez luego… —ella balbuceó sin poder sostener su mirada.

—Es tu decisión, pero me gustaría que no lo hicieras —pidió él enredando las hebras oscuras entre los dedos—. Es muy hermoso.

James la veía con una adoración tan manifiesta que Eleanor sintió una mezcla de orgullo e inquietud; nadie la había mirado jamás de esa forma. Era como si ella fuera lo único que él podía ver en el mundo y no era una sensación con la que estuviera familiarizada; no sabía nada de esa clase de amor… Se amonestó al pensar en algo como aquello. Seguro que el amor no tenía nada que ver con eso.

James no permitió que se distrajera porque tomó su rostro entre las manos y volvió a besarla. Una y otra vez hasta que Eleanor consiguió dejar su timidez de lado y correspondió a sus besos al tiempo que pasaba los brazos alrededor de su cuello. Sintió su pecho pegado al suyo y los latidos de su corazón parecían seguir el mismo ritmo acelerado. No supo en qué momento ocurrió, pero advirtió que James se las había arreglado para quitarle la bata que llevaba sobre el camisón y que la prenda se encontraba sobre la alfombra a sus pies.

—Date la vuelta.

La voz de James llegó en un gemido ronco a sus oídos y tardó un momento en comprender. El camisón estaba sujeto por una hilera de botones a la espalda, de modo que hizo lo que le pedía y esperó con el cabello recogido en una de sus manos y con los ojos cerrados.

Los dedos de James fueron soltando cada botón, deteniéndose entre uno y el siguiente para acariciar la porción de piel que iba poniendo al descubierto para dejar un reguero de fuego tras él. Para cuando llegó al último, Eleanor se dijo que definitivamente iba a necesitar sentarse pronto o haría el ridículo cayendo a sus pies.

James la hizo girar sujetándola por los hombros, pero Eleanor se mantuvo con los ojos cerrados incluso cuando sintió que él acariciaba la piel de su cuello con los pulgares. El camisón apenas se sostenía sobre sus brazos, pero bastó con que tirara del borde para que cayera formando un remolino sobre la alfombra. Lo oyó exhalar un suspiro y abrió los ojos para encontrarse con su mirada puesta en su rostro, lo que le extrañó un poco. Aunque le avergonzara pensarlo, ¿no habría tenido más sentido que mirara su cuerpo desnudo?

Él debió de comprender lo que pensaba porque exhibió una sonrisa pesarosa y se acercó para posar los labios sobre su nariz en una caricia traviesa.

—Si te veo ahora estaré condenado —dijo.

Eleanor parpadeó ante una declaración como aquella, pero no supo qué decir y cualquier idea se desvaneció de su mente cuando vio que él se alejaba un poco para empezar a soltar los botones de su camisa. Luego se la quitó con movimientos calmados y llevó las manos a sus pantalones, pero se detuvo al oírla emitir un jadeo de sorpresa que no había podido contener. Él creyó que tal vez había ido demasiado rápido al intentar desnudarse de golpe, pero al mirarla comprendió que lo que más le había sorprendido era la cicatriz que tenía en el costado.

—¿Qué te ocurrió?

Eleanor hizo la pregunta al tiempo que se pegaba a él para rozar la fina línea con los dedos.

—No es nada. Fue hace mucho tiempo —explicó él cubriendo su mano con la suya, todos sus nervios alterados ante el contacto—. Es solo un recuerdo.

No le dijo en qué circunstancias había ocurrido con exactitud; no le vio sentido a hacerlo. A su llegada a América su tío se había mostrado tentado a probar su fuerza y decisión una y otra vez y ese era para él tan solo el recordatorio de que para obtener lo que deseas hace falta estar dispuesto a tolerarlo todo. Incluso llevarte una herida casi mortal mientras descargas un cargamento en los muelles, recordó con una mueca divertida.

—No te preocupes, no duele —continuó él, y era sincero. Si no la viera cada día ni siquiera lo recordaría—. Ven aquí.

James la tomó de la mano y la acercó, dispuesto al fin a hacer lo que llevaba algunos minutos postergando. Le había dicho que si la veía desnuda estaría condenado y estaba hablando en serio, pero supo que debía hacerlo o conocería una clase de infierno muy distinto.

Posó entonces los ojos sobre su cuerpo y exhaló un hondo suspiro al encontrarse con la piel satinada de su pecho. Elevó las manos para acariciarle el costado con los nudillos y extendió los pulgares para cubrir parte de los senos. Era tan suave como imaginó que sería y sintió que su piel se erizaba al oírla gemir.

—James…

Él cubrió su boca con la suya y habló sobre sus labios absorbiendo su aliento. Lo quería todo de ella, sentirla hasta lo más hondo de su cuerpo, tocarla, saborearla.

—Lo sé.

Él ahogó un nuevo gemido con sus labios y le cubrió los pechos con la palma de las manos, acariciando la redondez con la punta de los dedos. Sus pezones se endurecieron bajo sus caricias y supo que no podría permanecer durante mucho tiempo así, por lo que la soltó con un suspiro y enterró el rostro en su cuello como dándose un respiro para recuperar parte de su autocontrol. Sabía que tenía que ir con delicadeza, tanta como pudiera reunir, pero en ese momento le pareció casi imposible conservar la calma.

Cuando sintió que podría verla una vez más sin abalanzarse sobre ella como un salvaje, levantó el rostro y apoyó los labios sobre el pulso acelerado de su cuello, descendiendo hasta

cubrir uno de sus pezones con los labios, lamiendo y mordisqueando hasta que la sintió caer entre sus brazos y entonces la alzó para llevarla a la cama.

Eleanor sentía su cabeza dando vueltas y apenas atinó a apoyar los codos sobre la mullida superficie de la cama en tanto James permanecía frente a ella con el rostro caído y los músculos tensionados. Parecía como si su cuello corriera el riesgo de romperse por la presión a la que estaba sometido, advirtió, pero la impresión duró solo un segundo porque luego vio que él se deshacía de los pantalones y se tendía sobre ella. Su piel era áspera en comparación con la suya y notó entonces que una suave mata de pelo cubría su pecho y la piel de sus piernas, pero no fue una sensación para nada desagradable, sino todo lo contrario. Tal y como se dijo aquella vez en el castillo de los Beaumont, era asombroso que pudieran encajar de una forma tan perfecta.

—No tengas miedo.

El pedido de James resonó en sus oídos y buscó su mirada con los ojos muy abiertos. Él la veía a su vez con el mentón apoyado sobre su pecho; su cabello sudoroso caía sobre su frente y estuvo tentada a extender una mano para despejarlo, pero advirtió entonces que las tenía posadas sobre sus hombros. Ni siquiera recordaba en qué momento había hecho eso.

—No tengo miedo —replicó ella una vez que encontró las palabras—. Nunca tendría miedo de ti.

Eso pareció tranquilizarlo lo suficiente para que exhalara un hondo suspiro y empezó a acariciar cada parte de su cuerpo con una lentitud enloquecedora. Estaba decidido a prepararla para que la experiencia fuera lo menos difícil para ella. Al menos tanto como pudiera.

Eleanor gimió al sentir sus labios explorando su cuerpo. Del cuello a los pechos, su abdomen, la curva de sus caderas y el largo de sus piernas. Cuando él se detuvo un segundo sobre el centro de su femineidad dio un pequeño brinco y lo sintió reír antes de continuar, pero hubiera jurado oírlo decir algo que sonó a un «después».

Cuando Eleanor se encontraba ya lo bastante relajada, James se tendió sobre ella y le separó las piernas con la rodilla, provocando que se tensara una vez más al sentir su dureza contra los muslos.

—Está bien, no te asustes.

Eleanor hubiera deseado decirle que no lo estaba; aunque se sentía un poco nerviosa por lo que sabía que vendría, en realidad no era para nada desagradable. No como su tía le advirtió que sería.

—Sabes lo que ocurre ahora, ¿no? —preguntó él hablando entre los dientes apretados.

Ella cabeceó.

—Tengo una idea general.

—¿Qué tan general?

—No mucho. Tía Margaret dijo que solo debía cerrar los ojos y dejar que hicieras lo que desearas.

Por un momento le costó darse cuenta de lo que ocurría, pero entonces comprendió que James había empezado a reír a carcajadas.

—¿Qué es tan gracioso? —inquirió ella un poco ofendida.

James sacudió la cabeza de un lado a otro conteniendo la risa.

—Nada. Nada en absoluto; pero tengo que reconocer que siento un poco de lástima por tu tía —dijo él—. No tienes que cerrar los ojos si no quieres; en realidad, prefiero que no lo hagas porque quiero verte y que tú me veas también. Y en cuanto a eso de dejar que haga lo que quiera, por complaciente que pueda parecer, la verdad es que no es algo que creo que ninguno de

nosotros vaya a disfrutar. Esta primera vez, sin embargo, tal vez sea bueno que me dejes ser quien te lleve.

—¿Como en un baile? —sugirió ella no muy segura.

James sonrió con ternura y acarició su rostro.

—Exactamente como en un baile.

No dijo más ni Eleanor hizo otra pregunta. No habría podido ni siquiera de haberlo deseado porque él había empezado a moverse sobre ella usando sus dedos para hurgar en su interior de una forma que le provocó una retahíla de gemidos y que la hizo saltar sobre la cama. Definitivamente no iba a poder cerrar los ojos, se dijo al verlo con estos abiertos al máximo por la sorpresa.

James sonrió como si supiera perfectamente lo que provocaba en ella y, cuando sintió que estaba preparada para él, se situó mejor entre sus piernas y bajó las caderas para hundirse en su interior con un solo movimiento. Tras considerarlo, decidió que era la mejor forma; tal vez doliera, sin duda lo haría, pero quería que ese dolor fuera tan momentáneo como lo permitiera su propia desesperación.

Una vez que estuvo en su interior se detuvo para que ella se acostumbrara a él, pero le estaba costando como nunca antes le había costado nada en su vida. Eleanor, que advirtió su tensión, buscó su mirada y le acarició la frente haciendo que él elevara el rostro para mirarla.

—¿Por qué parece como si estuvieras sufriendo más que yo? —preguntó ella.

James sonrió, admirado, pero nada sorprendido de que dijera algo como eso.

—No es nada fácil contenerse en un momento como este —dijo él con los dientes apretados.

—Entonces no lo hagas.

Su lógica respuesta pareció ser todo lo que él necesitó para perder del todo el control. Cerró los ojos y empezó a moverse dentro de ella, acometiendo largas embestidas que fueron aumentando en velocidad conforme su pasión iba escalando hasta que no supo donde terminaba él y comenzaba ella. Su cuerpo tenía vida propia y oyó los gemidos de Eleanor bajo él, un rosario de suspiros que solo consiguieron enardecerlo más. Palpitaba a su alrededor y sintió el momento preciso en que los músculos de su interior se contrajeron; solo entonces se permitió aumentar la rapidez de sus movimientos hasta que sintió que estaba a punto de estallar. Cuando lo hizo, apoyó el rostro sobre su pecho y se sacudió una y otra vez, incrédulo por lo que acababa de experimentar.

Transcurrieron varios minutos hasta que fue consciente de que todo había terminado, pero él continuaba sobre ella. Habría dado la mitad de su fortuna sin dudar por quedarse así por siempre, pero supo que debía de estarla aplastando, de modo que se separó con un suspiro pesaroso y oyó el gemido emitido por Eleanor cuando abandonó su cuerpo y se dejó caer de lado con los ojos cerrados. Solo cuando su corazón se normalizó fue capaz de abrirlos nuevamente y ladear el rostro para buscar su mirada.

Eleanor tenía los ojos entrecerrados y lo veía de una forma muy similar a como estaba seguro debía de verla él.

—No se ha parecido en nada a un baile —dijo ella.

James sonrió al oír su voz consternada y extendió una mano para tomar la suya.

—Eso es porque nunca habías bailado conmigo —bromeó él—. Por cierto, no he olvidado que me debes uno.

—¿Y qué ocurre con lo que acabamos de hacer? ¿No cuenta como uno acaso?

James apoyó la barbilla sobre la palma de la mano para observarla mejor y sacudió la cabeza

de un lado a otro con un brillo peligroso en la mirada.

—Espero que no. Por excitante que pueda parecer, me niego a hacer algo como esto en un salón atestado de gente.

Fue el turno de Eleanor para romper a reír, tal y como él esperaba que hiciera. Salvo por su respiración agitada y el hecho de que se le cerraban los ojos según pasaban los minutos, a James le alegró ver que no parecía en absoluto alterada por lo que acababa de pasar. Cuando ella dio un pequeño bostezo, él suspiró y se puso de pie para rozar su brazo cuando ella hizo amago de intentar detenerlo.

—Vuelvo en un momento —prometió él.

Luego de asearse, tomó un lienzo limpio, lo sumergió en la palangana de agua tibia que una doncella había dejado sobre el tocador y regresó a la cama para ayudar a Eleanor a asearse también. Aunque ella se mostró un poco tímida al comprender lo que pensaba hacer, luego se tendió sobre la cama en una postura de abandono en tanto él deslizaba el paño por el interior de sus muslos. Eleanor tenía la cabeza apoyada sobre su codo doblado y lo veía por debajo de sus pestañas entrecerradas.

Al terminar, él se ausentó nuevamente para luego regresar y ocupar su lugar en la cama, esta vez tirando de ella para apoyar su espalda contra su pecho. Luego besó su cabello y suspiró sobre su sien, murmurando algunas palabras que Eleanor no alcanzó a entender por encontrarse ya casi dormida. Las rítmicas caricias de James terminaron por adormecerla del todo y lo último de lo que fue consciente antes de caer dormida fue del embriagador aroma del hombre que acababa de convertirse en su esposo. Un olor que sintió tan propio que se durmió con una gran sonrisa en el rostro.

Cuando Eleanor despertó se sorprendió al advertir que el sol se encontraba muy en lo alto. Las cortinas de su habitación estaban corridas, pero aun así no tuvo problemas para calcular la hora y bajó de la cama de un salto al comprender que se había quedado dormida. A ella jamás le pasaba; era la primera en levantarse en la familia, algo por lo que Gabriel acostumbraba burlarse y su tía criticarla.

Ahora, sin embargo, se dijo que no era del todo extraño que ocurriera algo como aquello. Nunca había pasado una noche como la anterior y supuso que debía de ser natural encontrarse tan agotada como debía de serlo también que su rostro empezara a arder tan solo con recordarlo.

No vio rastros de James y la asaltó una leve sensación de inquietud hasta que se obligó a usar el sentido común. El hecho de que ella se hubiera quedado dormida hasta una hora tan avanzada de la mañana no quería decir que él tuviera que hacer lo mismo.

Nancy llamó suavemente a la puerta solo unos minutos después de que Eleanor hubiera logrado ponerse el camisón que encontró doblado sobre una butaca, pero antes de darle permiso para entrar corrió a cubrir la cama con las mantas en un arranque de vergüenza del que luego se arrepintió. ¿Qué tenía de extraño que la servidumbre encontrara las huellas de lo ocurrido entre ella y su esposo la noche anterior? ¿No era eso acaso lo que debían de esperar? Su tía Margaret decía con frecuencia que por lo general los sirvientes se mostraban encantados de saber que todo entre sus patrones se conducía como era considerado natural. Pero la tía Margaret también le había dicho que solo debía dejar que James hiciera lo que quisiera con ella y que no debía esperar nada de la noche de bodas; que su deber no implicaba que fuera a sentir algún tipo de placer.

Y vaya que la tía Margaret había estado equivocada.

La doncella preparó un baño caliente para ella y mientras la ayudaba a lavar su cabello y Eleanor se enjabonaba con la pastilla perfumada que la chica llevó, oyó cómo la iba poniendo en antecedentes respecto al funcionamiento de la mansión y cuán felices se encontraban ella y los otros sirvientes por contar con una nueva vizcondesa a quien servir. No fue sino hasta el final de su cháchara, sin embargo, cuando Eleanor supo lo que en verdad había ansiado oír: contrario a su costumbre, lord Haversham había decidido quedarse en casa aquel día y en ese momento se encontraba en su despacho. Él dio la orden muy temprano de que su esposa no fuera molestada, de allí que Nancy esperara a que despertara para ir a ofrecer su ayuda.

Eleanor sonrió en tanto se vestía con uno de sus vestidos más bonitos, uno de seda púrpura con un cuello de encaje que le gustaba particularmente porque era muy ligero. Nancy peinó su cabello en largas trenzas y las sujetó en lo alto de la cabeza en un rodete. Mientras veía a la doncella afanarse para que quedara fijo, recordó las palabras de James de la noche anterior y la forma en que lo había tocado, deslizándolo entre los dedos mientras la besaba. Se sonrojó nuevamente ante el recuerdo y se reprendió por ello diciéndose que si no podía controlarse más le valía no pensar en algo como eso o pasaría cada día con el rostro ardiendo.

Aún no estaba del todo familiarizada con la distribución de la casa, por lo que tuvo que pedir indicaciones a Nancy para llegar al despacho en el primer piso, y cuando se encontró frente a la puerta cerrada dio un golpecito sobre la madera y esperó procurando que su nerviosismo no fuera demasiado evidente.

Cuando oyó la voz de James dando permiso para entrar, dudó un momento antes de hacerlo, pero una vez dentro cerró la puerta tras de sí y esperó a que él levantara la vista del escritorio donde trabajaba. Al verla sonrió y a Eleanor se le aceleró el corazón. Fue una sensación distinta a la que le embargara hasta entonces al verlo; más cálida, de alguna forma más palpable si eso era posible. Él casi nunca sonreía de la forma en que lo hacía cuando se encontraba con ella y un hecho que podría pasar por anecdótico cobró un valor inconmensurable al detenerse a pensar en lo mucho que significaba para ella.

—Esperaba que descansaras un poco más. —Él se adelantó para acercarse y posar sus labios sobre su mejilla, una caricia aparentemente inocente que le provocó un leve temblor en las manos—. ¿Has dormido bien?

—Muy bien —respondió ella sonriendo también—. ¿Qué estás haciendo?

Hizo la pregunta con cierta cautela y llevada por su curiosidad. No sabía si él recibiría su interés con agrado; su tío odiaba que lo interrumpiera cuando se encontraba inmerso en lo que llamaba «sus asuntos», y Gabriel parecía siempre demasiado distraído para prestarle atención. James, en cambio, se mostró complacido por la pregunta y tomó su mano para llevarla con él al escritorio, ofreciéndole una silla junto a la suya en lugar de la que se encontraba al frente.

—Creo que te mencioné que el coronel Chester partió de viaje ayer y le tomará un par de semanas estar de regreso. Aunque ha dejado todo tan organizado como cabía esperar en un hombre tan metódico, hay algunos asuntos que debo atender —explicó él—. Nada complicado; además, cuento con la ayuda de la señora Wallis. Es ella quien prácticamente ha quedado al frente del diario en tanto el coronel regresa y yo disfruto de mi luna de miel.

A Eleanor le complació oír eso último. Había visto en otro par de ocasiones a la secretaria de James desde su primera visita al diario y le pareció una mujer admirable.

—Sabes que puedes ir si es necesario, ¿cierto? —dijo ella cuando se le ocurrió algo en lo que no había pensado hasta entonces—. No tienes que estar aquí todo el tiempo; estoy segura de que

encontraré algo que hacer…

—Claro que lo sé, así como sé que no eres la clase de mujer que languidece de aburrimiento —replicó él de inmediato con una sonrisa burlona—. Pero es lo que quiero hacer.

Ella sonrió y vaciló un instante antes de extender una mano para acariciar su mejilla. Fue un gesto instintivo que pareció sorprenderlo tanto como agradarle porque tomó su mano antes de que ella pudiera retirarla y se la llevó a los labios para besar la palma y luego mordisquear sus dedos en un rapto de pasión. La seriedad en su rostro desapareció, sin embargo, cuando la vio sacudirse sobre la silla y empezar a reír sin poder contenerse.

—¿Tienes cosquillas? —preguntó él, divertido.

—Solo un poco.

Considerando que Eleanor parecía estar a punto de caer de la silla, James se dijo que sin duda debía de ser algo más que un poco, pero encontró tan graciosa su reacción que continuó solo por el placer de atormentarla.

—¡Basta! —Ella se sacudió del agarre y empezó a respirar agitada al tiempo que lo señalaba con un dedo—. Eso es muy cruel.

James esbozó una sonrisa que solo pareció prometerle estar a punto de mostrarle cuán cruel podía llegar realmente a ser y se puso de pie para luego hacer otro tanto con ella, que emitió un gemido de sorpresa, en especial cuando él la tendió sobre el diván que se encontraba al lado de la chimenea.

—¡James! ¿Qué estás haciendo? —preguntó ella sin aliento al sentirlo cubrir su cuerpo.

Él dio una mirada a la puerta y su sonrisa se ensanchó al ver que se encontraba firmemente cerrada.

—Muy astuto de tu parte —dijo él sobre sus labios.

—No lo hice a propósito, no tenía esto en mente cuando llegué —replicó ella de inmediato, preguntándose qué tanto de verdad habría en eso en realidad.

No pareció que a James eso le importara mucho porque empezó a deslizar las manos por debajo de sus faldas y, antes de que supiera lo que ocurría, Eleanor cayó en la cuenta de que le estaba bajando las medias de seda por las pantorrillas.

—James, es pleno día y acabo de vestirme.

Él no prestó mucha atención a sus objeciones, que de cualquier forma no sonaron demasiado firmes. En verdad, aunque de su boca surgían algunos reproches, Eleanor se sacudía bajo él para ayudarlo a deshacerse de las enaguas y exhaló un hondo suspiro cuando sintió las manos de James alrededor de sus muslos desnudos.

—¿Estás seguro de que se puede hacer algo como esto a esta hora?

James suspiró y se acomodó mejor sobre ella con los codos a cada lado de su cabeza para no aplastarla al tiempo que le dirigía una mirada reprobadora y al mismo tiempo cargada de promesas.

—Bastante seguro, y si me das un momento estaré encantado de demostrártelo —afirmó él—. Si dejas de hablar, además, podré descubrir si tienes cosquillas en todas partes. Anoche no tuve tiempo para verlo.

Eleanor abrió los labios como si estuviera a punto de protestar, pero entonces él empezó a usar una de sus manos para acariciar el interior de sus muslos y cerró los ojos, vencida. No lo dijo, pero dudaba de que, mientras James hiciera algo como eso, a ella le diera otro ataque de cosquillas; lo que sentía era muy distinto a ganas de reír. Sin embargo, calló y prefirió dejar que continuara explorándola y lo descubriera por sí mismo.

—Intenta no moverte tanto ni mirar de esa forma. Todo el mundo notará cuán poco te agrada estar aquí.

Eleanor oyó la voz divertida de James sobre su oído y contuvo un suspiro. Aunque era evidente que él se lo estaba pasando en grande al advertir su fastidio, había mucho de razón en sus palabras y le avergonzó no ser capaz de enmascarar mejor sus pensamientos. Miró a su izquierda y notó también que su suegra, lady Haversham, le dirigía una dulce sonrisa como si pretendiera animarla.

Se encontraban en la ópera y era su primera salida formal desde su boda, hacía ya casi un mes. Aunque lo usual hubiera sido que no esperaran tanto para mostrarse ante la sociedad, fue James quien pidió que aplazaran el momento y Eleanor no pudo encontrarse más de acuerdo. Las razones esgrimidas por él fueron que deseaba pasar tiempo con ella a solas y que le parecía un crimen tener que soportar la presencia de otras personas y fingir sentirse a gusto en su compañía cuando lo único que deseaba era tener a Eleanor desnuda en su cama.

O sobre el diván en su despacho, en la bañera, e incluso sobre su escritorio. Y en la pequeña cabaña de la propiedad en la que habían tenido que buscar refugio una tarde que salieron a montar, se recordó Eleanor con una sonrisa al pensar en ello. Habían sido unas semanas maravillosas. James se ocupó de mostrarle las mil y una formas en que una pareja podía consumar su deseo y ella había disfrutado de cada segundo de esas lecciones.

—¿En qué piensas?

Acababan de ocupar el palco de propiedad de los Haversham y en ese momento se encontraba sentada a la derecha de su esposo, quien la veía con una ceja arqueada y una sonrisa apenas insinuada en los labios como si fuera capaz de adivinar sus pensamientos.

—Nada importante —respondió ella muy rápido y desviando la mirada.

—Estás sonrojada —continuó él con voz aterciopelada recorriendo su figura en una rápida y penetrante ojeada—. Combina con tu vestido. ¿Te he dicho ya cuánto me gusta? Deberías usar siempre ese color.

Eleanor procuró que no se notara cuán complacida se sintió ante ese halago y asintió en señal de agradecimiento.

La verdad era que se encontraba encantada con el vestido elegido para esa noche. Había sido una sugerencia de su suegra en una nueva visita a la modista y, aun cuando quizá fuera un modelo que nunca hubiera escogido por sí misma, le bastó con verse en el espejo una vez que Nancy terminó de arreglarla para saber que era perfecto.

Era un diseño muy elegante, y también un tanto atrevido. Estaba confeccionado en seda escarlata siguiendo el patrón de un crisantemo con adornos de plumas de avestruz de un rojo encendido sobre el pecho y el ruedo de la falda. Llevaba los hombros cubiertos por delicadas bandas que dejaban a la vista un amplio escote y una banda de encaje remataba el ruedo. Nunca se había sentido tan hermosa como cuando descendió las escaleras de la mansión para encontrarse con James en el vestíbulo. Él la había besado entonces y murmurado cuán poco quería marcharse; incluso sugirió enviar una nota a su madre para disculparse, pero ella se negó sin ocultar cuánto le complació su reacción.

Ahora James tenía la vista fija en su escote y se sintió tan alterada al sentirlo que se llevó una mano a la sien y le dirigió una mirada cargada de reprobación.

—Deja de mirarme de esa forma —lo reprendió ella en voz muy baja—. Tu madre está tras

nosotros.

Eso último era verdad, pero lady Haversham no les prestaba mayor atención, era demasiado discreta para ello. Permanecía en su asiento sacudiendo una mano para saludar a sus conocidos y sonreía cuando alguno de ellos se acercaba al palco para presentarle sus respetos. Parecía encantada con la atención que atraía y Eleanor recordó lo que James le contó acerca del tiempo que tuvo que permanecer llevando una existencia un tanto lúgubre y alejada de esa vida que tanto le gustaba. Ella había sido tan generosa y amable con ella que le alegró saber que ahora había recuperado parte de la felicidad que merecía.

—No creo que le importe —respondió él, despreocupado, para luego inclinarse hacia ella al tiempo que tomaba su mano que descansaba sobre el regazo—. Podemos irnos algo más temprano si así lo prefieres.

—Creo que eres tú quien lo preferiría —replicó ella con astucia.

—Has aprendido a conocerme demasiado pronto.

Intercambiaron una sonrisa y las luces de las lámparas empezaron a menguar como una señal de que el espectáculo estaba a punto de dar inicio, pero justo en ese momento Eleanor sintió una mirada fija sobre ella y levantó el rostro para buscar entre la multitud.

En un palco frente a ellos, Gabriel le sonreía con una mueca tensa y poco natural; pero pese a ello Eleanor se alegró de verlo. Hacía un mes que no sabía nada de él, casi desde la boda, y aunque había hablado con su tía Margaret un par de veces y esta le aseguró que se encontraba perfectamente, sintió un gran alivio al comprobarlo con sus propios ojos. No era tan arrogante como para suponer que su matrimonio fuera a llevarlo a un estado preocupante, pero sabía que no le sentó nada bien y, tal y como le dijo alguna vez, sentía en el alma cualquier dolor que pudiera causarle.

Gabriel estaba acompañado por Cecily y su madre, que había decidido quedarse en Londres hasta que culminara la temporada. No se atrevió a preguntarlo directamente cuando la dama se lo anunció en una de sus visitas, pero supuso que esa decisión estaba relacionada con el comportamiento de Cecily.

Ahora, al ver a su prima luego de desviar la mirada de Gabriel, advirtió que ella veía a su vez a James con una expresión en el rostro que le provocó un retortijón en el estómago. Era demasiado descarada. Era su esposo y estaba segura de que nadie la había atrapado nunca mirándolo de esa forma.

—¿Estás bien?

Eleanor parpadeó al oír la pregunta de James y asintió con un movimiento brusco sin girar para mirarlo.

—¿Eleanor? —insistió él en tono grave.

—Estoy bien —musitó ella con un hilo de voz.

Él no volvió a preguntar y entonces el espectáculo dio inicio, lo que Eleanor agradeció porque se sentía demasiado alterada para mantener una conversación sin que él notara lo que pensaba. James acababa de decir que ella había aprendido a conocerlo muy pronto y estaba segura de que lo mismo ocurría con él. Si la veía disgustada descubriría pronto el motivo y no quería profundizar en algo que sentía que estaba solo en su mente.

Aunque la representación le pareció muy hermosa, el tiempo que transcurrió entre su inicio y el final le resultó más largo de lo que estaba segura que habría sentido en otras circunstancias. Sentía la mirada de Gabriel fija en ella, lo que empezó a incomodarle, y la actitud de Cecily no era muy distinta a la de su hermano, con la diferencia de que ella parecía mucho más interesada

en el hombre a su lado. La tía Margaret advirtió su presencia tiempo después que sus hijos y le dirigió una tensa sonrisa; dudaba de que ella estuviera muy interesada en pasar a saludar una vez que concluyera el espectáculo, se dijo en un rapto de cinismo. Además, James había notado ya la actitud de los Hartford y Eleanor adivinó que se encontraba un tanto disgustado, aunque lo disimulaba mucho mejor que ella. Por eso no le sorprendió que tan pronto como empezaran a encenderse nuevamente las lámparas él girara para hablar un momento con su madre y luego se dirigiera a ella.

—¿Te gustaría irte? —sugirió él.

Eleanor dudó antes de responder, intentando encontrar en su mirada algún indicativo de qué era exactamente lo que pensaba, pero su semblante era indescifrable y supo que no importaba cuánto se esforzara, no vería nada que él no permitiera. De modo que suspiró y asintió suavemente.

—Sí. Quiero ir a casa.

Él pareció satisfecho por su respuesta, pero tal vez solo lo estuviera imaginando en tanto se ponía de pie y apoyaba una mano sobre su brazo para abandonar el palco. Antes de marcharse, miró sobre su hombro y comprobó que los Hartford continuaban en sus asientos e hizo un leve gesto de despedida en dirección a su tía; a Gabriel y Cecily procuró no verlos.

—Ahora todos pensarán que somos unos maleducados por marcharnos de esta forma —comentó ella en tanto descendían las escalinatas del teatro.

Varias personas los miraban haciendo algunos gestos de saludo a su paso, pero James caminaba con rapidez y Eleanor se esmeraba por seguirle el paso. De pronto la idea de marcharse le resultó muy seductora, tanto por el aire puro que empezaba a llegar a ella desde la salida como por la mirada que le dirigió James al posar una mano sobre la suya.

—Claro que no. Estamos recién casados —respondió él con desenfado—. Todos piensan que no puedo esperar por volver a casa y hacerte el amor. Y están en lo cierto.

Eleanor no supo qué responder, pero supo que no hacía falta que lo hiciera; su rostro debió de hablar bastante bien por ella porque James rompió a reír y, como por arte de magia, ese sonido pareció bastar para que buena parte de lo que le había molestado hasta entonces simplemente desapareciera. Ojalá fuera siempre así de sencillo.

—Deberías prestarme atención o empezaré a sentir celos de lo que sea que estés pensando.

James observaba fijamente el rostro de Eleanor, que parecía muy concentrada en sus pensamientos. Tenía la mirada perdida y advirtió que hasta antes de que se dirigiera a ella de una forma tan directa había estado musitando algo entre dientes como si pronunciara algún tipo de hechizo.

Su cabello estaba suelto sobre la almohada y cubría su cuerpo desnudo con una sábana que sostenía contra su pecho con una de las manos en tanto usaba la otra para dar suaves golpecitos a su sien con semblante concentrado.

—Eleanor…

—Te he oído —respondió ella ante su insistencia—. No sé por qué dices algo como eso; tú no eres celoso.

«¿No lo era?», se preguntó James con un suspiro. De haberlo hecho antes, se habría respondido con una negativa rotunda, pero ahora no estaba tan seguro; le bastaba con pensar en el rostro de Gabriel mientras observaba a Eleanor en la ópera más temprano aquella noche para

suponer que posiblemente lo fuera ahora. Al menos cuando su mujer se encontraba de por medio. Porque no fueron solo las miradas de Gabriel las que lo molestaron, sino también todas las que cada hombre presente en el teatro le dirigió en tanto se encontraron allí. Una reacción barbárica y de la que se habría sentido avergonzado un par de meses antes. Ese era el efecto que Eleanor tenía en él la mayor parte del tiempo; lo obligaba a replantearse una y otra vez quién era él en verdad.

—Tal vez empiezo a serlo —reconoció James al cabo de un momento procurando sonar despreocupado—. Y no dejaré de considerarlo hasta que empieces a simular siquiera que encuentras interesante lo que te digo. ¿No vas a contarme qué es lo que estás planeando?

Eleanor suspiró y lo miró de reojo con el ceño levemente fruncido.

—Ya que quieres saberlo, se trata de un asesinato —respondió con desparpajo.

James sonrió y arqueó una ceja, impresionado a su pesar.

—¿El mío? —preguntó él—. Tal vez debería sentirme preocupado.

Eleanor rompió a reír y le dio un suave golpe en el hombro desnudo. Él estaba tendido a su lado, pero, a diferencia de ella, no se había molestado en cubrirse luego de hacerle el amor, que fue precisamente lo primero que hizo al llegar a casa, tal y como anunció una vez que dejaron el teatro.

—Lo que deberías hacer es ponerte algo encima —dijo ella, parpadeando como si solo entonces fuera consciente de su desnudez—. Te enfermarás.

—¿Ahora te preocupas por mí? ¿Luego de ignorarme de la forma en que lo has hecho? —replicó él en tono bromista.

Eleanor sonrió.

—Hablas como un niño —lo reprendió, divertida—. Si quieres más detalles, tengo una idea para una historia y he pensado que iniciarla con un asesinato podría ser un golpe de efecto estupendo.

James frunció el ceño.

—Parece un poco siniestro —comentó él.

—Esa es la idea.

—Al parecer mi esposa es una mujer con una mente truculenta. No estoy seguro de que sea algo agradable para descubrir cuando llevamos tan poco de casados.

Eleanor volvió a darle un golpecito y se recostó contra la almohada, sin responder. Una vez más, pareció un tanto distraída y James empezó a dirigirle miradas pensativas al tiempo que una sonrisa empezaba a formarse en sus labios.

—Muy bien —dijo él—. Mientras continúas con lo tuyo creo que puedo encontrar algo con lo que entretenerme.

No pareció que Eleanor lo hubiera escuchado, pero su distracción no duró demasiado. Cuando sintió que James tiraba de la sábana que la cubría dio un brinco y de sus labios escapó un chillido.

—¿Qué estás haciendo? —farfulló, sorprendida.

—Por favor, no te distraigas por mi culpa. Continúa con tus planes de asesinato; estoy seguro de que con lo que tienes en mente resultará una historia muy interesante.

—¡James!

Él la ignoró cuando ella intentó alejarlo al notar que apoyaba los labios sobre su pecho y empezaba a lamer sus pezones al tiempo que le abarcaba las caderas con las manos.

—Eleanor, intento concentrarme —la acusó él, sonriendo sobre su piel.

—Eso no es justo. Te estás vengando. —Ella intentó pegarle con una rodilla, pero James la esquivó sin dejar de reír—. Acababa de llegar a una parte muy interesante.

Él levantó el rostro y le dirigió una mirada burlona.

—No veo por qué ibas a detenerte —dijo.

—¿Crees que puedo concentrarme mientras tú…?

—Creo que este es un buen momento para seguir el consejo de tu tía —sugirió él retomando su labor—. Cierra los ojos, sigue en lo tuyo y deja que yo haga lo que quiera.

Recibió un bufido indignado en respuesta.

—Como si fuera a empezar a seguir los consejos de mi tía precisamente ahora —masculló ella.

James suspiró y la observó con el ceño fruncido.

—Esto es imposible —dijo él, fingiendo pesar—. Tendremos que hacer algo.

Eleanor le dirigió una mirada recelosa y estuvo a punto de preguntar qué se le había ocurrido ahora cuando él la sorprendió una vez más al tomarla de la cintura y darle la vuelta de modo que terminó de cara a la almohada.

—¡James!

—Recuerda a tu tía, Eleanor.

Él tenía las manos apoyadas a ambos lados de sus caderas y pegó el cuerpo al suyo; su frente estaba afirmada sobre su nuca y respiraba con rapidez.

—¿Vas a quedarte quieta? —preguntó al notar que ella se revolvía entre sus brazos como una anguila—. ¿Cómo va tu asesinato?

—He decidido cambiar de víctima.

—¿Sí? ¿Has encontrado a alguien que lo merezca más?

James habló sobre su sien; una de sus manos empezó a reptar por su abdomen y Eleanor sintió que hundía los dedos en su interior sin dejar de frotar su miembro contra sus caderas. Entonces ella dejó de luchar y exhaló un suspiro en señal de rendición.

—Quiero que sepas que estoy muy enojada contigo —musitó ella luego de cerrar los ojos, sofocando un gemido de placer—. Necesito planear bien esta historia para presentar la idea al coronel Chester.

—Si puedes hablar de mi socio ahora, debo de estar haciendo algo mal.

James se hundió en ella con una sola embestida y Eleanor enterró el rostro contra la almohada para ahogar un grito; sus manos se crisparon alrededor de las sábanas y empezó a jadear en un eco que parecía ir en armonía con los gemidos de James, quien se movía sobre ella sin darle tregua.

—James…

Ella gimoteaba según él aceleraba el ritmo y se retorcía de una forma que ya le era familiar. James no tenía idea de en qué diablos había pensado su tía al darle un consejo tan estúpido como decirle que debía permanecer quieta en sus brazos; Eleanor no sería capaz de hacer algo como eso jamás. Y a él le encantaba la forma que tenía de corresponder a sus caricias, comprobó una vez más al oírla emitir un grito llevada por el placer.

Cuando terminó, se tendió sobre ella y besó la línea de su espalda en tanto Eleanor permanecía inmóvil y con la respiración agitada. En algún momento en medio de la pasión había buscado sus manos sobre las sábanas y ahora las tenía sujetas entre las suyas.

—¿James? —ella volvió a hablar luego de lo que pareció mucho tiempo.

—¿Sí?

James se encontraba adormilado y aún sobre ella, pero no quería moverse; era tan agradable sentir su cuerpo bajo él que la idea de dejarla le parecía insoportable. Y como Eleanor no se quejó, supuso que a ella debía de ocurrirle lo mismo.

—¿Crees que nuestro trato de negocios se vería arruinado si dijera que creo que te quiero?

Sus manos, que habían empezado a recorrer sus brazos en una caricia inconsciente, se detuvieron al oírla, pero ella no pareció advertirlo. En realidad, por su tono de voz y lo acompasado de su respiración, James comprendió que si no se encontraba dormida iba camino a estarlo.

Con un suspiro, se movió para acostarse de lado, tirando de ella para que se apoyara sobre su hombro.

—No lo creo, pequeña Ellie —dijo él una vez que estuvo seguro de que Eleanor ya no podía oírlo—. Me parece que yo también te quiero.

Capítulo 8

Eleanor emprendió una agradable rutina luego de esa visita a la ópera. De alguna forma, fue como si aquella salida hubiera marcado el inicio de su matrimonio propiamente dicho.

James retomó sus negocios y pasaba buena parte del día fuera de casa; según le contó, dedicaba las mañanas a visitar al señor Findley en su almacén para ayudarle en tanto la señora Brown, a quien había decidido nombrar jefa de tienda atendiendo a su sugerencia, recibía la capacitación adecuada. James había enviado ya una carta a su tío para notificarlo al respecto y aun cuando aún no recibía respuesta, estaba seguro de que se sentiría tan complacido como él.

A veces intentaba regresar a casa para compartir el almuerzo con Eleanor y, cuando eso ocurría, se marchaba con rapidez para dirigirse al diario. En más de una ocasión ella había conseguido convencerlo de que le permitiera acompañarlo, aunque era justo reconocer que él no se había hecho mucho de rogar; era evidente que disfrutaba de pasar tiempo a su lado y a Eleanor le parecía una oportunidad excelente para conocer un poco más acerca de un negocio que siempre había encontrado muy interesante y de poder sostener charlas de lo más entretenidas con el coronel Chester, quien parecía haber abandonado buena parte de sus reservas para con ella.

Como fuera, lo acompañara ella o no al diario, se reunían siempre para cenar y podían pasar horas hablando. Incluso adoptaron la costumbre de retirarse al despacho de James para que Eleanor le contara las ideas que tenía en mente para sus historias. Él la escuchaba con mucha seriedad y señalaba tanto aquello que le convencía como lo que no; siempre con amabilidad, pero nunca con indulgencia, algo que Eleanor apreciaba más de lo que podía explicar. Por primera vez en su vida, se sentía realmente apreciada e incluso amada, aunque tenía serias dudas respecto a lo segundo.

No estaba del todo segura, pero creía haber cometido el error de confesar sus sentimientos a James en una de aquellas noches compartidas y cuando se permitía pensar en ello la asaltaba un miedo que amenazaba con paralizarla. ¿Lo hizo realmente o fue un sueño? Esperaba que hubiera sido lo segundo y, de estar equivocada, que él no la hubiera oído.

Había descubierto ya que lo amaba de una forma tan profunda que incluso dolía un poco, una contradicción con la que no tenía idea de qué debía hacer. Sentía como si llevara todo el tiempo un explosivo en el pecho, algo que podría estallar en cualquier momento y dejarla reducida a cenizas.

James, sin embargo, no hizo un solo comentario al respecto y Eleanor terminó por pensar que lo había imaginado. Él se comportaba tan atento como siempre; parecía tener ojos solo para ella y no importaba lo que ocurriera, se las arreglaba para hacerla sonreír a cada momento. Luego de esas charlas junto al fuego por las noches le hacía el amor de una manera tan dulce y apasionada que la dejaba sumida en un duermevela inquieto, preguntándose durante cuánto tiempo continuarían viviendo en esa suerte de mundo aparte creado solo para ellos.

Unas semanas después de haber empezado esa rutina tuvo una primera clarinada de advertencia que le recordó cuán frágil era en verdad ese equilibrio y cómo ese mundo estaba siempre en un peligro latente.

Había elegido no acompañar a James aquella tarde porque deseaba dedicarla a avanzar con sus escritos; el coronel Chester se mostró muy interesado en sus ideas y le pidió que le presentara un borrador que pudiera estudiar. De modo que se dirigió a su salón privado tan pronto como James se marchó y dio orden para que no la interrumpieran.

Llevaba un par de horas en ello, satisfecha por lo que había conseguido plasmar en el papel, cuando Nancy llamó tímidamente a la puerta para avisarle de que tenía una visita. Creyó que se trataba de su suegra, pero al llegar al salón en el que acostumbraba recibir a los visitantes se sorprendió al encontrarse con una figura también familiar, pero en absoluto parecida a la de lady Haversham.

—¡Gabriel!

Su primo permaneció junto a la chimenea e inclinó la cabeza en señal de saludo al verla entrar, pero no hizo amago de acercarse a saludarla y Eleanor se vio un tanto desconcertada respecto a cómo actuar. Estaba acostumbrada a tratarlo con tanta familiaridad y a recibir siempre una sonrisa en respuesta que ahora, al verlo tan serio y poco presto a las bromas, no le quedó más opción que forzar un gesto amistoso y ocupar un sillón luego de señalar una silla para que le acompañara.

—Lamento haberme presentado sin avisar —empezó él.

—No hace falta que lo hagas; puedes venir cuando quieras.

—Eso es muy amable de tu parte, Eleanor, pero estoy seguro de que Haversham no debe de estar de acuerdo.

A Eleanor no le pasó inadvertido el hecho de que ya no se refiriera a ella como Ellie, lo que para su sorpresa encontró muy triste, así como la amargura con la que se expresó.

—¿Cómo te encuentras, Gabriel? —preguntó ella procurando llevar la charla a un terreno más seguro.

—Bastante bien.

—Siento que ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que nos vimos.

Su primo recibió el comentario con una sonrisa carente de humor.

—Bueno, estás recién casada; imagino que lo último que deseas es pasar el tiempo con alguien que no sea tu esposo.

—Gabriel…

—Vine a informarte de que mi madre regresa a Surrey —dijo él interrumpiéndola con cierta brusquedad—. Ella está muy ocupada con los arreglos del viaje y me pidió que viniera para ponerte sobre aviso.

Eleanor frunció el ceño, sorprendida; su tía fue muy clara al señalar que pensaba permanecer en Londres durante al menos otras dos semanas.

—¿Ha ocurrido algo que adelantara su viaje? —preguntó ella.

Gabriel asintió con un gesto pesaroso y Eleanor pudo ver que parte de su armadura de fría indiferencia empezaba a resquebrajarse.

—Mi padre —respondió con un gesto de desaliento—. No se encuentra bien, como sabes, y mi madre cree que lo mejor es que permanezca a su lado.

—¿Ha empeorado?

—No estoy seguro; pero sabes cómo es mamá. No se sentirá tranquila si no puede verlo por sí

misma. —Gabriel contestó a su pregunta con un leve encogimiento de hombros—. Padre es un hombre discreto y no acostumbra quejarse, pero mamá está segura de que sus padecimientos podrían haberse acentuado y por eso ha decidido viajar de inmediato. Recibió una carta de la señora Norton, el ama de llaves, en la que le hacía saber que se encuentra un poco preocupada por la salud de padre y eso ha sido suficiente para que llegara a esa conclusión.

Eleanor asintió, recordando a la siempre atenta ama de llaves y su devoción por sus patrones. Dudaba de que pudiera equivocarse en algo como aquello y comprendió el porqué del actuar de su tía. Tal vez no fuera una mujer demasiado apegada a los suyos y a sus afectos, pero su relación con el tío Eneas siempre había sido muy cercana; era evidente que, a su manera, sentía un cariño sincero por su esposo. Ella también, se dijo, debía de sentir lo mismo por él; aunque distraído y poco amoroso, siempre se ocupó de ella y fue bastante amable la mayor parte del tiempo.

—¿Acompañarás a tía Margaret? —inquirió ella una vez que pudo apartar sus recuerdos.

Gabriel sacudió la cabeza de un lado a otro y se vio un poco incómodo al responder.

—Mi madre se ha negado rotundamente —dijo—. Insiste en que es posible que no haya nada por lo que debamos preocuparnos y que prefiere que permanezca en Londres para hacer compañía a Cecily.

Eleanor se abstuvo de decir que ella y Gabriel sabían que en realidad la tía Margaret no estaba preocupada porque su hija pudiera sentirse sola, sino por lo que sería capaz de hacer si no contaba con un miembro de la familia con cierta autoridad cerca para controlar su vida desenfrenada.

—Comprendo —fue todo lo que dijo ella al respecto para no incomodar a Gabriel, que no parecía feliz con la asignación de su madre—. Te agradezco que vinieras a contármelo. Haré llegar una nota a tía Margaret antes de que se marche. ¿Crees que podrás mantenerme informada respecto a la salud del tío Eneas? Sé cuán poco le gusta escribir, y también a tu madre, pero me gustaría saber cómo van las cosas.

Gabriel asintió.

—Por supuesto —dijo él—. Te informaré tan pronto como tenga noticias.

—Gracias.

Ambos guardaron silencio por algunos minutos que Eleanor pasó con la mirada fija en sus manos apoyadas sobre el regazo; le parecía tan extraño encontrarse en el mismo lugar que su primo y no saber qué hacer o decir para recobrar esa familiaridad y cariño que siempre habían compartido.

—Eleanor.

Levantó la cabeza al oír su voz y no le extrañó comprobar que él tenía la mirada fija en su rostro. Lo que no pudo anticipar, sin embargo, fue que la viera con tal expresión de tristeza.

—Quería preguntar… —Gabriel carraspeó antes de continuar—. ¿Eres feliz? Me refiero a si Haversham se porta bien contigo.

Pese a la evidente incomodidad con la que él hizo la pregunta, ella consiguió ver finalmente un atisbo del hombre con el que había crecido y ello le bastó para responder con una suave sonrisa animada.

—Estoy muy bien, Gabriel —respondió ella sin vacilar—. Y desde luego que James se porta bien conmigo. Conoces la clase de hombre que es; no podría ser de otra forma.

Su primo le dirigió una mirada cargada de escepticismo.

—No estoy seguro de saberlo con seguridad, Eleanor; a decir verdad, siento que no conozco a

tu esposo en absoluto y me cuesta creer que lo hagas tú —comentó él con cierta crudeza—. Tal vez lo pienses y tienes derecho a engañarte a ti misma si así lo prefieres…

—No hago nada como eso —lo interrumpió ella sintiéndose un poco ofendida por su sugerencia—. Conozco a James mucho más de lo que lo has conocido nunca.

—No dudo que eso sea verdad; después de todo, estás casada con él. Pero debes recordar que muchas veces solo mostramos lo que nos conviene. No creas que puedes confiar del todo en él; hasta hace unos meses apenas sabías quién era —insistió él—. Además, he notado que no has respondido a mi pregunta acerca de si eres feliz, pero no tienes que hacerlo; tu silencio al respecto es bastante elocuente.

Eleanor suspiró y se llevó una mano a la frente. ¿Cómo podía decirle a Gabriel que si no respondió a esa pregunta fue precisamente porque estaba tan convencida de serlo que le daba miedo ponerlo en palabras? Tal vez fuera un poco ingenuo por su parte ignorar todo aquello que se imponía para que se mostrara más cauta, pero no podía evitarlo. Pese a sus miedos y a la incertidumbre que parecía hallarse siempre presente en su vida con James, era tan feliz como no lo había sido nunca hasta entonces.

Pero no fue eso lo que dijo porque era en cierta medida un secreto tan íntimo que no deseaba compartirlo con nadie, y también porque consideró que hablar de aquello con Gabriel solo le traería más dolor.

—Mi vida es mucho mejor de lo que imaginé, Gabriel —declaró ella al comprender que debía decir algo—. James y yo nos llevamos muy bien y me gustaría que pudieras compartir más tiempo con nosotros para que lo veas por ti mismo.

Su primo emitió un bufido incrédulo.

—Eso es imposible.

—¿Por qué tendría que serlo? Soy tu prima y siempre me importarás; me siento muy contenta cuando te veo. Y James es tu amigo, él te aprecia y estoy segura de que también sientes mucha estima por él.

Gabriel le dirigió una mirada airada.

—¿Aprecio? ¿Estima? —repitió él en un tono cargado de desprecio—. Jamás podría considerar a James nuevamente un amigo; lo hice una vez y no viviré lo suficiente para arrepentirme por ese error. En cuanto a él, puedo asegurarte que un amigo jamás habría actuado de la forma en que él lo hizo.

—No ves las cosas de la forma correcta.

—¿No lo hago? ¿Acaso ese hombre al que llamas mi amigo no acaba de arrebatarme bajo mis narices lo que más quería?

Eleanor exhaló un suspiro y extendió una mano para tomar la de su primo. En un inicio, él pareció demasiado sorprendido y estuvo a punto de rechazar esa muestra de compasión, pero entonces se vio rendido por sus sentimientos y apresó los dedos entre los suyos con un gesto de desesperación que a Eleanor le rompió un poco el corazón.

—Algún día verás cuán equivocado te encuentras en realidad —dijo ella en voz baja—. Lo que crees sentir por mí es en el fondo lo mismo que siento yo. He sido una hermana para ti y tú has sido un hermano para mí; hemos pasado por demasiadas cosas como para dar por terminado un cariño como el que siempre compartimos.

Gabriel sacudió la cabeza de un lado a otro, demasiado obnubilado por sus ideas para reconocer que pudiera estar equivocado. La miró a los ojos y se llevó su mano a los labios sujetándola como si no fuera a soltarla nunca.

—Eres tú quien no lo entiende, Ellie —dijo él en un tono de voz similar al que ella había usado—. Siempre te querré.

—Esa es una declaración conmovedora, pero apreciaría que soltaras a mi esposa, Hartford.

Eleanor cerró los ojos un instante y contuvo un gemido al oír la voz de James. Se hallaba tan preocupada por los sentimientos de Gabriel, por dar con la forma de hacerle entender que se encontraba en un error, que ni siquiera había advertido su llegada. Al abrir los ojos y mirar tras ella comprobó que se encontraba de pie en el vano de la puerta y que veía a Gabriel con tanta ira en la mirada que temió por él.

—Hartford, no lo repetiré. Suéltala ahora o me encargaré de que lo hagas.

Fue Eleanor en realidad quien obligó a su primo a soltarla al alejarse de él poniéndose de pie y dirigiéndose a su esposo.

—James…

Él no la miró ni pareció oírla; se dirigió hasta llegar a la altura de donde se encontraba Gabriel, quien se había incorporado también y lo miraba con un gesto tan poco amistoso como el suyo.

—Te mereces una paliza —espetó James furioso.

—Puedes intentar dármela si eso es lo que quieres, pero no prometo que no recibirás una también.

Eleanor emitió un bufido y se interpuso entre ambos, enojada tanto por la ira desproporcionada de su esposo como por la burla manifiesta en la voz de su primo.

—¡Basta! ¡Los dos! —exclamó ella con la mirada puesta en el rostro de James, a quien no le quedó más alternativa que mirarla a los ojos también y fue a él a quien se dirigió al continuar en tono de súplica—: Por favor.

Vio que James estuvo a punto de ignorarla, pero debió de oír algo en su voz que lo convenció porque la tomó del brazo para que se pusiera a su lado y observó a Gabriel con la misma indignación que había mostrado hasta entonces, pero el tono al dirigirse a él fue algo menos belicoso.

—Vete —ordenó.

El otro pareció vacilar alternando la mirada de uno a otro como si no se sintiera seguro de hacer lo que le demandaban, dejando a Eleanor en una posición como aquella, pero su prima advirtió su duda y se dirigió a él.

—Hazlo, Gabriel; todo estará bien. Hablaremos después —prometió ella.

Tras titubear una vez más, él asintió de mala gana y tomó el sombrero que había dejado sobre una mesa para dirigirse a la puerta y marcharse luego de dar una última mirada tras él.

James soltó su brazo tan pronto como Gabriel se fue, pero Eleanor supo que sin duda tenía aún mucho por decir. Al buscar su mirada comprendió que se encontraba lejos de parecer calmado y que lanzaba varias miradas en dirección a la puerta entornada como conteniéndose de ir tras Gabriel.

—No quiero que vuelva.

La voz de James surgió en voz baja y contenida, pero Eleanor no tuvo problemas para entender lo que decía. En realidad, no era nada que no hubiera esperado oír, pero no por ello se sintió menos incómoda.

—James…

—No volverá a pisar esta casa y definitivamente no volverás a verlo a solas —continuó él.

Aunque su tono surgió tembloroso debido a la ira, Eleanor se vio incapaz de no responder de acuerdo a lo que sentía.

—Entiendo que estés enojado; tal vez Gabriel no actuó de la mejor forma, pero no tienes derecho a pedirme algo como eso.

Él la miró como si no pudiera creer lo que oía y se acercó a ella con el mentón elevado.

—¿No tengo derecho? —repitió—. Tengo todo el derecho cuando llego a mi casa y encuentro a un hombre jurándole amor eterno a mi esposa y a ella no haciendo nada para impedirlo.

—No había nada que impedir —replicó ella sin poder contenerse.

—¡Te estaba tocando!

—Solo sostenía mi mano.

James se llevó las manos a la cabeza y masculló una maldición entre dientes.

—Hablo en serio, Eleanor —dijo él una vez que consiguió restablecer al menos en parte la calma—. Gabriel no puede volver a esta casa y no permitiré que vuelvas a verlo a solas.

Ella parpadeó, incrédula porque insistiera con algo que le pareció absurdo y se llevó las manos a las caderas al dirigirse a él.

—No puedes darme órdenes —espetó ofendida.

—Claro que puedo.

—No. No puedes —insistió ella—. Me lo prometiste. Dijiste que respetarías mis decisiones y que sería siempre libre para hacer lo que considerara conveniente.

James esbozó una sonrisa cargada de burla al oírla.

—Cuando hice esa promesa no me refería a la libertad que puedas usar para verte con otro hombre a mis espaldas.

Eleanor apretó los dientes, sintiendo cómo su furia iba incrementándose hasta igualar la suya. Tal vez lo más inteligente hubiera sido callar; dar media vuelta y marcharse para evitar que ambos continuaran diciendo cosas que solo los lastimaban, pero no pudo hacerlo.

—Ni siquiera diré cuánto me ofende eso —dijo ella mordiendo las palabras—. Pero sí te recordaré que siempre he dejado en claro lo importante que es Gabriel para mí y la naturaleza del afecto que siento por él. Es lo más cercano a un hermano que he conocido nunca.

James se encogió de hombros y cabeceó sin disimular su escepticismo.

—Pero él no siente lo mismo y lo sabes —le recordó él—. No eres una hermana para Gabriel, nunca lo has sido. Él te desea de la misma forma en que lo haría cualquier otro hombre y daría lo que fuera por encontrarse en mi lugar. Atrévete a negarlo.

Eleanor sintió que perdía el aliento al oír una réplica tan cruda, pero no se vio capaz de contradecirlo porque sabía que hubiera estado mintiendo. Aun así, todo en ella se rebelaba ante la idea de concederle la razón cuando, queriéndolo o no, había sido tan hiriente con sus palabras. Los sentimientos de Gabriel, por mucho que él le importara, no eran su responsabilidad y le pareció odioso verse atacada de esa forma.

—Estás siendo muy injusto y no voy a perdonarte por esto —dijo ella una vez que encontró la voz para hablar.

Él sostuvo su mirada en un reflejo de su propia indignación.

—Esa es tu decisión y no hay nada que pueda hacer al respecto —replicó él—. Solo recuerda lo que he dicho. No volverás a hablar con él a solas.

Eleanor arqueó una ceja sin responder en un gesto de abierto desafío.

—Eleanor, prométemelo —insistió él.

—¿Qué sentido tendría hacerlo si no soy sincera? Tal vez luego tan solo rompa mi promesa de la misma forma en que acabas de hacerlo tú.

Sin esperar a una respuesta que estaba segura que no iba a gustarle de cualquier modo, Eleanor

elevó el mentón y pasó por su lado para dirigirse a la puerta.

—¡Eleanor!

Su grito resonó en la habitación, pero ella ya se había marchado para entonces y solo le quedó hacer un gesto de desesperación al pasar una mano por su cabello revuelto, conteniendo el impulso de seguirla.

Luego, cuando sintió que su respiración acelerada por la furia empezaba a recuperar el ritmo habitual, se dejó caer sobre una butaca y se cubrió los ojos con una mano. No se movió durante horas y, cuando la noche cayó y se dirigió a su habitación, no le sorprendió comprobar que la puerta que comunicaba esta y la de Eleanor se encontraba firmemente cerrada.

—Estás un tanto distraído, querido, ¿ha ocurrido algo?

James miró a su madre por encima de la taza que acababa de tenderle y sonrió al tiempo que sacudía la cabeza de un lado a otro. Llegó apenas hacía media hora para asegurarse de que se encontraba satisfecha con las reformas que ordenaron realizar en la casa que ahora ocupaba, no muy lejos de la mansión Haversham. Aunque ella llevaba ya varias semanas viviendo allí, había insistido en que se siguieran realizando los cambios que hicieran falta; pero cuando él y Eleanor sugirieron que se mudara con ellos hasta que estuviera todo terminado, ella insistió en que no estaba dispuesta a interrumpir su nueva vida de casados.

En aquel entonces, James se sintió muy agradecido por esa muestra de discreción de su madre, pero ya no estaba tan seguro de ello. Quizá su presencia hubiera contribuido a que la vida en la casa dejara de parecer un campo de batalla en plena tregua; una silenciosa, pero brutal por las consecuencias que tenía para los dos involucrados.

—Nada en particular —indicó él al advertir que su madre esperaba una respuesta.

—Ya veo. Tu esposa me dio una respuesta similar cuando le hice la misma pregunta —replicó la señora con una astuta mirada—. Hablé con ella ayer mientras íbamos a que le tomaran las últimas medidas para el disfraz que usará en la fiesta de lady Burlington. Supongo que lo recuerdas.

James asintió de mala gana. Desde luego que lo recordaba, y no podía pensar en nada más desagradable que asistir a un baile cuando sabía que su esposa no soportaba la idea de estar en su compañía.

—Ha escogido un vestido hermoso; se verá maravillosa —su madre continuó al notar su desconcierto—. Me refiero a Eleanor.

—Lo sé —respondió él de inmediato, fastidiado porque su distracción fuera tan evidente—. Ella siempre se ve maravillosa.

—¿Se lo has dicho?

—Eleanor lo sabe.

—Yo no lo daría por seguro de encontrarme en tu lugar.

James suspiró y dirigió a su madre una mirada desconfiada que tuvo como respuesta una muy similar. A veces olvidaba lo observadora que podía ser y con qué inteligencia elegía el momento preciso para intervenir en algo que le preocupaba cuando decidía hacerlo. Debió sospecharlo desde el momento en que recibió su nota invitándolo para que pasara por su casa antes de ir al diario.

—Madre…

—¿Acaso tu malestar tiene algo que ver con la visita de su primo y tu desproporcionada

reacción? —sugirió ella interrumpiéndolo para luego esbozar una sonrisa irónica al notar su sorpresa—. No fue sencillo, pero conseguí que me hablara acerca de eso. Eleanor no está acostumbrada a que muestren interés por sus problemas; su tía ha sido demasiado negligente en ese sentido. Reconozco que me aproveché de su inexperiencia para sonsacárselo.

—No puedo decir que esté sorprendido.

Lady Haversham ignoró la reprobación en su tono y buscó su mirada.

—Ella está muy disgustada contigo.

—Lo he notado.

—Piensa que has sido injusto al insinuar que el señor Hartford ha actuado de mala fe llevado por el afecto que siente por ella.

James miró a su madre con una ceja arqueada.

—¿Y qué piensas tú? —inquirió él a su vez.

—Pienso que Eleanor es demasiado ingenua, pero eso no es tan terrible —concluyó la dama con sencillez.

—En ese caso, ¿debo tomar como si nada el hecho de ser ridiculizado?

—James, a ti no te importa eso; jamás lo ha hecho. Tu problema es que estás celoso y no sabes cómo manejar una sensación como esa porque nunca antes la has experimentado.

Con semejante declaración, la señora no pudo menos que ganarse una mirada enojada de parte de su hijo, quien no afirmó ni negó sus palabras. Tal vez estuviera en lo cierto, pero incluso él, tan presto a oír sus consejos, jamás reconocería sus sentimientos con demasiada ligereza, no ante ella. Quizá tan solo lo hiciera precisamente ante la única persona en el mundo que en ese momento no estaba dispuesta a escucharlo.

—Hartford no es de fiar —dijo él al cabo de un rato.

Lady Haversham exhaló un suspiro resignado al comprender que James no estaba dispuesto a reconocer lo que en verdad sentía, pero no dejó que eso la amilanara.

—No estoy del todo de acuerdo contigo. Lo mismo que Eleanor, creo que es un buen hombre, pero en este momento se encuentra confundido y despechado —matizó su madre con su habitual sensatez—. Eso, desafortunadamente, lo convierte en una persona de la que hay que cuidarse; pero Eleanor lo aprecia y se siente demasiado culpable para comprenderlo. ¿No deberías ser tú quien evite que su buen corazón la lleve a tomar una decisión equivocada? Es la clase de cosas que hacemos por las personas a las que amamos.

—No me conoces en absoluto si piensas que caeré en una trampa como esa —replicó su hijo en un tono de ácida burla como si la hubiera pillado en falta—. No soy un niño, madre.

La dama se encogió de hombros con un ademán elegante y en absoluto rencoroso y sonrió con cierta tristeza.

—Estás demasiado seguro de ti mismo; ese es uno de tus mayores defectos —declaró ella.

—En este momento no me siento seguro de nada.

—¿Y por qué no…?

James se puso de pie bruscamente y dejó su taza sobre la mesilla sin dar tiempo a su madre para que continuara con lo que fuera que pensara decir.

—Si no necesitas nada más, debo irme ahora; no quiero que el coronel Chester piense que soy un socio poco diligente —comentó él—. Supongo que te veré el sábado en el baile de los Burlington.

Lady Haversham pareció tentada a insistir, pero debió de pensarlo mejor porque exhaló un suspiro y asintió.

—Claro. Sugerí a Eleanor que podría venir aquí para que mi doncella la ayude a arreglarse para el baile; Vilain tiene mucha experiencia con los disfraces —comentó ella refiriéndose a su doncella, una mujer francesa a la que James siempre había visto a su lado—. Luego podremos ir juntas a la mansión Burlington; puedes unírtenos allá o esperar por nosotras aquí.

—Ya veremos.

Tras esa lacónica respuesta, James besó la mano de su madre y le hizo un gesto de despedida antes de marcharse. Lady Haversham bebió entonces lo que quedaba de su té y apoyó la taza vacía sobre el regazo al tiempo que fruncía el ceño en un rictus de preocupación.

Eleanor nunca terminaría de acostumbrarse a las reverencias, se dijo con un suspiro al dejar la oficina del coronel Chester, un hombre al que, además, parecía encantarle hacerlas. Tal vez tuviera que ver con su formación militar tan presta a las normas y la etiqueta.

Desde que se convirtió en vizcondesa la gente le hacía demasiadas de esas genuflexiones para su gusto, consideró al sonreír a la señora Wallis, quien esperaba por ella para escoltarla a la salida. Aún lo encontraba extraño porque había pasado toda su vida acostumbrada a que la gente apenas reparara en su presencia. La protegida huérfana de los Hartford no podía ser interesante para nadie y por eso todos la dejaban en paz; fue precisamente esa indiferencia la que le permitió convertirse en la persona que era. De haber sido distinto, si ella hubiera ocupado el lugar de Cecily, ¿cómo sería? ¿Acaso se comportaría de la misma forma en que lo hacía su prima? ¿Creería que su sola existencia justificaba que el mundo girase a su alrededor?

Sin duda la tristeza empezaba a afectarla, se reprendió al advertir la mirada sorprendida de la señora Wallis cuando se detuvo bruscamente en medio del pasillo con expresión pensativa. Pensaba demasiado cuando la embargaba la melancolía; era algo curioso, raro y, según su tía, del todo inoportuno.

Sonrió a la secretaria y sacudió la cabeza en señal de disculpa, poniéndose nuevamente en camino; pero cuando la dama abrió la puerta que conducía a otro pasillo camino a la salida, se detuvo una vez más con cierta brusquedad.

James acababa de entrar precisamente por la puerta que ella estaba a punto de cruzar y se detuvo también al verla; fue claro que estaba tan sorprendido como su esposa de encontrarla allí. En realidad, la presencia de Eleanor en la oficina no era poco habitual; hasta hacía un par de semanas ella acostumbraba visitarla con cierta frecuencia en compañía de James, pero desde su horrible discusión, había adoptado el hábito de que, cuando debía hablar con el coronel Chester por algún motivo puntual relacionado con su manuscrito, procuraba ir tan solo cuando estaba segura de que James no se encontraba allí. Hasta ese momento, claro.

Él se recompuso con mucha más rapidez que la suya porque, ante el talente un poco asombrado de la señora Wallis, quien debió de encontrar extraño que una pareja que hasta entonces se había mostrado tan a gusto el uno con el otro de pronto pareciera incómoda al verse en esas circunstancias, la tomó del brazo y le sonrió para luego depositar un suave beso sobre su mejilla. Aunque Eleanor supo que fue tan solo un gesto para salvaguardar su privacidad, algo de esperar en un hombre tan reservado como James, no pudo menos que sentirse turbada al sentir su aliento sobre la piel. Le pareció que había pasado una eternidad desde la última vez que la tocó.

—Debiste decirme que vendrías; te hubiera acompañado —dijo él en voz baja.

Eleanor no se sintió capaz de sostener su mirada, por lo que prestó atención al pañuelo que rodeaba su cuello y cabeceó, fingiendo desilusión.

—No quería molestarte —respondió ella—. Tenía que comentar algo al coronel Chester.

—¿Respecto a la nueva historia? —preguntó él—. Recuerdo algo relacionado con un asesinato…

Eleanor contuvo el aliento al oír ese comentario. Desde luego que lo recordaba, así como lo que terminaron haciendo luego de que ella le confesara su nueva idea, comprendió al ver el brillo en sus ojos cuando lo miró sin poder evitarlo.

—Son solo ideas —replicó ella tras carraspear—. Estaba por marcharme.

—Me gustaría que me acompañaras un momento, si no te importa; luego haremos que alguien te lleve a casa. —James miró sobre su hombro a la señora Wallis, que permanecía en un respetuoso y expectante silencio—. Ocúpese de eso último, por favor. Y que nadie me moleste hasta que lady Haversham se haya marchado.

Él aún la sostenía del brazo, por lo que Eleanor no pudo hacer nada más que asentir si no deseaba hacer una escena en público, algo que no iba en absoluto con su carácter y que estaba segura que a James tampoco le haría mucha gracia.

Luego de agradecer a la secretaria, se dirigió a la oficina de su esposo y permaneció en silencio hasta que él cerró la puerta tras ellos. Solo entonces se sacudió del agarre de su mano y dio unos pasos para alejarse de él.

—No había necesidad de que hicieras eso —indicó ella sin ocultar su enfado—. La señora Wallis pensará…

—Pensará que no puedo mantener las manos alejadas de ti y no estará muy desencaminada —replicó él recorriendo su figura con una de sus profundas miradas—. Si no estuvieras tan enojada ya te tendría abierta y lista para mí sobre cualquiera de estos sillones. No sería la primera vez.

Eleanor abrió y cerró la boca un par de veces, demasiado sorprendida por un comentario tan descarnado como para atinar a reaccionar con algo que no fuera furia; su rostro ardía y la certeza de que lo que él decía no eran mentiras no ayudó a que se sintiera mejor. Sí, él le había hecho el amor en aquella oficina más de una vez, pero entonces ella había correspondido con la misma pasión; ahora, en cambio, solo podía pensar en que deseaba tomar ese hermoso pisapapeles que tenía en su escritorio y lanzárselo a la cabeza para borrar esa expresión de autosuficiencia en su rostro.

—Si lo que deseabas era afirmar tu autoridad y que estoy impedida de negarme a lo que sea que ordenes, debo decir que has hecho una labor extraordinaria; puedes sentirte orgulloso de ti mismo —espetó ella con las manos apretadas a los lados—. Ahora quiero irme a casa. Y no hará falta que nadie me acompañe, un carruaje espera por mí.

James suspiró y se llevó una mano al rostro como si de pronto se sintiera agotado frente a la posibilidad de iniciar una discusión que sin duda no podría ganar.

—Eleanor, no te pedí que me acompañaras para esto, y lamento si no lo hice de la mejor manera, pero no se me ocurrió otra forma —indicó él en el tono más conciliador que había usado hasta entonces—. He intentado hablar contigo durante días y no me has dado una sola oportunidad. Es ridículo que vivamos en la misma casa y que deba recurrir a una trampa como esta para forzarte a que me escuches.

—Tal vez eso se deba a que no deseo oírte, a menos desde luego que estés dispuesto a reconocer que estás equivocado respecto a Gabriel y que nunca volverás a decir que tienes derecho a darme órdenes —declaró ella con el mentón elevado.

—¡No estoy equivocado! No respecto a Gabriel —dijo él con los dientes apretados sintiendo cuán poco había durado su tranquilidad—. En cuanto a lo de darte órdenes, sabes perfectamente

que nunca he usado esa autoridad para mandar sobre ti; ni lo quiero ni me importa. Me gusta que seas capaz de tomar tus propias decisiones, fue lo que me atrajo de ti en primer lugar y no te he dado motivos para pensar lo contrario.

—Pero intentaste ordenarme que me alejara de Gabriel, que no le hablara…

—Dije que no lo vieras a solas.

Eleanor hizo un gesto de desdén al oír su corrección.

—Es prácticamente lo mismo —dijo ella—. ¿No puedes verlo? Crees que no puedes confiar en mi buen juicio; insinuaste que sería capaz de verme con otro hombre con intenciones deshonestas…

James suspiró y dio un paso hacia ella con una mano extendida. Eleanor pareció tentada a alejarlo, pero unas lágrimas traicioneras habían empezado a caer por sus mejillas y no pudo hacer nada cuando él usó sus dedos para secarlas con movimientos delicados.

—Lamento mucho haber dicho algo como eso; no puedes imaginar cuánto. No tenía ningún derecho y entiendo que sea algo que no puedas perdonar con facilidad —indicó él, pensativo, sin soltar su rostro pese a que las lágrimas habían dejado ya de brotar—. Aun cuando no es una excusa, te ruego que comprendas lo que sentí al verte con Gabriel. Sé que te cuesta aceptarlo, pero sus intenciones no son tan inocentes como te gusta pensar y no puedes esperar que confíe en él. Tú tampoco deberías hacerlo.

Eleanor cerró un momento los ojos y aspiró con fuerza como si así intentara reunir las fuerzas que necesitaba para no echarse a llorar una vez más. Ella, que nunca se entregaba al llanto, que lo consideraba una pérdida de tiempo, de pronto se pasaba horas sumida en un mar de lágrimas tan solo por la añoranza que la embargaba al pensar en él y en lo mucho que lo extrañaba incluso aunque lo viera cada día. Daría cualquier cosa por volver a las primeras semanas de su matrimonio, cuando, aunque su vida estaba lejos de ser perfecta y ambos albergaban aún muchas dudas, todo parecía estar claro entre ellos.

Aunque no se atrevió a decirlo, sabía que su reacción a la actitud asumida por James respecto a Gabriel no era lo único que la llevó a ese estado de inquietud. Era el amor que había descubierto lo que la volviera reacia a aceptar nada que no fuera una confianza y entrega absolutas. Ella estaba dispuesta a darle ambas, pero era evidente que él no. Y muy en el fondo de su corazón Eleanor creía a pie juntillas que eso se debía a que James no era capaz de amarla de la forma en que lo hacía ella.

Ahora, al sentir sus dedos sobre la piel de su mejilla, ladeó el rostro para apoyarlo suavemente sobre su mano, pero el contacto no duró más de un segundo. Luego abrió los ojos bruscamente y dio un paso hacia atrás para poner distancia entre ambos.

—Puedo perdonar las cosas que dijiste porque sé que tus disculpas son sinceras; pero no puedo olvidar que estás convencido de que tienes razón, no solo acerca de Gabriel, sino también de mi incapacidad para decidir con sensatez —indicó ella en un tono cargado de tristeza—. Quisiera que confiaras en mí, pero no creo que puedas hacerlo y no sé cómo explicar lo mucho que me hiere eso.

James no intentó volver a tocarla, debió de ver en su rostro que no lo recibiría con agrado y no se vio capaz de forzar una intimidad que no naciera de ambos. Eleanor lo había convertido, comprendió, en un hombre tan necesitado de ella que sintió algo muy parecido al pánico atenazándole el pecho al pensar en durante cuánto tiempo podría vivir sin volver a tocarla, oírla reír o sorprenderla mirándolo con un afecto que en ese momento le pareció muy lejano.

—Sabes que en algún momento tendremos que volver a hablar de esto, ¿verdad? —preguntó

él cuando el silencio entre ambos empezó a tornarse insoportable.

Eleanor asintió lentamente sin detenerse a pensar en las implicancias que tendría una charla como aquella en sus vidas.

—Lo sé. Pero ¿podríamos hacerlo después del baile de esta noche? —pidió ella en un tono que reveló un atisbo de desesperación—. Tu madre está muy emocionada y no quisiera…

—Claro que no —acordó James—. Ella dijo que te ha invitado a su casa para que ambas se alisten antes de ir a la mansión de los Burlington. Sugirió que las acompañara, pero no será posible; prometí al señor Findley que nos reuniríamos esta tarde. Me acercaré al baile tan pronto como hayamos terminado.

Eleanor cabeceó, sin responder, y su mano enguantada permaneció por todo un minuto aferrada al picaporte de la puerta. Al mirarla, ella recordó que se había puesto los mismos guantes que compró aquella vez en que coincidió con James en la tienda del señor Findley; eran tan inapropiados para el día como lo fueron entonces, pero los usaba de cualquier forma porque le parecían demasiado hermosos para destinarlos tan solo a ocasiones especiales. Era una de las muchas cosas que había aprendido de él; a hacer lo que su corazón le pidiera y a no disculparse por seguir sus instintos. Le costaba creer que ahora él le pidiera que hiciera oídos sordos a una enseñanza que significaba tanto para ella.

Estuvo a punto de desandar el camino y volver a él para besarlo y decirle que lo olvidaran todo al menos por un momento, que le hiciera el amor porque apenas podía contener el deseo que la embargaba al estar en la misma habitación sin tocarlo, pero supo que no habría sido del todo sincera al hacerlo; tan solo se hubiera tratado de un rapto de pasión por el que luego se sentiría culpable. De modo que apretó los dientes y abrió la puerta dejándolo tras ella con los que sin duda debían de ser unos pensamientos muy parecidos a los suyos.

James llegó a la mansión de los Burlington más tarde de lo que había calculado y cuando el baile se encontraba en todo su apogeo.

Su entrevista con el señor Findley tomó más tiempo de lo esperado porque era la primera reunión en la que también participó la señora Brown en su papel de jefa de tienda y fue necesario que la pusieran en antecedentes de todo lo que habían acordado hasta entonces su jefe y él, en su caso como representante de su tío. Tal y como James advirtió al poco de conocerla y luego confirmó por los comentarios de Findley según iba adiestrándola en su nuevo cargo, la señora Brown era una mujer con una extraordinaria iniciativa y muchas ansias de aprender. Era posible que le llevara un tiempo aún para encontrarse del todo cómoda en su nueva posición, pero James estaba seguro de que llegado el momento haría un trabajo estupendo.

Cuando llegó a casa para vestirse, su valet lo esperaba con el traje listo, pero aun así era muy avanzada la noche cuando el carruaje lo dejó al pie de las escalinatas de la mansión Burlington. En atención a su madre, quien insistió sin tregua al respecto, James había consentido en usar un antifaz; por lo demás podría ser considerado el invitado menos osado, pero no el único que optó por algo como aquello. Al entrar al gran salón donde algunas parejas bailaban en tanto otras formaban pequeños corros que hablaban a voz en cuello, advirtió que entre los caballeros el traje de etiqueta podía ser considerado la norma tanto como los distintos tipos de antifaces que cada uno había elegido. Desde luego, vio a otros algo más dispuestos a arriesgarse con todo tipo de trajes; hubiera jurado ver a un hombre vestido de Mefistófeles, cuernos y mostacho incluidos, dando palmas en medio de la pista de baile para alentar los movimientos de su pareja, una suerte

de Dolly Warden con más entusiasmo que acierto.

En tanto atendía a los saludos de algunas personas que no tuvieron problemas en reconocerlo, lamentó no haber preguntado a su madre de qué pensaban ella y Eleanor disfrazarse. En medio de todas esas personas y con los ánimos tan desenfrenados estaba seguro de que encontrarlas iba a convertirse en todo un reto. Tuvo incluso que dar algunos empujones para abrirse paso; esa clase de bailes parecían la excusa perfecta para que la buena sociedad perdiera el control. Tal vez creyeran que el anonimato que les brindaban los disfraces y máscaras era una suerte de permiso para hacer lo que la mayor parte del tiempo destinaban tan solo a las puertas cerradas de sus mansiones.

James había participado en unos cuantos de esos bailes en América y hubiera sido hipócrita por su parte no reconocer que podían ser muy divertidos; en especial cuando se era un hombre soltero rodeado por damas de las que no conocía su identidad y que se mostraban tan bien dispuestas como él a pasar un momento agradable sin consecuencias. Ahora, sin embargo, no encontró la idea tan seductora e incluso se vio en la necesidad de apartarse de algunas manos que tiraron de los bajos de su chaqueta en actitud insinuante. Por lo general habría sonreído frente a un atrevimiento como aquel, pero lo único en lo que podía pensar en ese momento era en que necesitaba encontrar a Eleanor. Le costaba imaginarla en un ambiente como aquel y esperaba que su madre tuviera el buen tino de permanecer a su lado hasta que él pudiera reunirse con ellas.

Cuando estaba a punto de darse por vencido y acercarse a sus anfitriones para preguntarles directamente por su esposa, vio un destello dorado al otro lado del salón; una figura femenina enfundada en un traje isabelino le hacía señas para llamar su atención. Aunque tenía todo el rostro cubierto por una máscara de carnaval y el color del cabello quedaba oculto por los polvos que había utilizado de acuerdo a la época, creyó ver algo en su mirada y en la línea elegante de su perfil que le fue familiar; pero fue sobre todo la insistencia con que lo llamaba lo que terminó por convencerlo. No hubiera podido asegurar que se tratara o no de Eleanor, pero era claro que sabía quién era él y supuso que, si no se trataba de su esposa o de su madre, al menos podría indicarle si las había visto y dónde podía encontrarlas.

Tras un momento de vacilación, dejó de lado su natural desconfianza y se dirigió a ella abriéndose paso entre algunas parejas. Al llegar a su lado, la dama lo recibió con una sonrisa satisfecha que, de haberse encontrado menos preocupado, le hubiera servido de advertencia.

Eleanor oteó entre la multitud simulando no encontrarse tan impresionada como se sentía en realidad al ver a todas esas personas con sus magníficos trajes y esa aura de frívola seguridad que a ella la desconcertaba y repelía un poco.

«Puedes considerarla una buena labor de investigación para tu próxima historia», se dijo ella entre dientes al ponerse de puntillas para intentar encontrar a algún conocido en medio de todo ese caos con el fin de quitar seriedad al asunto y disminuir en algo su incomodidad.

Se sentiría mucho más a gusto si su suegra se encontrara a su lado, pero ella se había alejado al dirigirse al encuentro de una buena amiga a quien llevaba años sin ver; y aunque prometió regresar, Eleanor sospechaba que debía de sentirse tan perdida como ella.

Esquivó la mirada de un caballero disfrazado de Arlequín que llevaba varios minutos observándola y dio un pequeño rodeo para encontrar una posición que le diera una vista más amplia del salón. No vio ni rastro de lady Haversham y, lo que la desalentó incluso más, tampoco James daba visos de aparecer. Quizá se encontrara allí, supuso, pero no alcanzaba a distinguir su

rostro en ninguno de los hombres que pululaban en todas direcciones. Le costaba imaginarlo con un disfraz, por lo que supuso que habría optado tan solo por un antifaz, igual que otros caballeros, pero ni siquiera recortando su búsqueda fue capaz de dar con él.

Con un suspiro de desaliento, se echó hacia atrás cuando un grupo de mujeres vestidas con enormes y fastuosos trajes inspirados en la corte de María Antonieta empezaron a caminar en su dirección. Pasó una mano por su propio vestido; una creación de ensueño, como la llamó lady Haversham al recibirlo solo unas horas antes directamente del modisto que lo había hecho. No era en absoluto tan impresionante como otros trajes que se veían en todas partes aquella noche, pero había algo en él que encontraba conmovedor. Un tanto renacentista, el traje estaba confeccionado en brocado plateado con casi toda la superficie cubierta por un bordado en hilos de oro y pequeñas perlas que destellaban a su paso. El escote era bastante recatado, pero dejaba a la vista la piel de sus hombros y cuello; por lo demás, no podría estar más cubierta. Las mangas abullonadas llegaban hasta sus muñecas y la falda caía sobre sus piernas hasta terminar en una pequeña cola que parecía seguirla a su paso como un cometa plateado. No pensó llevar joyas, pero en un rapto de sentimentalismo prendió a su pecho el broche de mariposa que James le obsequió y la doncella de su suegra insistió en que debía usar el cabello recogido en un rodete en la nuca; la parte superior de su rostro estaba cubierto por un antifaz forrado en una tela similar a la de su vestido y algunas plumas.

Lady Haversham dijo que se veía deslumbrante y también un tanto distante, una combinación que en ese momento le pareció que iba perfecta con su estado de ánimo.

Consiguió evadir al corro de damas y tomó una copa de champán que un lacayo puso casi bajo su rostro al tropezar con la bandeja que se esmeraba en mantener por encima de su cabeza. No acostumbraba beber alcohol y mucho menos sin compañía, por lo que se ganó una mirada asombrada del sirviente, pero se sentía tan inquieta que bebió la mitad del contenido de la copa de un sorbo. El sabor le provocó cosquillas en la nariz y la hizo sonreír; al menos hasta que recordó el motivo de esa inquietud y su semblante recuperó la seriedad.

El Arlequín continuaba observándola; de alguna forma consiguió seguir su rastro y tuvo que dar un nuevo rodeo hasta que sus pies se detuvieron bruscamente al advertir una silueta que llamó su atención. Tenía que ser James, se dijo sin notar que al detenerse un par de personas tras ella estuvieron a punto de tropezar al enredarse con las faldas de sus largos trajes. Eleanor apenas les dirigió una mirada de disculpa al reparar en ello, pero pronto volvió su atención al hombre que caminaba con rapidez en dirección a una de las salidas.

¿Por qué se iba?

Sus pies parecieron cobrar vida propia y antes de que se diera cuenta de ello se encontró yendo tras él para alcanzarlo. No estaba muy lejos, pero la multitud no la dejaba avanzar y tuvo que detenerse un par de veces para tirar de su falda y disculparse por algún pisotón. Era peor que bailar.

Finalmente consiguió llegar al extremo más alejado del salón; era por donde había visto dirigirse a James y también donde se encontraba la menor cantidad de personas. Miró de un lado a otro, pero no vio rastro de él y contuvo un gemido de decepción, sin dejarse amilanar. Si había pasado por allí con seguridad debió de salir por las puertas que vio al final de un corredor poco iluminado que llevaba a otra de las alas de la mansión. Decidida, se recogió las faldas y caminó hacia allí.

Al salir le pareció como si acabara de cruzar una puerta que la llevó a otro mundo. Las puertas del salón tras ella amortiguaron el sonido de la orquesta y los murmullos de las conversaciones;

encontrara a James o no, se dijo, había tomado la decisión correcta al salir porque ese descanso le vendría bien luego de tolerar todo ese ruido.

Los Burlington fueron de los primeros en hacer instalar lámparas de gas en el interior de su mansión y en ese momento a Eleanor le sirvieron de guía en tanto atravesaba un par de corredores tenuemente iluminados, pero lo suficiente para avanzar sin darse de bruces. No estaba segura de a dónde iba, pero sí que no iba a abandonar su búsqueda sin al menos haberse esforzado. Aun cuando había pasado varios días rehuyendo a James cada vez que él intentaba hablarle, al parecer sus sentimientos eran más poderosos que su sentido común. En lugar de mantener esa distancia que se esforzó por construir entre ambos, ahora iba en su busca como si no soportara la idea de que pudieran encontrarse en el mismo lugar y no verlo.

Distinguió una hilera de puertas entreabiertas a su izquierda y fue allí hacia donde se dirigió al advertir que un tenue resplandor salía de su interior, así como que de una de ellas surgía el eco de unas voces que si bien no pudo reconocer con seguridad le resultaron familiares.

—¿Qué es lo que estás diciendo?

Ese era James, sin duda.

Eleanor posó una mano sobre el filo de la puerta con intención de entrar pese a que sabía que lo mejor hubiera sido tocar primero. Pero al final no hizo ni una cosa ni la otra porque al oír la réplica de quien se encontraba en compañía de su esposo sintió como si se hubiera convertido en una estatua de piedra.

—Sabes exactamente lo que quiero decir, James; siempre lo has sabido.

La voz de Cecily se oyó ahogada, como si pretendiera mantener un tono insinuante y al mismo tiempo imprimir a su respuesta una fuerza que la hiciera sonar sincera.

—No tengo tiempo para esto. Debería…

—Deberías estar buscando a la pequeña Ellie, es verdad, pero en lugar de ello te encuentras aquí. Conmigo.

Eleanor hizo un gesto de dolor al oír ese apelativo que Cecily, al menos, siempre había usado para menospreciarla.

—Te recuerdo que no tenía idea de quién eras antes de responder a tu llamado —decía James en un tono frío.

—Y cuando lo supiste no dudaste en seguirme.

Las respuestas de Cecily eran tan seguras y su voz brotaba tan cargada de satisfacción que Eleanor sintió como si unas manos invisibles tiraran de ella hacia abajo para hundirla.

—James, sabes por qué lo hiciste; deseabas verme, hablar conmigo y este es el primer momento en que podemos hacerlo a solas.

Eleanor consiguió hacer a un lado la sensación de ahogo que la embargaba para acercar el rostro a la rendija de luz que la puerta entreabierta dejaba a la vista y mirar en el interior de la habitación.

Era alguna especie de biblioteca, adivinó al ver una parte de los estantes adosados a la pared, pero toda su atención se vio atraída de inmediato por las dos figuras de pie en el centro de la estancia. James estaba de espaldas a la puerta, por lo que solo pudo ver sus hombros, que adivinó tensos por la forma en que la tela del traje de etiqueta se ceñía sobre sus músculos y la parte trasera de su cuello. Tal y como supuso, no llevaba disfraz y reparó en que, a su lado, sobre la alfombra, un antifaz negro y carente de adornos, parecía caído como si lo hubieran lanzado en un rapto de furia.

Cecily se encontraba de cara a él y Eleanor pudo dar una mirada al frente de su vestido

isabelino con el escote bajo y empolvado y la profusión de joyas que llevaba al cuello. Ella también se había deshecho de su antifaz, pero en su caso colgaba de una cinta sujeta a su talle. Le pareció que se veía más hermosa que nunca, una figura dorada y perfecta que hubiera sido capaz de seducir a cualquier hombre. Y parecía que su objetivo en ese momento era James.

«Él siempre lo ha sido», le susurró una voz cruel dentro de su cabeza. «Solo que fuiste lo bastante tonta para olvidarlo».

Eleanor contuvo el aliento al ver que Cecily se encaminaba en dirección a él con movimientos medidos e insinuantes. Parecía como si hubiera decidido tomar el silencio de James como una afirmación a sus palabras y estuviera dispuesta a dar un paso más en su plan. Le hubiera gustado marcharse, ahorrarse ese dolor, pero no fue capaz de mover un músculo de su cuerpo y solo consiguió apretar las manos con fuerza a los lados y morderse el interior de los labios hasta hacerlos sangrar.

—Sé que fui muy injusta contigo hace años, pero debes comprender que era joven y estaba asustada —indicó ella con una voz que una sirena hubiera envidiado—. No puedo decirte cuánto me he arrepentido desde entonces; no pasó un solo día sin que me reprendiera por esa debilidad.

—¿Te reprendías incluso mientras caminabas al altar para casarte con otro?

La réplica de James surgió con ese tono burlón y un tanto hiriente que Eleanor le había oído usar en otras ocasiones; con el tiempo, aprendió que lo hacía cuando se encontraba enojado y quería herir a quien consideraba responsable de ello. No debió de sorprenderle porque, después de todo, él nunca ocultó lo mucho que lo lastimó que sus sentimientos fueran pisoteados cuando declaró su amor a Cecily hacía tanto tiempo, pero que fuera capaz de mostrarse herido aún le rompió un poco el corazón.

Estaba tan perdida en sus pensamientos que tuvo que parpadear para centrarse al advertir que Cecily acababa de decir algo, pero no fue capaz de oírla. Tan solo pudo ver cómo ella daba un paso más en dirección a James hasta quedar tan cerca que el corpiño de su vestido tocaba el frente de su chaqueta; luego, elevó una mano para posarla sobre su pecho y esbozó una sonrisa seductora.

—Te juro que lo hacía. —Esta vez sí que fue capaz de descifrar lo que su prima decía y pareció como si intentara que él la creyera—. Durante cada paso no hice más que pensar en cuánto habría deseado que fueras tú quien esperara por mí.

Entonces Cecily se puso de puntillas y acercó su rostro al de James para posar los labios sobre los suyos.

Eleanor no se quedó para ver más. Se encontraba tan consternada que ese estado de confusión pareció bastar para que sus pies recuperaran el movimiento y solo entonces fue capaz de dar media vuelta y regresar sobre sus pasos. Iba dando tumbos por el corredor e incluso cuando entró nuevamente al salón sintió como si la música y las conversaciones provinieran de muy lejos; o tal vez fuera ella quien en verdad no se encontraba allí. Era como si hubiera dejado su corazón y su mente tras ella, perdida en el lugar que acababa de dejar.

Estaba tan distraída que se llevó un par de empujones y habría tropezado si unos fuertes brazos no la hubieran sostenido. Levantó la cabeza para agradecerlo, pero todo frente a ella le pareció borroso; ni siquiera fue capaz de distinguir el rostro que la miraba con preocupación o la voz que se dirigió a ella. Tan solo le pareció extraño que tuviera las fuerzas para caminar sin tropezar siguiendo a ese hombre que tiraba de ella en dirección a la salida con las campanillas de su disfraz de Arlequín repiqueteando a su paso.

Capítulo 9

James ni siquiera sintió el impulso de cerrar los ojos en tanto Cecily se esmeraba por besarlo con la que estaba seguro debía de ser toda la pericia que había conseguido reunir durante su vida. La que, debió reconocer, parecía ser mucha. Lo interesante fue que, tal y como esperó que ocurriera, no sintió absolutamente nada.

No tuvo que apartarse, fue ella quien lo hizo al advertir que no era correspondida y su ceño se frunció hasta que sus cejas casi se tocaron cuando cayó en la cuenta al mirarlo de que él la miraba a su vez con mal disimulada indiferencia.

—¿Qué…?

—Ha pasado demasiado tiempo, Cecily, y aunque agradezco que guardaras un buen recuerdo de mí, debo decir que el tuyo se disolvió hace muchos años.

Cecily hizo un gesto altanero al tiempo que daba un paso hacia atrás como si él acabara de abofetearla.

—¡No es verdad! Siempre me has querido y de no ser por la tonta de Eleanor habrías vuelto a proponerme matrimonio. Lo sé. Fue todo culpa suya —insistió ella—. Si ella no se las hubiera arreglado de alguna forma para embaucarte…

James sacudió la cabeza de un lado a otro y aspiró como si pretendiera armarse de paciencia para no decir lo que hubiera deseado.

—¿De dónde has sacado una idea tan absurda? Jamás pasó por mi mente proponerte nada y, definitivamente, Eleanor no tuvo nada que ver con ello, de modo que apreciaría que no te atrevas a nombrarla para algo tan desagradable como esto —advirtió él en un tono que alguien menos despechado habría tomado en cuenta.

Cecily parecía estar más allá del sentido común, porque no pareció encontrar nada amenazador en sus palabras y se cruzó de brazos en un gesto de abierto desafío.

—Aceptaste venir aquí conmigo —le recordó con tono triunfal.

—Porque dijiste que sabías dónde se encontraba Eleanor.

—¡Y me creíste! —rio ella, escéptica—. No eres tan ingenuo.

James suspiró y se dijo que no, no era ingenuo en absoluto, pero sí un idiota por haber considerado siquiera que algo que no fuera una triquiñuela como aquella podría salir de labios de esa mujer. Estaba tan desesperado por encontrar a Eleanor que habría seguido al mismo diablo si este le hubiera asegurado que lo llevaría con ella.

—Cecily, esta es una absoluta pérdida de tiempo para ambos —dijo él, haciendo un esfuerzo por sonar conciliador—. ¿Sabes en dónde se encuentra Eleanor?

Pudo ver que Cecily parecía haber pasado de la adoración de la que se había ufanado hasta hacía un momento a un odio visceral que le pareció más consecuente con la imagen que tenía de ella.

—Ni lo sé ni me importa —espetó ella con un gesto de desprecio—. Debe de encontrarse perdida entre tanta gente interesante; ella siempre ha odiado esta clase de fiestas. O tal vez…

—¿Tal vez qué? —preguntó James reprimiendo su irritación.

Cecily exhibió una sonrisa satisfecha y elevó las cejas en un ademán burlón.

—Tal vez la ha encontrado mi hermano —sugirió—. Gabriel no hace más que penar por ella; la ha querido siempre, seguro que lo sabes. A decir verdad, debo confesar que fue él quien me aseguró que le habías dicho que deseabas casarte conmigo. Me pregunto con qué fin habrá inventado algo como eso.

James sintió que se quedaba sin respiración, pero no permitió que ella supiera cuánto le afectaron sus palabras. En lugar de ello, le dirigió una mirada despectiva y dio media vuelta, sin responder; sin embargo, una vez que se encontró fuera de la habitación inconscientemente fue acelerando el paso hasta que se vio casi corriendo en dirección al salón.

El camino a su casa parecía más largo de lo que recordaba, advirtió Eleanor al mirar por la ventanilla del carruaje; pero no le dio demasiada importancia.

Apartó la mirada del cristal y giró para ver a Gabriel, que se encontraba sentado frente a ella en el asiento contrario del carruaje y que la veía a su vez con una sonrisa que le pareció tan amistosa como las que acostumbraba dirigirle antes de que las cosas cambiaran entre ambos. Ahora se dijo que tal vez él hubiera conseguido comprender que había estado equivocado; eso explicaría que fuera en su ayuda tan pronto como la vio aparecer en el salón de los Burlington en tan mal estado y que ni siquiera hiciera preguntas cuando le pidió que la ayudara a salir de allí.

—¿Te sientes mejor? —preguntó él al advertir su mirada.

—Sí, gracias. Tenías razón; necesitaba un poco de aire fresco.

Fue Gabriel quien sugirió que subieran al carruaje con el que llegó al baile de los Burlington para dar un paseo camino a su casa; según él, era lo que le hacía falta para recomponerse y aclarar sus ideas. Eleanor no le habló de lo que le había llevado a un estado como aquel y él no preguntó; era lo bastante listo para hacerse una idea.

—Tienes mejor color —comentó su primo, señalando su rostro con una cabezada—. Debo reconocer que me llevé un buen susto al verte tan pálida; creí que estabas a punto de desmayarte.

—Habría dejado una extraordinaria impresión, ¿cierto?

—No debes preocuparte por eso —la tranquilizó él—. No creo que nadie más se diera cuenta; antes de que te encontrara solo escuché halagos para ti. Decían que la nueva vizcondesa de Castlecomer era la dama más impresionante de la noche; tan bella y lejana como la luna.

Muy a su pesar, a Eleanor no le quedó otra alternativa que sonreír por el exagerado halago.

—Estoy segura de que eso lo has inventado tú, pero te perdono; sé que lo dices porque me quieres.

Se dio cuenta de su error tan pronto como las palabras brotaron de sus labios; por un momento se sintió tan cómoda en compañía de Gabriel que creyó que todo había vuelto a la normalidad entre ambos. Pero le bastó con ver la mirada que él le dirigió para saber que se encontraba equivocada.

—Olvida lo que he dicho; he sido una tonta, perdóname —dijo ella, intentando reparar en algo su desliz.

Él no pareció oírla; en lugar de ello se puso de pie para ocupar el asiento a su lado en el carruaje haciendo equilibrio sosteniéndose en el techo para evitar tropezar por el traqueteo del

vehículo.

—Desde luego que te quiero —dijo Gabriel una vez que se sentó, tan cerca de ella que Eleanor se alejó en un acto instintivo—. Sabes cuánto.

—Gabriel…

—En cuanto te vi supe que tenía que acercarme a ti sin importar cuán enojada pudieras estar —sonrió él, ignorándola una vez más—. Hubiera sido capaz de enfrentarme a Haversham de haber sido necesario. Pero no lo fue. Él no estaba allí. ¿Cómo pudo dejarte sola?

Eleanor suspiró y desvió la mirada a la ventana para mirar nuevamente al exterior y su ceño fruncido se acentuó al reparar en que no reconocía el camino que seguían. Estaba oscuro y no era una experta en las calles de Londres, pero creía haber memorizado ya los lugares por los que debían pasar para llegar a la mansión Haversham.

—Gabriel, ¿dónde…?

Ella calló al sentir la mano de su primo sobre la suya y jadeó, sorprendida, cuando él se la llevó a los labios. No fue una caricia afectuosa, sino un arranque apasionado, y Eleanor tiró de su mano con brusquedad al advertirlo, pero él no le permitió que la recuperara; en lugar de ello, la sostuvo con más ímpetu y la apoyó sobre su pecho.

Nunca como hasta ese momento consideró las diferencias entre ambos y el hecho de que Gabriel fuera mucho más alto y fuerte que ella. De pronto sintió una opresión en el pecho; un temor que jamás había experimentado a su lado.

—Supongo que la respuesta está bastante clara; habrá ido en busca de Cecily —él continuó hablando y Eleanor se preguntó si la ignoraba a propósito o si de verdad no era capaz de ver su incomodidad—. Es un tonto, ¿no te lo dije? Hacer algo como eso teniéndote a su lado. Pudiendo disfrutar de ti, ser amado por ti…

Eleanor apretó los labios y se dijo que ya había tenido suficiente. No iba a permanecer oyendo esa clase de cosas solo porque estaba demasiado asustada para reaccionar. Se forzó a usar su voz más segura y tiró una vez más de su mano; en esta ocasión, el movimiento fue tan brusco que Gabriel parpadeó y le dirigió una mirada cargada de confusión, pero tampoco la soltó entonces.

—Gabriel, basta ya. No quiero oírte más; estás siendo muy descortés —lo recriminó ella, sorprendida de lo frío del tono con el que habló—. No tienes ningún derecho a decir esta clase de cosas.

Él pareció dejar caer entonces la máscara afectuosa y desinteresada que había mantenido hasta entonces y Eleanor advirtió que la miraba de una forma que le puso los vellos de punta.

—Claro que lo tengo. —Su primo elevó un poco el mentón en un gesto casi infantil—. Te quiero. Eso me da todo el derecho para decir lo que pienso, y en este caso lo que pienso y la verdad son exactamente lo mismo. ¿Acaso no estaba tu marido con Cecily? ¿No fue eso lo que te llevó a ese estado? De no ser por mí habrías caído en medio del salón; no puedes negarlo.

Eleanor contuvo un suspiro.

—No tengo nada que negar, o afirmar —ella habló con tanta tranquilidad como le fue posible reunir—. No deseo hablar de esto contigo; es algo que solo nos concierne a James y a mí…

—¡A él no le importa! ¿Por qué no puedes entenderlo? ¿Cómo puedes ser tan obtusa? —El insulto surgió en un rapto de desesperación y Gabriel pareció sentirlo de inmediato, pero no fue más amable al continuar—. Es porque crees amarlo; puedo entender eso, pero debes abrir los ojos ya o él hará de tu vida un infierno. Eleanor, escucha, sé que no es agradable de reconocer, pero eres lo bastante lista para aceptarlo, aún tienes una salida.

Ella se preguntó qué tan factible sería pegarle un codazo para liberar su mano de una buena

vez; pero, de conseguirlo, ¿qué haría entonces? ¿Lanzarse de un carruaje en movimiento para terminar sabía Dios dónde si es que sobrevivía a la caída?

Gabriel pareció recibir su silencio como la aceptación de sus palabras, por lo que continuó en un tono tan ardoroso como el que usó hasta entonces, pero ahora además posó la mano libre sobre su cuello y, aunque Eleanor se echó hacia atrás, él la sostuvo con firmeza.

—Te quiero a pesar de todo. No importa que hayas sido suya; lo olvidaremos y empezaremos de nuevo donde tú quieras. Mi madre lo comprenderá con el tiempo, estoy seguro —dijo él acercando el rostro al suyo; su respiración ardió sobre su mejilla—. Te lo prometo, dedicaré mi vida a hacerte feliz; solo tienes que aceptar que te ayude.

Eleanor aspiró con fuerza y se conminó a conservar la calma. Ya había dejado de lado esa absurda seguridad de que Gabriel jamás la lastimaría; ahora tenía claro que si deseaba salir bien librada de esa situación la única forma era usar su cabeza.

—Gabriel, estás siendo irracional —dijo ella sin alterarse y procurando hablar con claridad para que él la entendiera—. Nunca podría vivir a tu lado. Amo a James.

Los ojos del hombre llamearon al oírla.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Después de la forma en que se ha portado contigo? ¿Después de haberte engañado con Cecily? Te lo dije, te dije que tarde o temprano lo haría. Todo el mundo lo sabía menos tú; incluso mi hermana, que por cierto fue también lo bastante tonta para dudar de que eso ocurriría. Tuve que hacer que comprendiera… ¿Cómo pueden cegarse de semejante manera?

Eleanor reprimió el ramalazo de dolor que experimentó al recordar la escena en la mansión de los Burlington; pero entonces algo de lo que Gabriel acababa de decir se abrió paso entre la tristeza y la confusión.

—¿Qué has querido decir con que «tuviste que hacer que comprendiera»? ¿Qué fue lo que hiciste, Gabriel?

Él pareció enojado consigo mismo por su indiscreción y le dirigió una mirada cargada de fastidio.

—¿Qué importancia tiene eso? Hablamos de ti y de mí…

—¡No existe nada como eso! —ella lo interrumpió sintiendo cómo su propia indignación empezaba a bullir—. No hay un tú y yo. Nunca lo ha habido ni lo habrá, no de la forma en que tú lo deseas. Ahora lo entiendo. Debí escuchar a James…

La mención a su esposo pareció enfurecerlo incluso más porque apretó el agarre sobre su mano y acercó el rostro para hablar sobre sus labios.

—¿Por qué tienes que nombrarlo? ¡Él no importa! —exclamó él, usando la otra mano para acariciar la piel de su hombro—. Haré que exista un tú y yo, lo prometo; solo debes permitírmelo.

Eleanor se retorció entre sus brazos, convencida ya de que era imposible intentar razonar con él.

—No estoy dispuesta a permitir nada; solo quiero ir a casa —insistió ella.

Gabriel negó con la cabeza y una desesperación febril pareció dominarlo. Cuando Eleanor intentó golpear su pecho usando la mano libre, él la inmovilizó al sujetarla por el cabello a la altura de la nuca y buscó sus labios con brusquedad. Fue un beso cruel y Eleanor apretó los labios para dificultarle el ingreso, procurando incluso morderlo con tal de que la soltara, pero él no se lo permitió porque soltó la mano que la mantuvo presa hasta entonces para forzarla a abrir la boca.

A ella le pareció que pasaba una eternidad, pero una vez más comprendió que no podía dejar que el pánico la dominara. Se forzó a dejar de luchar y cuando Gabriel gimió sobre sus labios, complacido por esa aparente rendición y empezó a hurgar en su escote, entreabrió los ojos, que había mantenido cerrados hasta entonces llevada por la impresión, y se llevó una mano al pecho, donde había prendido el broche que le obsequió James.

Aunque hermosa y delicada, la mariposa no dejaba de estar compuesta por gemas cuidadosamente talladas, algunas de ellas muy afiladas; además, el alfiler con el que se prendía era una fina aguja de plata. Cuando lo tuvo en su mano, haciendo mil y un malabares para que Gabriel no advirtiera sus movimientos, rozó la punta afilada y cerró los ojos con fuerza al tiempo que lo clavaba sobre el muslo de su primo sin detenerse a pensar en la profundidad a la que debía detenerse.

Un grito retumbó en el carruaje y Gabriel la soltó bruscamente al tiempo que se echaba para atrás llevando ambas manos a su pierna, de donde empezó a correr un leve reguero de sangre que empapó los pantalones blancos de su traje de Arlequín. El broche se encontraba firmemente prendido en la piel y él lo arrancó con un gesto de incrédulo horror para luego mirarla como si no pudiera creer lo que acababa de hacer.

Eleanor mantuvo el mentón elevado, pero giró parte del cuerpo para apoyar una mano sobre la portezuela del carruaje. Luego, le dirigió una mirada firme y cargada de advertencia.

—Nunca olvidaré esto, Gabriel, pero tienes dos opciones que marcarán el recuerdo que conserve de ti —dijo ella, y su voz sonó muy segura al hablar—. Puedes continuar con esta locura, con lo que te odiaré para siempre, o puedes dar marcha atrás y dejar que vuelva a casa, lo que al menos me permitirá conservar algo del cariño que siempre he sentido por ti. Es tu decisión, pero no pienses que haré esto fácil para ninguno de los dos.

Al hablar ciñó la empuñadura de la puertezuela y la giró suavemente para reafirmar su amenaza. En ese momento, en realidad, le pareció que sería capaz de hacer mucho más que eso; la posibilidad de lanzarse del carruaje y esperar lo mejor no le pareció tan absurda si así conseguía escapar de esa horrorosa situación.

Gabriel la observó como si intentara descifrar su expresión, adivinar qué tanto había de verdad en sus palabras y Eleanor se forzó a sostener su mirada sin parpadear. «Arriésgate», parecía decirle con los ojos. «Me conoces y sabes de lo que soy capaz. Vamos, Gabriel, ¿en verdad nos harás esto?».

Al final, vio que su primo extendía una mano en su dirección y Eleanor se dijo que estaba a punto de obtener su respuesta.

A James nunca la ciudad de Londres le había parecido tan grande y amenazadora como cuando la recorrió casi de cabo a rabo en una búsqueda desesperada para hallar a Eleanor.

Cuando dejó a Cecily lo hizo con la certeza de que algo debía de haber ocurrido; algo que sin duda estaría relacionado con la mención que esta hizo de su hermano y la mentira que le contó. Si Gabriel fue capaz de manipular de aquella forma a su propia hermana, ¿qué lo detendría para intentar engañar a Eleanor?

Al volver al salón dejó toda contención de lado y se dirigió directamente a lord Burlington, quien presidía el baile como una deidad con su disfraz de Poseidón sentado sobre un trono dorado en el extremo del salón que se encontraba un poco elevado por efecto de una plataforma para acentuar la impresión. Lord Burlington nunca le había agradado; lo consideraba un noble

pomposo y estaba seguro de que él no debía de serle muy simpático, pero le dio igual. Tenía que haber visto algo desde su privilegiada posición.

James fue con él e ignoró las miradas de sorpresa de sus acompañantes para preguntar si había visto a su esposa, pero la respuesta de todos, una vez que superaron su desconcierto, fue negativa. Se deshicieron en elogios al referirse a ella, hablando de lo hermosa que les había parecido y cuánto lamentaban casi no haberla visto bailar, pero eso fue todo. Nadie recordaba haberla visto poco después de su llegada.

Sumido en la frustración, fue en busca de su madre y dio con ella antes de lo esperado. Tal vez tuviera que ver con el hecho de que parecía tan preocupada como él y según lo que le contó llevaba varios minutos buscándolos tanto a él como a Eleanor. Se había apartado de ella en un descuido, dijo, pero jamás pensó que desaparecería de esa forma. Había albergado la esperanza de encontrarla con él, pero en cuanto James la puso sobre aviso de lo que creía que pudo haber pasado, se mostró tan angustiada como su hijo.

Pese a ello, logró convencer a James de conducirse con discreción; si Eleanor se había marchado o no, sin duda lo averiguarían pronto, pero en tanto era importante que no se hablara de su desaparición con demasiada liviandad; lo último que ella necesitaba era que se pusiera en entredicho su comportamiento. A James no le hizo ninguna gracia consentir en ello, pero tuvo que reconocer que su madre estaba en lo cierto; al haber preguntado a lord Burlington dudaba, sin embargo, de que esa discreción estuviera asegurada, pero si Eleanor aparecía siempre podría fingir que se trató de una confusión.

Al cabo de casi media hora de búsqueda infructuosa, no obstante, James se dio por vencido de encontrarla en el baile. Debía de haberse marchado, pero le costaba creer que hubiera podido hacerlo sola, en especial cuando fue en busca del cochero y descubrió que tanto él como el carruaje en que habían llegado se encontraban en su lugar, lo mismo que el que usó él.

Alguien tenía que haberla ayudado a marcharse y James estaba seguro de tener una idea clara de quién podría haber sido.

Aunque la mayoría de las personas en el baile se encontraban enmascaradas, sin duda sus preguntas, por discretas que fueron, hubieran llamado la atención de Gabriel de encontrarse presente. James estaba seguro de que él debía de estar involucrado en la desaparición de Eleanor y no quiso esperar más para ponerse en su busca.

Pidió a su madre que se dirigiera a su casa y le aseguró que él la mantendría informada de sus avances; no tenía sentido que permaneciera en el baile si no lo deseaba. Luego se apresuró a ir a su propia casa con la esperanza de hallar allí a Eleanor; quería pensar que tuvo el buen tino de dirigirse allí una vez que decidió dejar la mansión de los Burlington, pero el lacayo de guardia le informó que lady Haversham no había regresado aún.

Sin perder tiempo, se dirigió a las habitaciones de Gabriel, pero su valet le informó que no había visto a su amo desde que se marchó hacía horas. Tuvo un resultado similar en la casa de Cecily; ella había decidido permanecer en el baile, desde luego, pero el mayordomo que le atendió dijo que no tenían noticias del señor Hartford desde la partida de su madre a Surrey.

Luego de esos fracasos no se detuvo a considerar demasiado cuál era el mejor lugar en el cual buscar. Eleanor no era una mujer sociable; casi no tenía amigas porque, según decía, aún no había encontrado a ninguna otra dama que le resultara agradable y en tanto no ocurriera se sentía muy cómoda con sus propias ocupaciones. Las cuales incluían escribir y volverlo loco, se recordó James en un rapto de humor amargo en tanto iba a las oficinas del diario por si se le había ocurrido ir hacia allí.

Le había dado una llave al poco tiempo de casarse pese al espanto mostrado por el coronel Chester cuando lo supo; entonces le hizo jurar que nunca iría cuando se encontraran cerradas a menos que fuera estrictamente necesario, nada de aparecerse a media noche en busca de inspiración, lo que a ella le arrancó varias carcajadas. En realidad, James lo hizo con el fin de que Eleanor se sintiera apreciada; sabía que no estaba acostumbrada a esa clase de gestos, pero nunca pensó que fuera a usarla. Cuando recorrió las oficinas comprendió que había estado en lo cierto. Eleanor no se encontraba allí.

El resto de su recorrido fue una sucesión de palos de ciego. Preguntó en todos los lugares en que se le ocurrió, los cuales fueron más bien pocos; incluso pasó por la casa de su madre para preguntar si había recibido alguna noticia. Lady Haversham le informó de que había hecho sus propias pesquisas enviando algunas notas, pero el resultado fue el mismo.

James se despidió de inmediato y continuó con su búsqueda recorriendo los barrios cercanos a la mansión de los Burlington, pero no dio con una sola pista. Cuando se permitió comprobar la hora, vio que estaba a punto de amanecer; el sol empezaba a asomar haciendo a un lado la oscuridad de la noche y se detuvo un momento para observar el efecto sobre el cielo. Jamás se había sentido tan asustado. Y tan solo. Ni siquiera en los peores días de su autoexilio en América cuando debió renunciar a todo lo que había conocido hasta entonces y enfrentarse a una nueva vida, hubo un instante en que experimentara algo como aquello. Nunca entonces sintió que hubiera algo en particular que echara en falta, que necesitara a su lado. Ahora, sin embargo, tras haber conocido a Eleanor e intentar imaginar su vida sin ella, comprendió que le parecía casi imposible. Si la perdía, ¿qué sería de él? La posibilidad de no verla más, de no oír su risa o sentir su piel bajo sus manos le resultó insoportable. Se preguntó entonces si ella pensaría lo mismo.

Abatido, decidió volver a la mansión Haversham por si había alguna novedad, dispuesto a salir nuevamente de inmediato si era necesario. Al llegar a su casa, sin embargo, luego de que un lacayo adormilado le abrió la puerta y lo escoltó al vestíbulo, vio algo que hizo que casi se le detuviera el corazón.

Un antifaz estaba volcado sobre una mesita como si lo hubieran arrojado con descuido. Eleanor. Conteniendo a duras penas su agitación, se dirigió al lacayo, quien dio un brinco al ver la expresión en su rostro.

—¿Dónde? —preguntó James.

Le costó reconocer su voz, pero no le importó cuán desesperada surgió de sus labios o el hecho de que el lacayo pareciera a punto de echarse a temblar. El muchacho tan solo atinó a señalar las puertas que conducían al jardín antes de aclararse la garganta.

—En el invernadero, milord —dijo él—. Lady Haversham llegó hace unos minutos. Creo…

James no advirtió que corría hasta que se apoyó contra la puerta del invernadero para recuperar el aliento una vez que llegó allí luego de dejar al lacayo con la palabra en la boca. La puerta se encontraba entornada y emitió un pequeño crujido cuando la abrió del todo para entrar.

En tanto recorría el corto tramo que conducía al centro del lugar, fueron llegando a él una serie de aromas y de recuerdos, todos relacionados con aquella vez en que él y Eleanor se encontraron allí. Su primer momento a solas, el primer beso que le robó, la primera vez en que comprendió que, de alguna u otra forma, sus destinos habían quedado irremediablemente unidos…

Eleanor estaba sentada en el mismo lugar en que lo había hecho en esa ocasión; en el borde de la fuente central donde él esperó por ella en su primer encuentro. Se veía tan bella como entonces y al mismo tiempo le pareció que se trataba de una mujer completamente distinta.

Al verla, comprendió por qué su presencia había desatado tantos comentarios en el baile de los

Burlington. Parecía una princesa escapada de alguno de aquellos cuentos que su nodriza acostumbraba contarle para dormir cuando era pequeño. Pero no podía recordar que ninguna de ellas se encontrara tan triste como le pareció que se veía Eleanor en ese momento. Tenía el rostro ladeado, concentrada en el movimiento del agua en la fuente; su peinado se había deshecho y largos mechones de cabello oscuro caían sobre su frente y hombros.

Ella no hizo un solo sonido al oírlo acercarse ni pareció sorprendida cuando él se detuvo a su lado; pareció como si hubiera estado esperando su llegada.

—Antes de que digas nada, lamento haberme marchado de la forma en que lo hice; no deseaba preocuparte y tampoco a tu madre; acabo de enviarle una nota para que sepa que estoy bien.

Eleanor habló con calma, pero James advirtió que en realidad no se encontraba tan tranquila como se esforzaba en aparentar. Sin embargo, consiguió reprimir todas las preguntas que bullía por hacer y se sentó a su lado buscando su mirada.

—Ella apreciará ese gesto; acabo de estar en su casa en busca de noticias tuyas —indicó él en un tono similar—. Llevo horas buscándote.

Eleanor suspiró sin volver el rostro hacia él, pero James fue capaz de ver que no era algo que la hubiera sorprendido.

—Lo siento —se disculpó ella una vez más—. Me disculparé también con lady Burlington por haber dejado el baile sin despedirme; no estaba pensando…

—Eleanor —James la detuvo sujetando su mano con suavidad—. No tienes que disculparte con nadie. Mi madre, lady Burlington, yo… nadie está disgustado contigo. Solo estábamos preocupados. Pensamos… yo pensé que podría haberte ocurrido algo grave. Pregunté en todas partes, pero nadie supo decirme si te había visto o en dónde. ¿Qué fue lo que ocurrió? ¿Dónde…?

Eleanor fijó la mirada en sus manos entrelazadas y solo entonces pareció ser del todo consciente de lo que él decía, así como de lo que ella debía responder.

—Te vi —musitó ella en voz tan baja que James debió inclinarse para oírla—. Con Cecily.

Él no se sintió sorprendido por esa revelación. En el fondo, sabía que así debió de haber sido; pero la sensación que lo embargó no fue menos desagradable por ello. El pensar que ella debió de haber pasado horas atormentándose por eso le revolvió el estómago.

—Eleanor…

—Solo dime algo —lo interrumpió ella mirándolo al fin a los ojos—. ¿Qué sentiste al besarla?

James creyó que sería capaz de hundirse en esa mirada tal y como le había ocurrido muchas veces antes; pero fue la primera vez que sintió que corría el riesgo de no poder salir nuevamente a flote, que se veía capaz de perderse para siempre.

—Absolutamente nada —respondió él sin asomo de duda—. Te lo prometo.

Vio que Eleanor fruncía el ceño y desviaba suavemente la mirada para fijarla una vez más en sus manos; luego asintió un par de veces y suspiró.

—¿Sabes que Gabriel le aseguró que pensabas pedirle matrimonio al poco tiempo de regresar? —preguntó ella al cabo de un momento.

—Sí. Cecily me lo dijo.

Eleanor asintió nuevamente y se encogió de hombros.

—Supongo que eso explica el que ella pareciera odiarme incluso más luego de saber lo que ocurrió entre nosotros y que tendrías que casarte conmigo…

—No me casé contigo porque tuviera que hacerlo, Eleanor —fue él quien la interrumpió esta vez—. No lo habría hecho de no haberlo deseado. Me conoces lo suficiente ahora para saber que

digo la verdad.

—¿Lo hago? ¿En verdad te conozco? —preguntó ella esta vez con semblante concentrado, como si fuera algo a lo que hubiera dedicado muchos pensamientos—. Es una de las pocas cosas en las que creo que Gabriel tiene razón; en verdad no estoy segura de saber quién eres.

James contuvo el aliento y tomó su rostro con la mano libre para que lo mirara a los ojos.

—Mírame —demandó él en un tono de súplica—. Por favor, mírame.

Ella hizo lo que le pedía y clavó la mirada en sus ojos, que a su vez la miraban con absoluta firmeza.

—Ahora vuelve a decir que no sabes quién soy —indicó James—. Di que no me conoces, que no ves al hombre que tú misma has ayudado a construir.

Eleanor sacudió la cabeza de un lado a otro, como lista para negar esa afirmación, pero James no permitió que lo hiciera; se le adelantó al acercar el rostro al suyo y hablar sobre sus labios con una voz desesperada que pareció retumbar entre ambos.

—Soy yo. Soy el hombre al que viste llorar sumido en el despecho por un capricho que jamás llegó a rozar siquiera el amor que siento por ti. Soy el hombre con una reputación terrible al que nunca has temido y al que has intrigado desde el primer momento en que te vio —las palabras de James surgieron con claridad y Eleanor no pudo menos que oírlas con el corazón resonando contra sus oídos—. Apenas podía recordar a la pequeña Ellie, ¿sabes? Excepto como esa niña que parecía pasarlo tan mal y que pese a ello fue capaz de mostrarme una compasión que no merecía. Entonces te vi de nuevo; nunca te he hablado de ello, te vi en la estación el día de mi llegada a Londres y sin saber que eras tú no fui capaz de hacer otra cosa que no fuera admirarte, desearte… me pregunté por días quién eras y cómo podría verte una vez más. Entonces, cuando me presenté en casa de Cecily me di cuenta de que había sido lo bastante afortunado para encontrarte de nuevo. ¿No lo ves? Te anhelaba entonces de la misma forma en que lo hago ahora; es lo único que puedo hacer cuando se trata de ti. Amarte y buscarte porque no puedo imaginar un mundo en que no estés a mi lado y en el que no pueda tocarte, besarte…

James selló sus palabras con un beso que Eleanor correspondió sin vacilar; sus manos se dirigieron a su cabello y enredó sus oscuros mechones en los dedos ahogando un sollozo. No había vuelto a llorar desde que dejó el baile de los Burlington; durante todo el tiempo que pasó al lado de Gabriel se había sentido tan dolida por el recuerdo y luego asustada por la conducta de su primo que no se permitió un segundo para entregarse a la pena.

No fue sencillo y por un momento temió que tendría que luchar contra Gabriel con uñas y dientes, pero él pareció tomar en serio su amenaza de que se arrojaría del carruaje antes de permitir que volviera a tocarla porque terminó por rendirse y aceptó ordenar al cochero que se dirigieran a la mansión Haversham. No intercambiaron una sola palabra durante todo el camino y cuando un lacayo se acercó para ayudarla a bajar una vez que el vehículo se detuvo en la calzada, Gabriel tan solo la miró; no hizo amago de tocarla o disculparse, pero Eleanor estuvo segura de que resentiría su comportamiento durante lo que le quedaba de vida, y ella lo haría también, pero estaba lejos de guardarle rencor.

De cualquier forma, tan solo se sintió del todo segura cuando entró en la casa y pudo despojarse del antifaz y respirar normalmente una vez más. Luego, sin pensar, se dirigió al invernadero de forma casi inconsciente; solo cuando se encontró sentada en el borde de la fuente comprendió lo que la había llevado hasta allí. Era el lugar que siempre relacionaría con James y con los momentos que ambos compartieron cuando ninguno podía imaginar todo lo que ocurriría en sus vidas.

Ahora, mientras él la besaba y sostenía su rostro entre las manos como si fuera lo más precioso que había acariciado en su vida luego de esa confesión que le arrancó las lágrimas que sentía correr por sus mejillas, se dijo que tal vez todo aquello, el dolor y la incertidumbre que la atormentara desde que comprendió cuánto lo amaba hubieran sido tan solo la antesala de aquello, de la emoción que sentía sacudirla al corresponder a sus besos y oír el eco de su voz resonando en su mente.

—Eleanor, te amo; creo que no ha habido un instante desde que te volví a ver en que no lo hiciera —James continuó con voz ahogada en el momento en que se separó para recuperar el aire —. Te ruego que no lo dudes. Si no lo dije antes fue porque…

Él apretó los labios antes de continuar al tiempo que deslizaba los pulgares por sus mejillas para secar sus lágrimas.

—Porque estaba asustado —completó él entonces oyéndose un poco avergonzado por su confesión—. Hasta entonces había sido más fácil enfrentarlo todo con la idea de que sabía lo que era el amor y que no era lo bastante poderoso para afectarme; pero cuando comprendí que el único amor que he conocido es el que siento por ti y que no sabría qué hacer si tú no me correspondieras, si por algún motivo te perdiera… tenía demasiado miedo. ¿Comprendes ahora por qué digo que sí me conoces? Has influido en mi vida incluso cuando no sabías que lo hacías; te dije que soy este hombre que ves gracias a ti y es verdad. Pero no sería ni la mitad del hombre que soy ahora si te perdiera.

Eleanor acarició su mejilla con los nudillos y rozó sus labios con la punta de los dedos.

—Creo que eso es lo más hermoso que me has dicho —dijo ella y James advirtió un casi imperceptible tono risueño en su voz.

Él sonrió y pegó su frente a la suya.

—Quédate conmigo y te prometo que pasaré el resto de mi vida diciéndote cosas como esa —juró él—. Solo créeme cuando te digo que te amo y no te vayas de mi lado.

Ella echó el cuerpo hacia atrás lo suficiente para poder mirarlo a los ojos.

—Nunca pensé en irme, James —aseguró ella—. He tenido tiempo para pensar en nosotros y en Cecily. Sabía que, de alguna u otra forma, las cosas eran más complicadas de lo que había querido pensar en un inicio y eso también incluye todo lo relacionado con Gabriel. Necesitaba verte y hablar contigo; por eso vine aquí. Dijiste que siempre estás buscándome, pero no has pensado en que he pasado buena parte de mi vida esperando a que me encuentres.

James tomó su mano y la apoyó contra su pecho.

—¿Qué fue lo que ocurrió con él?

La pregunta cayó entre ambos y Eleanor suspiró, nada sorprendida; imaginaba que él iba a querer saberlo en algún momento.

—Gabriel me acompañó hasta aquí cuando decidí dejar el baile —respondió Eleanor con firmeza al cabo de un momento.

—¿Dijo o hizo algo que pudiera ofenderte?

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro. Había decidido ya que no le hablaría de lo ocurrido con Gabriel; no le encontraba sentido a hacerlo cuando no había pasado de un altercado desagradable que a él tan solo lo atormentaría y lo llevaría a cometer alguna locura que sí podría lastimar a ambos.

—Hablamos. Era necesario que lo hiciéramos —respondió Eleanor, consciente de que en parte era la verdad.

James, sin embargo, pareció lejos de encontrarse satisfecho con su respuesta.

—No has contestado a mi pregunta —insistió él.

—¿Qué puedo decir? Tenías razón, al menos en parte; Gabriel está muy confundido y no hay nada que pueda hacer para ayudarlo. Pero guardo la esperanza de que en el futuro sea capaz de verlo.

—Eleanor, dime, ¿qué fue lo que hizo?

Ella suspiró y sacudió la cabeza de un lado a otro para luego acercar nuevamente el rostro al suyo sosteniendo su mirada sin vacilar.

—Nada por lo que debas preocuparte —aseguró ella—. Te lo dije. Hablamos y aun cuando creo que no estamos de acuerdo puedo decir que ahora me siento al fin tranquila porque sé que hice lo mejor que pude con él. Tal vez, con el tiempo… pero ya no me atormentaré pensando en ello y no quiero que tú tampoco lo hagas.

James vaciló, pero debió de comprender que no obtendría nada más con su insistencia porque asintió de mala gana y rumió su decepción en un bufido que a ella le arrancó una sonrisa.

—Confía en mí de la misma forma en que he elegido hacerlo yo —le pidió Eleanor—. ¿Podrás hacer eso?

—¿Tengo alternativa? —preguntó él en un tono similar.

Ella fingió pensarlo y al final negó con la cabeza sin dejar de sonreír.

—No. La verdad es que no —afirmó, para luego continuar con más seriedad—. ¿Sabes en lo que he estado pensando mientras esperaba a que llegaras? A pesar de todo lo que ha ocurrido, he sido muy feliz durante todo este tiempo a tu lado; pero debo de ser más ambiciosa de lo que siempre había pensado porque quiero serlo más.

—Me parece que es una ambición razonable —comentó él.

—¿Verdad que sí? —Eleanor se vio encantada por su respuesta—. ¿Quieres intentarlo conmigo, James? ¿Quieres ser tan feliz que cada día parezca imposible porque resultará mejor que el anterior? ¿Que seamos tan dichosos que será como formar parte de un sueño?

James rio sobre sus labios y sacudió la cabeza de un lado a otro como si no se encontrara del todo seguro.

—A veces olvido que tengo una mujer con una gran imaginación —indicó él entre risas—. No será un sueño, Eleanor; será muy real, nuestra realidad. Y sí, estaré encantado de compartirla contigo.

Ella rio también y le rodeó el cuello con los brazos, buscando sus labios con la misma pasión con la que él le correspondió. Supo entonces que, aun cuando esa felicidad no siempre les fuera tan sencilla y muchas veces sí esquiva, estaba segura de que ambos lucharían con todas sus fuerzas para conseguirla.

Epílogo

—¡James!

James exhaló un suspiro resignado y abandonó sus intenciones de ocuparse de la próxima visita de su tío a Inglaterra, al menos por lo pronto, o eso parecieron indicar los gritos emocionados de Eleanor que sentía retumbar por toda la casa.

—¿James?

Antes de que pudiera ir en su busca, Eleanor irrumpió en su despacho abriendo la puerta con ese ímpetu al que ya estaba del todo acostumbrado a verla adoptar cuando se encontraba emocionada. Ni siquiera abandonó el sillón que ocupaba ante su escritorio al verla correr hacia él hasta detenerse bruscamente con las manos sobre la superficie de madera, callando un instante para recuperar el aliento.

Esa mañana llevaba un hermoso vestido de seda azul que ceñía a la cintura con una banda en terciopelo de un tono más oscuro. Su cabello, como siempre, estaba sujeto en un rodete en lo alto de la cabeza y enarbolaba sobre ambos el diario que acababan de entregar aquella mañana.

—¿Lo has leído? —preguntó ella cuando se vio capaz de respirar con normalidad.

James sonrió, asintiendo.

—Claro que sí; me levanté algo más temprano que tú hoy. Lo leí durante el desayuno.

Eleanor se vio un poco decepcionada ante su respuesta, pero se recuperó con rapidez.

—¿Sabías que se publicaría hoy?

—El coronel Chester lo mencionó.

—¡Pero es el primer capítulo de mi historia, James! ¿Por qué no me lo contaste?

Ella se vio francamente horrorizada por su descuido y James tuvo que contener las ganas de reír al ver su expresión.

—Pensé que lo disfrutarías más si era una sorpresa —contestó él sin parecer arrepentido.

Era la verdad. Cuando su socio le comentó que creía que era el momento para empezar a publicar las entregas de los cuentos de Eleanor, le pidió que no le diera a ella una fecha precisa; sabía que su esposa empezaría a volverse loca hasta el día señalado, y lo volvería loco a él también en el proceso. Además, estaba seguro de que toda esa tensión no le permitiría disfrutar del momento con propiedad. Ahora, al ver su rostro sonrosado por la emoción y sus ojos brillantes, supo que no estuvo del todo equivocado.

—Bueno, tal vez. Quizá un poco… es posible que de haberlo sabido no hubiera dormido durante una semana —reflexionó ella con el ceño fruncido, pero luego descartó la idea con un gesto despreocupado y volvió a sacudir el diario ante él—. ¿Leíste también el texto con el que el coronel Chester presenta la historia?

James sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No. Dijo que lo haría, pero preferí que lo leyéramos juntos —indicó él.

Eleanor sonrió, complacida por esa muestra de lealtad.

—Es maravilloso. Ha sido muy amable por su parte —dijo ella, suspirando—. No pude evitar leerlo de inmediato, por cierto; fue eso en realidad además de la sorpresa de verlo publicado lo que me emocionó tanto.

—¿Fue por eso por lo que empezaste a gritar?

—Sí —reconoció Eleanor—. ¡Pobre Nancy! Estoy segura de que le di un susto de muerte; apenas acababa de terminar con mi peinado…

—Lleva meses siendo tu doncella; no dudo de que ya debe de estar acostumbrada —bromeó él, ensanchando la sonrisa al verla fruncir el ceño—. Disculparé tu traición al leerlo a solas si vienes aquí y lo lees para mí.

Eleanor le dirigió una mirada recelosa, pero suspiró, rendida, e hizo lo que le pedía. No intentó buscar una silla para sentarse a su lado, sino que rodeó el escritorio y se sentó sobre sus rodillas como si fuera algo que acostumbrara hacer todos los días.

—Si supieras lo incómodo que puede ser esto para mí dejarías de pedírmelo —comentó ella en tanto se afanaba para acomodar sus faldas.

—Y si tú supieras lo mucho que lo disfruto dejarías de quejarte —replicó sin vacilar él rodeando su cintura con las manos—. ¿Empezarás a leer o tendré que hacerlo yo?

Eleanor entrecerró los ojos y le respondió con lo que pareció un gruñido antes de recoger el diario que había dejado sobre el escritorio.

—«La adición de la autora Eleanor Grey entre nuestros colaboradores…». —Ella interrumpió el inicio de su lectura para mirarlo con las cejas arqueadas por la emoción—. ¿Te he dicho ya cuánto me alegra que el coronel consintiera en que publicara con mi nombre? Aunque creo que a él la idea debió de horrorizarle, pero fue lo bastante gentil para no hacer comentarios al respecto cuando se lo pedí.

James se abstuvo de decir que si el coronel no hizo comentarios al respecto fue precisamente porque él se lo pidió luego de que amenazara con mantener su postura de que Eleanor debía firmar con un seudónimo. Bastó con que James sugiriera que era su nombre o su título para que el coronel replanteara su decisión; después de todo, unos cuentos firmados por Eleanor Grey causarían menos revuelo que unos que llevaran la rúbrica de la vizcondesa de Castlecomer. La gente podía ser tan despistada que les llevaría un tiempo unir cabos, pero cuando lo hicieran, como ya habían considerado él y Eleanor, pensaban llevarlo con bastante naturalidad.

—Continúa —pidió él sin decir más.

Eleanor se aclaró la garganta.

—«La adición de la autora Eleanor Grey entre nuestros colaboradores es un honor para este diario —ella reinició la lectura—. En pocas ocasiones he tenido el privilegio de leer una voz tan fresca y talentosa como la que ahora conocerán. Sus historias, tan entretenidas como descarnadas en su absoluta sinceridad respecto al mundo en que nos ha tocado vivir y las muchas emociones que el ser humano es capaz de experimentar, conmoverá a los lectores con la misma facilidad con que lo ha conseguido hacer conmigo. Las aventuras de sus personajes y las emocionantes situaciones que la autora recrea aseguran no solo una sorprendente lectura, sino también un espacio de necesaria reflexión. El diario que mi socio y yo nos honramos en dirigir se ve engalanado hoy al presentar la primera entrega de la que estamos seguros será una de las series más apreciadas por nuestros lectores…».

La voz de Eleanor fue perdiendo intensidad según terminaba de leer y James observó que se llevaba el diario al pecho en tanto sus ojos se empañaban.

—El coronel ha sido muy amable, ¿no lo crees? No tenía que escribir todas esas cosas. Le he dicho muchas veces que tiene un gran talento para la escritura; debería intentar escribir ficción, pero él dice que solo está interesado en preparar sus memorias —comentó ella sonriendo a través de las lágrimas.

James tomó su mano y la apretó con dulzura al tiempo que usaba la otra para llevarse una mano al bolsillo y tenderle un pañuelo que ella se apresuró a tomar.

—Fue muy amable, es cierto, y también sincero —comentó él—. Te aprecia de verdad.

—Lo sé, también yo siento mucha estima por él; nadie diría que es un hombre tan simpático.

Eleanor sonrió y James correspondió a su sonrisa.

—Las personas no siempre son lo que parecen.

—Esa es una gran verdad —asintió ella enjugándose los restos de lágrimas—. Por ejemplo, estoy segura de que todo Londres estaría impresionado de saber que en el fondo eres un marido amoroso y devoto.

—¿Solo en el fondo? —preguntó él arqueando una ceja.

—También en la superficie, pero me consta que te esmeras mucho porque no sea demasiado evidente —matizó ella con diversión.

A James no le quedó más alternativa que asentir; su naturaleza sincera le impedía fingir que ella no estaba en lo cierto, aunque era justo reconocer que no era algo que hiciera a propósito. La mayor parte del tiempo se mostraba tan reservado con su vida privada que a las personas que los conocían aún les sorprendía cuando eran testigos de una muestra en público del amor que sentía por Eleanor. Y pese a ello, había dado ya varias. Como no matar a su primo, se recordó en ese momento, y lo hizo tan solo porque ella se lo pidió. Si eso no era una muestra de amor no podía imaginar qué lo sería.

Nunca consiguió creer del todo que Gabriel no dijera o hiciera algo para ofenderla la noche del baile, pero tal y como Eleanor le pidió entonces, decidió confiar en ella y asumir que había sido capaz de manejarlo. En realidad, no dudaba de que así hubiera sido; su esposa había dado sobradas muestras de que era mucho más fuerte y decidida de lo que parecía a simple vista. Él mismo podía dar fe de ello; llevaban casi un año casados y la consideraba tan única que cada día conseguía sorprenderlo con una nueva muestra de ese valor.

Por otra parte, la salud de su tío había decaído en los últimos meses, por lo que Gabriel se vio en la obligación de dejar Londres para ayudar a su madre en el manejo de su propiedad en Surrey. El médico encargado de la salud del señor Hartford aseguró que aun cuando era posible que viviera por algunos años más, nunca podría retomar sus labores tal y como tenía acostumbrado. Eleanor mencionó que en su opinión eso podría hacerle bien, pero James no estaba tan seguro; asumir esa clase de responsabilidades de improviso podía llevar a un hombre al límite y eso no siempre sacaba lo mejor de él. Pero había sido sincero al decir que esperaba que en el caso de Gabriel su esposa tuviera razón.

Además, los Hartford necesitaban tanta estabilidad como fuera posible. La huida hacía un par de meses de Cecily con un conde italiano que estaba de visita en Inglaterra había desatado toda clase de habladurías; el hecho de que el conde en cuestión estuviera al borde de la ruina solo incrementó el escándalo y ni siquiera la fuga a Francia había conseguido acallar los rumores. Considerando el comportamiento de Cecily desde la muerte de su esposo, James dudaba de que su familia se hubiera visto sorprendida por la noticia, pero el golpe para los Hartford debía de haber sido duro de cualquier forma. De no ser por las difíciles relaciones que ahora mantenían con Gabriel, a él le hubiera gustado ofrecerle su ayuda.

—¿En qué estás pensando? Seré yo quien diga ahora que me ignoras.

James sonrió a Eleanor, que lo veía con curiosidad, y apartó sus pensamientos. No deseaba que nada ensombreciera la alegría que veía en el rostro de su esposa y por ello sujetó sus manos entre las suyas y besó su mejilla con suavidad.

—Según recuerdo, cuando dije eso me vi en la necesidad de tomar medidas extremas para recuperar tu atención —comentó él arrastrando las palabras al deslizar sus labios por la suave piel de su cuello—. Te aseguro que no me ofenderé si decides hacer lo mismo.

Eleanor ladeó el rostro, ahogando un gemido al sentir sus caricias y detuvo su mano que acababa de subir hasta su cabello y empezaba a deshacerse de los pasadores que lo sujetaban.

—James, tienes que dejar de hacer eso a esta hora. A Nancy le lleva mucho tiempo ayudarme a peinarme —lo reprendió ella sin que pareciera en verdad una queja.

—Dile que le subiremos el sueldo.

—Estoy segura de que ella se encuentra muy satisfecha con su paga; pero no puedes imaginar lo mortificante que es tener que aparecer con el peinado deshecho un par de veces al día…

Eleanor detuvo sus protestas cuando sintió que su cabello caía sobre sus hombros y James tomaba algunos mechones para llevárselos a los labios.

—Entonces deja de pedir que te lo sujete; llévalo suelto todo el tiempo y me harás feliz —sugirió él con una sonrisa.

—Es evidente que nunca has intentado hacer algo como eso, me volvería loca. ¡James!

Él había empezado a desatar los lazos del frente de su vestido y la veía con una sonrisa burlona al reparar en la forma que había conseguido acallar sus protestas.

—¿Te estoy volviendo loca ahora? —preguntó él pese a que conocía la respuesta.

—Sabes que sí.

Eleanor desató el pañuelo que llevaba al cuello, así como los primeros botones de su camisa; él no acostumbraba llevar la chaqueta del traje cuando se encontraba en casa y pudo enterrar las manos sobre su pecho, fascinada por el suave vello que le provocaba un cosquilleo en los dedos. Cuando James dejó al descubierto la piel que resplandecía bajo la camisola y el corsé, sosteniendo a Eleanor por las caderas para evitar que cayera del inestable apoyo que le prodigaba su regazo, rozó las puntas de sus pechos con los nudillos. Luego agachó la cabeza para soplar sobre ellos, sonriendo al notar que ella contenía un escalofrío y lo tomaba por la cabeza para invitarlo a que continuara. Sin embargo, al rozar sus pezones con la lengua la oyó emitir un gemido más agudo de lo habitual y sopesó ambos senos entre las manos, dirigiéndole entonces una mirada rebosante de curiosidad.

—¿Hay algo más que desees contarme? —preguntó él.

Eleanor tardó un momento en oírlo y lo miró con el rostro teñido por el rubor y una expresión confundida que a él le pareció adorable.

—¿Acerca de qué? —inquirió ella a su vez.

—Eleanor…

—No sé de qué hablas.

James se apartó un poco para mirarla con mayor profundidad y arqueó una ceja como retándola a que intentara sostener esa expresión de inocencia, por lo que a ella no le quedó más remedio que asentir en cuanto estuvo segura de saber a qué se refería.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó ella entonces tras exhalar un suspiro de rendición.

James sonrió.

—Por extraño que pueda parecer, los hombres, y en especial yo, no somos tan distraídos como

piensas —dijo él, recorriendo la línea de sus caderas con una mano—. Has ganado peso.

Eleanor se vio sorprendida.

—¿Se nota mucho? —preguntó ella no muy contenta con su afirmación.

—Estás algo más despistada de lo usual.

—¿Sí?

James asintió y ensanchó la sonrisa.

—No te gustan los pastelillos de limón, pero te comiste dos ayer con el té.

—¿Te fijas en esas cosas?

—Y la prueba final, esto. —Él inclinó el rostro para soplar sobre sus pechos—. Están más llenos y sensibles de lo normal.

Eleanor dio un pequeño brinco al sentir su aliento caliente sobre la piel, pero contuvo el deseo de gemir.

—¡Vaya! Tienes una mente muy aguda —comentó ella en tono bromista—. ¿Has pensado en escribir novelas?

—Eleanor…

Su esposa se encogió de hombros en una clara señal de rendición.

—¡Quería que fuera una sorpresa! —exclamó ella viéndose un poco decepcionada.

—Puedo asegurarte que lo es.

—¿Una feliz?

James la abrazó contra su pecho y posó los labios sobre su cabello.

—La más feliz —aseguró él con voz ahogada—. Es una constante últimamente. Me haces feliz todo el tiempo.

Eleanor se vio satisfecha por su confesión.

—Bueno, te lo prometí y deberías saber ya que siempre cumplo mis promesas —se ufanó ella, pero su voz surgió cargada de ternura al pasar una mano por el cabello de su esposo en un gesto amoroso—. Te dije que seríamos tan felices que no sabrías si estás despierto o si sueñas.

James levantó la cabeza y la obsequió con una mirada muy parecida a la que ella tenía en ese momento.

—Y yo te respondí que nada de lo que ocurre entre nosotros es un sueño, sino una absoluta realidad.

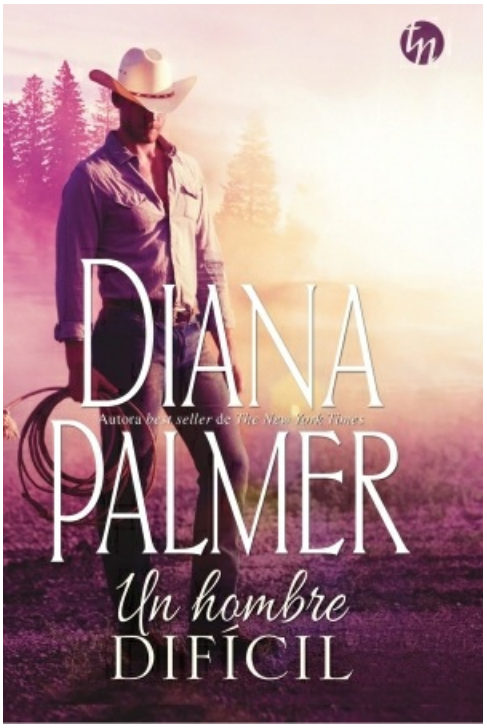
—En ese caso, vamos a disfrutar de ella ahora, ¿sí? —sugirió Eleanor con la voz ligeramente quebrada—. Sospecho que en los próximos meses no será nada fácil hacerlo.

Eleanor rio al decir la última frase y James la imitó. No recordaba haber reído nunca como lo hacía desde que Eleanor irrumpió en su vida y lo cambió todo; pero se sentía agradecido con el destino por haberla puesto en su camino. Había dicho que era una absoluta realidad la que compartían y estaba convencido de que así era. Una que apenas acababa de empezar.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com


DIANA
Autora best seller de The New York Times
PALMER
Un hombre
DIFÍCIL

Un hombre difícil

Palmer, Diana
9788413075334
288 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo.

Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella.

Los recelos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia… Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde?

"Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento".

The Romance Reader

"Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser".

Aff aire de Coeur

Cómpralo y empieza a leer


Donna Sterling
Sola con un extraño
elit

Sola con un extraño

Sterling, Donna
9788413077123
224 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos.

Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo.

¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

Cómpralo y empieza a leer


HARLEQUIN
INTENSE
ATRACCIÓN
LEGAL
LISA CHILDS

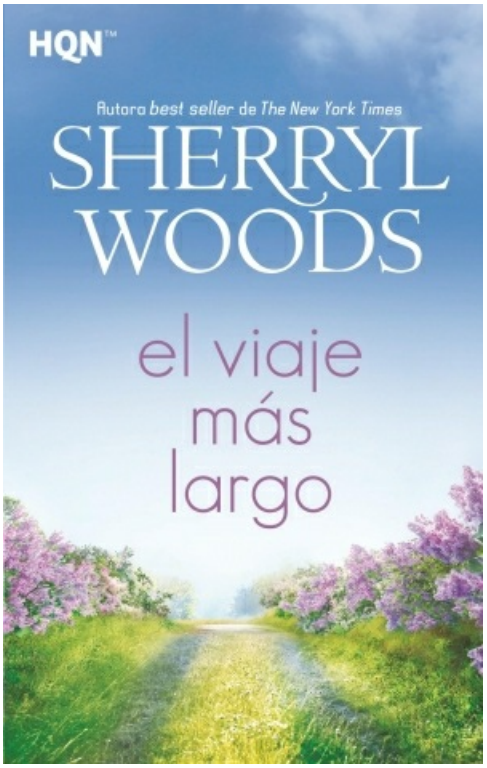
Atracción legal

Childs, Lisa
9788413075150
224 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio…

Cómpralo y empieza a leer


HQN™
Autora best seller de The New York Times
SHERRYL WOODS
el viaje más largo

El viaje más largo

Woods, Sherryl
9788413075235
368 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar.

Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

Cómpralo y empieza a leer


HARLEQUIN
Bianca
Miranda Lee
DESEO MEDITERRÁNEO

Deseo mediterráneo

Lee, Miranda
9788413074993
160 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Veronica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Veronica se había quedado embarazada!

Cómpralo y empieza a leer